
Carolina Lozano

Diabólica



de

Transcurría la segunda mitad del siglo xv, cuando el diablo más influencia tenía sobre el mundo conocido y la salvación estaba en las doctrinas de la Iglesia, el bien y el mal pugnaban por hacer suyas cuantas almas se extendían por la tierra. Y tres de las más puras de ellas, iban a ser empujadas a un destino funesto por la fuerza de su inocencia. Pues Adrienne, Gaspard y Kartal confiaron en un Dios que no estaba allí para escuchar sus ruegos y sus promesas.

Así fue como Adrienne, la más pura de las almas de aquella época, una joven que jamás había conocido la maldad, se vio empujada a entregarle su alma al Maligno para salvar a quien amaba.

Porque el corazón humano es frágil, y el Demonio siempre está listo para atrapar las almas inocentes abrumadas por la pena; el pueblo de Rocamour iba a ser testigo de su malevolencia, y no todos sobrevivieron a ella.

La salvación estaba en manos de una doncella que había nacido pura... pero ya no lo era.

¿Pues acaso puede triunfar el amor, cuando el maligno lo atormenta?



Carolina Lozano

Diabólica

ePub r1.0

Banshee 24.07.13

Título original: *Diabólica*

Carolina Lozano, 2009

Ilustración de portada: Anna Maldonado Vallhonestá

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0



—Prólogo de la autora—

Diabólica es una de mis obras más queridas, que apareció, además, de forma inesperada. Todo ocurrió el verano de 2.008. En un principio, y pese a no tener intención de idear ninguna historia nueva puesto que todavía tenía que acabar la saga de La Cazadora y tenía varios proyectos en el tintero, ya sabéis lo que sucede con la imaginación, que no se puede controlar. Cuando surge puedes hacer dos cosas: ignorarla o tomar notas. Y yo, por supuesto, tomé notas.

Fue una suerte que llevara una libreta encima. ¿Por qué? Pues porque estaba haciendo el largo Camino de Santiago y todo peso extra es una losa a la espalda. Pero yo no voy a ningún sitio sin un libro para leer y una libreta para tomar notas, aunque tenga que recorrer 800 kilómetros a pie.

La historia de Diabólica no tiene en realidad conexión con el Camino de Santiago, pero fue un viaje inspirador. El guión para Diabólica empezó a tomar forma en mi mente mientras atravesaba los desiertos parajes de La Rioja, con el brumoso amanecer todavía oscuro. La música que escuchaba aquellos días para amenizar el camino, la que podréis encontrar en el apartado de Banda Sonora, hizo el resto. En esos momentos, con amplios campos vacíos y el lejano perfil de las montañas ante mí, el paisaje desprendía una serena paz, una melancolía placentera que hablaba de soledad. Una soledad dulce, que me llevó a pensar en un personaje que pudiese sentirse solo pero dichoso a un tiempo, y así nació Adrienne: Una joven sola en los caminos, apartada del mundo pero en paz consigo misma. Es como si pudiera ver a Adrienne caminando a nuestro lado, en el camino, pasando de largo sumida en su atractiva oscuridad llena de sonidos extraños.

Cuando leáis el libro, entenderéis lo que os he explicado...

«El diablo solo persigue a los buenos y no a los malos, porque estos son sus amigos y hacen siempre su voluntad». (S. Cesáreo de Arnés, Serm. 10, sent. 2, Tric. T. 9, p. 44).

—Prólogo—

Ésta es la historia de tres promesas que iban a servir al Mal para hacer suya el alma más pura de esta tierra. Tres juramentos que, hechos por amor, ofrecidos ante Dios, llevarían a los habitantes de un pequeño pueblo del sur de Francia a conocer cuál era la verdadera esencia del Mal, y cómo podía éste extenderse como una peste sobre la tierra. Porque las tres personas que hicieron aquellas promesas eran buenas, puras y piadosas, pero el Mal tiene la capacidad de extender sus largos dedos hacia todo aquello que ansía. En aquellos tiempos que rondaban al año 1450 todos creían en la existencia del Mal, pero pocos lo conocían tal como en realidad era. ¿El Demonio? Ah sí, el Demonio era el Mal. Pero sus manifestaciones estaban más allá de lo que era capaz de adivinar la imaginación popular de aquella y cualquier era.

Tanto es así que el Mal, astuto y envidioso, consiguió robarle a Dios a la joven más pura, gentil y candorosa de cuantas existieron en aquella época. Muchos dijeron entonces que la semilla de lo maligno ya crecía en su interior, que estaba predestinada a caer en la tentación, pero no había nada menos cierto que eso. Y los que así hablaban lo hacían por temor, pues si el Mal había conseguido atraparla a ella, qué no haría con las gentes normales que no poseían su pureza.

¿Pero cómo pudo entonces el Mal apoderarse de la más angelical de las criaturas del señor? Pues a través de una promesa. Una promesa hecha por amor, que es el mayor don y el mayor mal de los hijos de Dios en esta tierra.

Muchos se preguntaban por aquel entonces qué era el Mal, pero solo algunos encontraron la escalofriante respuesta. No todos, en verdad, sobrevivieron a ella.

Pues la salvación estaba en manos de una joven que había nacido pura... pero ya no lo era.

—Capítulo 1: Una promesa

Cuentan que la primera de aquellas tres promesas, bienintencionadas pero funestas, que iban a traer la desgracia a muchos fue hecha en el año 1450 de Nuestro Señor. En aquella época la ciudad de Calhors era un gran núcleo civil al sur de la patria franca, un enclave de gran poder económico que atraía a gentes diversas: poderosos dirigentes, como el Conde de Calhors y tío de Kartal; nobles de aquella remota y vívida región de la patria franca, como la familia de Adrienne, y a los grandes maestros artesanos, como el padre de Gaspard. Eran aquellos unos tiempos salpicados de las más truculentas maldades, y numerosas desgracias en forma de guerras, pestes, señores crueles, e inviernos todavía más letales... la mano del Demonio se extendía sobre toda la cristiandad. La Iglesia era el único refugio para los desvalidos hijos de Cristo, y sus promesas de eterno descanso la última esperanza para unas gentes que poco conocían de la felicidad. Eran tiempos difíciles, y oscuros.

Pero justo en aquella época aciaga, en aquel pequeño reducto cubierto de brumas y protegido por las montañas, había una pequeña luz que destellaba en el mundo tenebroso como un rayo de luz en un día tormentoso. Una llama de virtud y gracia que alejaba la oscuridad, llamada Adrienne. Adrienne de Beaumont, la criatura más pura, bondadosa y caritativa de toda la ciudad. Contaba en aquellos tiempos con nueve años, y ya era hermosa entonces; la beatitud, dicen, dota a las personas de un aura especial.

La niña no era rubia, como solía representarse a los ángeles, sino que poseía una larga cabellera del color del palisandro indio y unos ojos de cervatillo del color del nogal. Siempre la acompañaban una expresión serena y amable y una sonrisa en los labios, y era capaz de arrancar otra risa incluso al más cascarrabias de los viejos de Calhors. Todos amaban a la pequeña Adrienne, desde la casta noble a la que pertenecía hasta los más pobres labriegos de la ciudad, porque era capaz de penetrar en todos los corazones.

Y si había dos corazones rendidos a la magia de aquella niña, eran los de Kartal y Gaspard. Kartal era un muchacho silencioso y solitario, sobrino del Conde de Calhors. Su noble origen era valaco, pues había nacido en aquella región, la gran puerta hacia Asia. Un lugar oscuro, siniestro, donde el Mal, se decía, campaba a sus anchas. Su madre, hermana del Conde y desposada con un príncipe seguidor del rey Vlad II, había huido de allí con Kartal cuando todavía era un bebé de cuna para regresar a su Francia natal. Jamás habló de cuanto había visto en Valaquia, pero dedicó sus últimos años de vida a inculcar en su hijo el amor por la Iglesia y la fe en Dios. Kartal aprendió cuanto pudo enseñarle su madre, y quizás fue el sufrimiento de ésta lo que le convirtió en el chico maduro y reflexivo, quizás demasiado taciturno, que era para su edad. Tenía catorce años entonces y una belleza oscura, diferente a la luminosa naturaleza mediterránea que no había heredado de su familia materna. Adrienne lo adoraba, lo quería y respetaba, y le profesaba su más profunda y entregada amistad, aunque los sentimientos de Kartal, como muchos sabían, iban mucho más allá. ‘Ah, sí’, decían todos; Kartal habría tenido a Adrienne, si no hubiese existido Gaspard.

Pues si bien Adrienne le entregaba a Kartalla la paridad de su alma, su corazón se lo había entregado sin reservas a Gaspard desde el mismo día en que se conocieran. Dos años antes de aquel 1450, Gaspard había llegado a casa de Adrienne con su padre en calidad de fámulo, aprendiz de cantero pese a que en aquellos tiempos solo contaba con ocho años, uno más que Adrienne. El padre de Gaspard, Simon Michel, era el más reputado maestro cantero de la piedra ornamental de cuantos hubo en aquella época en el sur del imperio franco. A él recurrían condes, obispos e incluso la realeza de ése y otros países, y a él acudió también el padre de Adrienne cuando quiso hacerse un nuevo escudo de armas para su palacete, como deseaba todo noble con posibilidades de la ciudad.

Y con aquella visita se labró un destino tan inesperado como irrevocable. Pues desde aquel día fue tal el cariño entre Adrienne y Gaspard, tan intensa su relación y la intimidad entre sus inocentes corazones, que nadie hizo nada por separarlos. Porque semejante pureza de amor solo podía ser obra y designio del Señor.

Por aquel entonces, días felices y tranquilos, los lugareños podían ver a menudo a los tres niños caminar juntos por la ciudad. El alto y moreno sobrino del Conde, el castaño ángel terrenal que era Adrienne y su inseparable Gaspard, que tenía los cabellos trigueños y los ojos de un marrón claro y acuoso, como oro líquido a la luz del sol, herencia de las primeras incursiones germánicas a aquella Francia tan lejana de la capital. Y mientras el resto del mundo era grande, desconocido y estaba repleto de males, aquellas almas puras jamás habían conocido el daño en su pequeña burbuja de paz y prosperidad.

Lo que la gente no sabía entonces es que el Mal acude cuando lo convocan, que escucha a quien se atreve siquiera a nombrarlo. Y tuvieron razón aquellos que opinaban que tanta felicidad no podía durar, que el Diablo, ángel caído por el peso de sus pecados, estaría celoso de la virtud y la inocencia que emanaba de aquellos niños. Y en aquel año de 1450 cernió sus garras sobre aquellas inocentes criaturas del rebaño celestial.



La madre de Kartal, que jamás se recuperó del horror en que se había sumido tras su regreso de Valaquia y se había convertido en una criatura frágil, expiró con los últimos rastros de un invierno que había sido especialmente duro y cruel. Casi al mismo tiempo, como si hubiesen estado al acecho y la desgracia los hubiera llamado, los mensajeros de la lejana corte valaca llegaron al castillo del Conde para reclamar a Kartal en nombre de la familia paterna. Hacía tan solo tres años, decían, que Vlad III, había regresado de su encierro turco para ver morir asesinado a su padre Vlad II, el mismo que lo había entregado como rehén a Mehmet II. Vlad III era ahora un joven arrojado, afectado por su pasado, que reclamaba a los jóvenes hijos de Valaquia a su lado. Kartal era uno de ellos, y debía ser entregado. Al fin y al cabo, advirtieron cual si fuera una amenaza, el nombre del chico era Kartal Balan, no Kartal de Calhors.

El Conde no pudo ni se atrevió a oponerse a tan poderosos y peligrosos demandantes, y dictaminó que Kartal debía regresar junto a su familia paterna si bien siempre tendría, como su madre, abiertas las puertas de Calhors. Kartal así lo aceptó, meditabundo y educado, cuando le fue comunicada la noticia; su comportamiento era digno, como siempre, de un señor. Sin embargo, y pese a su serenidad aparente, la turbulencia de sus sentimientos creaba tormentas en su interior. En un mismo año, y el solo contaba catorce, le estaban siendo arrebatadas las únicas cosas que quería en el mundo: su pía y amada madre, y la pequeña Adrienne, más amada todavía si cabe.

La separación fue triste, y Adrienne derramó amargas lágrimas al saber la noticia. Ella jamás lloraba, aquella fue la primera vez. Y no sería la última, aunque sus lágrimas futuras no volverían a ser nunca tan inocentes, ni tan cristalinas.

—¿No tienes miedo de ir a ese lugar, Kartal? —le preguntó la tarde de la despedida mientras los tres niños, acompañados por el aya Justine, atravesaban el puente viejo después de la misa catedralicia.

—No —dijo Kartal alzando la angulosa barbilla, antes de dirigir de nuevo su oscura mirada hacia la niña—. ¿Sabes qué significa mi nombre en mi otro idioma? Águila. Y yo soy valiente y listo como ellas. No pasaré allí mucho tiempo. Cuando sea mayor y me haya labrado un futuro, vendré a buscarte. Te lo juro —dijo muy serio.

—Jurar es pecado —murmuró Adrienne llevándose una mano a la cruz que colgaba sobre su pequeño corpiño.

—Yo no estoy jurando en vano —aseguró Kartal—. Te aseguro que volveré a tu lado.

«Aunque tenga que venderle mi alma al diablo», pensó por un breve instante. Y aunque eso no lo dijo el Mal, siempre atento, lo oyó. Y se regocijó en secreto, porque si era incapaz de obligar a nadie por causa del libre albedrío, podía en cambio seducir libremente a los que, desesperados, se dejaban llevar por la tentación.

Adrienne, ignorante del hálito demoníaco que ya los envolvía le sonrió, con sincera alegría, mientras seguía aferrada a la mano del confiado Gaspard. Ninguno de los dos acababa de entender el significado de las palabras de su amigo, pues ellos se sentían tan unidos, era tal la creencia de que su destino los mantendría siempre juntos, que no eran capaces de entender que alguien lo previera de forma diferente, especialmente Kartal.

Aquella noche Adrienne habló del tema con el capellán que la instruía en las escrituras sagradas. Estaban sentados en la amplia habitación que servía de aula de aprendizaje a Christian, el hermano mayor de Adrienne. Cerca de ellos el fuego echaba chispas y calentaba las paredes de piedra, sumando sus luces danzarinas a la luminosidad de las teas. El sonido rítmico del reloj de pesas del salón contiguo, un lujo que solo los más ricos podían permitirse, prevalecía sobre el resto de los murmullos del palacete.

—¿Y será verdad que existen los seres que vuelven de la tumba y beben sangre, padre Jacques? —le preguntó Adrienne.

Por aquel entonces se decía que la peste bubónica, que se enseñoreaba por media Europa, era causada por los íncubos, seres infernales y temibles.

—No —respondió el hombre tras pensarlo largamente—. El Mal, el demonio, no necesita de

esos seres porque se tiene a sí mismo y se sobra para cubrir el mundo de maldad y caos. Ni éstos, ni los duendes, ni los faunos ni todas esas criaturas imaginarias.

—¿Pero entonces qué es el Mal, padre Jacques? —le preguntó Adrienne con los ojos muy abiertos pues ella, tan candorosa, desconocía absolutamente la maldad.

—*¿Quid malum est?* —repitió el moje en latín, pasando los dedos sobre su copia manuscrita de la Biblia—. El Mal es aquello que se opone a todo lo que es bueno. El Mal es el enemigo de nuestro Señor, y está tan vivo como él aunque muchos se nieguen a creerlo. Ése es el mayor error de los mortales. El Mal es el demonio, el ángel caído que envía las pestes, las guerras, las inundaciones para sumirnos en la miseria. El Mal hace que nos veamos tentados a desviarnos del camino que nos llevará a las puertas de San Pedro. Y todos somos pasto para su fructificación, niña mía. Porque los humanos somos pecadores y débiles por naturaleza, como bien descubrió Jesús. Pero mientras nos mantengamos puros en la Fe de Cristo, accederemos al Reino Bienaventurado y el Mal no podrá alcanzarnos.

Adrienne asintió fervorosa, deseando ser un ejemplo de religiosidad. Y se sintió triste por el destino al que se veía abocado uno de sus mejores amigos.

—¿Qué le pasará a Kartal, padre Jacques?

El hombre apretó los labios. El rumor que hablaba del regreso del joven sobrino del Conde a las tierras de Valaquia se había extendido por todos los claustros de la ciudad.

—Kartal tendrá ahora la oportunidad de demostrar cuán fuerte es el amor por Dios que trató de inculcarle su pobre madre —dijo el sacerdote—. Pero tú puedes ayudarle, Adrienne. Puedes pedirle a Dios en tus oraciones que cuide de su alma pura.

Adrienne asintió, decidida. Rezó entonces una plegaria fervorosa por el alma de Kartal, y se acostó.

—Por favor, Señor —dijo ya medio dormida—. Haz que Kartal pueda cumplir su juramento y regresar a nuestro lado.

Y jamás cometió mayor error, aquella niña inocente, que el de desear semejante cosa. Pero esto lo descubriría más tarde. Fuera, las sombras, vibraban con anticipación.



Mientras tanto Adrienne siempre echó de menos a Kartal, aunque con el paso de los años su memoria se fue tornando borrosa, alegre pero desvaída como todos los recuerdos de la más tierna juventud. Y tal como lo quería el destino, la amistad entre Adrienne y Gaspard se fue haciendo profunda y sólida, inquebrantable, transformándose poco a poco en un amor puro, fuerte y sin manchas que los sumía a ambos en la más profunda felicidad.

De nuevo la gente empezó a pensar que tanta dicha no podía ser buena y no podía durar, y de nuevo tuvieron razón en sus insidiosas suposiciones. Porque el Mal no es amigo de la alegría y nunca lo fue, y mientras Adrienne y Gaspard vivían sus vidas con la calma de quien conoce y

agradece su venturoso futuro, Kartal creía llegado el momento de cumplir su juramento y planeaba su regreso a Calhors. Pero no volvería solo.

Y así fue cómo, dando paso a la leyenda, cumpliendo las temerarias e ignorantes expectativas de los villanos de la ciudad, el Mal hizo acto de presencia en los alrededores de Calhors y se cernió sobre Gaspard y Adrienne.

—Capítulo 2: Dos promesas—

Dicen que la segunda de las dos promesas, seguida de cerca por la tercera, fue formulada siete años después de la primera. Había pasado el tiempo y, tal como muchos habían adivinado, al hacerse mayores Adrienne y Gaspard habían ido dejando atrás la amistad inocente para sumirse en un amor pasional, sincero y candoroso. Y no podían pedirle más a la vida. En aquel año de 1457, con diecisiete años, Gaspard era ya dueño y maestro de su taller de cantero tallador, pues su padre se había curado mal de un resfriado y había muerto la primavera anterior. Fue la primera vez desde la partida de Kartal que Adrienne y Gaspard habían tenido que derramar lágrimas amargas. Pero Gaspard trabajó mucho entonces, haciéndose responsable de los encargos que había dejado en suspenso su padre, y se demostró que su arte a la hora de dar forma y vida a la dura piedra igualaba al de su progenitor, si no lo superaba con creces. Los encargos siguieron llegando, y también el oro, y Gaspard se sentía dichoso. No había en toda Calhors, ni en toda Francia ni seguramente en el mundo entero, una alegría como la de Gaspard Michel, maestro cantero y hombre enamorado.

Adrienne, su amada, no era menos feliz que él. En aquel entonces contaba ya con dieciséis años y su belleza había progresado con su edad. De talle fino y aspecto delicado, sus grandes ojos castaños seguían siendo los de un cervatillo pero habían adquirido un brillo de sabiduría inocente que le confería el porte de una reina. Aún así era solo su exterior lo que había cambiado, convirtiéndola en una mujer hermosa, porque por dentro seguía siendo la misma Adrienne de siempre: dulce y encantadora, modesta y recatada, como lo había sido antaño. Ni la soberbia ni la vanidad, ni la ambición ni la frivolidad habían prendido en ella, y ningún pecado había conseguido diezmar su pureza y su honestidad. Si el Mal la había tentado, ella no había escuchado su llamada.

Y aquel amanecer en que la oscuridad se cernía ya sobre ella, no fue diferente a los demás. Adrienne despertó al alba y se sentó de un brinco en el colchón, sonriendo ya de buena mañana. Se arrastró sobre la gran cama de dosel para acercarse al borde y besar la mejilla de su aya Justine, que esperaba ya a que su niña la apremiara con su incansable energía matinal, como había hecho desde que empezara a gatear. La mujer fue hacia la ventana para abrir los postigos y dejar entrar los primeros rayos del sol. Después se dirigió al arcón donde guardaba los vestidos de su joven dama.

—Date prisa, aya Justine —la urgió entonces Adrienne—. Sé que Gaspard tiene hoy un regalo para mí. ¿Sabes tú que es?

La aya le sonrió y negó con la cabeza, acercándose con un vestido verde de lana y paño, pues ya empezaba a arreciar el frío de la estación de las hojas secas. Adrienne aún la miró un rato, con suspicacia, antes de meter la cabeza por el vestido y girarse para que le anudara las cintas del corsé. En todo el proceso la aya hizo lo posible por evitar su mirada. Ah, entonces sí lo sabía; estaba confabulada con Gaspard como otras muchas veces antes.

—Está bien, no me lo digas —dijo Adrienne—. Seré paciente, como dicen las Escrituras.

—Bien dicho, niña —aprobó severa la aya, mientras se le escapaba una sonrisa.

Aunque cada mañana y cada tarde iba a verle, y aunque muchas veces Gaspard cenaba con su futura familia, todo el tiempo que Adrienne pasaba con él le parecía todavía poco. Y era normal, Justine lo entendía, pues Gaspard era una parte vital de la propia Adrienne y estar sin él era como sentir que le faltaba un retazo de su alma. Al fin y al cabo Justine conocía bien a Adrienne, y a medida que crecía había escuchado a la niña hablar sin descanso de lo feliz que serían cuando se casaran, y de los muchos hijos que tendría de su querido Gaspard, todos con su mismo cabello trigueño y los mismos hoyuelos en las mejillas. De eso estaba segura Adrienne, y Justine jamás se lo hubiese puesto en duda.

—Ya casi estás lista, Adrienne —dijo la aya tras trenzarle los cabellos y colocando bien las mangas que llegaban por debajo de sus rodillas.

Entonces Adrienne se preparó. En cuanto su aya quiso ponerle la diadema sobre el pelo para enganchar el velo que le cubriría la cabeza, se lo quitó de las manos y lo alejó para que la aya no pudiera volver a cogerlo. A cambio le estampó un beso en la mejilla.

—Ay niña —dijo Justine sin poder contener aquella sonrisa que arrugaba aún más su rostro—. Dame eso, ¿cómo vas a ir a la Iglesia sin cubrirte la cabeza?

Adrienne, sin embargo, ya estaba junto al arcón calzándose los borceguíes verdes que conjuntaban con su vestido.

—Me lo pondré cuando me reúna contigo frente a la Iglesia —le aseguró mientras se dirigía hacia la puerta. Se detuvo antes de salir—. ¿Estoy decente, aya?

—Estás preciosa —dijo Justine—. Como un ángel de los cielos —añadió, y Adrienne lo repitió con ella para después reírse.

—Eres tú, que me ves con muy buenos ojos, aya querida —dijo, y le envió un beso antes de salir y bajar corriendo por las escaleras de piedra.

Justine se quedó un momento todavía en la habitación, rezando una mañana más para que el Señor protegiera a su niña de las envidias y la codicia ajenas. Porque ella sabía que Adrienne gozaba de una felicidad casi imposible, y que tarde o temprano su dicha atraería el sempiterno rencor del maligno.



Ajena a que su propia criada estaba atrayendo al Mal de tanto temerlo, Adrienne se apresuraba a pasar por la cocina y verter sobre los faldones de su capa, recogidos para formar una especie de canasto, unos cuantos mendrugos de pan recién horneados. Después pasó por la sala de audiencias y besó la cabeza ya rala de su padre, que le gritó que le diese sus saludos a Gaspard. Adrienne agradeció con una sonrisa al guarda que le abriese y sujetase las pesadas puertas del palacete y sonrió todavía más al grupo de niños desaliñados que esperaban frente a la fachada del edificio. Repartió el pan y algunos besos entre ellos, sin ver siquiera la suciedad que los envolvía. Su madre decía que si seguía así al final tendrían a todos los niños de Calhors a las puertas de la casa, pero

jamás se opuso a que Adrienne compartiera con ellos su pan. Pues era una mujer piadosa, sabedora de que la virtud de su hija era un don de Dios que no se debía coaccionar.

Y así Adrienne continuó con su rutina, alejándose a paso vivo hacia el centro de la ciudad donde repartiría unas monedas entre los viejos y los lisiados que mendigaban junto a las paredes de la Iglesia y la Casa del Corregidor. A su paso de camino hacia la periferia sur de la población, donde se alzaban los mercados y los talleres de los artesanos, los ciudadanos de Calhors saludaron a la doncella. Y los que la veían caminar cada vez más deprisa, peleándose a veces con los largos pliegues de las numerosas piezas de su vestuario, sonreían pues sabían que lo que la hacía impacientarse de esa forma eran sus ansias por ver a su Gaspard.

No obstante, cuando llegó a la calle repleta de serrín y esquirlas mezcladas con barro donde se alzaban los talleres de los maestros artesanos, Adrienne disminuyó el paso. Sujetando todavía la diadema y el velo en la mano derecha, se acercó lentamente al taller de Gaspard y asomó la cabeza por la esquina. Como siempre, la actividad era enérgica en aquel lugar. Los fámulos se afanaban al fondo del taller, puliendo grandes piezas de piedra. Gaspard, ajeno al ruido y al ajetreo permanecía de espaldas cerca de la entrada, estudiando pensativo y en silencio la escultura que tenía delante a la luz del sol. La estatua representaba a una mujer enhiesta como las sirenas de los mascarones de las naves, aunque en vez de la pecaminosa voluptuosidad de éstas, la figura de Gaspard era un ángel cubierto de finos velos, la viva imagen de la beatitud y la pureza.

Para Adrienne, era ya perfecta, pero Gaspard estaba tan absorto en ella, buscando la más mínima tara en la suave piedra, que no la oyó acercarse de puntillas. Tampoco se dio cuenta de que sus aprendices dejaban lo que estaban haciendo para observar a la hermosa dama que había entrado por las amplias puertas, ni que volvían a bajar la mirada rápidamente hacia lo que estaban haciendo cuando ella se llevó un dedo a los labios y les guiñó un ojo. Adrienne, con gran templanza, se deslizó en silencio sobre el polvo y se apresuró en los últimos metros y le abrazó por detrás, apresando el torso de su amado entre sus brazos delicados y hundiendo el rostro en su espalda para aspirar el aroma a piedra pulverizada mezclado con su olor a hombre trabajador. Estornudó.

—Mi vida —susurró Gaspard apretando las manos de ella con las suyas, más ásperas.

Deshizo el abrazo sin esfuerzo aparente y arrastró a Adrienne con dulzura hasta ponerla delante suyo, entre él mismo y su preciada estatua. Frunció el ceño al ver que parte del polvo que lo envolvía a él se había esparcido por el hermoso vestido verde, pero ella le miró más ceñuda todavía. Los grandes ojos castaños de Adrienne pasaron del cabello dorado, polvoriento y despeinado al jubón cubierto de arenilla, y de ahí a las profundas ojeras que rodeaban los ojos de oro líquido y a la barba clara cuya sombra se adivinaba en el mentón de Gaspard.

—No has dormido en toda la noche —le acusó Adrienne.

Miró al fondo del taller, donde los jóvenes fámulos desviaron rápidamente la vista para no tener que delatar a su maestro ante su prometida, a quien no amaban menos. Denis, el que tenía una relación más estrecha con ambos, llegó a ponerse rojo.

Adrienne no necesitaba más confirmación y entrecerró los ojos. Dedicándole una sonrisa de disculpa, agradeciendo íntimamente su preocupación, Gaspard la besó fugazmente en los labios. Y

aunque un hormigueo recorrió los cuerpos de ambos no fueron más allá, pues dejarse llevar por sus pasiones era pecado. Se cogieron las manos, transmitiéndose de esa forma inocente todo su cariño, hasta que Gaspard liberó una de las suyas para poder acariciar el rostro amado.

—No te enfades conmigo, *mademoiselle* Beaumont —susurró—. Sabes por qué lo hago.

—Pero no tienes que esforzarte tanto —repuso Adrienne con dulzura—. No tienes que demostrar que eres tan rico como el mismísimo Conde de Calhors. Mi familia ya te acepta tal como eres, mi padre te daría mi mano hoy mismo si se lo pidieras.

—Pero tengo que demostrar que puedo darte una seguridad y una comodidad tan grandes como podrían proporcionártelas cualquiera de tus otros pretendientes.

Adrienne hizo un gesto vago con la mano para quitarle importancia, porque para ella no la tenía. Jamás había puesto sus ojos en ningún hombre que no fuera Gaspard y su padre, simplemente, lo había aceptado. Con un varón primogénito y otras tres hijas casaderas, Jean-Pierre Beaumont podía permitirse que una se casara por amor. Sobre todo si era con un renombrado maestro cantero que le proporcionaría contactos y dinero.

Las campanas que llamaban a misa rompieron el tierno embrujo de aquel momento.

—¿Y mi regalo, Gaspard? —dijo apremiante, y sus ojos brillaron.

El cantero se rió; realmente Adrienne había cambiado poco en todos aquellos años.

—Después, cuando estemos solos —dijo Gaspard—. Se paciente y ve, mi vida.

Depositó un suave beso en la frente de Adrienne y le sacudió un poco de polvo que había caído sobre su hombro. La vio alejarse despidiéndose de los aprendices con palabras amables, tratando de ponerse la diadema y el velo sobre las trenzas mientras corría. Sabía que la vería de nuevo por la tarde, pero ya la echaba de menos desde aquel instante.

El día siguió su curso como cualquier otro, pues así sucede a aquellos que no saben que su destino está a punto de zozobrar. Adrienne llegó a misa con el tiempo justo, y aunque la aya Justine intentó sermonearla por su tardanza, la ayudó a cubrirse castamente con el velo. Luego la joven entró en la catedral. Muchos hombres le dedicaron reverencias con las que ocultaban sus verdaderos y lascivos pensamientos hacia ella, y las doncellas la saludaron, puesto que se suponía que eran sus amigas pese a que la envidiaban hasta odiarla. Adrienne, protegida de todo aquello por su candor, devolvió los saludos. Tomó asiento junto a su madre y pasó el brazo alrededor de los hombros de su hermana pequeña.

Prestó toda su atención a la misa, aún siendo la única entre los presentes que podía sentirse orgullosa de no haber albergado nunca ni la sombra de un pensamiento impuro. Tras la misa y los cónclaves en los claustros y la plaza, donde charlaban y cotilleaban con el resto de las nobles familias que podían dedicar su tiempo a holgar, los Beaumont volvieron a casa para disfrutar de un ágape ligero. Adrienne y sus hermanas se reunieron después en la sala pequeña para hacer labores de costura. Su madre, mientras tanto, las animaba a seguir meditando sobre cuanto se había dicho en la misa con ayuda del padre Jacques, que ya estaba muy viejo y raramente se movía de aquella sala caldeada por el fuego.

—¿Y cuál es el castigo por cometer el pecado de la ira? —decía el padre Jacques en aquel momento—. El más cruel desmembramiento, ejecutado por los demonios del infierno.

Las tres hermanas de Adrienne, más pequeñas que ella, exhalaban gemidos de terror.

—¿Y cuál es la virtud que se opone a la ira, Adrienne?

—La paciencia, padre Jacques. Que es lo que más odia el demonio Satanás.

El padre Jacques asintió complacido, y prosiguió con su disertación. Adrienne, mientras tanto, dejó a un lado su labor de costura.

—¿Madre, puedo ir a buscar flores antes de ir a ver a Gaspard para que hagas una corona? Me gustaría llevársela mañana a la viuda Solange, pues hoy me ha parecido triste.

—Claro, Adrienne. Ella te lo agradecerá —dijo su madre orgullosa de la bondad de su hija—. Pero ten cuidado, y no te retrases más allá de la caída de la oscuridad.

—Como digas, madre —respondió Adrienne, y tras besar a todos en la mejilla salió.



Había un espacio al oeste de la ciudad donde las casas se convertían poco a poco en chozas con huertos pequeños, y más allá en terrenos que antaño habían sido moradas que ya no conservaban sino algunas piedras que delimitaban solares llenos de tierra. Allí las murallas estaban medio derruidas y con un ligero salto podían atravesarse y llegar al robledal. Entre los restos de la ciudad antigua y el bosque más antiguo todavía se extendía un prado salvaje que era tierra neutral, donde crecían hierbas aromáticas y hermosas flores que se hubiesen ahogado dentro del espeso bosque. Pese a que ya era media tarde, el rocío del suelo aún le manchaba los bajos del vestido. Adrienne se los recogió, mirando antes a su alrededor para asegurarse de que nadie vería la pequeña porción del tobillo que había dejado al descubierto, y se inclinó a recoger las florecillas azules y blancas que despuntaban entre la hierba empapada. Tarareó una tonada en voz dulce y baja, tan solo para sí misma y los animalillos que la escucharan, tímidos, desde las lindes del bosque.

Pero aquel día, el primero de su caída a la oscuridad, sucedió algo extraño. Porque Adrienne, sintiéndose de repente perturbada, dejó de tararear. La recorrió un leve estremecimiento, como si la estuvieran observando. Irguiéndose rápidamente se giró hacia el camino que bordeaba los muros derruidos hacia la entrada oeste de la ciudad, y después hacia el bosque tupido. No había nadie allí, o no lo parecía. Respiró hondo y volvió a inclinarse, pero no tardó en erguirse de nuevo apretando los labios. Nunca antes había sido presa de aquella sensación extraña, jamás había conocido el temor por lo que pudiera pasar. Pero de pronto aquel prado le parecía un lugar donde la maldad podía cobrar vida y las pesadillas hacerse realidad.

Y aunque nada en aquel día brumoso y plomizo le decía que corriese peligro, el temor la impulsó a salir del pequeño campo y regresar deprisa al amparo de las calles de Calhors. Se subió un poco más los bordes del vestido y sujetando las flores que había cogido con la otra mano, se encaminó en silencio hacia el solar que la separaba de las vías de la ciudad, donde la gente seguía con sus rutinas diarias. Caminando cada vez más deprisa, sintiendo que el peligro crecía, de pronto las paredes de piedra, envejecidas y gastadas le parecían amenazadoras a Adrienne, y

sinistro era el bosque que se hallaba a sus espaldas. Quién sabía las bestias que podría esconder en su interior, incluso bestias humanas. Quiso rogarle a Dios que la salvara. Movida por un miedo irracional, exhaló un suave gemido mientras corría y superaba el escalón de piedra que la dejaría otra vez dentro del recinto de las murallas. Se adentró en el solar de una casa desaparecida hacía ya décadas y se encaminó hacia la calle estrecha, umbría, que la devolvería a la ciudad.

No supo cómo, pero tuvo la certeza de que había alguien o algo allí, observándola. Una presencia densa y lúgubre. Algo imbuido de frialdad, acompañado de voces agudas que parecían querer esconderse en el viento helado. La oscuridad parecía crecer a su alrededor y Adrienne aguantó la respiración sin darse cuenta, mientras empezaba a correr más deprisa, oprimida su respiración por el corpiño.

—Vaya, esta sí que es una forma curiosa de recibir a los viejos amigos —dijo una voz grave y con un acento difícil de identificar—. No huyas de mí, Adrienne.

Adrienne aminoró el paso hasta que se detuvo, muy cerca ya de la calle estrecha y mohosa que la llevaría de vuelta a casa. Adrienne era demasiado inocente, demasiado confiada, para darse cuenta de que en aquel mismo momento, en aquel solar abandonado, estaba detenida en la invisible encrucijada que separaba al bien del mal. Las corrientes turbulentas de los más negros abismos se alzaban silentes en torno a ella, deseando que volviera atrás. Adrienne sin embargo se sentía dichosa, ajena al peligro. Aquella voz, aunque diferente, había sido atesorada en su recuerdo como algo que jamás debía olvidar. Sin asociar siquiera su temor anterior con la presencia inesperada que tenía a la espalda, se giró a mirar al hombre que la llamaba. Y así, sin darse cuenta, Adrienne dio el primer paso hacia la oscuridad.

Se quedó observando al hombre que tenía ante ella mientras las emociones se arremolinaban en su interior como olas en la resaca. Pues aunque había crecido y su rostro se había vuelto más duro, más afilado, y aunque el lenguaje de su cuerpo había cambiado, se trataba sin ninguna duda de Kartal. Adrienne se sintió feliz como si el Reino de los Cielos se hubiese abierto para ella en aquel mismo instante.

—¡Kartal! —exclamó con alegría.

Corrió a su encuentro y soltando las pocas flores que aún agarraba le lanzó los brazos al cuello. Y como cuando era pequeña, tuvo que ponerse de puntillas sobre sus borceguíes de cuero para poder hacerlo, pues ella había crecido pero Kartal lo había hecho aún más. Él le rodeó la delgada espalda con sus brazos esbeltos y la estrechó con fuerza, mientras Adrienne se reía de pura felicidad. Había recuperado a su mejor amigo, aquel al que creía que no vería nunca más. Ya se sentía completa. Mientras seguían así, abrazados en silencio, Adrienne notó que Kartal aspiraba el aroma de sus cabellos de la misma forma que ella inhalaba el olor de Gaspard cuando lo sorprendía por la espalda. Y entonces, por segunda vez en aquel día, Adrienne sintió una sensación extraña, desconocida, que la hizo deshacer el abrazo y separarse un poco de Kartal. Pero inocente como era la conmoción no duró más, y se concentró en el rostro añorado que tenía delante.

No se dio cuenta de que había una frialdad oculta bajo la expresión alegre de los ojos oscuros y brillantes, ni que la sonrisa en los labios finos semejava más una mueca divertida que una expresión de su felicidad. Kartal vestía ropas oscuras de paño fino y en la pechera de su jubón

igual que en el broche de su capa, aparecía la imagen de un dragón; el dragón de los Dracúlea. Kartal parecía más valaco y menos francés que nunca. Era Kartal Balan, no Kartal de Calhors, tal como habían afirmado los mensajeros que se lo habían llevado antaño. Adrienne, tan dulce y buena, ignoraba la profundidad de su cambio.

—¡No me puedo creer que estés aquí! —exclamó.

—Te juré que volvería, y lo he hecho.

—Dios ha sido bueno y ha escuchado mis oraciones —aseguró feliz Adrienne—. Le pedí que volvieras junto a nosotros.

Pareció que la luz a su alrededor titilaba. Y Adrienne tan solo frunció un poco el ceño ante el destello de los ojos de Kartal y su risa suave, cáustica. Jamás había visto un lobo, y no sabía que era exactamente así como hubiera mirado al objeto de su caza.

—Sí, sin duda Dios ha sido muy bueno contigo —dijo Kartal con una mordacidad inesperada, y de pronto pareció que el aire frío se rió discreto con él a su alrededor.

Adrienne le sonrió, sin entenderle pero sin ser siquiera capaz de suponer que aquello era un sarcasmo. Al fin y al cabo, la vida de Kartal había sido dura y era normal que después de pasar tantos años fuera de casa, de un lugar civilizado, se hubiese vuelto un poco más huraño. Y creyendo que podría devolverle su dulzura de antaño, simplemente pasó todas sus extravagancias por alto. Pero no se sentía cómoda, y miró a su alrededor intentando encontrar la causa de su turbación; del hormigueo que la advertía de un peligro cercano. Ah claro, pensó cuando miró al cielo, ya estaba oscureciendo. Cogió a Kartal de la manga y trató de tirar de él hacia la ciudad.

—Vamos, este no es buen sitio para permanecer cuando ya anochece —le dijo—. ¡Y Gaspard tiene que saber que estás aquí! Él también estará encantado de verte.

No pudo mover a Kartal. El joven permaneció donde estaba, y su sonrisa se acentuó.

—Gaspard, claro. Nuestro querido cantero —dijo con un susurro que pareció un ronroneo—. Quizás otro día. Ahora tengo que subir al castillo —añadió desviando los ojos negros hacia el castillo que despuntaba por encima de la ciudad, iluminado por multitud de antorchas—. Tengo que anunciarle a mi tío que he vuelto y... agradecerle que me enviara a Valaquia con mi querida familia para no tener que enfrentarse a ellos.

Algo en el tono de Kartal y en el susurro del viento que la rodeaba hizo que Adrienne le soltara la manga. Él le dedicó entonces toda su atención. Volvió a sonreír, el rostro relajado y la mirada clara; el aire ya no era tan opresor.

—Pero antes de que te vayas, tengo un regalo para ti —dijo.

—¡Gaspard tiene un regalo para mí también! —dijo Adrienne emocionada, olvidada su aprensión.

Observó expectante cómo Kartal extraía un objeto envuelto en seda negra de la escarcela que llevaba atada al cinturón. El joven lo abrió con cuidado, lentamente, buscando la impaciencia de Adrienne, tratando de corroerla, hasta que el objeto quedó al descubierto.

—Oh —musitó Adrienne.

Era un colgante hecho de un solo disco de plata oscura que se curvaba y estiraba hasta formar la silueta de un dragón. Era hermoso, oscuramente hermoso, igual que Kartal.

—¿Aceptarás mi regalo?

La mirada de Kartal era brillante.

—Claro.

Adrianne se sintió algo confusa por la importancia que le daba Kartal a aquella situación mientras dejaba que él se lo colgara del cuello con un hilo de seda negro. No sabía que había aceptado un obsequio mancillado por el Diablo. Pareció, por un momento, que el aire frío temblaba a su alrededor. Adrianne cogió el dragón que pendía de su pecho y lo observó. La luz aumentó un poco, para que pudiera verlo mejor.

—Es muy bello —dijo Adrianne.

—Me alegro de que te guste —respondió Kartal y le acarició una trenza, como hacía cuando eran pequeños—. Y ahora vete, una doncella como tú no debería estar sola en la calle a estas horas. La noche es para los desalmados.

Aquella advertencia estremeció a Adrianne, pero la apenaba que la dejara tan pronto. Observó unos segundos más el rostro de Kartal, tan apuesto y tan extraño a un tiempo. Sentía frío, pero de alguna forma incluso ella, tan inocente, era capaz de darse cuenta de que aquella frialdad no se debía solamente a la caída de la noche otoñal. Le pareció que las sombras se movían a su alrededor con vida propia.

—¿Vendrás un día a casa? —le preguntó presurosa antes de irse.

—Por supuesto. Iré a tu casa, nada podría impedírmelo.

Adrianne le dio las buenas noches, asegurándole sinceramente que quería volver a verle pronto, y se volvió hacia la ciudad. Tuvo la visión fugaz de que las flores azules que había dejado caer al suelo estaban marchitas, convertidas casi en cenizas. Pero no se volvió para asegurarse, pues la innaturalidad de aquel hecho no había penetrado en su mente. Una sola vez se giró a mirar a su amigo cuando estuvo bajo la luz cálida de las antorchas de la calleja, pero Kartal ya no estaba. Se había ido tan silenciosamente como había llegado. El bosque, en cambio, parecía observarla con ojos perversos.



Adrianne se apresuró a través de las calles de la ciudad hacia el taller de Gaspard. Hay quien dice que son los más puros los que se salvarán del Mal, pero ése es solo un cuento para empujar a las personas a ser más buenas. Pues los generosos, los gentiles, no caerán en la tentación por sentirse seducidos, sino que caerán fácilmente presas de ella porque no saben reconocerla. Y Adrianne, que no podía concebir maldad alguna, fue olvidándose poco a poco del miedo, de la desconfianza y del recelo vividos para centrarse solamente en la felicidad que sentía por haber reencontrado al mejor de los amigos.

—¡Gaspard! —exclamó cuando entró en el taller.

A esas horas los aprendices ya se habían ido y Gaspard estaba solo, rodeado de velas y

silenciosas figuras de piedra. Levantó la mirada de un esbozo que yacía sobre la mesa y abrió los brazos para recibirla. Le besó el cabello cuando la estrechó entre ellos, respirando aquel aroma que era la razón de su existencia. La llevó de la mano al pequeño patio que había al otro lado del taller, y en el que se levantaba la casita que le servía de hogar en aquellos momentos en que el trabajo lo ataba y ocupaba todo su tiempo. Se sentaron en un banco que se apoyaba contra el muro del taller y observaron la fachada este del castillo del Conde, allá arriba en la colina.

—¿Sabes qué? —le dijo Adrienne con los ojos encendidos—. ¡Kartal ha regresado!

—¿De veras? —dijo Gaspard, y sonrió feliz—. Debería haber venido contigo.

—Estaba ocupado, tenía que ir a ver a su tío —dijo Adrienne.

—Ya vendrá —aseguró Gaspard—. Solo demos gracias al Señor de que nos lo haya devuelto y lo haya arrancado de aquel lugar desolado.

Aunque se guardaba mucho de comentárselo a Adrienne, Gaspard sabía que la crueldad y la descreencia se enseñoreaban alrededor de los Cárpatos, y la ascensión de Vlad III al trono de Valaquia el año anterior no había tranquilizado al mundo cristiano. La sangre fluía en aquellas tierras con espantosa facilidad. Sintió pena por su amigo.

—Está un poco raro —musitó Adrienne recordando parte del temor que había sentido.

—Es normal, mi amor —dijo Gaspard—. Su vida no ha debido de ser fácil estos años. Sé amable con él, nadie puede permanecer frío ante la calidez que tú emanas.

Le acarició el rostro con dulzura.

—¿Te lo ha regalado él? —preguntó mirando el colgante del dragón—. Es hermoso.

—Lo es. Pero quiero tu regalo —le recordó Adrienne.

Cogió el dragón de manos de Gaspard y lo dejó caer sobre su corpiño de nuevo. Él sonrió y cogió una caja de madera que él mismo había tallado con la figura de una hermosa casa de dos pisos. Adrienne pasó las manos por el dibujo, acariciándolo, y abrió el cofre con expectación. En su interior había una piedra rectangular, pesada y gastada. Tenía dos iniciales primorosamente talladas, G y A, con puntas que acababan en forma de hojas, hiedra o flores. Emocionada igualmente, aún sin comprender, Adrienne miró a su amado.

—Es una piedra de nuestra casa —le dijo Gaspard—. La he comprado para los dos. Cerca del palacio de tu familia, tu padre me ayudó a escogerla. Una casa grande y señorial, como tú mereces. Hay que arreglarla, pero el año próximo estará lista para que podamos vivir en ella, y nos casaremos. Tu padre ya me ha dado su consentimiento. Y si tú quieres ser mi esposa, mi vida ya estará completa. Porque tú eres la razón de mi existencia, el sol con el que me levanto y la luna que me acompaña en las noches oscuras.

Adrienne sintió que se le nublaba la vista por causa de las lágrimas, pues la embargaba una dicha tal que no podía siquiera expresarla con palabras. Acarició aquella piedra como si fuera la mayor de las joyas de la tierra; nada en el mundo le había parecido tan hermoso.

—Oh Gaspard —dijo al final, y dejando el cofre en su regazo le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó con fuerza, sintiéndose la más dichosa de las criaturas.

Así permanecieron largo rato, abrazados con amor el uno al otro. Pero mientras la magia los envolvía a ellos, otro tipo de magia sitiaba en aquellos momentos el castillo de Calhors, mucho

más oscura, mucho más letal. Un grito agudo, terrible, rasgó el aire silencioso de aquella noche de finales de otoño y muchos lo oyeron en la ciudad, ciudadanos de muchas clases unidos por un momento por un temor que los colmó de igual manera. Porque aquel grito estaba más allá del dolor y del miedo, más allá de la realidad.

También Adrienne y Gaspard se miraron a los ojos durante un breve lapso de tiempo, y alzaron la mirada hacia las luces del castillo. Mientras los ecos de aquel grito terrible se desvanecían, nada parecía indicar que hubiese salido de los muros serenos, poderosos de la fortaleza. Pero sabían que había sido así, pese a que la engañosa noche clara, límpida, tratara de esconderlo tras un velo de normalidad. Hacia allí, recordaba Adrienne, se había dirigido Kartal.

Y como suele ocurrir a veces con las personas sensibles Adrienne supo que debía sentirse asustada. Amenazada, sentenciada ya. La certeza de una tragedia inminente insufló su corazón de una necesidad enloquecedora de hacer algo que le permitiera dejar sus cabos atados. Agarró con fuerza las manos de Gaspard entre las suyas y le miró fijamente a los ojos, embebiéndose de ellos. De pronto Adrienne, la más inocente de las doncellas, parecía mucho más mayor, como si se le hubieran revelado en segundos todos los secretos del mundo. Le dolía el corazón, como jamás le había dolido, ante un terror horrible que jamás había imaginado siquiera. Porque nunca antes la había acechado la idea de que algún día pudiera perder a Gaspard. O que él pudiese perderla a ella.

—Te amo —le dijo en un susurro lleno de amorosa determinación—. Te quiero más que a mi propia vida. Y deseo que me jures que si alguna vez me pasa algo, si el destino nos separa, tú sobrevivirás, lucharás y reharás tu vida. Porque no soportaría la idea de saber que serías desdichado a causa mía.

Gaspard frunció un poco el ceño, y acarició la mejilla sonrosada de Adrienne.

—Qué cosas dices, amor mío —murmuró, pero no era capaz de negarle nada.

La besó con ternura, y quizás con un poco más de pasión de la que se había permitido hasta aquel momento. La necesidad que tenía de sentir a Adrienne era intensa y pasional. Apremiante. Porque quizás también Gaspard era capaz de percibir de alguna manera aquella oscuridad que parecía erigirse expectante en el aire otoñal.

—Te juro que si algo te sucediera, seguiría adelante y no renunciaría a mi vida —le aseguró Gaspard ante aquellos testigos invisibles e inquietos que parecían vigilarlos desde los recovecos de la oscuridad—. Aunque es una promesa dura. Porque mi vida ya no tendría valor sin ti, Adrienne.

Y así fue, por el amor profundo que sentía por Adrienne y su necesidad de darle cualquier cosa que pudiera aliviar su agitación repentina, que Gaspard formuló aquella segunda promesa que iba a perseguirlo por el resto de sus días, en la luz y la oscuridad.

—Capítulo 3: Tres promesas—

Mientras las tinieblas empezaban a cercar Calhors, a caer sobre unos habitantes que las temían pero que desde siempre las habían invocado nombrándolas, Adrienne aún era feliz. Mientras en la ciudad la gente empezaba a temer a un enemigo indeterminado, ella todavía estaba embargada por la emoción y la dicha más intensa, mientras acariciaba una y otra vez la piedra de su futuro hogar que le regalara Gaspard. Pero miraba a veces también, preocupada, el colgante del dragón que había dejado junto a la piedra en el cofre tallado.

Nadie había visto a Kartal, salvo Adrienne y unos pocos soldados, pero todos sabían que había llegado al castillo la misma noche en que se oyera aquel grito espeluznante, y que había venido acompañado de tres jóvenes damas de gran beldad y un mayordomo hurraño. También desde aquel momento dejó de saberse del Conde de Calhors y su familia; no acudieron a misa en días siguientes. La gente, especialmente los nobles de la ciudad, estaban preocupados, temiendo que lo que fuera que los retuviese en casa pudiera contagiarse como si fuera una plaga. Los villanos, en cambio, se regodeaban íntimamente de que las desgracias alcanzasen alguna vez a los poderosos. Dos días más tarde la viuda Solange apareció muerta, sin otro signo letal que una expresión espeluznante de espanto en el rostro marchito y los plebeyos, faltos de compasión, dijeron que sin duda se había asustado al mirarse en un espejo; la odiaban, pues la viuda trataba con cruel desdén a cualquiera que no tuviese una sangre tan noble como la suya.

Cuando dos días después también aparecieron descuartizadas todas las vacas del lechero, nadie se rió. Ya todos tenían miedo, y no se vanagloriaban de las desgracias ajenas. Algunos aseguraron oír risas extrañas o sentir que las sombras se movían a su alrededor cuando el atardecer los sorprendía todavía en los campos; otros incluso decían haber visto criaturas hermosas de rostros malévolos que los espiaban y se desvanecían en las esquinas de la ciudad. Y las gentes empezaron a santiguarse obsesivamente, a colgar ristras de ajos en los quicios de las puertas y a llevar en las escarcelas manojos de hinojo.

Sin embargo gracias a la felicidad inquebrantable y contagiosa de Adrienne, en su casa todavía reinaba la calma. Todos estaban contentos de que Gaspard hubiera comprado al fin una casa. Pero sucedió que una tarde, una semana después del regreso de Kartal, Jean-Pierre, el padre de Adrienne, regresó lívido y serio a casa. Les aseguró a todos que no sucedía nada, pero envió a uno de sus guardias a invitar a Gaspard a cenar. La velada pasó tranquila, salvo por el hecho de que el señor de la casa estaba más callado de lo habitual. Cuando enviaron a las niñas a acostarse y Adrienne le dio las buenas noches a Gaspard, éste se quedó en la sala con Jean-Pierre. Estaba claro que algo lo incomodaba y Gaspard esperó con calma a que los criados retiraran los restos de comida de la mesa.

—¿Qué os preocupa, mi señor de Beaumont? —preguntó finalmente.

El hombre tardó un momento en responder. Se estremeció, la mirada fija en el fuego.

—Te he dicho que me llames Jean-Pierre, hijo. Te conozco desde que eras un mocoso y vas a ser mi yerno —carraspeó—. Hoy he visto a Kartal Balan. Estaba yo en la casa nueva, estudiando

los cimientos para comprobar cuánto habría que derruir para construir de nuevo y he sentido... — musitó algo tan bajo que ni Christian, su primogénito, ni Gaspard lo entendieron—. Y entonces de repente ha aparecido Kartal. Ese joven ha crecido, pero no aparenta los veintiún años que debería tener —dictaminó pensativo; luego miró fijamente a Gaspard—. Venía a pedirme la mano de Adrienne en matrimonio.

Gaspard se sorprendió, pero esperó con calma; no esperaba de ninguna manera que Jean-Pierre le dijera que se la había concedido.

—Le he dicho que no, por supuesto. Que ella ya estaba prometida contigo —le aseguró entonces su futuro suegro—. Pero no ha parecido afectado porque se la haya negado. Creo que se lo esperaba, y no parecía sentirse desanimado. Dios sabe que me entristece la mala fortuna que tuvo, pero me ha causado escalofríos; no quiero tenerlo cerca de mi Adrienne.

—Kartal no le haría ningún daño a Adrienne —aseguró Gaspard.

—No estoy seguro de que tenga el mismo concepto del daño que tú o yo, hijo —dijo muy serio Jean-Pierre—. Ha crecido a la sombra de Vlad III, el protegido de los turcos. ¡De los paganos! Ha sido reconocido por los reinos cristianos como príncipe de Valaquia, pero no mostró compasión ninguna cuando mandó ejecutar al Voivoda en la plaza pública de Tirgursor. Vlad Dracul, se hace llamar como miembro de su Orden, y por Dios que Kartal le ha regalado un hermoso y caro dragón de plata a mi hija, pero ¿sabéis lo que significa *Dracul* en la lengua de los de allí? Demonio.

—No te exaltes, padre —le dijo Christian, que se había tomado la noticia con menos horror que su progenitor—. Estamos en el reino franco, no en aquellos lugares dejados de la mano de Dios. Y la Orden del Dragón defiende a la Iglesia contra los enemigos de Cristo, no lo olvides. Nos conviene tener a un amigo de Vlad III como amigo nuestro también.

—Pero de todas formas no quiero que ni tú ni mi niña os acerquéis ni a ese castillo ni a ese hombre —aseveró Jean-Pierre dirigiéndose a Gaspard.

Él asintió conmovido ante la vehemencia con que su padre político había hablado.



Durante la mañana siguiente, en el mismo momento en que Adrienne la cruzaba para dirigirse al taller de Gaspard antes de la misa matutina, se produjo un gran alboroto en la Plaza Mayor. La noche había sido fría, llena de ruidos extraños; pocos habían dormido bien y los que se habían rendido al sueño, habían sido víctimas de terribles pesadillas. Pero para una desgraciada víctima, como venía sucediendo aquellas últimas noches, el mal sueño se había hecho vívido al despertar con la luz delatora de la alborada. Una de las lavanderas con las que Adrienne se cruzaba cada mañana en su camino hacia el taller de Gaspard estaba arrodillada en el centro de la plaza, gritando y llorando y arrancándose los cabellos. Se habían congregado numerosas personas a su alrededor, aunque la mayoría no hacían nada. Adrienne se agachó junto a la mujer mientras, al

otro lado de ésta, otra de las lavanderas trataba de sujetarle las manos para evitar que siguiera haciéndose daño.

—Dios santo ¿qué le ha sucedido? —preguntó Adrienne tratando de calmar a la mujer.

—Su niño ha desaparecido de su cuna esta noche, *mademoiselle* de Beaumont —dijo la otra lavandera con la cara lívida—. Tenía dos años.

Se oyeron varios murmullos entre los presentes. Alguien comentó que sin duda el marido borracho de la mujer lo habría matado a golpes para no oír sus berrinches.

—¡Me lo han robado! —gritó de repente la lavandera, fuera de sí—. La ventana estaba cerrada cuando dejé al niño en la cuna y esta mañana estaba abierta. Y esas risas... —gruesos lagrimones cayeron por su rostro sucio—. ¡Esas risas diabólicas de mujer!

La lavandera se abrazó a Adrienne, y esta no pudo hacer otra cosa que seguir acariciándole los cabellos despeinados, demudada ante su profundo dolor. Poco le importó que su vestido ambarino se estuviera ensuciando de polvo y lágrimas de una plebeya.

—Quizás solo se ha perdido, quizás se ha ido gateando —dijo sin mucha convicción, tratando de consolarla—. El Señor no permitirá que a tu niño le pase nada malo.

Miró a su alrededor, viendo solo gente insensible que miraba curiosa, y llamó a los chiquillos que conocía de vista. Les aseguró una ración doble de mendrugos de pan la mañana siguiente si ayudaban a buscar al niño perdido. Aunque les obligó, sin saber muy bien por qué, a prometerle que no irían al castillo. Y antes de que se fueran, llamó a uno de ellos y le pidió que fuera primero al taller del maestro Gaspard Michel, y que le dijera que había surgido un problema y que ella iría a verle por la tarde. Entonces le pidió ayuda a la otra lavandera para levantar a la mujer.

—Iremos a la Iglesia —dijo—. Y rezaremos para que tu hijo regrese a tus brazos. ¡Ten fe!

Y así siguió arrullándola, encomendándose a la bondad de Cristo para calmar a aquella mujer que, inconsolable, sabía de las realidades del mundo mucho más que ella.



De alguna forma que Adrienne no acabó de entender, sus familiares y amigos consiguieron separarla de las lavanderas en la Iglesia, asegurándole que se ocuparían de ellas. Solo era vagamente consciente de que trataban de protegerla de algo que no acaba de comprender. Para cuando llegó la tarde y quiso ir a visitar a Gaspard, no se quejó aunque le pusieron una escolta de dos guardias que se mantenían silenciosos detrás de ella. Esperaron fuera, discretos, mientras Adrienne entraba en el taller y se abrazaba a Gaspard.

Adrienne le explicó el terrible suceso de la mujer que había perdido a su bebé, y las pavorosas sospechas de que había sido robado. Y aunque ella se obcecaba en no ver la relación, Gaspard sí miró hacia el patio del taller, desde donde se podía ver el castillo. Adrienne, asustada, miró hacia allá también. Solo había luz en algunos ventanucos de la fortaleza. Del Conde y sus hombres no se sabía nada con certeza.

—¿Tú crees, de verdad, que está sucediendo algo malo? —preguntó Adrienne a Gaspard en un susurro.

Él le acarició el rostro con las yemas de los dedos y tardó en responder. El día anterior, mientras iba al mercado a comprar unos tazones de estofado para sus fámulos, se había cruzado con el lacayo que había llegado de Valaquia con Kartal. Era un hombre maduro de ojos opacos y grises que respondía al extraño nombre de Farkas. Gaspard no había podido evitar fijarse en él, pues el hombre destacaba por su actitud distante y a la vez huraña, mientras compraba dos carneros enteros y sin descuartizar al carnicero. El pobre tendero, pese al succulento negocio que había hecho, no pareció feliz cuando le pidieron que subiera él mismo las reses al castillo cuando cerrara su comercio al atardecer. Nadie le había visto desde entonces y aquella mañana, mientras en la Plaza Mayor la lavandera se desgañitaba por su hijo perdido, en el mercado todos comentaban que el carnicero no había regresado.

—No lo sé, no sé si hay relación —dijo Gaspard finalmente, desterrando a Farkas de su mente para centrarse de nuevo en su amada—. Pero preferiría que no te demoraras por las calles al regresar a casa. Ni aunque te acompañen los guardias.

Permanecieron aún un rato juntos, disfrutando de su mutua compañía, hasta que la noche hizo impenetrables todos los rincones a los que no llegaban las luces de las antorchas. Allí las sombras parecían removerse inquietas. Muy a su pesar, como cada noche, Adrienne besó a Gaspard y le dejó trabajando en el taller mientras ella regresaba a casa. Manoseaba sin darse cuenta el cordón de seda que rodeaba el talle de su vestido encarnado, pensativa como no lo había estado nunca hasta entonces. Percibía la quietud inhabitual de las calles, la tensión en el aire y el silencio opresor, expectante.

Y sus emociones no eran menos sombrías que el ambiente de Calhors; nuevos pensamientos ocupaban ahora su mente, tan ajenos para ella hasta entonces como verídicos le parecían ahora. Porque se había dado cuenta de que ni Calhors ni sus habitantes eran como ella había creído. Aquel día había descubierto que existía la angustiada impotencia, el temor a lo desconocido, los comentarios pérfidos y la desatención a los convecinos.

Adrienne se preguntó si todas aquellas personas que habían observado la penosa tragedia de la lavandera sin tratar de ayudarla, iban a la Iglesia y atendían a las doctrinas del Señor como hacía ella. Sí, sí lo hacían, los había visto en ella. Pero entonces, ¿acaso la gente no obedecía la palabra de Dios? ¿Por qué no ayudaban al prójimo, demostrando así su amor y su gratitud por el sacrificio de Cristo? ¿Cuántos pecados ensuciaban la beatitud de Calhors y cuánta gente los cometía? Se estremeció. No, sin duda estaba equivocada, pensó mientras abordaba la calle que subía hasta la parte alta de la ciudad. Era ella la que había sido atacada por una corrupción vergonzosa, y le pediría al padre Jacques que la confesara aquella misma noche.

Y entonces, de pronto, en la quietud de la avenida sinuosa le pareció escuchar el lloro de un niño de cuna. Era un sonido lejano pero extrañamente claro, que no salía de las casas que la rodeaban con los postigos ya cerrados. Parecía venir de allá delante, de la colina, del lugar donde la oscuridad y la niebla se tragaban la travesía que llevaba al castillo. Adrienne dudó mientras se le aceleraba el corazón, dividida entre el instinto de quedarse con los guardias y entrar en su casa

y el de seguir aquel angustioso sonido.

Su piedad se impuso, para su propio tormento futuro. Siguió adelante y pasó de largo la fachada acogedora de su casa, segura de que los centinelas la seguirían en cuanto vieran que no entraba en el palacio. Quizás incluso llamaran a otros guardias, pensó aliviada. Caminó cada vez más deprisa, acongojada por aquel llanto lleno de terror que parecía estar cada vez más cerca y más lejos. Pero estaba claro de dónde venía, y se encaminó a la senda adoquinada que daba acceso al castillo de los Condes de Calhors.

Mientras se adentraba en la niebla húmeda, le pareció que el viento susurraba con voces profundas y extrañas que le provocaron estremecimientos. El frío arreciaba y la oscuridad era cada vez más impenetrable a los lados de la calle. Se sentía como si se hubiese adentrado en un camino que la llevaba a algún lugar extraño, pese a que había estado muchas veces en el bastión cuando era pequeña y aquel era el hogar de Kartal. Y sin embargo, aún sabiendo que él estaría allí también ahora para protegerla, se sentía temerosa.

Se giró en busca de la imponente presencia de los escoltas de su padre, pero éstos habían sido tragados por la niebla. Le pareció que la llamaban, pero los ecos de sus gritos se extraviaban en el susurro del aire denso y vívido que la rodeaba. Y por encima de todo el sonido incisivo, apremiante, del bebé que lloraba hacía que todo lo demás fuera insignificante. Recogiéndose las faldas del vestido, Adrienne corrió hacia arriba hasta que llegó al puente que cruzaba el foso. Era ancho, viejo, y unas verjas de hierro que nunca se usaban y siempre estaban abiertas lo resguardaban a uno y otro extremo. Más allá el patio de armas parcialmente cubierto de maleza aparecía fantasmagórico entre la niebla.

Adrienne se sentía asustada, porque era vagamente consciente de que había algo innatural en aquella situación. Pero los caminos del Señor eran inescrutables, y quizás estaba siendo sometida a algún tipo de prueba como castigo por sus malos pensamientos. Así que sobreponiéndose a su miedo y amparándose en su fe renovada, se encaminó hacia el puente superando entre jadeos la primera parte de éste, decidida a recuperar el niño de aquella mujer. Pero a medida que iba apareciendo ante su mirada el otro lado de la curva del puente, fue aminorando el paso. Un temor creciente, irracional, se extendió por su espalda y hasta sus piernas, haciéndolas inseguras y lentas.

Allí, cerca de las verjas del castillo, había tres doncellas reunidas en pequeño comité. Reían, y su risa sonaba como el tañido de gélidas campánulas; inesperadamente le vino a la memoria la leyenda que decía que uno moriría si escuchaba sonar las campanillas. Y las doncellas siguieron susurrando y riendo, sin mirarla pero muy conscientes de que ella se estaba acercando. Sus vestidos, de tela clara y talle ceñido, caían rectos y pesados, inmóviles pese a que tenían un aspecto muy liviano y que la brisa corría por doquier levantando aullidos del arco del puente que tenían debajo. Eran altas, esbeltas y de rasgos afilados. Muy hermosas, pese a que su aspecto mezclaba de una forma incomprensible la lozanía con un aire enfermizo. Además aparecían extrañamente nítidas, llenas de colores vívidos, pese a que todo a su alrededor parecía desfallecer bajo la niebla. Una era rubia, otra morena y la tercera tenía los cabellos rojizos. Como la sangre, pensó Adrienne, y se estremeció con nerviosismo.

Aquel imperceptible temblor de su cuerpo tenso pareció despertar a la vez el interés de las doncellas y del viento, que cabrioleó a su alrededor. El frío arreció y Adrienne se abrazó el pecho con los brazos tratando de darse calor, mientras seguía avanzando hacia aquellas mujeres que, como Kartal, debían ser las parientes extranjeras del Conde con quien decían que él había llegado.

—Adrienne —susurró la joven pelirroja, con una voz grave, suave y muy clara.

Adrienne trató de sonreír, educada, pero le costó mucho. No era el hecho de que aquella bella joven conociese su nombre, pues Kartal podría haberles hablado de ella, lo que la inquietaba. Sino la certeza de que aquellas mujeres parecían completamente insensibles al bebé que lloraba desconsolado, y cuyo agudo plaño provenía del castillo en que ellas habitaban y que tenía un aspecto anormalmente inhabitado, abandonado.

—Adrienne, ¿has venido a jugar con nosotras? —preguntó la muchacha morena, y por un momento a Adrienne le pareció que sus ojos se estiraban y adquirirían un brillo siniestro.

Las tres jóvenes se deslizaron hacia ella en completo silencio, separándose para rodearla mientras en sus rostros se dibujaban sonrisas que a momentos parecían candorosas, a momentos crueles, alternándose como las pulsaciones de sus latidos.

—Yo... yo no puedo jugar ahora —dijo Adrienne tratando de ser complaciente pero mirando hacia los pocos focos de luz trémula en los muros del castillo.

Se sobresaltó cuando la joven rubia le acarició una de las largas trenzas.

—Qué hermosa eres, Adrienne, y qué buena —susurró con aquel acento fuerte y vibrante que se parecía al de Kartal, aunque en ellas tres era más evidente.

—Sí, y tu amado también es muy bueno —dijo la morena haciendo un puchero.

—¿Gaspard? —dijo Adrienne sintiendo, sin saber por qué, que el corazón se le encogía.

—¿Podríamos jugar con él también? —preguntó la mujer pelirroja.

Su rostro hermoso era indescifrable pero Adrienne sintió de pronto ganas de llorar.

—Basta, apartaos de ella —dijo a sus espaldas una voz familiar pero casi irreconocible por la dureza que emanaba.

Adrienne no se había dado cuenta de que había retrocedido ante el avance de las tres mujeres, pero se detuvo para no chocar con Kartal. Se giró a mirarle. Los cabellos negros caían desordenados sobre su frente, y tenía el ceño fruncido. Era muy apuesto, atractivo de una forma que hacía turbarse a Adrienne. Ahora les decía algo a las mujeres en aquella lengua extraña de las fronteras de Asia, y ellas se mostraban compungidas y lloriqueaban como niñas mimadas. Pero sus ojos, los de las tres, sonreían con abierta malicia.

Kartal se acercó y se quedó a su lado, algo adelantado como si creara una barrera entre ella y sus compañeras.

—Adrienne —acabó diciendo en francés con voz pétrea y el acento más marcado que nunca, aunque cuando la miró le dedicó aquella sonrisa que parecía guardar solo para ella—. Ellas son Bela, Aniela y Valeska —señaló a la chica rubia, a la morena y a la pelirroja.

Adrienne hizo una reverencia que las doncellas no imitaron. La miraban con muecas burlonas a la vez que hastiadas. Adrienne, que siempre contaba con la amabilidad de la gente, no entendía este rechazo. Asustada, sin comprender lo que estaba sucediendo, dejó de lado aquellos

pensamientos y volvió a mirar hacia el castillo preguntándose si no habría cogido una calentura que la hacía delirar. No había otra forma de explicarlo, pues nadie más parecía ser consciente de que aquel niño, allá arriba, seguía sufriendo.

—Marchaos —les dijo Kartal a las tres doncellas—. Y ocupaos de esos llantos. Están turbando a mi Adrienne.

La interpelada se sobresaltó y tuvo el impulso de detener a las jóvenes cuando se giraron para marcharse, deslizándose suavemente por el puente hacia el interior del castillo. La doncella rubia, Bela, sonreía mientras se alejaba. El susurro frío del viento pareció arreciar a su alrededor. Adrienne se giró hacia Kartal para encontrar en su rostro algún signo del mismo nerviosismo, la misma sensación de fatalidad que la embargaba a ella, pero las angulosas facciones de Kartal estaban teñidas de serenidad. La miraba con una sonrisa fina, discreta, como si esperara algo con curiosidad.

—¿Quiénes son? —preguntó Adrienne rompiendo el silencio—. ¿Primas tuyas?

Kartal se rió, y la oscuridad que los envolvía pareció acompañarle devolviendo su eco. Pero no respondió.

—Bueno, me he alegrado de conocer a tus parientes —siguió ella, y la sonrisa de Kartal se ensanchó, como si comprendiese perfectamente que ese no era el sentimiento dominante de ella hacia las doncellas—. Kartal, tienes que venir un día a ver a Gaspard —insistió Adrienne tratando de devolverle a ambientes familiares—. Él también tiene ganas de verte.

—Qué inocente eres, Adrienne —dijo finalmente con voz suave—. Y creo que no me apetece visitar también a Gaspard, tanta bondad junta me provocaría náuseas.

—Estás raro, Kartal —le dijo Adrienne, y era la acusación más grave de que era capaz.

Su amigo se rió ahora con una risa abierta, estentórea, mientras la niebla que se extendía por el puente y la fortaleza se retorció como si también se divirtiera. Adrienne se sacudió los faldones del vestido, porque parecía querer engancharse a ella.

—Raro —repitió Kartal—. Sí, es una forma de decirlo. Odiaba a mi tío por devolverme a Valaquia, pero allí he recibido una educación y unos dones que no desprecio.

—Cuando se nos cierra una puerta, el Señor nos abre una ventana —lo alentó Adrienne.

Los ojos de Kartal brillaron, y su diversión fue inquietante.

—¿El Señor? —repitió burlón—. El Señor no tiene nada que ver con todo esto. No el tuyo, al menos.

—¿El mío? —dijo Adrienne recelosa, tratando de apartar de su mente el sonido angustiante del bebé, que lloraba ahora con más fuerza—. ¿Acaso te has hecho pagano?

—Mi Señor no es Alá tampoco, Adrienne. Mi Señor es más poderoso que tu Dios y el de los paganos juntos.

—¡Blasfemo! —exclamó Adrienne horrorizada.

Tuvo el impulso de alejarse de él, de sus subversivas palabras, pero por otro lado le compadecía. Y le quería, no podía abandonarlo. Extendió sin darse cuenta una mano hacia él, pero se detuvo. Su instinto empezaba a hacer mella en su confianza.

—Kartal —dijo con suavidad—, no se que te han hecho en esos reinos ignorantes de la fe pero

si te confiesas, si haces penitencia...

—Ay, mi Adrienne —la interrumpió Kartal acercándose un paso a ella—. Tu beatitud empieza a resultarme molesta. Tú también necesitas un cambio, abrir los ojos a la realidad del mundo —dijo inclinándose para acariciarle los cabellos—. A sus dolores, y sus placeres.

Al paso de sus dedos, las trenzas de Adrienne se deshicieron y sus cabellos cayeron sueltos en largas ondas salvajes, poco recatadas, sobre sus hombros. Se quedó petrificada. La mano de Kartal, suave y tibia, estaba ahora en su hombro y descendía por su espalda. Un hormigueo cálido, pecaminoso, recorrió a Adrienne hasta recrearse más allá de su estómago. A su mente llegaron imágenes horribles, en las que esperaba extendida en un lecho de sábanas rojas, desnuda y ávida, mientras Kartal se cernía sobre ella. Jadeó, presa del pánico. Reaccionando a aquella situación perversa, aterrada y asqueada, puso ambas manos en el pecho de Kartal y lo alejó de sí. Respiraba entrecortadamente, constreñida por el corpiño, asustada ya de todo cuanto la rodeaba. Empezaba a intuir, como muchos otros antes y después que ella, que había allí una voluntad oscura que no era de esta tierra. Al fin y al cabo y tal como decía el padre Jacques, el Mal existía y se arrastraba por la tierra; y tontos eran y perdidos estaban los que no querían reconocer su presencia.

De pronto, mientras ellos seguían mirándose en silencio cual si se estuvieran evaluando, el llanto del bebé se hizo mucho más agudo, convirtiéndose en un grito sostenido que cesó bruscamente sumiendo aquel lugar de tinieblas en un silencio mucho más opresor. Adrienne notó que se le formaba un nudo en la garganta y quiso gritarle a Kartal que reaccionara. Su amigo seguía erguido en una actitud serena, llena de confianza, fijos en ella sus ojos oscuros y brillantes como ascuas.

—¿Por qué se ha callado el niño tan de repente? —preguntó con voz temblorosa.

—Vamos, Adrienne —respondió Kartal hastiado—. No eres tan tonta. Despierta ya, no me obligues a ser cruel contigo.

La cordura finalmente la impulsó a huir sin echar la vista atrás. Le dio la espalda a Kartal, y echó a correr por el puente hacia la ciudad. El viento murmuró palabras incomprensibles a su alrededor. Adrienne se sacudió el vestido, gimiendo, porque la oscuridad densa hasta lo imposible parecía querer detenerla. Y de pronto, mientras huía, Kartal apareció de repente delante de ella. Al detenerse bruscamente estuvo a punto de caer, y él la sujetó del brazo. Adrienne se soltó con un tirón desesperado.

—El demonio ha maldecido este castillo y te ha maldecido a ti —exclamó con pena y terror, sabiendo que lo que estaba diciendo no se alejaba de la verdad.

—Bien, ahora reaccionas. Sabía que no eras tan tonta como los demás incautos que prefieren ignorar que Dios no es el único que controla a su prole. Pero he sido yo quien ha maldecido el castillo, mi amada Adrienne —replicó Kartal con tranquilidad, pese a que ahora parecía más alto, su silueta más perfilada, como la de aquellas doncellas—. Ya te he dicho que tenía que agradecerle a mi tío que me apartara de su lado para dejarme al amparo de Vlad. Él también sufrió mucho, pero ya no lo hace. Ni yo. Además te juré que volvería a buscarte, y tú estabas contenta por ello. Siempre te he amado y te quiero incluso ahora.

—¡Pero tú sabes que yo amo a Gaspard! —le explicó Adrienne, incrédula.

—Claro, Gaspard —dijo Kartal alzándose de hombros. Avanzó hacia ella, haciéndola retroceder hasta que la hubo acorralado contra el muro del puente—. La misma molestia de siempre. Lo toleré cuando era pequeño, porque era imposible separarte de él. Pero he sacrificado demasiado por ti para quedarme a un lado. Por ti, por volver junto a ti, he dado más de lo que ninguna persona debería haber ofrecido. No voy a irme sin lo que he venido a buscar. Por ti también he intentado hacer esto por las buenas. Ya me he cansado —hizo una pausa—. Tú sabes lo que es el libre albedrío, ¿verdad, mi amor?

Adrianne asintió con la cabeza. Era incapaz de apartar su mirada aterrada de la de Kartal, de la misma forma que la liebre se quedaría atrapada por la mirada del halcón.

—No puedo obligarte a venir a mi lado si no es por tu propia voluntad. No puedo obligarte a entregar tu voluntad, pero sé que hay algo que quieres más que a tu propia alma... —dijo Kartal inclinándose hacia ella, hasta que sus rostros casi se tocaron—. Entonces salva la suya. Salva a Gaspard de algo mucho peor que la muerte. Mis chicas quieren jugar con él. Si no vienes conmigo, no se lo impediré. Les gusta divertirse, y cuanto más tiempo pasemos aquí mayores serán sus maldades. Y yo puedo esperar. De una forma u otra vendrás a mí, Adrianne, y ya que siento una cierta simpatía por Gaspard todavía puede salir bien librado de esto. Estoy siendo generoso, más de lo que gustaría a mi Señor. Así que valóralo.

Y Adrianne, la pura e inocente Adrianne, fue capaz de entender el siniestro significado de lo que Kartal le estaba diciendo. Su mente volvió a ser consciente de la forma en que se había hecho el silencio, del último y desesperado grito de aquel bebé inocente. De la certeza de que aquellas tres doncellas habían sido las artífices de aquella malignidad, y de que a una palabra de Kartal podrían hacerle lo mismo a Gaspard o a cualquier otra persona inocente. De que ella era quien podía evitar más tragedias.

—Ya lo sabes, Adrianne —corroboró Kartal sus pensamientos—. No voy a obligarte, pero si no vienes conmigo todo el Mal de este mundo se cernirá sobre esta ciudad.

—¡Eres un demonio! —le gritó Adrianne llorando.

—No lo soy, pero están aquí. Y no son malos compañeros —matizó, los ojos brillando de un modo siniestro en el rostro sensualmente apuesto. Se irguió apartándose un poco de ella—. Ahora es momento de que decidas, me había esperar.

Adrianne le miró horrorizada. Se daba cuenta de que su fe en la bondad de las personas no podía ganar aquella lucha contra la insensibilidad maléfica que la rodeaba como una masa viva, espesa. Por primera vez en su vida se sintió desamparada, abandonada por sus protectores en el cielo y en la tierra. El miedo a lo que pudiera sucederle, el temor a caer presa de los siervos del infierno del que tanto había oído hablar pero del que siempre creyó estar a salvo, la paralizaban. Y Kartal pareció saberlo.

—Qué inocentes somos a veces en nuestros anhelos, ¿verdad amor? —dijo con un deje de amargura—. Tú le rogaste a Dios que volviera, y lo he hecho. Tienes lo que querías, Adrianne. Así que acepta las consecuencias, como he hecho yo con mi promesa.

—¿Si voy contigo —susurró—, alejarás a esas criaturas de Calhors y de Gaspard?

—Por supuesto, solo estamos de paso. Por ello hemos sido discretos. Tengo otros parientes

más al sur, en Rocamour, a los que agradecer que nunca se preocuparan por mi bienestar —continuó diciendo Kartal—. Y Gaspard estará a salvo. Nos iremos de aquí para no volver jamás.

Adrianne recibió aquellas palabras como si la hubieran golpeado. Un escalofrío la obligó a abrazarse el pecho. Y lloró, no tanto por su precaria situación como por la forma en que se había visto empujada a ella; tan sórdida, tan brutal. De pronto se daba cuenta de que la fe no la protegía, de que tantos actos de caridad y tantos sacrificios no iban a pesar de su lado en la balanza del juicio sobre su voluntad. Supo también, con horrible claridad, que Dios no iba salvarla, a ponerla bajo su amparo protector, por mucho que rezara. Los demonios estaban allí, pero no había ningún arcángel salvador como los que aparecían en los retablos. Miró a Kartal a través de su mirada borrosa, buscando en su rostro algún atisbo de compasión. Pero no la había.

—¿Lloras, mi amor? Tú nunca llorabas. No estés tan triste —le dijo él—. A quién vas a echar de menos, ¿a papá? Él dejó el invierno pasado que dos de sus campesinos y sus familias murieran de hambre por no querer rebajarles el impuesto en cereales que le debían aquella temporada. ¿A mamá? Ella lo sabía y no hizo nada, porque le gustan sus ropas caras y cree que habiéndote concebido a ti, tan buena, ya se ha ganado un lugar en el cielo. ¿Tu hermano? Jamás aprobó tu relación con Gaspard, le avergüenza emparentarse con alguien que trabaja con sus propias manos. Le gustó la idea de que yo te reclamara. Y no le importaría que te tomara por la fuerza, si así se emparenta con un noble poderoso en vez de con un vulgar pedrero. Tus hermanas son muy pequeñas, pero ya llegará su momento.

Adrianne se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos tratando de aislarse de aquellas crueles palabras. Pero la insidia no conoce barreras.

—Él único ser tan repulsivamente bueno como tú es Gaspard. Y sin embargo, no es lo que te mereces. Crees que con él ya lo tienes todo pero te darás cuenta de que te equivocas, mi querida Adrianne —dijo Kartal besándole la frente—. Cuando dejes atrás tu recato, tu vergüenza... en fin, todas aquellas cosas que Dios impone a los hombres para que sean infelices, te darás cuenta de cuánto podemos ofrecerte mi Señor y yo. Eres inteligente y te quiero, no mereces vivir en semejante inopia; esa idea me enfurece.

Kartal acercó sus labios a los labios temblorosos de Adrianne. La besó, apretándola contra el muro y deslizando las manos por sus brazos, por sus caderas. Ella sin embargo y aunque había claudicado ya, vencida ante la voluntad imparable del Mal, no correspondió su arrebató. Kartal sonrió, aunque la expresión de sus ojos era seria.

—Acabarás amándome, Adrianne, no te preocupes. Como me amabas antes de que apareciera nuestro querido Gaspard en nuestras vidas.

—Yo siempre amaré a Gaspard —contestó ella vehemente, sin ninguna duda—. Juro por Dios aquí y ahora que aunque el mismo Demonio invada mi cuerpo jamás olvidaré que le amo, y que si estoy condenando mi alma es para asegurarme de que él será feliz algún día.

El viento los golpeó con fuerza, furioso. Kartal, sin inmutarse por ello, endureció su mirada, pues los juramentos hechos con tal vehemencia podían destrozar vidas enteras. Lo sabía por experiencia.

—Lamentarás lo que has dicho, Adrianne —le advirtió con suavidad y compasión por ambos

—. Ahora ven conmigo, libremente y por tu propio arbitrio.

Le tendió la mano, y la brisa, la niebla, los extraños susurros que emergían de la oscuridad, todo pareció esperar. Y Adrienne supo con certeza que si cogía la mano de Kartal, si accedía a entrar en aquel castillo maldito, estaría condenando su alma. Pero todavía la aterraba más la idea de salvarse a costa de que otros pudieran ser enfrentados a aquel mismo Mal. La mayoría de las gentes hubieran protegido su propia vida, egoístas, pero las criaturas como Adrienne, para el alivio de aquellos que jamás sabrían que habían sido salvados de la destrucción, no eran de esa clase de personas.

Porque antes de saber condenada el alma de otro, sobre todo si era la de Gaspard, prefería venderle la suya propia al diablo.

—No me hagas daño —le suplicó a Kartal en un susurro, asustada pese a su determinación.

—Muy poco querida, te lo prometo.

Entonces Adrienne cogió su mano, sintiéndose extrañamente protegida por él pese a que se estaba dirigiendo a su propia condenación. Para poder dar cada paso, para no desfallecer, repitió el nombre de Gaspard en su mente a cada latido de su corazón.



De los horrores que vio aquella noche, poco quiso Adrienne recordar luego. Pero en su mente quedó grabada su entrada al lado oscuro de la eternidad. La forma dulce en que Kartal la tumbó en un lecho amplio, suave, asegurándole que no sufriría dolor, fue extrañamente alentadora en aquel mar de horrores. Incapaz fue también de olvidar el olor dulzón de la sangre que él derramó a su alrededor formando un círculo que no cerró del todo, despojándola de toda protección; sangre fresca, de un vívido color rojo que destellaba como vino tinto a la luz de las velas. Y cómo éstas, a unas palabras extrañas de Kartal, bajaron de intensidad, volviendo su llama más opaca, más negra.

Temerosa de lo que estaba sucediendo, de la certeza de que aquella sangre procedía de alguna joven inocente como decían las leyendas, Adrienne quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta paralizada. Quiso huir, pero Kartal estaba allí, moviéndose con una velocidad imposible, tomándola de los hombros para llevarla de vuelta al centro del lecho con suavidad, e incluso con compasión en el fondo de aquellos familiares ojos negros.

—Señor, ayúdame —susurró Adrienne con un sollozo.

Kartal la miró largamente. Se inclinó y le acarició los cabellos. La besó en la frente.

—El Señor no va a estar aquí para salvarte, lo sé muy bien mi vida —susurró con aquel acento extraño, hermoso pero sibilante—. Seré yo quien te salve. Y te aseguro que no echarás de menos a ese Dios tan mentiroso, tan inalcanzable.

A partir de aquel momento, todo se volvió aterrador. De pronto parecía haber otra presencia en la habitación, invisible pero poderosa que se acercaba a ella a través de la zona abierta del sangriento círculo que rodeaba el lecho. Desde la planta baja del castillo llegaban las risas agudas,

frías y diabólicas de Bela, Aniela y Valeska. El frío se volvió casi físico, igual que la oscuridad, y mientras una extraña inmovilidad invadía a Adrienne contempló aterrada cómo el lecho, a ambos lados de ella, se hundía profundamente y con un crujido seco bajo el peso de unas pezuñas inexistentes. Entonces la negrura creció y ella gritó, aunque no creyó que nadie pudiera oírlo porque aquella opacidad que la rodeaba parecía estar entrando en su interior a medida que el aire de su gemido la abandonaba. Sabía que caería en un pozo más lóbrego que la más insondable oscuridad, donde solo brillarían los fuegos del infierno.

—Cumpliré mi promesa —trató de murmurar pensando en Gaspard, aunque nunca supo si había llegado a salir aquel susurro de sus labios.

Los poderes que la rodeaban, sin embargo, sí parecieron oírlo porque se removieron, furiosos, y entraron en ella con un ímpetu demoledor.

La mirada aterrada de Adrienne se posó entonces en Kartal, tan hermoso en su fría tranquilidad. La observaba a su vez con una mezcla de satisfacción, deseo y melancolía. Parecía haber amor en aquellos ojos tan profundos y luminosos como su alma perdida.

Y así fue como Adrienne, la dulce Adrienne, salvó a su ciudad y a su amor a costa de su propia existencia, y sin que hubiera nadie allí para agradecerse. Y sufrió, hasta que la Adrienne que todos conocían se sometió, porque no había allí Dios ni arcángeles para salvarla de la ávida mano del Demonio.

Pero no olvidó a Gaspard, y mantuvo su juramento incluso después de que su propio corazón hubiese sido condenado a una existencia diabólica. Y no tardaría en llegar el día en que, como Kartal había vaticinado, muchos tuvieran que sufrir las consecuencias de tan desesperada petición.

—Capítulo 4: Rumores y leyendas—

Durante la mañana siguiente a aquel fatídico día en que Adrienne entregara su alma a la oscuridad, ocurrieron muchas cosas en la normalmente tranquila ciudad de Calhors. Era un día plomizo, frío, de aquellos que quebrantaban el ánimo. Como si fuera un mal augurio de lo que podía esperarles. Entre los que se levantaban temprano, artesanos, comerciantes y campesinos, no tardó en extenderse el rumor de que habían encontrado el cuerpo del carnicero desaparecido en la vereda del río, no lejos de las puertas del norte de la ciudad; las que se abrían justo debajo del castillo. Gaspard no fue de los muchos que se acercaron a ver el cadáver por sí mismos, pero no tardó en enterarse por uno de sus aprendices de que el cuerpo había aparecido troceado como si fuera una res más de su matadero. Desde la Casa del Corregidor habían asegurado que tenía que haberse tratado de una jauría de perros hambrientos, pero los habitantes de la ciudad no dejaban de mirar hacia el castillo. Y el bebé de la lavandera tampoco había aparecido.

Pero esas no fueron las peores noticias que iban a deslizarse por Calhors aquel día, porque la desaparición de la bella Adrienne era un hecho que todos, nobles y plebeyos, consideraron de una gravedad extrema. Gaspard, que ya aquella noche había dormido agitado, envuelto en un frío extraño que parecía reírse cada vez que se sumía en un duermevela intranquilo, vio llegar con el corazón en un puño a los guardas de la familia Beaumont. El terrateniente de la casa venía con ellos mostrando un rostro ominoso y cetrino. Como siempre que había problemas para la casa de los Beaumont. Mientras sus ayudantes dejaban de cortar, pulir y barrer para mirarle, acongojados, Gaspard dejó caer la montura de piedra en forma de margarita y el cincel que tenía en las manos. El ornamento rebotó contra el suelo y se rompió, pero él no se dio cuenta de ello. Avanzó con esfuerzo hacia la entrada del taller para encontrarse con los soldados de su futura familia.

—Maestro Gaspard —dijo el terrateniente con la familiaridad que le confería haber visto crecer al joven que iba a casarse con la hija de su señor—. Supongo que la dama Adrienne no estará aquí con vos.

—No —dijo Gaspard con un hilo de voz—. ¿Por qué? ¿Ha desaparecido?

—Desde ayer noche, cuando mis hombres la escoltaban a casa tras venir a veros a vos.

Gaspard se tambaleó. El caballero, delante suyo, lo miraba con una compasión que pretendía ser impersonal sin conseguirlo; conocía lo suficiente al cantero para saber que su angustia sería igual, sino mayor, que la de la familia Beaumont. Trató de explicarle, sin estar seguro de si Gaspard le prestaba atención o no, que sus hombres habían perdido de vista a Adrienne mientras subían por la calle que llevaba al palacete. Se había levantado una niebla profunda y densa que no les permitía ver, pero les pareció escuchar que Adrienne los llamaba desviándolos hacia las afueras del pueblo. Se adentraron en varios callejones que llevaban a las murallas siguiendo aquel murmullo hasta que la frialdad y la malicia que transmitía les hizo detenerse; aquella no podía ser Adrienne.

Gaspard dejó de escucharle, y echó a correr hacia el centro de la ciudad. Le escocían los ojos y era consciente de que muchos lo observaban a su paso, y que algunos le gritaban palabras de

ánimo y esperanza, pero no se detuvo siquiera para agradecerlas. Estaba seguro de que la locura iba a hacer presa en él. Cuando llegó al palacio de los Beaumont, jadeando y húmedo por aquella llovizna fría y húmeda que impregnaba el aire, encontró a un corro de gente alrededor de las gruesas puertas de la propiedad. Había varios caballeros, el arzobispo y algunos criados, además de los niños pobres que esperaban la limosna de pan de cada mañana y que parecían asustados. Gaspard no se detuvo y entró en el palacete mientras a su alrededor se hacía el silencio y le abrían un pasillo para permitirle el paso.

—Dios todopoderoso —suplicó mientras penetraba en la amplia sala de audiencias—, no me quites a mi querida Adrienne. No te pido ninguna otra cosa, tan solo que no me quites a mi Adrienne.

Fue apenas consciente de que la madre de Adrienne trataba de consolar a sus hijas pequeñas. El padre, Jean-Pierre, organizaba una partida de búsqueda con sus soldados y los hombres que le habían cedido algunos amigos de confianza. El hermano de Adrienne parecía haber salido ya hacía rato. Pero Gaspard no se detuvo a hablar ni con unos ni con otros. Corrió escaleras arriba, a la habitación de Adrienne, henchido por la esperanza pese a que sabía que no iba a encontrarla. En la penumbrosa habitación, donde el lecho permanecía sin arruga alguna que delatara su uso, solo estaba la aya Justine arrodillada junto al arcón de las ropas sollozando con una desesperación que rivalizaba con la suya.

—Se la han llevado —musitó la mujer al verle—. Mi niña, se la han llevado.

Gaspard se fijó en que Justine, que parecía ahora más anciana que nunca, manoseaba su rosario. Miró entonces el cofre de madera labrada que él le regalara a Adrienne y que descansaba sobre el tocador. Se acercó a mirarlo y lo abrió. En su interior estaba la roca que iba a ser la piedra angular de su hogar y el medallón en forma de dragón de Kartal, oscuro y frío. Cuando lo levantó, Justine sollozó con más fuerza y encomendó una plegaria al Señor. Entonces Gaspard dejó que la locura lo embargara. Sin detenerse a pensar, dejó el colgante en el cofre y volvió a cerrarlo para ocultarlo de la apenada visión de la aya. Salió de la habitación, bajó las escaleras y se abrió paso hacia la puerta entre los sirvientes angustiados y los caballeros que cuchicheaban. Todos se quedaron mirándolo cuando se encaminó sin detenerse hacia la parte alta de la avenida empedrada, hacia el puente que llevaba al castillo. Fue entonces cuando empezaron a seguirlo, pues muchos llevaban horas discutiendo si sería oportuno y apropiado subir al castillo. Aunque lo que verdaderamente los retenía era el temor.



Bajo el cielo encapotado el castillo ofrecía una estampa triste y desolada. Los arbustos estaban marchitos a causa de las heladas y la hierba crecía salvaje entre las losas de piedra que llevaban al patio de armas. El aire estaba impregnado de un olor a descomposición fuerte y penetrante, estancado. No tardaron en descubrir por qué, y muchos hombres se llevaron las pañoletas al rostro

para atenuar el hedor; el patio de armas estaba sembrado de cuerpos desmembrados, desollados y cuarteados que por las ropas ajadas y podridas, no podían ser otros que los soldados del Conde.

—¡Adrienne! —gritó Gaspard hacia el castillo silente—. ¡Adrienne!

Atravesó el escenario de la matanza tratando de no resbalar en los charcos de sangre resecos y vueltos a licuar a causa de la humedad, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a resbalar por su rostro. Era vagamente consciente de que el sonido de muchos pasos pesados revelaba que varios hombres le seguían, pues estaba perdido en su propia desolación. Sentía a cada paso que su corazón se rompía en mil pedazos. Entró en la Sala Mayor, y la visión de lo que allí había le entumeció la mente hasta el punto de creer que estaba avanzando a través de un sueño terrorífico. El capitán de la guardia de los Beaumont lo tomó del brazo, por si fuese a caer.

El olor a muerte era insoportable, aunque no tanto como su contemplación. El primogénito del Conde de Calhors colgaba ahorcado de la gran lámpara de velas del techo. Su madre, la Condesa, había sido encadenada a una silla tan cerca del fuego que había muerto abrasada y cubierta de ampollas. Las hijas, dos muchachas que apenas habían alcanzado la pubertad, estaban atadas a la mesa de banquetes, y numerosos regueros de sangre revelaban los muchos cortes que habían sufrido en los cuerpos desnudos. El propio Conde estaba clavado a su trono por medio de dagas en sus hombros y en sus piernas, y sin duda había contemplado todos aquellos horrores antes de ser degollado como una res. Debía de llevar varios días muerto, pero aún podía adivinarse la expresión de profundo horror con que había abandonado su hasta entonces fastuosa existencia.

Por todo el castillo las escenas fueron similares. Sirvientes, guardias, miembros del clero y cortesanos aparecían asesinados con muestras diversas de tormento. En una alcoba pequeña del último piso de la torre principal encontraron el cuerpo de un bebé en un lecho cubierto de sangre. Alguien lo reconoció como el niño desaparecido de la lavandera.

Gaspard no descansó hasta que hubo recorrido todas las estancias de la fortaleza, descubriendo que incluso los caballos y los pocos animales que habitaban el castillo habían sido sacrificados. Todos excepto los perros, que se movían de aquí a allá y de vez en cuando mordisqueaban algún cadáver. La capilla del castillo había sido demolida, y las cruces e imágenes de los santos arrojados al pozo negro. Gaspard siguió llamando a gritos, moviéndose por el castillo como un sonámbulo, sintiendo que le estaban arrancando el corazón del pecho. Pero de Adrienne no había ni rastro. Y de Kartal y sus seguidores tampoco. Ni siquiera sabía si su amada estaba viva o muerta, pero Gaspard sabía que, de alguna forma, había sido víctima también de aquella barbarie.

Se encomendó al Señor cuando finalmente abandonó el castillo, agotado, ignorando a las personas que avanzaban en dirección contraria para ser testigos de aquel hecho del que sin duda se hablaría durante décadas en Francia y muchos otros pueblos cristianos. Porque ya no había nadie que no considerara que aquello había sido obra del Demonio. Gaspard llegó de nuevo al palacete de los Beaumont y agradeció que la madre de Adrienne se abrazara a él, pese a que se sentía tan vacío que no podía consolarla.

—Adrienne volverá —dijo la mujer sollozando sobre su hombro, perdida toda la dignidad con que demostraba su alta alcurnia—. Dios no permitirá que le suceda nada malo y nos la devolverá. Estoy segura de ello.

Gaspard volvió a subir al cuarto de Adrienne, donde todavía quedaban reminiscencias de su esencia. Sus vestidos con su olor, la forma de su cuerpo impresa en el lecho, su encanto en las cintas de colores que esperaban colgadas para adornar sus cabellos y su pecho, los borceguíes con los que tantas veces había entrado de puntillas en el taller para sorprenderlo con un tierno abrazo a traición... y la forma en que apoyaba el rostro sobre su espalda, aspirando su olor y apretándolo con sus delicadas manos como si quisiera fundirlo con su propio cuerpo de ángel. Adrienne. Con un latigazo de dolor el rostro de Adrienne volvió a la mente de Gaspard, como no había podido hacerlo mientras observara los horrores del castillo. Los inocentes ojos castaños, los labios rojos siempre sonrientes, los pómulos sonrosados, los largos cabellos oscuros, trenzados. La vida que emanaba de ella y que era el sustento de su existencia. Gaspard gimió, cogiéndose a la baranda de la escalera, sintiendo un dolor tan pesado que embotaba su cuerpo sin permitirle avanzar.

Le costó una eternidad llegar al final de las escaleras, sollozando con voz queda, y alcanzar la habitación de Adrienne. Encontró a la aya Justine tendida en el suelo, inmóvil, con la cabeza apoyada en la esquina del arcón, un vestido de Adrienne enredado en una mano y la otra aferrada al pecho como una garra. Era una mujer demasiado mayor para soportar semejante pérdida, y su corazón se había roto, llevándola a las puertas de San Pedro. Gaspard la observó con pena. La recogió con delicadeza del suelo y la tumbó en la cama, cruzando sus brazos sobre el pecho. A Adrienne no le importaría. Cuántas veces la aya se había acurrucado en aquel lecho abrazando el cuerpo de Adrienne, porque cuando ésta era pequeña la asustaban las tormentas. Gaspard sonrió con aquel recuerdo, pese a que cualquier memoria de la felicidad parecía acuchillarlo por dentro. Permaneció largos minutos observando a Justine, que parecía descansar en paz. Casi la envidiaba, pues ella no tendría que seguir sufriendo. Quizás incluso se había reencontrado ya con Adrienne en el Reino de los Cielos.

Fue entonces, cuando sacudió la cabeza tratando de dispersar el dolor, cuando reparó en que el cofre de madera labrada que él le regalara estaba abierto. Estremecido sin saber por qué, Gaspard se acercó para mirar en su interior. Estaba vacío, ni la piedra ni el medallón descansaban ya sobre el fondo de seda. Miró a su alrededor, pensando que quizás Justine podría haberlos tomado. Pero no parecía probable que la mujer se hubiese movido después de que él se hubiera ido. La ventana, en cambio, estaba abierta. Y mientras el resto de la casa seguía sumido en la angustia y la confusión, Gaspard se acercó más a la verdad que todos los capellanes, caballeros y matronas que se reunían abajo. Cogió la caja ya vacía y salió de la casa, dedicándole una mirada de despedida a Justine. Qué habrían visto aquellos ojos, antes de cerrarse para siempre jamás.

Aletargado por el dolor, sintiendo que si conseguía atraer de nuevo a Adrienne podría recuperar su vida, la buscó por todas las calles de Calhors y por las cercanías de la ciudad. De vez en cuando la llamaba, sosteniendo aún el cofre en las manos, y preguntaba con esperanza a cualquiera con quien se cruzase si habían visto a Adrienne, a Kartal Balan, a las doncellas o al sombrío Farkas. La gente negaba con compasión, dándole ánimos y asegurándole que rezarían a Dios para que le ayudara a encontrarla. Y así pasaron algunos días, sin que el ánimo de Gaspard se quebrantara.

Pero poco a poco la gente fue asumiendo lo que había sucedido sintiéndose a salvo, pues

aquella sensación de malignidad que había sobrevolado la ciudad parecía haberla abandonado. De nuevo los ciudadanos de Calhors se sintieron amparados por la fuerza y la gracia del Señor, y la magnitud del horror vislumbrado caló incluso en los corazones más viles. Todos aprendieron la lección y se afanaron a acudir a la iglesia como buenos devotos. Pero la bondad tiene poca vida en los corazones que no la cuidan y con el paso de los días, a medida que los siervos limpiaban el castillo, los clérigos rezaban por aquellas almas maltratadas y los representantes del rey buscaban familiares del Conde que quisieran hacerse cargo del castillo, el sentido de los bisbiseos de la gente volvió a cambiar de dirección.

Se dijo que Kartal Balan había hecho un pacto con el Diablo, en eso todos estaban de acuerdo. Y se rumoreaba que el Conde, que lo había exiliado, había sido el sacrificio hecho en un ritual de magia negra. La lavandera que había perdido a su hijo no tardó tampoco en ser una víctima propiciatoria, murmurándose que había sido castigada por no cuidar bien de su hijo. La mujer acabó lanzándose al río. Tampoco la familia Beaumont se libró de la maledicencia de sus convecinos, empeñados en encontrar culpables para sentirse ellos mismos más puros. Se dijo que les habían echado un mal de ojo, o que habían conseguido toda su riqueza a través de un trato sombrío y oscuro por el que habían dado en prenda a su hija. Incluso se dijo que la culpa era de Adrienne, que con su encanto y su beldad había atraído con malas artes a quien había sido luego la horma de su zapato. Incluso se filtró por la ciudad el rumor de que era Adrienne misma quien poseía ya en su interior el germen de la maldad, porque su pureza y su bondad rayaban la indecencia. Al final incluso hubo quienes murmuraron que la doncella era una enviada del demonio cuya misión era pervertir y atraer a las almas puras de los buenos habitantes de Calhors para abocarlos a los infiernos.

Cuando ya no pudieron soportar más las habladurías y el dolor, los Beaumont dejaron en manos de los hombres del rey las pesquisas y se mudaron al norte, cerca de la corte, donde la gente era civilizada y el Mal no tenía cabida. Se despidieron de muy poca gente, y emprendieron la marcha en la oscuridad de una noche cerrada.



Gaspard, sin embargo, fue poco consciente de todo aquello. Se despidió aturdido de la que había sido su familia durante mucho tiempo, notando apenas que incluso Jean-Pierre bajaba la mirada para no ver el dolor que reflejaba su rostro. Poco le importó que el arzobispo y varios nobles locales le conminaran a acabar los encargos que le habían hecho amenazándolo con quitarle su salario y denunciarle al Corregidor. Él devolvió cuanto le habían pagado por adelantado e incluso añadió otra tercera parte en oro por las molestias causadas, y alegó con sinceridad que estaba demasiado afectado por la pena como para concentrarse en su obra. La mayoría cogió el dinero y se fue, y algunos pocos le compadecieron. También dio grandes cantidades de oro a sus fámulos, encomendándolos a tal o cuál cantero según sus aptitudes, y les conminó a abandonarle.

Simplemente ya no estaba interesado en nada que le atara a la vida. Cuando ya no pudo seguir deambulando por la ciudad y sus alrededores, cada vez más lejos, en busca de Adrienne, regresó a su taller vacío. Tan solo algunas estatuas a medio hacer y sus herramientas, que sus discípulos no se habían atrevido a robarle, le esperaban en las sombras. Se dejó caer en el banco del patio de su taller y allí permaneció observando el castillo, dejando pasar horas y días.

Simplemente ya no tenía razón alguna para vivir. Sin Adrienne, su existencia ya no tenía sentido. Si sobrevivió a aquella negra etapa de su vida, especialmente cuando llegó el invierno, fue gracias a la caridad de su discípulo Denis, que era el único que no le había dejado. Tenía trece años y un profundo respeto por su maestro. Cada mañana acudía a ver a Gaspard antes de ir a trabajar al nuevo taller al que había sido asignado, y le dejaba una ración de la ternera estofada y el caldo de verduras que su madre preparaba. La mujer sentía tanta pena por el cantero que pese a que éste, en sus momentos de lucidez trataba de darle dinero, ella no quiso aceptarlo. Gaspard comía porque Denis se preocupaba si no lo hacía, y se dejaba llevar al lecho de la pequeña habitación que tenía en el taller cuando llegaba la noche. Entonces soñaba con Adrienne, la veía ante él, transparente pero siempre radiante, y creía tenerla de nuevo con él. A veces se había levantado para estrecharla entre sus brazos, para despertar al no sentir entre sus brazos otra cosa que el aire frío de la estancia. Otras veces le hablaba, o simplemente la miraba. Sin embargo por la mañana cuando llegaba el amanecer, Denis volvía a encontrarlo sentado en el banco del patio, observando el castillo desierto con la mirada extraviada en dolorosos recuerdos del ayer.

Fueron muchos los que trataron durante aquella nueva primavera, el verano y la caída del otoño de levantarle el ánimo, pues todos, menos él, tenían ya claro que Adrienne jamás iba a volver. El invierno fue benévolo y la gente todavía se reunió a hablar de los terribles sucesos al amor de la lumbre de las tabernas, y lo mismo ocurrió a lo largo del siguiente año que entraba. Pero en el invierno que sucedió a ese año, cuando las penurias, el hambre y las enfermedades les hicieron preocuparse por sus propios problemas, los cuchicheos menguaron y la gente dejó de observar el castillo, y muchos relegaron la extraña masacre y a la desaparecida joven Beaumont al cajón de las leyendas en sus recuerdos.

Pero Gaspard no reaccionaba. Era incapaz de creer que su amor hubiese muerto, pues creía firmemente que si el corazón de Adrienne hubiese dejado de latir el suyo tendría que haberlo hecho también. Y se angustiaba, porque su amor era tan puro e inquebrantable que nunca, jamás, hubiese creído que Adrienne lo había abandonado por voluntad propia.

Y tenía razón, pero eso no cambiaba nada.



Una noche, entrados ya en la plenitud vivificante de finales de la siguiente primavera, un buen amigo, cantero veterano, vino a verle al taller. Gérome, que así se llamaba, se quitó la capa y se sentó junto a Gaspard en el banco. Miró él también un rato hacia el castillo antes de hablarle.

Seguía sin haber luz allá arriba pese a que algunos, los que seguían queriendo mantener vivo el misterio, aseguraban que a veces, por la noche, se veían luces rojas.

—Hace ya más de dos años —murmuró Gérome.

Gaspard no dijo nada, pero cambió levemente de postura para indicar que le había oído.

—Ya sabes que yo no soy amigo de las habladurías —continuó el cantero—. Pero deberías plantearte la posibilidad de que estés llevando un luto innecesario. Si ha muerto, ya la has llorado lo suficiente.

—Nunca encontramos su cuerpo —dijo Gaspard, con la voz ronca de apenas usarla.

El cantero le miró. Gaspard estaba pálido y ojeroso, como si él mismo se hubiera desposado con la muerte. Había adelgazado mucho y llevaba los cabellos largos, y una barba de varios días que teñía de oro viejo su rostro. Pero que hablara ya era un avance.

—Jamás diré que la hermosa Adrienne fuese libertina —murmuró Gérome—. Pero tienes que plantearte la posibilidad de que se fuera con aquel Kartal Balan por voluntad propia. Era rico, y apuesto dice mi esposa, y quizás consiguió seducirla. Es posible que Adrienne no supiera cómo decirte que te dejaba y prefiriera no enfrentarse a una despedida.

Gaspard se limitó a mirarle, pero de tal forma que, avergonzado por sus palabras, el otro cantero no pudo sino bajar la mirada. La fe de Gaspard era tan intensa, su confianza en su amor tan inquebrantable, que era imposible decir nada en contra de Adrienne en su presencia. Gérome volvió a mirar al castillo, recordando la carnicería que habían encontrado en su interior y la inocencia vital y desmedida de Adrienne. Suspiró.

—Gaspard, amigo mío —dijo con la voz cansada—. No sé lo que le sucedió a Adrienne, pero no puedes seguir dejándote morir de esta manera. Suicidarse es pecado, ya lo sabes —Gaspard le miró fijamente; bien que lo sabía. Si eso no hubiese molestado a Dios, haría ya tiempo que Gaspard se habría liberado a sí mismo de sus penurias—. Acepta uno de esos encargos que te han propuesto. Lejos de aquí, si hace falta. Pero sigue adelante con tu vida. Yo también conocía a Adrienne, gracias a ti, y sé de su bondad y su preocupación por ti. Ella no hubiese querido verte así. Sufriría si lo supiera.

La mirada ambarina de Gaspard bajó hasta el suelo, donde algunas florecillas blancas y azules empezaban a despuntar bajo el suelo liberado ya de la escarcha del invierno. Gérome consideró un cambio positivo el hecho de que Gaspard mostrara algún tipo de emoción, aunque fuera angustia.

—Hazme caso, chico —dijo palmeándole el hombro y levantándose para irse—. No la olvides, pero vive. Serás bienvenido si algún día quieres venir a cenar a casa, ya lo sabes.

Lo que no sabía Gérome, tras dejarle solo, era que había dicho las únicas palabras que podían sacar a Gaspard de su negro ostracismo. Pues el joven había recordado, ya sin posibilidad de seguir ocultárselo a sí mismo, que le había jurado a Adrienne que si algo le sucedía a ella, lucharía por seguir adelante con su vida. Mientras el aire primaveral traía a su patio los penetrantes aromas de la ciudad, Gaspard empezó a llorar todo lo que no había llorado en aquellos dos años, después de que sus ojos enrojecidos se hubieran secado al pasar los días sin noticias de Adrienne. Y si lloraba, era en gran medida porque le iba a resultar tan difícil cumplir la promesa que le había hecho a su amada como aceptar su pérdida. Pero lo había jurado. Por su amor, por

Adrienne.

Aquella noche, cuando Denis vino a acostarle, encontró a un Gaspard con la mirada enrojecida pero la expresión vívida. Gaspard durmió poco, y cuando su recuerdo conjuró la imagen de Adrienne, vívida y hermosa, la observó meditabundo.

—¿Sabías ya que algo podía sucederte cuando me hiciste jurar que seguiría adelante sin ti, mi amor? —le preguntó. Adrienne se limitó a sonreírle y no le habló; a veces lo hacía—. Lo hiciste porque me amabas y no querías que me sucediera nada, pero me has castigado. Pues yo tampoco puedo vivir sin ti, ¿sabes?

Nuevas lágrimas brotaron de sus ojos doloridos.

—Dios sabe que es lo único que quiero en esta vida, que vuelvas a mi lado —sollozó—. Pero cumpliré con tu voluntad última, aunque me pese tanto que no sepa cómo lo conseguiré. Porque te amo. Si estás con el Señor, pídele que me de ánimos, Adrienne, porque no podré hacerlo solo.

Y así, asegurándole que iba a obedecerla, el recuerdo de Adrienne se disipó con los últimos rastros de su delirio mientras Gaspard caía en un duermevela más profundo.



Al amanecer, cuando Denis acudió al taller de los Michel, se quedó tan quieto como las viejas estatuas de piedra que aún reposaban en el taller. Gaspard estaba recogiendo sus utensilios, guardando y desechando según se hubiesen desgastado tras tanto tiempo de abandono y desuso.

—¡Maestro! —murmuró Denis.

Gaspard se giró a mirarle e hizo algo que no había hecho en mucho tiempo: sonreír. Y aunque no podía ocultar que le costaba un notable esfuerzo, no por eso dejó de hacerlo.

—Mi querido Denis —dijo acercándose para pasar el brazo por los hombros fuertes del muchacho, que contaba ya con dieciséis años recién cumplidos—. Has sido de una gran ayuda para mí, te lo agradezco mucho.

El muchacho no respondió, tan emocionado estaba.

—Jamás podré mostrarte suficiente gratitud a ti y a tu familia, por velar por mí cuando yo no lo hacía.

Denis quiso negarlo, horrorizado de que su gran maestro se sintiera en deuda con él.

—Esta noche visitaré tu casa si me lo permites —dijo Gaspard.

—Claro, maestro —consiguió decir el joven.

—Bien, ahora ve a trabajar.

Gaspard observó cómo el joven corría calle arriba, feliz, y se dispuso a abandonar él mismo el taller del que apenas había salido en aquellos dos años. La familiaridad del barrio de los artesanos de Calhors, salpicada de novedades, le golpeó como un mazazo; la realidad era que el mundo había seguido su curso y había olvidado a Adrienne. La gente lo miraba boquiabierto, como si se hubiera aparecido un fantasma. Algunos se apartaron de él, sin atreverse a mirarle a la cara, pero

otros le estrecharon el hombro, le murmuraron palabras de ánimo e incluso algunas matronas lo abrazaron con una ternura que Gaspard ya casi había olvidado.

Siguió avanzando por la ciudad mientras sus pasos, lentos y pesados, lo llevaban hacia la avenida tan familiar. Algunas casas habían sido restauradas, otras perdían su lustre, pero Gaspard tan solo se fijó en el palacete de los Beaumont. Abandonado, se estaba dejando vencer por la desidia de la misma forma que lo había hecho él. Cuando los recuerdos se hicieron demasiado punzantes, Gaspard siguió avanzando sabiendo que ya no volvería más a aquel lugar que había sido su casa y su futuro. Siguió caminando hasta llegar a la casa que había comprado y que tenía que haber sido su hogar. Allí ni siquiera entró. Y aunque sabía que era una necedad, subió hasta el castillo. Era el primero que lo hacía, si no se contaba a los chiquillos que nunca se atrevían a ir más allá de las verjas.

Nada encontró allí, pero se paseó entre las murallas y por las salas vacías hasta bien entrada la tarde. Entonces salió, sin intención ya de regresar jamás.

—Adiós, Adrienne —dijo—. Pero no me dejes, aunque yo me vaya.



El cantero Gérome se llevó una buena sorpresa, aunque grata, cuando Gaspard se presentó en su casa, cuidada la barba y limpios los cabellos, para aceptar la invitación a cenar. Toda la familia se mostró encantada por su presencia, y Gérome solo volvió a ponerse serio cuando se quedaron solos a beber una jarra de vino templado.

—Va a ser duro —dijo Gaspard.

—Lo sé, chico —asintió Gérome—. Pero poco a poco te irás reponiendo, de verdad. Deberías aceptar el encargo de la Iglesia de Rocamour. Es una buena obra, en un pueblo enclavado en las montañas que ha sido escenario de muchos milagros gracias a su Virgen Negra, ya habrás oído hablar de ella. Quizás también haya esperanza para ti allí. En un lugar tan sagrado, Dios y sus Santos velarán por tus penas y escucharán tus ruegos. Te echaremos de menos, pero necesitas un cambio. Y quizás algún día vuelvas.

Aunque eso ninguno de los dos lo creía ya.

Tras aceptar que Gérome se encargara de preparar el viaje, Gaspard se dirigió a casa de Denis. Aceptó de buen grado el abrazo emocionado de la madre de éste, y agradeció que ella, fiel a la memoria de Adrienne, le asegurara que ella siempre le había querido y que solo el Demonio o la muerte podrían haberla apartado de él. A ellos, que vivían en una chabola de las afueras, les entregó Gaspard la casa. No la quería, les aseguró, pero tampoco quería abandonarla cuando tantas esperanzas habían vivido en ella. A Denis le pidió que lo acompañara a Rocamour como su principal ayudante hasta que acabaran sus siete años de aprendizaje, y éste no tardó ni un padrenuestro en llenar un macuto con sus pocas pertenencias y sus escasas pero preciadas herramientas.

Cuatro semanas más tarde, Gaspard emprendía su partida de Calhors para empezar una vida nueva en Rocamour, pese a que a cada paso el dolor que sentía, que amenazaba con ahogarlo, cruzaba su mente torturada. Quizás Dios fuera benévolo con él ésta vez, y le permitiera sobrellevar lo que le quedaba de vida trabajando y rogando a los muchos Santos de Rocamour que velaran por su Adrienne.

Pero el destino, ya fuera por las fuerzas del mal, del bien, o del simple azar, lo llevaba allí donde menos habría esperado. Allí donde realmente quería estar. Cerca de Adrienne. Pues los juramentos hechos, como ya se ha contado, atan más de lo que nadie puede imaginar. Aunque los corazones que los hayan hecho estén condenados. Aunque luego haya que arrepentirse de lo que se ha deseado.

—Capítulo 5: El azar del juramento cumplido—

A veces parece que uno siempre puede empezar a labrarse una nueva vida, dejar atrás lo que nos pesa y extender las alas, pero eso es solo un cuento más. El pasado, como una parte de la personalidad misma, nos acompaña allá donde vayamos. Y lo mismo le sucedió a Gaspard cuando, tras una semana de viaje, llegó a la hermosa población de Rocamour.

Rocamour era una de las poblaciones más norteñas del Lot francés. Enclavado en un estrecho y angosto valle, el pueblo era alargado excepto en su centro, donde se encontraban los edificios públicos, y en su nivel superior, tallado en la falda de la montaña, donde se encontraba el complejo religioso compuesto por la basílica, varias capillas, y la nueva Iglesia de la Virgen Negra en la que Gaspard iba a trabajar. Rocamour, pese a ser pequeño y encontrarse en un lugar apartado en medio de bosques y valles, era un lugar famoso. La capilla de Amadour guardaba las reliquias del santo, que había llegado allí huyendo de Jerusalén tras el calvario de Jesús. Y la Virgen Negra, que se decía tallada por el mismísimo santo, había sido artífice de muchos milagros famosos en la región. Rocamour era, además, el lugar de paso para todos aquellos peregrinos que se encaminaban desde cualquier parte de Europa hasta Santiago de Compostela y muchos caminantes, nobles y plebeyos, se detenían a orar allí. O a descansar en la colindante aldea de l'Hostalet, donde se encontraba el hospital de peregrinos que llevaban diligentes las monjas cistercienses comandadas por la priora Thérèse. Y por encima de todo lo demás, en la cima del alto peñasco y dominando toda la región se encontraba la fortaleza del Vizconde, poderosa y formidable. Una mole de piedra que parecía emerger de la propia montaña y que se cernía sobre el valle para proteger los sacros santuarios de la plaza Michelet.

Era sin duda un lugar hermoso, encantador en su arquitectura imposible que alzaba el pueblo en varios niveles estrechos, donde religión y salvaje naturaleza se mezclaban de una forma inigualable. Pero poco conmovió este escenario el ánimo afligido de Gaspard Michel. Uno de los barones del reino de Francia asentado en aquella pequeña pero rica localidad, el Barón Fabrice de Renaud, le había contratado para hacerse cargo de la decoración en piedra de la nueva Iglesia de la Virgen Negra. Parecía ser que el hombre había jurado regalar a la nueva capilla santa el pórtico, con tres arcos y dos efigies talladas, si conseguía casar a su hija mayor con un margrave que gozaba de los favores propios de un príncipe en el imperio germánico. Según decían era un buen hombre, devoto, que había heredado su título y su extensa riqueza de un abuelo que parecía haber hecho ciertos favores al rey de Francia. Y ahora que había conseguido su propósito de convertir a su hija en una margravina germana, quería cumplir con su ofrenda sin reparar en gastos, y por ello había insistido tanto para atraer a Gaspard a Rocamour.

Gaspard llegó al pueblo montando un caballo alazán a través de la ancha, inclinada y sinuosa calle principal que subía desde el espeso bosque, con las primeras luces de la mañana. Denis llevaba allí ya una semana, asegurándose de que todas las herramientas de su maestro llegaban en buenas condiciones y de que tendría habilitado un buen taller para trabajar. Gaspard había decidido, pese a la insistencia del Barón Fabrice en alojarlo en su propio palacio, instalarse en una

casa contigua a su taller, que debía estar cerca de la Iglesia y en un lugar tranquilo y apartado. Había asegurado que necesitaba paz de espíritu para inspirarse y hacer un trabajo digno de la santísima Virgen Negra, aunque también se debía a que su pena lo hacía sentirse tan vacío, tan muerto por dentro, que no sentía ilusión ninguna por mezclarse con el resto de la gente. Tan solo quería obedecer la promesa hecha a Adrienne, y soportar lo que le restaba de la vida en paz.

Adrienne. Era el único pensamiento feliz, a la vez que amargo, que ocupaba sus pensamientos en aquella mañana límpida y fría de principios de verano, mientras escuchaba el sordo golpeteo de los cascos del caballo sobre el empedrado de la calle principal de Rocamour. Fue apenas consciente de que las gentes del pueblo dejaban de cargar comida, de charlar en corros, de dirigirse a las capillas o supervisar a sus siervos para detenerse y mirarle. La historia de la masacre de Calhors y del cantero que buscaba con desesperación a su amada desaparecida había corrido por todo el sur de Francia, e incluso se habían hecho canciones. Pero a Gaspard poco le importaba.

Mientras avanzaba hacia el centro del pueblo, trató de fijarse en el que sería su nuevo hogar. Rocamour era un lugar próspero, de eso no había duda. La calle principal estaba limpia, salvo por los efectos del paso de los animales de carga. Aquí y allá, las calles laterales llevaban a zonas cada vez más agrestes del poblado, con casas más pequeñas que tenían sus cultivos y sus campos en distintos niveles sobre las terrazas del acantilado. A un lado y otro de la calle principal se levantaban casas de huéspedes y comercios, mientras que en la parte más llana de la zona las calles llevaban a las casas regias y los palacetes, muchos de los cuales mostraban escudos en sus fachadas y sus entradas para caballos vigiladas por guardias con librea.

El color predominante en la piedra de construcción era el marrón claro, típico de aquellas tierras. Buena piedra, y bellas casas, casi indistinguibles de la ladera de la montaña. A Adrienne le habría gustado.

Gaspard se llevó una mano al pecho y hundió la otra en sus cabellos trigueños, soltando momentáneamente las riendas del caballo. Qué hacía allí, se preguntó, en vez de continuar sentado en su solitario hogar de Calhors, vigilando el castillo. Hizo un esfuerzo por respirar, sintiendo que el jubón de cuero lo ahogaba. El caballo dio otros dos pasos y finalmente se detuvo, dubitativo, haciéndose eco de la turbación de su jinete. Dos leñadores que cargaban con gruesos troncos de madera de arce se detuvieron a mirarlos pese al gran peso que soportaban y el calor que ya caía despiadado.

Gaspard se obligó a respirar hondo, a calmarse. Muchas veces en aquellos últimos tiempos había tenido que luchar contra los ataques de ciega desesperación que amenazaban con conducirlo hacia cualquier precipicio por el que despeñarse para aliviar todos sus males. Y ahora se encontraba en un pueblo en el que cualquier calle llevaba a un despeñadero en cualquier dirección que avanzase. Gaspard no pudo ahogar una carcajada, que pese a estar exenta de cualquier alegría le hizo recordarse que estaba vivo. Que su garganta era todavía capaz de producir aquel sonido. Aunque a cualquiera le hubiese parecido extraño, para él fue un descubrimiento sorprendente. Palmeó el cuello del agitado alazán y miró a los dos leñadores que todavía le observaban.

—Buenos días os dé el Señor —les deseó, mientras los hombres asentían con la cabeza.

Siguió su marcha tratando de no pensar en nada. Saludó con la cabeza a las gentes con que se cruzaba y que se quedaban observándole sin recato alguno. Sin duda el Señor, en su sabiduría, le había llevado hasta aquel lugar para poner a prueba su fe y hacerle demostrar que podía ser fuerte, que era digno de su perdón y del amor que Adrienne le había profesado. Cuando llegó a la altura del complejo religioso de la ciudad se detuvo y desmontó, entregando las riendas a uno de los chiquillos que se ofrecían a cuidar de los caballos de los visitantes a cambio de unas monedas de cobre.

Gaspard miró hacia arriba, donde las diversas capillas y la basílica se alzaban con una majestuosidad serena y un tanto curiosa rodeadas como estaban de los irregulares peñascos de la ladera desnuda. Para llegar hasta allí desde la parte baja de la ciudad, partía a los pies de Gaspard una larga y empinada escalinata de 216 escalones. A mitad de camino una anciana enlutada hacía un alto para secarse el sudor de la frente con un pañuelo raído. La tradición decía que todo peregrino debía subir las escaleras de rodillas como primera penitencia ante los pecados cometidos, y por los que una vez arriba se pediría perdón ante el santo, la virgen o las diversas efigies de Cristo Resucitado. Aunque ya poca gente hacía aquel gesto, prefiriendo entregar cuantiosas ofrendas a cambio del perdón del Señor.

Pero Gaspard no era de éstos, y se sentía perdido. No sabía qué pecados había cometido para perder aquello que más había valorado en la vida, pero se dejó caer de rodillas al suelo y mirando arriba para ser consciente del esfuerzo que le esperaba, inició la lenta y costosa ascensión. No pensó en nada, concentrándose en la piedad de Dios y en la necesidad que tenía de purificar su alma. Si es que había cometido algún pecado.

—¡Maestro!

Gaspard parpadeó contra la luz del sol al alzar la vista para observar a Denis, su fámulo, que estaba en pie a su lado con el rostro demudado. Gaspard fue consciente entonces de que el éxtasis de su expiación lo había evadido hasta el punto de ausentarlo de la realidad.

Había recorrido ya más de la mitad de la escalinata, y el sudor corría por su rostro y manchaba su jubón, traspasada ya la camisa por la humedad de su pecho y su espalda. Sus calzas de lana estaban rasgadas a la altura de las rodillas y varios arañazos las teñían de sangre; los cardenales producidos por los agudos bordes de los escalones de dura piedra, no tardarían en teñir la piel de sus rodillas de azul y grana. Varias personas lo miraban con asombro y respeto, pues los pueblerinos se habían acercado a ver la penitencia del afamado cantero tallador, que llegaba de un lugar de sombrías leyendas para agraciarse la Iglesia de la Virgen Negra con sus obras maestras.

—¡Maestro! —volvió a decir Denis, sus brazos temblando al ser incapaz de decidir si debía levantar a su amo del suelo y ahorrarle aquel dolor.

—No te aflijas, Denis —le dijo Gaspard—. Estoy limpiando mi alma de los males que pueda haber arrastrado. Deja que sienta de nuevo la comunión con Dios.

El aprendiz se apartó los cabellos bronceados de la frente y asintió, apartándose respetuosamente pero manteniéndose cerca, siguiendo paciente y atento el lento avance de su señor y dispuesto a apartar cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Gaspard apenas se dio cuenta del celo y el amor de su ayudante, pues ahora que había sido privado de la aletargada

ensoñación en que se había sumido, era plenamente consciente del dolor de sus piernas y del sol de pleno verano que caía sobre él abrasador. A cada nuevo paso, sus rodillas se resentían de la crueldad de la piedra, sus músculos se quejaban a gritos del excesivo esfuerzo. Su cuerpo entero, privado de ejercicio y de suficientes alimentos por tanto tiempo, amenazaba con dejar de obedecerle a cada nuevo jadeo. Pero no cejó en su penitencia, pues cada nuevo tramo que superaba hacia la cima de las escaleras lo acercaba un poco más a Dios.

Cuando finalmente llegó a lo alto de la escalinata, cuando sus rodillas sangrantes rozaron el suelo de la sacra plaza de Michelet, los cuchicheos de quienes lo rodeaban permitieron apenas que su petición fuera escuchada por quienes se encontraban más cerca.

—Perdóname, Señor —dijo juntando las manos y dirigiendo su mirada vidriosa al suelo—. Y si me he ganado el honor de hacerte una plegaria con mi penitencia, te ruego que cuides de Adrienne allí donde esté, y permitas que me reúna con ella en este mundo o en el otro.

Ahogó un sollozo y se secó las lágrimas y el sudor del rostro con una manga sucia de polvo. Ante él apareció una mano callosa, extendida, rodeada de un hábito negro.

—Tu plegaria será escuchada, hijo mío —dijo una voz amable, llena de misericordia—. El Señor escucha a aquellos que le sirven con el corazón desnudo y sincero y te permitirá, aunque sea en el Reino de los Cielos, reencontrarte con tu amada.

Y el gentil sacerdote tenía más razón de la que creía, pero no estaba lejos el día en que llegaría a lamentarlo.

El padre Corbet era un hombre que contaría con su sexta década de vida. La tonsura todavía era reconocible gracias a una espesa capa de cabello cano que se resistía a caer y que, junto con unos vívidos ojos azules, le dotaban de un aspecto benévolo y generoso, un claro reflejo de su alma.

Tendió su mano. Gaspard la aceptó y se levantó, y dejó que el hombre lo sujetara cuando su cuerpo exhausto vaciló.

—Gracias, padre —dijo apartándose los cabellos húmedos del rostro para poder mirarle. El sacerdote, solemne, asintió pues sabía que Gaspard agradecía su ayuda tanto como sus palabras, y que estaba necesitado de ambas pese a su fama, su riqueza y su evidente gracia y hermosura.

—Soy el padre Corbet, y es un honor contar con vuestra presencia aquí, maestro Michel.
—Gracias, padre —dijo de nuevo Gaspard con sincera emoción.
—Ah —dijo el sacerdote palmeando con el brazo de Gaspard—. Aquí viene vuestro discípulo. Con un regalo digno de rey para un hombre sediento.

Gaspard alzó la mirada y vio a Denis afanarse entre la gente con un odre chorreante de agua que había recogido de la fuente, bajando la escalinata y volviéndola a subir tan raudo como había podido. Gaspard aceptó el odre y bebió con avidez sin importarle que el agua resbalara por la comisura de sus labios para caer hasta su ropa ya empapada de sudor. Solo entonces, despejada ya su mente y aplacado el calor, fue consciente de lo que le rodeaba. Se encontraba en una plaza amplia de suelo enlosado, tocada de arcos y sillares allí donde la pared lateral de la basílica llegaba hasta aquel nivel del suelo. A este lado de la plaza, junto a la escalinata, dos capillas de

aspecto antiguo abrían sus puertas al oscuro y fresco interior de sus templos. Contra la ladera de la montaña, fusionada con ésta, la capilla subterránea de Amadour, guardaba sus reliquias. Alejándose en una terraza adjunta y dominando el precipicio que se abría ante ella, estaba la iglesia en construcción que albergaría a la Virgen Negra cuya antigua morada, derruida, había sucumbido al paso del tiempo.

Y aquí y allá, había gente que le observaba. Damas tocadas de cofias y birretes, caballeros con calzas de seda, monjes de hábitos austeros, matronas que vendían frutas, lisiados que pedían sus limosnas a los pudientes, y muchos peregrinos.

—Los vecinos de Rocamour saben apreciar la pureza de los buenos corazones —dijo el padre Corbet, señalando con un gesto de la cabeza las expresiones respetuosas y admiradas de muchos de los presentes—. Bienvenido a vuestro hogar, maestro Michel.

Gaspard saludó con la cabeza, agradecido, a todos cuantos le dedicaban parabienes. Reconoció la plaza con una amplia mirada, aceptando que era acogedora. Solo al mirar hacia la fortaleza, allá arriba en la cima plana de la ladera, sintió un escalofrío ya conocido.

Sin embargo ni pudo ni quiso entretenerse en aquella sensación, pues un hombre fornido de ojos grisáceos y cabellos claros que disimulaban bien las canas, se acercaba con una sonrisa y los brazos extendidos a modo de bienvenida. Vestía calzas, capa corta, túnica y un jubón de lino y seda de colores azafranados, y los borceguíes eran de cuero blando con bordados. Dos hombres de armas caminaban detrás de él, escoltándolo.

—El Barón Fabrice de Renaud —susurró el monje.

—¡Maestro Michel! —exclamó el barón cuando llegó junto a él, y lo estrechó brevemente entre sus brazos—. Qué alegría teneros aquí al fin.

Cuando le soltó, lo miró de arriba a abajo. Si veía algo que no le gustaba, como la extrema delgadez o las ojeras bajo los ojos, se guardó mucho de decirlo.

—Vamos, maestro Michel, tenéis que venir a comer a mi casa hoy, y dejar que os presente a todos nuestros vecinos que están deseando conoceros.

—Llamadme Gaspard, señor Barón, si os place —respondió Gaspard tratando de no reflejar en la voz lo cansado que se sentía—. Os agradezco mucho la confianza que habéis puesto en mí para realizar vuestra obra. Y me siento halagado por vuestra invitación a vuestra regia casa. Pero si eso no os importa, desearía ir antes a mi nuevo hogar para lavarme y recuperar un aspecto digno de vuestra presencia.

—Vamos, vamos Barón —dijo el padre Corbet saliendo en su ayuda, poniendo una mano en el brazo cubierto de seda del noble—. El joven acaba de llegar y ha cumplido su santa penitencia subiendo la escalinata de rodillas, como manda la tradición. Estoy seguro de que ahora está deseando acompañaros pero sin duda necesita asearse y descansar.

—Ah por supuesto —dijo el hombre fijándose por primera vez en las rodillas laceradas de Gaspard—. Entonces iros ahora con vuestro joven aprendiz —dijo tomando a Denis del brazo y palmeándole la espalda—, que ha dispuesto y cuidado con mucho celo vuestras posesiones. Aunque hubierais hecho mejor en instalaros en mi palacio, como os sugerí. Una casa pequeña junto al taller no es lugar para un maestro de vuestro renombre. Pero está bien si así lo deseáis,

uno nunca sabe cómo van a disponer sus asuntos los misteriosos canteros —dijo finalmente, mirando al padre Corbet como si ambos fuesen testigos de una conspiración—. Entonces vendréis a cenar esta noche a mi casa, y no hay más que hablar.

Sonrió, con una mirada franca que a Gaspard le dolió más que si lo hubiera afrentado. Pues le hacía recordar los días perdidos en que Jean-Pierre, el padre de Adrienne, le miraba de la misma manera. Se despidió con cuanto júbilo pudo de ambos hombres y le pidió a Denis que le indicara el camino. Le siguió a través de la plaza hacia la iglesia en construcción y más allá, donde la terraza empezaba a descender suavemente por una de las calles laterales hacia la parte baja de la ciudad. El taller, grande y hecho de madera y piedra, se asentaba contra la falda de la montaña, a unos doscientos metros de la Iglesia. Parecía haber sido un antiguo cobertizo o incluso unas caballerizas, que habían remodelado quitándole casi toda la fachada central para proporcionarle cuanta luz diurna se pudiera. Era amplio y fresco, y un rápido vistazo le permitió comprobar que, tal como había dicho el Barón Fabrice, había sido dispuesto y preparado por Denis con gran celo. Prácticamente era una copia del taller de Calhors. Gaspard se guardó mucho de dejar emerger su añoranza y felicitó al joven por su trabajo.

Junto al taller había una pequeña casa de dos pisos, hecha de argamasa en gran parte. Podría haber sido anteriormente una casa de la soldadesca o de los siervos. Tenía en frente un par de casas de altos muros y estrechas ventanas, que sin duda tenían su fachada delantera en la calle principal de la ciudad. Era un lugar tranquilo. A parte de las paredes traseras de unas cuantas casas, nada más se alzaba en la empinada calle que seguía hacia abajo hasta que llegaba al nivel inferior de la ciudad. Allí se divisaban algunas casas con pequeños patios y cobertizos que se asentaban contra la muralla que los separaba del bosque. Allí, sin duda, podría sobrellevar su pena con la suficiente soledad, aunque no todas las vistas lo serenaban. Miró hacia arriba. Desde allí podía ver, sobre el extremo más alto de la ciudad, la todavía más alta fortaleza de Rocamour. Sus murallas eran fuertes, poderosas, y apenas era posible distinguir algún ventanuco, alguna balconada, en las grandes torres del edificio principal. Pero destilaba poder, poder y alguna otra cosa que Gaspard no sabía reconocer.

—Hace recordar al castillo de Calhors, ¿verdad maestro?

Gaspard miró a Denis. El chico miraba en la misma dirección que él, y tenía los labios apretados. También para él había sido duro, pues había querido a la dulce Adrienne casi como a él mismo. Y como le habría sucedido con cualquier otro, la visión del castillo lo llevaba de vuelta a Calhors. Pero nada tenía de especial aquella fortaleza, que no tuviera cualquier otra de la región. El Vizconde del Lot era quien lo habitaba y no un Mal sin nombre, o eso era lo que Gaspard, y casi todos los habitantes de Rocamour, creían entonces.

—Sí, Denis —dijo Gaspard—. Pero es hora de olvidar el pasado —no supo leer en su expresión si le había engañado, porque él, desde luego, no podía olvidar el pasado. No deseaba olvidarlo—. Vamos —dijo pasándole un brazo por los hombros—. Enséñame nuestro nuevo hogar. Y llámame Gaspard.

La casa era una vivienda que en otros tiempos debía haber sido austera, pero que parecía muy confortable gracias a los esfuerzos que habían hecho Denis y sin duda, el Barón Fabrice. Poseía

una cocina de leña y una mesa con varios banquitos que se separaban de la sala por un arco de madera y un desnivel del suelo, necesario teniendo en cuenta la inclinación del terreno sobre el que se hallaba. En la sala había una chimenea y un par de bancos tapizados y mullidos, así como varios anaqueles y una mesa de trabajo con numerosas lámparas de cera dispuestas a su alrededor. Separado por una puerta estrecha había un pequeño cuarto trastero del que Denis había hecho su dormitorio, negándose a ocupar más espacio que ese en la casa de su señor. Si de él hubiera dependido, habría dormido en un jergón en el mismo lugar de trabajo, como hacían la mayoría de los fámulos.

El piso superior, al que se ascendía por una escalera de madera, tenía un techo a dos aguas y columnas pilares pero era amplio y acogedor. Habían dispuesto un gran lecho y otra mesa para el trabajo. Sus ropas y sus herramientas más queridas, las que no se atrevía a dejar sin supervisión constante, estaban ya dispuestas en varios arcones sobre el suelo. Sería un hogar cómodo, sin duda. Pero lo primero que hizo Gaspard para sentirse a gusto fue depositar, sobre el tocador en que reposaban la jofaina y los utensilios para recortarse la barba y los cabellos, el cofre que le regalara a Adrienne. Una parte de él no perdía la esperanza de devolvérselo algún día, aunque tuviera que llevárselo con él cuando la muerte lo reclamara.

Se sentó en el lecho y se quedó mirando el cofre, sintiendo en su interior el ya conocido hormigueo que en unos instantes se convertiría en un dolor lacerante, hiriente, que parecería atravesarle el corazón como si estuviese muriendo en vida. Se dejó caer de espaldas en el lecho mullido y se quedó mirando el techo, tratando de no pensar en nada. En algún momento debió de conseguirlo, porque el dulce olvido de la inconsciencia lo arrulló arrebatándoselo a las garras de la amargura. Le pareció que lo llamaban en sus sueños, desde muy lejos, con una voz entrecortada y tímida.

—Adrienne —murmuró abriendo los ojos.

Adrienne no estaba allí. Apenas era capaz de ver nada a su alrededor, salvo una pequeña luz que parecía estar suspendida sobre el hueco de las escaleras.

—Maestro... Gaspard.

—Entra, entra Denis —dijo Gaspard restregándose los ojos e irguiéndose, intentando por todos los medios que la vana esperanza de otro despertar engañoso no le minara el ánimo—. ¿Es ya muy tarde?

—Hará una hora que ha anochecido, Ma... Gaspard —dijo el joven, dejando la vela sobre la mesa y encendiendo otras con ella—. Os esperan en casa del Barón.

—Tienes razón —dijo Gaspard suspirando.

Se arregló con rapidez, lavándose con agua fresca de la jofaina y vendándose las rodillas heridas antes de ponerse unas calzas limpias. El aire olía a estiércol y hierbas aromáticas, a roca desnuda y a cocidos y carnes asadas cuando salió a la noche veraniega. Lo estaban esperando dos hombres del Barón. Por el camino hacia el opulento palacio de los Renaud, Gaspard no pudo evitar fijarse en un hombre que circulaba en dirección contraria por la parte menos iluminada de la calle. Se le cortó la respiración.

—¿Farkas? —exclamó sin pensarlo siquiera.

—¿Perdone, Maestro? —dijo uno de los guardias.

Gaspard le miró para tratar de explicarse, sin estar seguro de qué era lo que iba a explicar. Sin embargo para cuando volvió a girarse hacia el hombre para señalarlo, había desaparecido por alguna calleja cercana.

Habría jurado, por la gloria de Dios si no le pareciese un sacrilegio, que aquel hombre bajo de ojos grises y rostro sombrío era Farkas, el sirviente rumano de Kartal. Habían pasado más de dos años, pero aquel rostro estaba tallado a fuego en su memoria. Tanto como la imagen de los cuerpos de los Condes o la ausencia de Adrienne. Adrienne. Al pensar en ella, Gaspard tuvo el impulso de echar a correr para encontrar a aquel hombre.

—Por aquí, Maestro —dijo uno de los guardias con impaciencia, dándose cuenta de su duda—. Le están esperando.

Vaciló. No podía hacer otra cosa que seguirles, desechando la locura con que su mente le gastaba bromas crueles cebándose en la intensidad de su anhelo. No era la primera vez que le pasaba aquello. Sin embargo cuando llegó a la entrada de carromatos del palacio del Barón, volvió a detenerse como si viera visiones.

Aunque éstas eran muy diferentes ahora, pues había un ángel junto a la puerta. O al menos eso era lo que parecía aquella joven.



Y mientras Gaspard creía contemplar a un ángel, en el extremo más bajo de Rocamour, ya casi en las afueras, un forastero creía perseguir a otro que desde luego nada tenía en común con los servidores del cielo salvo su belleza. El hombre era un soldado de Brujas que acompañaba a su señor en su larga peregrinación hasta Compostela. Lo hastiaba. Con lo fácil que era coger un barco, tenían que recorrer toda Francia y el norte de la peligrosa Península Ibérica para rezarle a las reliquias de otro santo más. Pero así eran los Señores, caprichosos, ociosos, sin nada más a que dedicarse que hacer aún más mísera la vida a sus siervos. Pero aquellos viajes tenían sus cosas buenas, pensó el hombre, mientras observaba cómo la chica aceleraba un poco más el paso alejándose como una tonta de la ciudad.

Era una muchacha hermosa, con los cabellos muy rubios, la piel muy blanca y el vestido muy encarnado. Era de noble alcurnia, de eso no había ninguna duda, pero cuando la había visto se paseaba sola por una calleja a la luz suave de las antorchas. Cualquier cosa que pudiera pasarle, como le iba a pasar, sería culpa del idiota de su padre por no protegerla como era debido. Lo que no había decidido era si la mataría o no después de violarla. Quizás con dejarla inconsciente en algún rincón oscuro sería suficiente, o incluso podría abandonarla en el jardín de alguna de aquellas casuchas. Con un poco de suerte la culpa recaería sobre el campesino simplón de turno, que tendría demasiado miedo incluso para negar las acusaciones. Y mientras tanto él ya estaría lejos, siguiendo a su señor hacia otra nueva ciudad. Le gustaría saber cuántos bastardos tendría ya,

y cuanta de su semilla estaría creciendo en secreto en la noble cuna de algún Señor estúpido que se había casado sin saber que el hijo que llegaba demasiado pronto no era suyo, sino de un vulgar soldado.

Dejó todo pensamiento de lado cuando la hermosa muchacha, que se perdía ya en la oscuridad cerrada del bosquecillo en que se encontraban, se detuvo sintiéndose acorralada. Ya no podía seguir adelante sin extraviarse en el interior del bosque, donde podían sucederle cosas aún peores que encontrarse con un hombre resoplando sobre ella.

—Vamos guapa —le dijo—. Ven aquí conmigo. Hablaremos un rato y te llevaré a casa.

La doncella se giró. Tenía los ojos de un precioso color azul en el que se adivinaba algo que podría parecer malicia o lujuria. El viento, a su alrededor, vibró con la excitación del hombre, que vio inflamada su pasión al ver que la tonta de la chiquilla ni siquiera iba a formar un alboroto.

—¿De veras me acompañarás a casa? —dijo la doncella con un acento extraño, fuerte, llevándose un dedo a los labios dudando de su veracidad.

—Claro pequeña —respondió el soldado acercándose, aflojándose el cinturón.

Alcanzó a la joven en dos zancadas y diciéndole que solo quería descansar un rato la sentó en la hierba húmeda. Le acarició el costado, los cabellos, y empezó a subirle las pesadas faldas del vestido hasta la rodilla. Ella se limitaba a mirarle, mientras la oscuridad parecía crecer a su alrededor proporcionándoles un ambiente más íntimo.

—Vamos a hacer una cosa, guapa —dijo el hombre tumbándola sobre la hierba, sujetándole hábil y experimentadamente las manos mientras se bajaba los calzones con la otra mano—. Ahora vas a dejar que te tome, y no me molestarás demasiado con tus quejas. Y si te portas bien, te dejaré volver después a tu casa. ¿Queda claro? Puedes gritar si quieres, nadie va a oírte desde aquí.

—A ti tampoco.

Miró a la muchacha, pero apenas pudo percatarse de que su expresión era tan lujuriosa como la suya porque se preguntaba cómo la joven había conseguido darse la vuelta y estar ahora a horcajadas sobre él. Había sido un movimiento rápido y brusco, que implicaba una fuerza bruta que la doncella no parecía poseer. Tampoco parecía pesar mucho, pero era incapaz de moverse. Y aunque no solo el rostro feroz de la joven, sino también el frío casi palpable a su alrededor y los susurros extraños del viento le decían que debía tener miedo, el deseo podía más. Jadeó cuando ella se movió encima de él.

—¿Nos tomarás a nosotras también después?

Otras dos jóvenes, una morena y otra pelirroja pero igual de hermosas, habían aparecido desde el bosque y estaban dejando caer sus vestidos, quedando desnudas para él. Sus expresiones eran de avidez.

—Si te portas bien, te dejaremos volver a casa —dijo la morena, con el mismo acento vibrante y extraño que la otra, usando sus propias palabras.

El hombre empezó a dejarse llevar por el temor.

—No, no lo haremos —intervino la pelirroja riéndose—. No te dejaremos volver.

El hombre gritó, pero no de placer sino de terror cuando la chica rubia le clavó unas uñas que parecían garras en el pecho, traspasando el jubón, la camisa y su piel. Las otras dos se acercaron y

empezaron a acariciarle pelo, cuello y rostro dejando arañazos a cada roce de sus dedos. Mientras buscaba alguna vía de escape, vio que había otra joven más algo alejada, apoyada en un árbol. Su mirada no era amable, pero tampoco reflejaba la misma malicia que la de las otras. El soldado la observó con esperanza; si podía esperar alguna compasión, era de ésa. Trató de extender un brazo hacia ella.

—¡Ayúdame! —le gritó—. ¡Por el amor de Dios, ayúdame!

Le pareció que sonreía con amargura.

—Esto te lo has buscado tú —respondió la joven con acento francés y voz inexpresiva—.

Muérete rápido, será lo mejor para ti.

Hizo una pausa.

—Ahora sabes lo que se siente.

—No seas aguafiestas, Adrienne —gruñó la pelirroja.

La interpelada se dio la vuelta y se alejó, encaminándose hacia la beata población de Rocamour, y a su fortaleza. Desde allí, los gritos no se oirían. Al menos aquéllos.

—Capítulo 6: Nobles y villanos—

Si de algo estaba orgulloso el Barón de Renaud pese a haber tenido que soportar la carga de engendrar tan solo niñas, era de haber traído al mundo a Gabrielle. Gabrielle era una criatura hermosa, con una curiosidad sin límites y la malicia encantadora e ingenua de quien sabe que puede conseguir cuanto desea. La joven no había podido esperar dentro de la casa la llegada de su invitado, y lo aguardaba a las puertas del palacio con los guardias y los siervos. Había oído historias sobre el cantero, sobre cómo había perdido a su amada y había desfallecido de pena, y cómo al llegar a la ciudad había subido de rodillas la escalinata para expiar sus culpas. Pero en cuanto lo vio aparecer por la esquina, taciturno y distante, con los cabellos trigueños algo despeinados y el rostro apuesto transido por la duda, no pudo creer que aquel hombre hubiera cometido nunca pecado alguno. Tampoco pudo evitar exhalar el largo suspiro de quien sabe que acaba de entregar su corazón.

Pues así sucede a veces, que el amor nos sorprende a traición.

De esta forma fue como Gaspard reparó en ella, una muchacha de largos y ondulados cabellos rubios como el sol y unos vivarachos ojos cuyo color era difícil de definir entre el gris y el azul. Había juntado las manos delante del pecho y sonreía con expectación directamente hacia él. En aquel momento Gaspard se sintió cohibido por primera vez en mucho tiempo, pues de pronto le pareció que no lucía un aspecto ni una actitud dignos de aquella presencia angelical. Se alisó el jubón con las manos y carraspeó, pues durante todo aquel tiempo que había vivido casi sin hablar su voz se había resentido.

—Yo le acompañaré dentro —dijo la muchacha dirigiéndose a los guardias que habían traído a Gaspard.

Los hombres asintieron con la cabeza pero se quedaron cerca cuando la joven dama se acercó a Gaspard y lo tomó del brazo. Enseguida lo soltó, abriendo mucho los ojos y sonrojándose de forma delicada.

—Oh, lo lamento —dijo.

Bajó recatadamente la mirada y tomando con dos dedos los laterales de sus faldas de color añil para evitar que se arrugaran en el suelo, se inclinó como debía hacer una dama.

—Bienvenido a nuestro hogar, maestro Michel —dijo con tono educado, luego volvió a erguirse y sonrió—. Soy Gabrielle de Renaud, tercera de las cuatro hijas del Barón Fabrice. ¿Puedo tomaros ahora del brazo? —dijo tomándolo ya de él con graciosa delicadeza y conduciéndolo a través del porche cerrado hacia la gran puerta que daba al palacio—. Estamos muy contentos de que estéis aquí. Espero que entre todos podamos ofrecer algo en Rocamour que devuelva la calidez a vuestro corazón entristecido.

Gaspard quiso responder, aunque no sabía qué. Pues lo más sincero hubiese sido decir que nada podría devolverle siquiera un ápice del calor y la alegría que sintiera cuando tenía a Adrienne a su lado. Y que si estaba allí, era únicamente para cumplir una promesa tan ardua que le minaba las fuerzas. Sin embargo sentía la necesidad de dar a la joven una respuesta menos deplorable,

pues su preocupación parecía sincera y debía corresponder a tanta generosidad con una parte parecida de gratitud y alegría. En otro tiempo hubiera sonreído, y le habría explicado a Adrienne que había conocido a una criatura casi tan adorable como ella. Pero Adrienne ya no estaba allí para explicarle las cosas del mundo que, con su ausencia, ya no valían la pena.

Al final no pudo responder una cosa ni otra pues habían llegado a la sala de audiencias del palacio y allí estaba el Barón Fabrice. Junto a él esperaban una mujer madura de cabellos claros que debía de ser su esposa y otras dos doncellas, una más mayor y otra más pequeña que Gabrielle.

—Ah, Gaspard, qué bien que hayáis venido —dijo el Barón adelantándose para tomarlo de los hombros y abrazarlo ligeramente para juntar sus mejillas—. Veo que ya habéis conocido a mi hija Gabrielle.

—Porque no tiene modales y no sabe mostrar paciencia como una dama.

Esto lo dijo en voz baja la mayor de las hermanas, pero todos la oyeron.

—No seas tan dura, Margot —dijo Fabrice—. Ya sabes que tu hermana no actúa así por maldad. Y estoy seguro de que al maestro Gaspard no le ha parecido un desatino.

—No, claro que no —se apresuró a responder él, dedicándole una sonrisa a Gabrielle porque parecía preocupada por las palabras de su hermana—. Vuestra hija me ha hecho sentirme bienvenido y acogido como hacía mucho tiempo que no me sentía.

La joven sonrió radiante y volvió a cogerse las manos ante el pecho, lo que parecía ser un gesto habitual en ella cuando la embargaba la emoción. Fabrice le presentó entonces a su esposa, que tenía origen germano, y a sus otras dos hijas presentes. La mayor, Margot, debía contar con diecisiete o dieciocho años y aunque tenía los cabellos rubios y los ojos claros del resto de la familia, no poseía la belleza de su hermana. Era muy alta, de complexión más bien fuerte, y su frente y su boca demasiado anchas le hacían perder gracilidad. Sin embargo su porte era regio y sus modales exquisitos, si bien su rostro se tensaba cuando observaba con censura a su hermana Gabrielle. La pequeña, Claire, de unos ocho años, era tan tímida como abierta era su hermana, aunque sin duda poseería su belleza. La mayor de las hermanas, Marianne, se había marchado hacía escasos meses a territorio germano, donde se había desposado como ya sabía Gaspard.

La cena transcurrió alegre y copiosa, distendida, pese a que nadie sabía los denodados esfuerzos que Gaspard estaba haciendo por ser un buen invitado. La comida le sabía amarga y las risas se clavaban en su ánimo, porque todo en aquel banquete le hacía recordar las fiestas familiares en que se convertían sus cenas con los Beaumont, donde Adrienne siempre se sentaba a su lado y, a veces, le miraba con aquella adoración sincera y sin timidez, serena, con la que les demostraba a él y al mundo que en su corazón no había nada más que él. Por la piedad de Dios, cómo echaba de menos a Adrienne.

—¿Maestro Michel?

Se dio cuenta de que todos lo miraban, pacientes y expectantes.

—Ah perdonadme, Margot —dijo; la dama había estado tratando de reclamar su atención durante la cena, si bien era su hermana Gabrielle la que tejía el hilo de la conversación.

—Mi hermana os preguntaba si ya habéis decidido cuál será el motivo de vuestra obra para

nuestra Iglesia —dijo Gabrielle.

Gabrielle, sentada enfrente suyo lo miraba con comprensión y ánimo, sin pizca alguna de reproche. Como si hubiera leído sus pensamientos y le entendiera. La sonrisa de ella se trasladó a sus propios labios y, por un momento, se sintió lo suficientemente arropado como para soportar otra respiración más. Juntó las manos sobre la mesa que los siervos ya estaban limpiando de restos de comida.

—Es vuestro padre quien la dona a la Iglesia —dijo—, así que suyo es el honor.

Él sería incapaz de hacerlo, pues en cada talla hubiese aparecido el rostro de Adrienne.

—¡Qué generoso sois, maestro Gaspard! —exclamó Gabrielle—. Pues yo había oído que los canteros sois herméticos, huraños y celosos de vuestras obras. Con perdón de vos.

Mientras Fabrice negaba con la cabeza, aunque complacido, y la madre de Gabrielle trataba de corregir su descaro sin demasiado ímpetu, Gaspard no pudo por menos que reírse ante aquel desbordamiento de frescura. Y muchos, el preocupado Denis entre ellos, hubieran podido asegurar que no se reía con aquel gozo desde hacía mucho. Al otro lado de la mesa, Gabrielle le sonreía desde su asiento como si también lo supiese, pese a que no le había conocido hasta entonces. Había mucha sagacidad bajo aquel rostro siempre sonriente y de impetuosas emociones.

Sin embargo no todos estaban felices en aquella mesa pues Margot veía, una vez más, cómo era su hermana quien, con su gracia y su belleza, encandilaba a un hombre apuesto y amable que, por edad, tendría que haberse fijado en ella. La reconcomía la idea de que fuera su hermana pequeña y no ella la que agradara a Gaspard.

Lo que no sabía era que su envidia, su rabia y su amargura alimentaban a quienes aún no habían revelado su presencia en la ciudad. Era el suyo un turbio sentimiento que, como muchos otros de aquel pequeño pueblo tan abocado a sus templos y sus devociones, alimentaban al Mal que tenían tan cerca.



Por la mañana Gaspard tuvo que hacer un gran esfuerzo por salir del lecho y enfrentarse a un nuevo día sin Adrienne. La presencia de Denis, sin embargo, era un gran aliciente pues el joven no merecía las preocupaciones ni los disgustos que ya había padecido tan generosamente mientras habían permanecido en Calhors. Lo primero que hizo Gaspard fue visitar la iglesia en construcción. Los muros externos ya estaban construidos, con una planta cruciforme en la misma piedra que habían utilizado en el resto de la ciudad. Él para esculpir, sin embargo, utilizaría roca más dura que ya habían traído a Rocamour. El interior de la iglesia era ahora un gran espacio vacío con cúmulos de piedra, serrín y polvo, y algunas vigas de madera señalando los lugares donde irían capillas, altares, columnatas y estatuas ornamentales. Sería una iglesia hermosa. También visitó el resto de las siete capillas, y se alegró de encontrar al padre Corbet en la cripta del santo Amadour.

—Ah, maestro Michel —dijo el hombre dejando los cirios que estaba encendiendo junto al altar y acercándose a él, mientras saludaba amablemente a los que allí estaban rezando—. ¿Cómo os encontráis?

—Bien, padre.

El sacerdote le observó largamente, cual si estuviese sondeando su alma.

—Lo estáis haciendo bien —dijo—. Y llegará el día en que estéis mejor, creedme.

Gaspard miró al suelo, agradecido pero incapaz de mentir y decirle que le creía.

—Y bueno joven, ¿qué os trae por aquí? —le preguntó el padre Corbet, llevándolo escaleras arriba hacia la gratificante luz de la mañana que no entraba en la cripta.

—Deseaba ver la Virgen Negra —dijo Gaspard—, puesto que la iglesia será para ella.

—Ah bien, bien —dijo el padre Corbet complacido—. Desde que cayó la antigua capilla, el Obispo la guarda bajo llave. Pero estoy seguro de que a vos os la mostrará, puesto que sois quien le proporcionará compañía cuando esté sola en la nueva capilla. Os acompañaré a la basílica de San Salvador, que es donde se realizan ahora las misas solemnes.

—Gracias, padre.

Atravesaron la plaza religiosa, donde muchos de los presentes saludaron ya a Gaspard como si le conocieran de toda la vida; ésta es la manera en que se vivía en las poblaciones pequeñas donde todo el mundo se conocía. A continuación rodearon los muros de la basílica hasta llegar a las puertas, que se abrían hacia un ensanchamiento de la calle principal donde se encontraban la Casa del Corregidor y la Plaza Mayor, antes de seguir su camino hacia la parte más alta de la ciudad, la aldea de l'Hostalet y la vereda hacia el castillo. La basílica era rica y lujosa, con numerosos altares laterales y hermosas vidrieras que reflejaban la intensa vida religiosa que tenía Rocamour. Eso explicaba también la presencia allí del obispo, que había hecho de aquella ciudad su modesto pero próspero domicilio habitual.

El Obispo Edgard era un hombre relativamente joven, de cabellos aún oscuros y quizás demasiado largos, enérgico, de mirada despierta y calculadora. Salió de la sacristía poniéndose bien la casulla y sin la mitra.

—¡Maestro Michel! —dijo sonriendo y abriendo los brazos—. Qué llegada la vuestra. Os habéis ganado a todo el pueblo de Rocamour con vuestra gran entrada de ayer.

—Estoy seguro que en lo último que pensaba Gaspard era meterse en la escarcela a sus convecinos cuando decidió purgar sus pecados ante Dios —intervino el padre Corbet mientras Gaspard parpadeaba confuso.

—Claro, claro —dijo el obispo—. ¿Habéis venido a confesaros?

—He venido a ver la Virgen Negra, con vuestro permiso.

—Bueno —dijo el Obispo juntando las manos—. Ahora cobramos un pequeño estipendio a quien desea verla, normalmente peregrinos extranjeros de alta alcurnia, ya que cuesta un esfuerzo a mis vicarios abrir la cripta de los pobres bienes de la basílica y...

Calló y miró enojado a un acólito que se acercaba corriendo, sus pasos resonando en el silencioso murmullo de los que rezaban en la iglesia.

—Lo lamento, Monseñor —dijo el joven acobardado—. Pero se requiere vuestra presencia

para administrar los últimos sacramentos a un hombre encontrado en el bosque.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Gaspard sin poder contenerse, sintiendo el conocido estremecimiento en la espalda.

—Es un extranjero, tenía los calzones bajados —dijo el acólito—. Creen que salió al bosque a orinar y que lo atacó un oso, quizás. Está destrozado, lleno de desgarros.

«El carnicero apareció muerto, creyeron que era una jauría de perros salvajes» recordó Gaspard. Sacudió la cabeza, luchando contra la locura.

—Podéis ir vos —se apresuró a sugerirle el Obispo al padre Corbet cual si le estuviera haciendo un favor—. Tengo asuntos que atender aquí, no menos importantes a ojos de Dios.

Gaspard no pudo resistirse a pedirle al padre Corbet que le permitiera acompañarle. El cura le observó unos segundos antes de esbozar una sonrisa cordial.

—Por supuesto —dijo—. Mis huesos ya no son tan fuertes como antes y me vendrá bien un brazo amigo en el que apoyarme si tropiezo en el bosque. Podéis venir luego a ver a la virgen, estoy seguro que al señor Obispo no le pesará.

—No, claro —dijo Monseñor Edgard—. Pero entonces venid ya al atardecer, cuando accederán a la cripta unos peregrinos de Brujas que se han mostrado muy ansiosos y muy expeditivos por ver a nuestra milagrosa Virgen Negra.

Para alguien menos benévolo que Gaspard, habría resultado obvio que el Obispo había convertido a la Virgen en una herramienta tan lucrativa que rozaba lo milagroso. Sin embargo él no vio mal alguno en el hombre de Dios que tenía delante, como no lo veía, de hecho, en nadie. Y acompañó al padre Corbet al exterior de la basílica. El día, que había amanecido nublado, seguía atrapado bajo los nimbos plomizos que amenazaban lluvia y volvían pegajoso el calor del verano. El aire estanco amortiguaba los sonidos que llegaban de los talleres y el mercado de la zona alta de la ciudad, pero más cerca de ellos, mientras bajaban por la calle principal, aquellos habitantes de Rocamour que siempre tenían tiempo para holgazanear un rato, comentaban ya en murmullos exaltados la noticia del hallazgo.

—... Parece que fue Remy, el hijo del maestro vidriero, quién encontró el cuerpo...

—... Seguro que ya estaba yendo a cazar a algún animal al que pudiera torturar con esos trozos de vidrio que le da tan insensatamente su padre...

—... Por lo que he oído, el otro día degolló al gato de Janet, y tanto ella como su esposo temen que la tome ahora con sus vacas lecheras...

Las conversaciones proseguían a todo lo largo de la calle hasta el final del pueblo, donde una vez traspasados los muros a través de la Puerta Salmón y la torreta, se abría al vado del río y seguía más allá en forma de camino rural hasta el tupido bosque. Allí se acumulaba más gente, en su mayoría granjeros y pastores que tenían sus campos y pjaras en aquella zona agreste. Al ver acercarse al padre Corbet, el grupo de gente se abrió para dejarles paso. El sacerdote gozaba de un gran respeto entre el pueblo, tanto noble como plebeyo de Rocamour, pues se lo había ganado a base de comprensión, generosidad y unos escarmientos que, si bien en muchos casos eran severos, jamás requerían de un pago económico sino única y simplemente moral, o físico si el pecado era grave. Los villanos, sin embargo, también se descubrieron la cabeza sucia y despeinada ante

Gaspard pues, como había asegurado el Obispo Edgard, se había ganado a gran parte de Rocamour con su vistosa llegada.

Él no se dio cuenta de estos reconocimientos, sin embargo, mientras dejaba con el padre Corbet la senda adoquinada para adentrarse en el barro húmedo del ralo sotobosque que se iba volviendo más tupido a medida que se alejaban de la población. Allí, bajo las ramas de los árboles tupidos, la luz era casi crepuscular pese a que no habían alcanzado el mediodía todavía. Siguieron las indicaciones de los campesinos, aunque esto hubiese sido apenas necesario. Pese a que estaba lejos de las puertas del pueblo, demasiado lejos si tan solo había salido a aliviar sus necesidades, no hubiese sido difícil hallar al soldado muerto en aquellos momentos. El olor intenso, dulzón y desagradable a un tiempo de la carne expuesta a los elementos, les hubiera permitido encontrar sin problemas el cuerpo.

Rodeando al cadáver empapado de sangre había un grupo numeroso de gente. Gaspard reconoció por sus ropas al Corregidor, pues sobre el fino jubón de seda llevaba bordado el emblema de la corona. Era un hombre corpulento, de barriga oronda y cabello ya ralo, cuyo rostro mostraba una expresión perpetua de hastío. En aquel momento tenía los dedos remetidos en el cinto, que se curvaba bajo su vientre, y se mantenía tan apartado como podía del cuerpo. También pudo reconocer Gaspard al galeno, por el delantal que llevaba sobre la camisa y la levita, y el maletín de cuero en el que portaba sus instrumentos. No se había molestado en abrirlo siquiera, y hablaba con un adolescente bien vestido pero tan sucio que parecía haber estado arrastrándose por el suelo del bosque. El médico era un hombre joven todavía, de cuerpo por lo natural delgado y actitud enérgica. El muchacho, en cambio, era el colmo de la lasitud.

—El rapaz es Remy, el hijo del vidriero —le susurró el padre Corbet a Gaspard—, del que tan lamentablemente habéis oído hablar al venir hacia aquí.

Gaspard asintió mientras le sujetaba para evitar que cayera en aquel terreno resbaladizo cubierto de helechos, observando las manchas parduscas, muy parecidas a la sangre de la pechera del muchacho. El chico, de cabellos de un castaño claro cortados rectos a la altura de las orejas, asentía tenso a lo que le decía el médico, que se inclinaba sobre él y le apoyaba una mano en el hombro. Parecía estar dividido entre la incomodidad que le provocaba la cercanía del hombre y el deseo morboso de seguir observando el cadáver.

El resto de los presentes eran un caballero noble de tez pálida y rostro rubicundo, extranjero, acompañado de media docena de guardias vestidos con calzas multicolores, y una mujer de cabellos de un rubio rojizo y carnes generosas pero bien proporcionadas, a quien Gaspard había visto en el pueblo el día anterior cargando haces de hierbas entre las que él supo reconocer algunas medicinales. Había allí algunos campesinos más, que en aquellos momentos trataban de armar unas parihuelas con ramas para cargar el cadáver.

—Padre Corbet —murmuró el Corregidor al reparar en él.

Los presentes callaron para observarle, y el barbero se apresuró a erguirse y apartarse un poco del muchacho.

—Buenos días —dijo el sacerdote—. Les presento al Maestro Michel, que ha tenido la amabilidad de acompañarme hasta aquí para evitar que sufriera algún percance.

—Ya hemos oído que es usted un alma generosa —dijo el galeno adelantándose para estrecharle la mano con cordialidad—. Soy *messieur* FitzPatrick.

Gaspard le estrechó la mano. El Corregidor, que respondía al nombre de Latimer, se limitó a gruñir a modo de saludo y observarle largamente, cual si se estuviese esforzando por retener su aspecto en la memoria. Si Gaspard hubiese sido menos cándido, habría pensado que el hombre desconfiaba de él. El chico, Remy, ni siquiera levantó la mirada cuando fue nombrado, pues ahora que ya no tenía sobre él las atenciones del barbero podía regodearse en la observación del cadáver. El caballero resultó ser el señor del soldado muerto y la presencia de Iva, la herbolera, se debía a que era la única que hablaba flamenco.

Gaspard atendió mientras sus acompañantes se enzarzaban de nuevo en la discusión que habían interrumpido. El caballero flamenco, muy devoto, no quería hacerse cargo de su soldado porque, éste como muchas otras veces, sin duda se había alejado del pueblo con fines pecaminosos. Había sido un castigo divino lo que le había sucedido. Por él, tradujo Iva, podían enterrarlo allí mismo, en el bosque. El padre Corbet anunció, para solaz de todos, que el hombre sería enterrado, sin oficio pero bajo el amparo de Dios, en la fosa común del pequeño cementerio de la capilla de San Bernard.

Gaspard siguió al sacerdote para acercarse al cadáver. El cuerpo estaba, como había dicho el monaguillo, casi irreconocible por los surcos sangrientos que se extendían por la cabeza, el torso y el abdomen, pero no más allá del bajo vientre expuesto ni las piernas. Sin embargo, a ojos de Gaspard, aquellas heridas difícilmente podría haberlas causado un oso. Se lamentaba ahora de no haber ido a ver con sus propios ojos el cadáver del carnicero de Calhors, cuando había tenido la oportunidad. Pero había visto los cuerpos de las hijas del Conde. Miró a su alrededor, tratando de encontrar alguna pista, alguna huella de oso. Pero solo encontró huellas de botas y borceguíes, y alguna que otra de pies desnudos.

—¿Habéis encontrado alguna similitud con el caso de Calhors?

Cuando se giró, el padre Corbet le estaba dirigiendo una mirada afable de sus vívidos ojos azules. Estaba guardándose el rosario bajo el hábito, administrada ya la póstuma extremaunción al cadáver que los lugareños cargaban en las parihuelas para llevárselo, cubierto por su propia capa. El médico les acompañaba, pasando un brazo por los hombros de Remy, sin duda preocupado por el estado emocional del joven tras el suceso. El caballero flamenco también se alejaba ya, pues la pañoleta de seda con que se cubría la nariz parecía resultarle insuficiente. Además la muerte desgraciada de un soldado dado a las andadas no iba a entretenerle más de lo conveniente.

—No, padre. Ninguna semblanza —respondió Gaspard titubeante.

El padre Corbet asintió con gesto grave.

—Debéis comprender, maestro Michel, que este es lugar de paso para muchas gentes en su peregrinaje a Compostela —dijo mientras lo tomaba del brazo para llevarlo hacia donde estaban todavía el Corregidor, Iva y uno de los granjeros, que vestía bien y parecía ser un hombre libre—. Ricos y pobres pasan por aquí sin nadie que los espere en su destino ni que sepan qué es de ellos allí de donde han salido. Eso hace, lamentablemente, que lugares como Rocamour sean atractivos para asaltantes y bandoleros, y otros tantos pecadores apartados del camino de Dios. No debéis

buscar más motivos a este suceso que los que se ven a simple vista. Aunque comprendo que queráis encontrarlos.

—Sin embargo son extrañas esas heridas —dijo Gaspard.

El padre Corbet asintió, pensativo. Se abrigó más con el hábito pues, como Gaspard, sentía un frío intenso en aquel tupido paraje desierto pero tan vívido. Cuando se acercaron, se dieron cuenta de que el Corregidor e Iva tenían las mismas dudas respecto a las heridas del soldado muerto.

—Oso o no oso —dijo el Corregidor Latimer con voz ronca—, ese desgraciado no vino aquí solo. Alguien tuvo que estar con él antes de que le atacaran.

—¿Una mujer? —preguntó Iva, su voz dulce y amable en claro contraste con la del representante de la corona.

—No tenemos prostitutas aquí en Rocamour —intervino el padre Corbet—. Y ninguna mujer decente de mi congregación acompañaría a un soldado a un lugar como éste.

—Pregúntenles a las sobrinas del Vizconde —intervino el granjero mientras todos reemprendían el retorno a Rocamour, deseando alejarse de aquel lugar—. Esas muchachas desvergonzadas se pasean por l'Hostalet sin alcahueta y dejándose cortejar por muchos hombres —carraspeó—. Eso me han dicho.

El Corregidor dejó escapar una carcajada seca en el mismo momento en que atravesaban la Puerta Salmón.

—Por lo que a nosotros concierne, esas lindas muchachas son ejemplos de virtud como cualquier otra *mademoiselle* de alta alcurnia —dijo Latimer con mordacidad—. No puedo ir al castillo a decirle al Vizconde que sus pupilas son unas viciosas.

—Corregidor —intervino el padre Corbet—. No acuséis en vano, pues eso es difamación y ofende profundamente al Señor, que confía en la bondad de todos sus hijos.

—Como digáis, padre. De todas formas, y aunque esas damas ofrezcan generosamente sus bondades para regocijo de... los cielos —insistió Latimer, y el padre Corbet se limitó a suspirar—, dudo mucho que sus licencias vayan más allá. Ninguna joven de esa categoría se arriesgaría a ver su honor puesto en entredicho por un soldado cualquiera.

—Quizás deberíais hablar con el Vizconde igualmente, Corregidor —dijo Iva—. Esas jóvenes podrían descarriarse si esas cosas que dicen son ciertas.

—Vos no sois quien para hablar de descarríos, herbolera. Hay quien diría que la culpa es vuestra y de vuestras oscuras pócimas. ¿Dónde estabais ayer por la noche?

El rostro de la herbolera se tiñó de grana.

—Atendiendo a los mendigos de la Plaza Mayor, como bien podrá aseguraros el padre Corbet. Y vos no sois nadie para dar lecciones, Latimer. Yo sé cosas.

Dicho esto se marchó, furiosa, sin escuchar ya la vehemente defensa que de ella estaba haciendo el padre Corbet. Ni él ni Gaspard llegaron a plantearse la naturaleza de la acusación indignada de Iva al Corregidor, ni cuáles eran esas cosas que sabía.

—De todas formas la bruja tiene razón —murmuró el Corregidor—. Allá en el castillo se están volviendo licenciosos. Desde el pasado invierno que no veo al Vizconde ni siquiera para tratar de los asuntos que atañen a su deber para con el rey, y ni él ni su familia salen ya casi nunca de la

fortaleza. Ahora se encarga de todo ese nuevo maestra sala taciturno que llegó con sus sobrinas y sobrino. Creo que hablaré de ello con su superior, el Conde... Claro, qué memoria la mía — carraspeó, y miró a Gaspard fijamente—. Hablaré con el Marqués, o el Duque, ya que ya no gozamos de la gracia de tener un Conde en Calhors.

Gaspard se quedó quieto un momento, sin saber cómo reaccionar. Cuando llegó a la altura de las casas más acomodadas de la parte media de la ciudad, se despidió del Corregidor y del padre Corbet para desviarse por una calleja adyacente donde el aroma a puchero se superponía al del agua lodosa que cubría el suelo. Enfiló la calle desierta que llevaba a la plaza religiosa y, más cerca, a su nuevo taller.

Y de pronto sintió frío, y un miedo extraño. Como si aquel atardecer sereno y plomizo ocultara algún mal que latía, turbulento, en el mismo aire de la ciudad.

Le pareció que en el aire reían voces extrañas.

—Capítulo 7: Viviendo en un mundo sin ti—

En la hermosa aldea de l'Hostalet estaban más que acostumbrados a ver caras nuevas casi cada día, sobre todo en aquellos días benévulos de verano en que muchos peregrinos cubrían largas etapas en su camino hacia Compostela. También a recibir la visita de algunos de los nobles visitantes del Vizconde. Y sin embargo, pese a que ya hacía tiempo que estaban allí, las habladurías y el interés por los nuevos invitados permanentes del Vizconde no había menguado. Sobre todo porque ya nunca se le veía a él. Tan solo a sus sobrinos forasteros, y al lacayo de éstos. El apuesto y serio caballero y las tres doncellas extranjeras solían acudir a la aldea en escasas ocasiones y solo tras la puesta del sol, pero la joven francesa paseaba a menudo observándolo todo con interés pero sin acercarse apenas a nadie. Si sabían que era nativa del reino de Francia era porque cuando había hablado con los pocos que habían osado acercársele, su acento la había delatado.

Aquella extraña y solitaria joven parecía anhelar el contacto con sus vecinos, la conversación y las risas, pero nunca hablaba sobre sí misma y no tardaba en alejarse de la gente, sobre todo si estaban sus primas, o lo que fueran, cerca. Era hermosa, de cabellos y grandes ojos castaños, palidez arrebolada y bellos ropajes claros, y aunque parecía emanar una gran bondad a veces podía mostrarse temible, sin que nadie supiera cómo lo conseguía.

La priora Thérèse del hospital de peregrinos, observadora y reflexiva, intuyó en ella lo que pocos veían: una soledad y una pena que fluían en su interior y emergían a la superficie apenas. Por ello una tarde que la vio pasear cerca de la capilla del hospital, el mismo día en que Gaspard acompañaba al padre Corbet a ver un cadáver abandonado en el bosque, la priora se acercó a ella con ánimo de ayudarla.

—Buenas tardes, *mademoiselle* —le dijo abordándola en su paseo—. Vos sois una de las sobrinas del Vizconde, ¿verdad?

—Algo así —respondió escuetamente la joven, mirando las ropas eclesiásticas de la priora con una emoción indescifrable.

—¿Estáis bien, querida, necesitáis hablar? —le preguntó la monja con afabilidad.

La joven suspiró, dirigiendo la mirada al suelo. Parecía tan desamparada, tan necesitada de consuelo pese a que no parecía faltarle nada, que Thérèse estuvo a punto de abrazarla. Sin embargo algo en la expresión de la joven la detuvo, cuando alzó el rostro.

—No hay nadie que me escuche —dijo la doncella.

—Oh, os equivocáis —dijo la priora—. Nunca os he visto en la capilla, así que supongo que acudís a misa en la iglesia de la fortaleza del Vizconde. Hablad con Dios, él siempre nos escucha, hija.

La mirada que le dirigió la joven hizo retroceder a la priora y llevarse la mano al crucifijo del cuello, aunque sin saber por qué. De pronto el aire le parecía más opresor, más agresivo, y sentía terribles deseos de volver a su hospital.

—La que os equivocáis sois vos, priora Thérèse —dijo la joven resoluta, con una voz que

parecía provenir de las más profundas oquedades de la tierra—. Rezad a vuestro Dios para que no tengáis que daros cuenta. Aunque... —miró hacia el castillo con una mirada que podría haber parecido de pena—, difícilmente podrá salvarse ya esta tierra.

Cuando devolvió la mirada hacia ella, la priora vio que el hermoso rostro de la joven volvía a transformarse abandonando aquella máscara de contrita malevolencia por la sempiterna expresión melancólica que solía mostrar la joven, y por la que la priora había sentido la necesidad de acercarse a consolarla.

—Pero gracias, madre superiora —dijo la joven finalmente, con la dulzura impresa en su voz—. Habéis sido buena conmigo, y no lo olvidaré.

—Rezaré por vuestra alma.

La joven rió, y sus labios volvieron a curvarse en la sonrisa propia de un depredador.

—No perdáis el tiempo, madre —dijo mientras se alejaba—. Para mí ya no hay salvación.

La priora se agarró más fuertemente a su crucifijo, pues creía estar viendo visiones. Le parecía que alrededor de la joven, tan nítida, había una película de oscuridad igual que el rocío rodeaba a una hoja. Mientras ella abría la boca, perturbada, la dama se giró apenas y se llevó un dedo a los labios, guiñándole después un ojo.

Thérèse, que conocía tan bien la existencia del Diablo como conocía la de Dios, entendió. Se sentía demasiado vieja y asustada como para no obedecer a la joven y guardar silencio, pero aún así le haría caso en todo. Rezaría con fervor por la salvación de su hospital, de sí misma y de sus convecinos.

Y aunque su fe era grande, jamás habría creído que el Mal pudiese estar tan cerca sin que la tierra misma se hubiese convulsionado ante su presencia. Sin que Dios hubiese enviado a sus arcángeles a defenderla. Los labios le temblaron cuando recordó las palabras de aquella criatura que tan engañosamente hubiese parecido un ángel: «*Difícilmente podrá salvarse ya esta tierra*».

Maldijo el momento en que se había acercado a la joven. A veces era preferible poder ignorar ciertas cosas.



Pese a que ni aquella ni ninguna otra noche, como le sucedía desde que abandonara Calhors, acudió Adrienne a su encuentro en sus sueños, Gaspard se esforzó como poca gente se había esforzado hasta entonces, ni luego, en cumplir su juramento. La añoraba, de una forma casi física; él podía reafirmar la existencia del alma, porque le dolía. Cada noche se acostaba pronto anhelando ver a Adrienne aunque fuera en el magro consuelo de los sueños, y cada mañana despertaba desolado, sintiéndose perdido y castigado, obligándose a respirar cuando lo único que querían expulsar sus pulmones eran angustiados gemidos. Pero se lo había prometido a su amor, y eso era lo único que podía ofrecerle ahora. A ella y a los que, de alguna manera, parecían depender de él; Denis, el Barón, que había pagado sus servicios y, de alguna forma que Gaspard no

comprendía aún, su hija Gabrielle.

Desde aquel segundo día de su llegada a Rocamour, la joven dama se mostró amable y generosa, siempre dispuesta a regalarle parte de su eterno entusiasmo y su simpatía pese a que él no pudiese evitar mostrarse más melancólico y desazonado de lo que le gustaría. Denis, que a veces era capaz de mostrarse severo y sabio como un viejo, lo instó muchas veces a ser más amable con la Dama, ya que ella había tenido a bien dedicarle sus momentos de descanso. Pero es que cada vez que la hermosa doncella entraba por las puertas del taller, Gaspard recordaba los tiempos de antaño, cuando era Adrienne quien hacía lo mismo. Y le dolía su ausencia, tanto como ser consciente de la alegría de la hija del Barón y no poder corresponderla.

Aquel segundo día, Gaspard la encontró en el taller cuando regresara a él después de dejar al Corregidor y al padre Corbet mientras todavía trataba de apartar de sus pensamientos la imagen del soldado ensangrentado. Gabrielle estaba observando con dedicación los bloques de roca y las herramientas mientras Denis, solícito, le revelaba los pormenores del trabajo de la piedra. Si la joven se sentía abrumada ante tanta explicación, lo disimulaba bien.

—¡Gaspard! —exclamó contenta cuando le vio.

Corrió hacia él para detenerse en frente suyo, sonriendo todavía. Los hermosos ojos gris-azulados se le achicaban cuando lo hacía, y alrededor de sus labios aparecían los hoyuelos más sutiles. Era la viva imagen de la felicidad si algo tan nimio como verle a él, al menos a ojos de Gaspard, podía proporcionársela. Le dedicó una reverencia.

—Buenas tardes, *mademoiselle* Gabrielle. Qué visita tan inesperada, y grata a la vez.

Parecía que la capacidad de emocionarse de la joven no tenía límites. Se cogió las manos frente al corpiño del color del azur y se balanceó un poco, como una niña pequeña a la que hubiesen prometido un regalo si se portaba bien.

—Mi padre está ocupado ahora —dijo Gabrielle—. Así que me he ofrecido a venir yo en su lugar. Quiere saber si necesitáis algo para empezar con vuestros trabajos.

—Tengo todo lo que necesito, muchas gracias —dijo Gaspard—. No deberíais haberos molestado en venir. Y mucho menos sola.

Gabrielle le miró con aquella expresión de astucia que a veces le sorprendía en su rostro cándido y desenfadado.

—No debéis temer nada —le dijo la joven, y le puso suavemente una mano en el brazo—. Aquí, en Rocamour, nunca sucede nada malo.

Estas palabras estremecieron a Gaspard, pues adivinó un mal vaticinio en ellas. Estuvo a punto de replicar, pero se abstuvo. Aquellos oídos sensibles no tenían por qué escuchar nada sobre el sórdido hallazgo de aquella mañana, ni sobre nada que no fueran delicadezas.

—Está bien, si vos lo decís no puedo hacer menos que creerlos. Ahora si mi marcha no os ofende, me tengo que ir —dijo—. Le aseguré al Obispo Edgard que acudiría esta tarde a ver la Virgen Negra a la basílica, y me afligiría incumplir mi palabra.

A la joven se le iluminaron los ojos, y se ofreció a acompañarlo con tanta resolución que Gaspard no pudo negárselo. Durante todo el camino a través de la Plaza Michelet, Gabrielle, que era seguida de cerca por su aya, su pequeña hermana Claire y dos guardias armados, no dejó de

hablar sobre la historia de cada uno de los templos, de las fiestas de la ciudad y las anécdotas que se habían sucedido en la sacra plazoleta a lo largo de su historia. Estaba claro que deseaba que Gaspard se empapase de ella, y se sintiera como en su propio hogar. Cuando llegaron a la basílica, el Obispo se negó a abrir de nuevo la cripta de los tesoros para que Gaspard viera la Virgen pues acababan de salir de ella.

—¡Pero Monseñor! —había dicho Gabrielle en un susurro—. El Maestro necesita ver a la Virgen, imbuirse de su gracia y su milagrosa hechura para que la inspiración divina lo guíe en su diseño del ornamento de la Iglesia. Ha sido culpa mía que se retrasara, porque yo le he entretenido. Y si no le dejáis entrar por ello, jamás podré perdonármelo.

Los peregrinos que acompañaban al Obispo se enternecieron y Edgard no pudo más que hacerlo también y mandó abrir la cripta, aunque le impuso a Gabrielle una penitencia de dos francos por hacer pecar a Gaspard de holgura. Éste no pudo hacer otra cosa que conmoverse por la generosidad y vehemencia de Gabrielle, que se negó a dejar que él pagara la multa y puso feliz los dos francos en el cepillo de donaciones de la basílica. También se mostró paciente mientras Gaspard observaba con atención la insólita talla de la Virgen que, con su hijo en el regazo, estaba elaborada en una sinuosa talla de la más negra madera. Era antigua, cincelada por el mismísimo San Amadour según rezaba la leyenda. Y había salvado milagrosamente a tantos marinos, se decía, incluso desde su lejana morada en el Lot, que los pescadores le rezaban incluso en el fin del mundo, en la lejana Finisterre.

Gaspard se arrodilló frente a la efigie, y la miró a través de las gruesas rejas que lo separaban de ella y de los tesoros de oro y piedras preciosas que tenía la basílica. Le rezó en silencio por el alma de Adrienne. Fue consciente de que había permanecido mucho rato arrodillado, cuando el Obispo bajó para invitarlos a marcharse. Cuando se giró se encontró con la mirada cálida y comprensiva de Gabrielle. Sus cabellos dorados resplandecían a la luz de los cirios, como los de un ángel. Le invitó con una sonrisa a acompañarla fuera de la cripta, sin hablar. Se puso bien el velo que le cubría los cabellos sujetos con una diadema del mismo color azur que el vestido, y mostró un recato que, tan diferente de su frescura habitual, volvió a sorprender a Gaspard como lo había hecho cuando, al entrar en la basílica, había abandonado su alegre cháchara para envolverse de una regia compostura. Aquella joven era mucho más compleja y profunda de lo que parecía a simple vista.

—¿Cuántos años tenéis? —le preguntó Gaspard en un susurro mientras se dirigían por un lateral de la nave de la basílica hacia la salida.

—Dieciséis —respondió la joven con una mirada traviesa—. ¿Por qué lo preguntáis?

Gaspard no respondió, ensimismado como estaba. Dieciséis años tenía Adrienne cuando desapareció, y con dieciséis la recordaba.

—Os acompañaré a casa —dijo en cambio, aunque no hiciera falta porque ya tenía a su aya y los guardias para escoltarla.

—Gaspard —dijo Gabrielle poco antes de que llegaran—. Me agrada estar con vos. Pero si mi compañía os resulta dolorosa, solo tenéis que decírmelo.

—Aprecio vuestra compañía, *mademoiselle* Gabrielle —respondió Gaspard finalmente, tras

recuperarse del impacto que le habían producido aquellas palabras tan suaves y directas a la vez —. La que me parece inaceptable es la mía.

Gabrielle le sonrió amistosamente por toda respuesta.

Y así, cada día después de aquél, Gaspard se obligó a acudir cada mañana al taller y después de ordenar y volver a ordenar sus herramientas y las mesas de trabajo con la ayuda de un paciente y comprensivo Denis, al cabo de cuatro días sin excusa que le retrasara se puso a trabajar. Los bloques de piedra empezaron a tomar forma bajo su escafilador y su maceta, tras ser previamente desbastados por el fámulo. El trabajo consiguió imprimirle algo de emoción a su vida, ya que le permitía concentrarse en el sonido familiar y arrullador de los secos golpeteos del metal contra la piedra a la vez que, aunque fuera por unas horas solamente, conseguía imaginar que nada había cambiado, que seguía en su taller de Calhors y que en cualquier momento podía sentir los brazos de Adrienne rodear su pecho tras haber entrado sigilosa por la puerta.

Pero no era posible aislarse así de la realidad, y mucho menos en un sitio tan pequeño pero con tanta gente sedienta de cuchicheos.

Los habitantes de Rocamour, con más o menos discreción y oportunidad, fueron pasándose por los alrededores del taller curiosos por ver al famoso Maestro Michel. Así conoció el cantero a Janet, la oronda mujer del lechero que temía que Remy, el sádico hijo del vidriero, la tomara con sus vacas tras matar a su gato. Gaspard se sintió agradecido cuando la lechera le llevó dos tinas de leche fresca. También conoció a Guillaume, el más rico carnicero de Rocamour cuando éste, y como excusa para echar un vistazo al taller, se acercó a llevarles unas piezas de carne en salazón por si el cantero y su fámulo estaban demasiado ocupados para avituallarse con comida decente. Cuando vio el delantal sucio y los brazos fuertes del hombre, que lucía gruesos cabellos y barba oscuros, Gaspard no pudo evitar recordar al carnicero asesinado de Calhors. Demasiados recuerdos.

Aquella misma semana, sin ir más lejos, se había enterado de que los perros de Ferrand, un cazador de grandes piezas que vivía en l'Hostalet, habían aparecido degollados una mañana. Llevaban muchas noches ladrando hasta el amanecer, molestando a todos los vecinos de la pequeña aldea de la cima de la colina y, peor aún, a los pacientes del hospital de peregrinos. Muchos opinaban que alguien había perdido la paciencia. Otros decían que el joven Remy había hecho de las suyas de nuevo. Pero Gaspard pensaba en otras posibilidades, pues él ya había visto a toda una jauría de perros muertos. Y caballos y gallinas. Y personas. Y pese a que trató de mantenerlos a raya, los recuerdos de sangre y pérdida volvieron a su mente y ahí se quedaron, anclados, cuál una barca en la marea. La aparición del carnicero no había hecho sino removerlos aún más.

—Su esposa es hermosa —le comentó Denis aquella noche hablándole del carnicero, mientras degustaban unas tiras de panceta calentadas al fuego—. Y según dicen por ahí él no la trata nada bien.

Denis, que a diferencia de su señor no perdía oportunidad de visitar las tabernas del pueblo, era una fuente inagotable de información. Por él se enteró también de que Iva, la herbolera, era una mujer bondadosa y abierta que vivía en una casa pequeña y casi triangular cubierta de hiedra.

Gaspard había visto la casa, casi al final de la calle principal, y le había parecido hermosa y acogedora. Apropiada para la amable herbolera flamenca. Aunque por ahí decían que si siempre cerraba todos los postigos por las noches, era porque elaboraba sus oscuras pócimas de magia negra. También se enteró de que parecía ser que Maurice, el tabernero de l'Hostalet, escondía a su hija Fleur en las cocinas cada vez que el Corregidor Latimer se pasaba por la taberna. Como si ocultara algo relacionado con ella. Y que el Obispo Edgard no dudaba en ofrecerles la posibilidad de visitar la Virgen Negra a cuantos peregrinos quisieran verla, previo pago de un muy poco escueto estipendio. A los más necesitados, incluso les conseguía reliquias milagrosas.

Algunos de los habitantes de Rocamour se hicieron visitantes asiduos del taller, le gustara a Gaspard o no. Janet, la lechera, le traía leche cada mañana, y Laverne, la esposa del carnicero, se vio obligada por su marido a llevarles su surtido diario de carne hasta su casa. Era una mujer hermosa en verdad, de talle esbelto y largos cabellos del color de la zanahoria, aunque solía mostrarse más triste que altiva y generalmente su trato era ausente y presuroso, como si llegara tarde a alguna cita. También el Obispo se paseaba a menudo por las obras, evaluando la evolución de éstas cuál si él mismo las estuviera sufragando. El padre Corbet también les visitaba a menudo, aunque por su trato afable y comprensivo, siempre dispuesto a regalarles algunas palabras amigables, era bienvenido.

A Gaspard, sin embargo, no le agradó tanto la visita de *messieur* David de Luisson, un caballero joven y apuesto, de cabellos del color de la caoba y ojos oscuros que llegó con ínfulas y lo evaluó cual si fuesen dos gallos enclaustrados en el mismo gallinero.

—He oído que ese hombre cortejaba a *mademoiselle* Gabrielle —le comentó Denis.

Gaspard lo entendió entonces y, pese a que el joven se había mostrado jactancioso y soez, se lo perdonó. Pues él mismo se había dado cuenta de que la hermosa Gabrielle era un tesoro que cualquiera podría anhelar y muy pocos aceptarían perder. Cualquiera que no fuera él, o eso se decía él mismo. Porque lo cierto era que, si alguna de las visitas que recibía a menudo congratulaba especialmente a Gaspard, era la de la hija del Barón.

Gabrielle siempre estaba dispuesta a llevarles cualquier cosa que necesitasen, a hablar con ellos para hacerles más gratas las pausas en el trabajo, a contarle a Gaspard cosas de la historia del pueblo o a llevarle a ver los alrededores, como la profunda sima de Padirac, la imprenta del casco del caballo de Saint Martin, cuando éste consiguió superar de un salto la sima para escapar al Diablo; o la espada Durandal, que perteneció al héroe Rolando y que estaba clavada en la piedra de la montaña... Y siempre estaba dispuesta a mostrarse amable y tolerante pese a que él se mostrara melancólico la mayoría de las veces.

Pero lo cierto es que así, poco a poco, Gaspard fue mejorando su estado de ánimo y el hecho de levantarse por las mañanas dejó de ser tan arduo. En parte fue por el trabajo, en parte por la afabilidad del padre Corbet y algunos de sus vecinos y en parte, sin duda la mayor de todas, por la joven dama de Renaud que no perdía oportunidad de acompañarle.

Y el verano fue llegando a su fin, anunciando con la disminución de la luz y la llegada del frío el nacimiento de un nuevo otoño. En el taller, donde el trabajo no daba descanso, ya era tiempo de darles a las rocas desvastadas para las estatuas una forma definitiva y Denis miró a su Maestro,

expectante.

—Maest... Gaspard —dijo sorprendido—. ¿Qué forma vais a darles?

—¿A éstas? La de dos ángeles —respondió Gaspard.

Uno sería Adrienne, sin duda. Y el otro, sin remordimiento ni culpa, sería Gabrielle.

Y es que dicen que el tiempo todo lo cura. Pero no hay nada más lejos de la verdad.



Aquella mañana de finales de verano Gaspard se había despertado temprano y había acudido al taller antes de la salida del sol. Llevaba horas trabajando cuando Denis dejó la casa y se unió a él. Gaspard, que estaba concentrado en el diseño de los bocetos de los ángeles para tener un modelo sobre el que labrar, le envió al mercado a hacer unos recados; el fámulo necesitaba descansar después de tanto trabajo. Además Gaspard necesitaba estar solo. Había empezado a hacer un bosquejo del rostro de Adrienne jurándose que no se recrearía en ello, pero el dibujo a carboncillo lo había atrapado. Era la primera imagen que veía de ella desde que dejara de acudir a sus sueños; y había sido capaz de plasmar en él hasta el más pequeño detalle del rostro amado. Luego permaneció minutos, quizás horas, mirándolo. Le turbaba la certeza de saber que no la había olvidado ni un poco.

—¿Era así de hermosa? —dijo entonces una voz suave muy cerca suyo.

Gaspard ni siquiera se sobresaltó. Se giró a mirar a Gabrielle, que observaba el dibujo por encima de su hombro, enfundada en una capa ocre del mismo color que el vestido de paño ya que ya empezaba a arreciar el frío. Gaspard se levantó, sintiendo en lo más profundo de su alma que la joven tuviera que compartir aquellos momentos de amargura.

—Lo era —respondió Gaspard suspirando.

Gabrielle le miró, y tomó el pergamino de la mesa para admirarlo más de cerca. Gaspard, para su propia sorpresa, no se sintió turbado.

—Habladme de ella —le pidió Gabrielle.

Gaspard se pasó una mano por los cabellos.

—Por favor —dijo la joven—. Adrienne debió de ser una mujer maravillosa, si vos la quisisteis tanto. Me gustaría conocerla, aunque sea solo por vuestros recuerdos.

Gaspard apretó los labios. Pero necesitaba hablar. Y de las personas que conocía, solo a Gabrielle y al padre Corbet era capaz de mostrarles sus más turbios sentimientos. Porque tenía la sensación de que, aunque tratara de ocultarlos, ellos los conocían ya.

Se paseó por el taller, umbrío debido a lo nublado del día, y miró directamente a los ojos grises de Gabrielle antes de hablar.

—Adrienne era... la criatura más maravillosa de esta tierra. Solo vos, Gabrielle, estáis a la misma altura que ella. Era amable, dulce, generosa; sería pero capaz de transmitir alegría con tan solo una mirada suya. Era...

Y así, por primera vez desde su ausencia, Gaspard habló de Adrienne. Lo hizo con una adoración que no había remitido ni un ápice tras aquellos casi tres años, necesitado de que Gabrielle, y el mundo entero, entendieran lo que había perdido él, lo que habían perdido todos. La tarde fue pasando, pero Gabrielle no se cansó de escucharle hablar con tanto fervor de otra doncella. De hecho, debido a lo romántico de su espíritu, se sintió fascinada, dulcemente celosa, de saber que existía semejante intensidad de sentimientos.

—Me gustaría haberla conocido —dijo al fin, cuando él calló—. Algo terrible debió de ocurrirle que la alejara de vuestro lado. ¿Creéis que... murió?

—Es la única explicación que puedo encontrar —respondió Gaspard con la voz ronca.

—La echáis mucho de menos, ¿verdad? —aseveró Gabrielle con aquella expresión sabia, compasiva, que a veces acudía a su rostro.

Gaspard trató de responder pero se le había formado un nudo en la garganta que apenas le permitía respirar. Y entonces, sin mediar otra palabra, Gabrielle lo rodeó con los brazos y lo abrazó. Aunque sorprendido al principio, Gaspard no tardó en dejarse colmar por la calidez y la compasión de aquel gesto. Y devolviéndole el abrazo, la acunó contra su pecho y dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos, liberándole de tanto sufrimiento.

—Lo siento, Gabrielle —dijo Gaspard cuando sus ojos se hubieron secado, sin dejar de abrazar a la joven.

—¿Por qué? —respondió ella apartándose para mirarle a los ojos—. Vuestro amor tan fuerte, tan puro, es algo que no debería ocultarse en secreto. Solo espero, Gaspard, que algún día podáis recobrar aunque sea solo una parte de la felicidad que conocierais antaño.

Gaspard leyó en aquellos ojos generosos, capaces de absorber parte de su dolor, que la joven deseaba y estaba dispuesta a ayudarle en aquel trance. Y a él le gustaba que así fuera, pese a que el amor que sentía por Adrienne lo mantenía anclado al pasado y le hacía sentirse confuso. Gabrielle miró a su alrededor, dándose cuenta de que había oscurecido.

—En realidad venía porque mi padre deseaba invitaros a cenar esta noche —dijo tratando de mostrar una culpa que no sentía—. ¿Querréis acompañarnos?

—Sí, si vos estáis allí, Gabrielle.

La joven sonrió discreta, y le acarició el brazo.

—Estaré —respondió alejándose hacia la entrada del taller.



La esperanza que reinaba en el taller de Gaspard era tan solo una isla solitaria en el mar de inquina que crecía en la ciudad. Mientras Gabrielle abandonaba feliz al cantero deseosa de verle luego de nuevo, en la taberna de Maurice el ambiente era muy diferente. Allí los peregrinos y los parroquianos de l'Hostalet y Rocamour se reunían a charlar, hacer negocios, conocer noticias de lugares lejanos o jugar alguna partida de dados. Y a beber, claro. Tanto las mesas desgastadas

como los taburetes que se alzaban frente a la barra siempre mojada estaban llenos. Más tarde, cuando llegara el invierno, las caras nuevas se habrían esfumado y el ambiente resultaría menos festivo, así que era el momento de aprovechar la connivencia.

Había, sin embargo, algunos clientes que no parecían participar de la fiesta. Dos personas que, cuál si Dios las hubiera juntado, se sentaban una junto a otra en la barra, ajenas a lo que les rodeaba. El joven caballero tan solo levantó la mirada de la pulida madera de la barra cuando Fleur, la hija de Maurice, le puso delante otra jarra de cerveza.

—Gracias, Fleur —dijo.

La joven, hermosa a sus quince años gracias a un cuerpo bien esculpido y unos bellos cabellos rizados de un color cobrizo intenso enmarcando el fino rostro en forma de corazón, le sonrió dispuesta a entablar conversación. Sin embargo, cuando vio que su padre se acercaba cargado de jarras recién lavadas, a su rostro afloró una expresión de triste resignación y se alejó en silencio. El caballero no se dio cuenta de esto, pero sí reparó en el suave suspiro de la mujer que tenía al lado.

Se giró y se quedó observando a la doncella con sorpresa. Ella había llegado después que él, era la única explicación posible a que no hubiera reparado en ella antes. Y era una lástima, pensó, como hacían muchos ante aquella extraña belleza. La dama, cuyo porte y ropajes revelaban un regio abolengo, poseía la tez más fresca y perfecta de cuantas atestaban el lugar. Sus labios eran rojos, sus ojos grandes de un castaño claro, y sus cabellos más oscuros; todo ello de una viva intensidad. Su vestido y su capa eran de un color terroso claro muy similar al de la montaña. No dio señales de reparar en él, pese a que el joven estaba seguro de que era muy consciente de que la estaba mirando.

—Buenas noches, *mademoiselle* —dijo—. No os he visto antes por aquí. ¿Sois peregrina?

—No, *messieur* David de Luisson —respondió la joven—. Vivo aquí, en el castillo.

—Ah, entonces sois una de las sobrinas del Vizconde. Me place teneros como vecina, yo vivo en Rocamour. ¿Pero cómo sabéis mi nombre?

—Sé muchas cosas, *messieur* —dijo la joven sin mirarle todavía.

—Claro —asintió el joven sacudiendo los cabellos de color caoba; había bebido bastante—. Supongo que hospedándose con la familia del Vizconde, uno puede llegar a conocer muy bien a toda la nobleza de la zona. ¿Cómo se encuentran el Vizconde y sus hijos?

Esta vez la joven le miró, y clavó sus ojos en los de él como si le estudiara. Parecía divertida, aunque de una forma un tanto turbadora.

—Ahora están mejor que tras nuestra llegada hace ya casi un año —respondió.

Y rió. David de Luisson pensó que su noche estaba mejorando. Alzó un poco la voz para que ella pudiera oírle en el estrépito de la sala.

—¿No me diréis vuestro nombre? ¿Habéis venido sola?

—Me llamo Adrienne, y no he venido sola. Mis hermanas están cerca y mi lacayo aguaita siempre todos mis movimientos.

Hizo un gesto vago con el brazo para señalar a un hombre bajo pero robusto, de ojos grises, que se apoyaba indolente en la pared cerca de la puerta.

—Así que tenéis hermanas —dijo el caballero complacido.

—Algo así —contestó Adrienne, y en su voz se apreció el disgusto—. Pero os aseguro que no os gustaría conocerlas. Habéis tenido suerte de dar conmigo en vuestro estado, y no con ellas. Sabed que la valentía que aportan la bebida y el despecho son peligrosas, sobre todo si nosotros estamos cerca. El Diablo podría tentaros —añadió en un susurro.

El joven, sin advertir la amenaza implícita, le rió la broma.

—¿Y quién os ha dejado tan descompuesto, caballero? —preguntó Adrienne fijando una mirada de hastío más allá de la barra, donde Maurice se ocupaba de cerrar un tonelete que unos peregrinos deseaban llevarse para el camino—. Sin duda una mujer.

El caballero volvió a encogerse en el taburete, perdida ya toda alegría. Suspiró.

—Gabrielle —respondió tan ofendido como desolado—. Gabrielle de Renaud. La más hermosa doncella de estos lugares, con el perdón de vos. Pero ella es ladina, generosa en requiebros tanto como en cambios de disposición. Ahora se ha fijado en otro.

Adrienne rió sin sentimiento alguno.

—Así que es eso —dijo—. Y buscáis consuelo en otros brazos. Yo podría haceros olvidar a esa mujer, David. Daros tantos placeres que a partir de ese momento solo pensarais en mí hasta que vuestra obsesión os llevara a la locura. O a algo peor.

Las palabras de la doncella, tan llenas de suavidad, peligro y lujuria, hicieron que la sangre de David ardiera como no lo había hecho ni en los más inconfesables ensueños en los que evocaba la imagen desnuda de Gabrielle. Miró a Adrienne, y de pronto todo lo demás dejó de existir. El pecho de ella se movía bajo el corsé con un ritmo lento y voluptuoso cargado de sensualidad. Sus labios estaban hechos para ser besados con pasión irrefrenable y sus ojos grandes, oscuros, parecían invitarle a que la tomase con ardor, incluso con lujuria. David de Luisson se supo deseoso de perderse en aquellas sensaciones, capaz de prometerle la luna a aquella criatura, con tal de que le concediera lo que parecía ofrecer. Capaz de entregárselo todo, incluso su...

—No —dijo entonces la joven y volvió a mirar al frente.

El encanto se desvaneció cual si hubiese sido presa de un embrujo y David volvió a escuchar el fuerte rumor de las muchas voces que allí se congregaban. Y a notar de alguna forma que aquella joven se encontraba rodeada por un aura extraña. Ella, sin embargo, parecía ajena a su reacción.

—Podría haceros olvidar a vuestra Gabrielle, pero os aseguro que no os estaría haciendo ningún favor. Simplemente, si no os corresponde, debéis dejarla ir con su verdadero amor.

—No es su amor —dijo hastiado—. Solo es un hombre guapo en el que se ha fijado porque es un artista, y porque ha llegado aquí trayendo una historia tan trágica como fantasiosa sobre sus hombros. Pero no es más que un cantero que...

Calló y retrocedió instintivamente cuando la joven se giró a mirarle. Ahora tenía toda su atención puesta en él, y mientras el aire parecía vibrar en torno a ella David creyó escuchar voces amortiguadas y agudas, como si el viento las trajera consigo tras haber penetrado en la taberna. Creyéndose embotado por el exceso de cerveza, miró a su alrededor sin comprender.

—¿Cantero habéis dicho? —exigió la joven—. ¿Cuál es su nombre?

—Seguro que os suena. Michel. Gaspard Michel tal como él mismo me dijo.

Volvió a mirar a la joven cuando ésta exhaló un gemido que pareció, pese a ser no más que un susurro, demasiado agudo; casi irreal. Antes de que pudiera añadir nada, Adrienne se había levantado del taburete y había salido de la taberna con un revuelo extraño de ropas y consiguiendo que le abrieran paso hasta la puerta sin esfuerzo alguno. David volvió a mirar su jarra, dejándola a un lado porque creía haber bebido ya demasiado.

Pues cuando la doncella había oído aquel nombre, su rostro había parecido afilarse, sus ojos oscurecerse y brillar como ascuas candentes, y la oscuridad cernirse a su alrededor como si de ella misma brotase.

Pero lo que más impactó a David no fue tamaña elucubración de su mente, sino la intensa expresión que tenía el rostro de Adrienne, que había parecido recibir sus palabras como si le hubiesen ensartado un puñal en el corazón y se lo desgarrasen.



Fuera, tal como muchos pudieron constatar, el frío arreció y el viento pareció aullar sobre el valle con una violencia impropia de la época. Rugía con desesperación, creyeron poder jurar algunos. Y es que si el Mal se turba, muchos lo notan.

Adrienne creyó enloquecer. No era posible que Gaspard, su Gaspard, se encontrara en aquel mismo lugar. Se preguntó si su propio Señor se divertía jugando con ella, o si Dios, vengativo, la estaba castigando por haber abandonado su rebaño. ¡Cuántas veces había deseado Adrienne huir lejos y volver a Gaspard, aunque fuera para verle solo una vez, aunque fuera para responder a la desesperación con que él la llamaba en sueños! Porque Adrienne era capaz de saber quién pensaba en ella. Lo asimilaba como que tenía ahora los oídos tan finos, que escuchaba incluso los pensamientos ajenos. Y aunque se regocijaba en saber que despertaba los más vergonzosos deseos en los hombres, en la envidia que despertaba en ellas, la necesidad que tenía Gaspard de ella tan solo le creaba dolor y pena. Y añoranza, una añoranza que la abocaba a un infierno peor que el que vivía en ella.

Sin embargo, parecía que en las últimas semanas el dolor de Gaspard, al fin, había empezado a remitir. Aunque esto le causaba daño, Adrienne se alegraba. Porque si ella misma se había condenado, era para darle a él una oportunidad de vivir. Y todo lo demás carecía de importancia.

Por ello tenía que comprobarlo con sus propios ojos.

Dejando atrás la empinada cuesta, el castillo que la atraía con inaudibles risas y amenazas, descendió hasta Rocamour y se envolvió en tinieblas para recorrer invisible la ciudad en busca de aquel que eternamente parecía llamarla. Se cuidó mucho de no ser vista, de no delatar su tenebrosa presencia. Pero sus emociones la traicionaban.

Aquella noche muchos tuvieron pesadillas. Otros se arrebujaron bajo sus mantas. Y los que aún andaban por la calle, regresando a casa o encaminándose a sus tareas vespertinas no la vieron, pero sintieron una presencia a su alrededor que les hizo estremecer hasta la médula.

En el bosque aulló un lobo, y aún más allá, en lo más tupido de la maleza, una virgen gritaba agónica. En la capilla del hospital de l'Hostalet, sin conseguir conciliar el sueño, la priora Thérèse encomendaba sus plegarias a Dios temiendo, como venía haciendo desde su encuentro con la doncella maldita, que éstas no llegaran a ser escuchadas.

—Capítulo 8: La oscuridad que avanza—

Gaspard se levantó relajado aquella mañana, como no lo conseguía desde hacía tres años. Una noche más había echado de menos a Adrienne en sus sueños, pero al menos levantarse no le parecía una tarea tan ardua. Y en sus labios se extendió una sonrisa cuando recordó la grata cena que había disfrutado hacía dos noches en casa de los Renaud. Con Gabrielle, que conseguía insuflar calidez en su corazón; el suyo, que creía ya exánime.

Pero el pueblo de Rocamour, sin embargo, sufría un cambio totalmente opuesto.

Durante las últimas noches más y más animales habían ido apareciendo muertos, destrozados, en el pueblo y sus alrededores. Los pensamientos de todos volaban entonces hasta Remy, y opinaban que el hijo del vidriero estaba yendo demasiado lejos. También se decía que el aumento de las peleas y de los ataques carnales en la zona se debían a que Iva, la bruja, estaba atrayendo con su magia negra la mala suerte hacia el pueblo. También se comentaba que Laverne, la esposa del carnicero, estaba cada día más distante porque éste no le daba hijos al no yacer con ella. Y que si Maurice ocultaba a su hija cada vez que el corregidor acudía a su taberna, era porque la chica, cuya madre había muerto de fiebres hacía años, era una descarriada que se vendía a cuantos quisieran tomarla.

Y así los rumores, que todos tenían por tan ciertos, crecían.

En el taller de cantería, sin embargo, la vida seguía tal cual su curso. Gaspard preparaba en aquellos días los motivos decorativos para el arco de entrada de la Iglesia, así que se había dirigido al jardín de Iva, con su consentimiento, para hacer algunos esbozos de las hermosas flores y las plantas que decoraban su casa. Era media tarde cuando volvió al taller aquel día, y se sorprendió al no oír el rítmico golpeteo sobre la piedra. Y es que el taller estaba silencioso y vacío. Gaspard pensó que quizás Denis habría ido a la Iglesia todavía en construcción para comprobar cómo seguían los trabajos; los bajorrelieves para las falsas columnas para el pórtico ya estaban listos, y esperaban a ser llevados a su destino. Al llegar a la iglesia se encontró al maestro ebanista fuera, con los brazos cruzados y expresión ceñuda, mientras sus ayudantes holgazaneaban a su alrededor.

—¿Qué sucede? —le preguntó Gaspard.

—Eso preguntádselo a vuestro fámulo —le respondió el carpintero con un gruñido.

Gaspard entró a la iglesia pasando por encima de vigas y piezas de mampostería que se diseminaban todo alrededor de la fachada central de la iglesia. Atravesó el umbrío arco de la entrada que todavía no contaba con una puerta, y que tan solo tenía unas cuantas traviesas de madera claveteadas por dentro para dificultar la entrada. El maestro ebanista avanzaba eficaz en su trabajo y había muchas piezas de mampostería instaladas en su sitio definiendo el altar principal y el oratorio, así como varios bancos de molde. Cuando los ojos se le acostumbraron a la escasez de luz del interior, Gaspard pudo comprobar que la suave salmodia que reverberaba entre las paredes provenía de los labios del padre Corbet, que se paseaba por la iglesia rociando el suelo con agua bendita. Cuando reparó en él, el sacerdote se detuvo y le dio los buenos días. Parecía

extrañamente emocionado.

—¿Estáis bendiciendo la iglesia? —le preguntó Gaspard interesado—. Creía que eso lo hacíais una vez terminados todos los trabajos.

—Los caminos del Señor son inescrutables —dijo el padre Corbet con solemnidad.

—He sido yo, ma... Gaspard.

Gaspard se giró y descubrió a Denis sentado en un escalón del suelo, en la entrada de una capilla lateral. Parecía observar al padre Corbet, y su actitud era nerviosa.

—No quería molestar al maestro ebanista —dijo levantándose—. Pero esta tarde he caído dormido un rato y he tenido un sueño extraño. Una voz familiar, femenina, me advertía de que el Mal estaba cerca, y me urgía a actuar. Me ordenaba traer aquí al padre Corbet, al padre Corbet y no al Obispo —matizó—, para que santificara la iglesia sin demora. Y me he sentido impelido a obedecer.

—Igual que yo —dijo el padre Corbet—. Parece que nuestro joven Denis ha sido elegido como mensajero divino. Demos gracias a nuestra Virgen Negra, que vela por nosotros.

Gaspard asintió, sobrecogido. La parte de su mente que se negaba a desvincularse del pasado pese al dolor, quiso creer que había sido Adrienne que, desde los Cielos, seguía velando por ellos. Y aunque era un dulce pensamiento, lo sumió en la melancolía.

Gaspard no podía estar más en lo cierto y equivocado a un tiempo.



De pronto, mientras el padre Corbet reanudaba su tarea bajo la respetuosa mirada de los dos canteros, un grito horrorizado se elevó desde el exterior de la iglesia. El grito lleno de horror de una doncella, que los tres creyeron reconocer impeliéndolos a correr fuera.

Encontraron a un grupo de gente reunido alrededor de la parihuela hecha con ramas que sostenían Orson, el velludo leñador que proporcionaba la madera para la construcción de la iglesia, y dos de sus peones. Un brazo fino, pálido y cubierto de sangre y mugre, había resbalado y colgaba inerte por un costado, escapando de la sábana sucia que cubría lo que parecía un nuevo cuerpo mutilado. Eso era lo que había hecho gritar a Gabrielle, que permanecía en medio del gentío con una mano tapándose la boca y la mirada fija en aquel brazo revelador. La joven parecía encogerse sobre sí misma, a punto de desfallecer.

—Gaspard —le indicó el padre Corbet en un susurro.

No hizo falta más. Gaspard se apresuró a adelantarse hasta la joven hija del Barón y pasando un brazo alrededor de sus hombros delicados, la giró suavemente para arrancar de su vista el espeluznante espectáculo que, si bien no era inaudito en aquellos tiempos de pestes y cólera, no era algo que sus delicados ojos debieran ver. Mientras el galeno FitzPatrick y el corregidor Latimer se acercaban por la explanada Michelet, Gabrielle se agarró al jubón de Gaspard y hundió el rostro en su pecho, respirando con dificultad.

—Tranquila —le susurró el cantero, sabiendo que no podía decirle mucho más.

FitzPatrick, con su habitual desenvoltura, levantó de un tirón la sábana que cubría el cadáver revelando el cuerpo desnudo de una doncella púber. Gaspard estrechó más el abrazo alrededor de Gabrielle, temiendo que el murmullo de voces que había levantado tal visión atrajera la atención de la joven. Incluso él hubiese apartado la mirada. FitzPatrick, con un pañuelo frente al apuesto rostro, estudiaba el cuerpo, que presentaba numerosos hematomas y marcas de dientes, así como cortes y desgarraduras. La chica había sido hermosa. Y aquella vez nadie iba a culpar a los osos.

—¿Saben quién es esta joven, que Dios la acoja en su seno? —preguntó el padre Corbet.

—No —gruñó el Corregidor—. Nadie la conoce aquí. Posiblemente es la criada de algún viajero que ni siquiera se molestó en echarla en falta. No sería la primera que se fuga con algún caballero de la taberna, creyendo que le jura amor verdadero. La enterrareis en la fosa común, padre, como hicisteis con aquel soldado. FitzPatrick, no hace falta que sigáis con el examen —le dijo al médico—. Está claro lo que le ha pasado a esta desgraciada...

—Señor Corregidor —lo atajó entonces Gaspard en voz alta, mirando significativamente a Gabrielle a quien todavía tenía abrazada.

—Ah, claro —dijo Latimer—. Hay aquí oídos finos. Acompañad a *mademoiselle* de Renaud a casa, maese Cantero.

—Yo no... —dijo Gaspard, que se sentía demasiado turbado porque de pronto temía que el de aquella muchacha fuera el mismo destino que había sufrido Adrienne. No se sentía capaz de ser suficientemente atento con Gabrielle—. Denis, acompañaala...

Su fámulo le dirigió una mirada extraña que él no pudo vislumbrar, ya que Gabrielle reclamaba su atención cogiéndose con fuerza y consternación a sus ropas.

—¿No podéis acompañarme vos?

Gaspard le acarició los cabellos.

—Claro —dijo finalmente, conmovido.

Los ojos de todos los presentes no se apartaron de ellos, aunque ningunos los miraban con tanta inquina como los del Corregidor Latimer.

—Por cierto —dijo—. ¿Dónde habéis estado estas últimas noches, Gaspard Michel?

El Corregidor estaba mirando significativamente las afiladas herramientas que se desperdigaban por el suelo del cercano taller. Gaspard estaba confuso.

—¡Cenando en mi palacio, con mi padre el Barón! —exclamó entonces Gabrielle, en un raptó de enfado—. No os metáis con Gaspard, que es un hombre de bien.

El Corregidor asintió con la cabeza, sin apartar la mirada de ellos.

Gaspard volvió a atraer a Gabrielle hacia sí y se la llevó de allí con rapidez, deseoso de ahorrarle aquella situación a criatura tan pura. No oyó cómo el Corregidor comentaba que de todas formas tantas muertes, de personas y animales, empezaban a ser extrañas.

—¿No deberíamos hablar de esto con el Vizconde? —preguntó Orson, que se limpiaba el sudor de la cara tras dejar la camilla en el suelo—. Mis ayudantes empiezan a temer adentrarse en el bosque. Les he oído decir que está encantado.

Los dos jóvenes que le acompañaban, de compleción fuerte por el uso del hacha, miraron al

suelo cohibidos.

—El Vizconde parece estar demasiado mayor para ocuparse de nada —dijo el Corregidor con cinismo—. Ahora es ese pariente suyo, *messieur* Balan creo que se llama, quien se encarga de todos estos asuntos. Un tipo extraño, y taciturno —añadió, mientras los demás se preguntaban si sería aún más taciturno que él—. Pero tal como dice *messieur* Balan, los lugares como éste son pasto de asesinos y violadores, y de ladrones. ¿O no ha sido siempre así? Padre Corbet, ocúpese de dar sepultura a esta joven. Y los demás dispersaos. Yo me voy a tomar una cerveza a la taberna de l'Hostalet.

La gente, sin embargo, permaneció allí largo rato.

—Yo he oído decir que Remy se está pasando de la raya y es cada vez más cruel...

—Pues a mí me han dicho que Iva, la bruja, está invocando la magia negra...

El padre Corbet se irguió ante toda aquella gente. Aunque su rostro habitualmente afable no mostraba crispación alguna, la mirada decepcionada que dirigió a todos los presentes extinguió todas las voces.

—¿Y me podéis decir, gentes de fe, quién va extendiendo semejantes rumores que no hacen más que dividir al rebaño del Señor y ocultar al verdadero culpable?

Nadie supo responder, pero tampoco se sintieron aludidos cuando el sacerdote anunció que aquella tarde esperaba que todos asistiesen a la misa vespertina, cuando dedicaría su oración a la vileza de las malas palabras que, inspiradas por el maligno, podían corromper a los corazones más puros. Dicho esto se fue a su capilla, dispuesto a rezar por todos.

—Pues yo incluso he oído que Iva ha embrujado al padre Corbet —susurró Laverne, la esposa del carnicero, antes de que todos se fueran—. Los han visto reunirse juntos en la cripta del santo llegada ya la noche.

Nadie iba a dudar de sus palabras, pues todos sabían que era mujer buena y sincera, pues de otra forma no sería capaz de confesar a quien quisiera escucharla, que su esposo la maltrataba. Así que cuando la gente se dispersó, lo hizo con una mayor hostilidad hacia la herbolera a la que todos habían pedido remedios sobre todo para los niños, a quienes extrañamente no gustaba el amable galeno FitzPatrick. Y desconfiando de su sacerdote, indignados por su posible doblez, teniendo en cuenta que desnudaban sus almas con confianza ante él aunque, en realidad, pocos se confesaran sinceramente alguna vez. Mientras se quedaba sola en la explanada Michelet, Laverne sonrió con malicia.



—¿Por qué habéis mentido? —le preguntó Gaspard a Gabrielle mientras caminaban lentamente por la calle principal, adentrándose en la Plaza Mayor donde cada vez había menos gente debido a la llegada del frío y de la noche—. Yo fui a cenar a vuestra casa hace dos noches, pero ninguna más.

Gabrielle le miró fijamente con expresión un tanto traviesa, si bien la palidez y los ojos vidriosos aún mostraban las huellas de lo que había visto frente a la Iglesia.

—Vos no sois culpable de nada, y no voy a dejar que el Corregidor os acuse. Y mi padre responderá también por vos —dijo mientras se adentraban por la avenida adoquinada en la que se encontraban las moradas de las clases pudientes—. Le gustáis, Gaspard.

Estaban solos en aquella calle alumbrada por la luz de las antorchas. Cuando Gaspard miró a Gabrielle a los ojos, la pena lo desgarró por dentro. Ansiaba poder corresponder el cariño que ella le profesaba, pero sus recuerdos se lo impedían. Aunque Gabrielle le gustaba, pese a que creía poder encontrar la felicidad a su lado, su propia pena y su propia complacencia en el pasado se lo impedían. Ansiaba acariciar el hermoso rostro enmarcado de rizos dorados, pero le parecía injusto. Se sentía como si la embaucase.

—Sois demasiado amable conmigo —dijo; se habían detenido y la luz de las antorchas bailaba en los ojos grises de la joven que alzaba el rostro para mirarle.

—Y vos lo sois demasiado poco —respondió ella—. ¿Cuándo dejaréis de castigaros, Gaspard? Nada de aquello fue culpa vuestra, ni esto tampoco.

Gabrielle le tomó la mano y la llevó dulcemente hasta su mejilla.

—No me siento engañada —dijo, en uno de aquellos arranques de inspirada sabiduría que revestían a la joven a veces de una gran majestuosidad—. No estoy celosa del lastre de vuestro corazón, y si quisiera borrarlo sería tan solo para que no sufrierais. No temo vuestro pasado, pero me dolería si no me quisierais de ninguna manera en vuestro futuro tan solo por la culpa que os aflige. ¿No me apreciáis, Gaspard?

Él no supo reaccionar entonces. Cómo no iba a apreciarla, por el amor de Dios, cuando era una criatura tan angelical y traviesa a un tiempo, una niña a la que le gustaría cuidar, una mujer a la que sería capaz de amar. Una joven de dieciséis años que le hacía recordar que era un hombre de veinte que no tenía por qué sentirse como un viejo doblado por las penurias del mundo.

—Claro que os aprecio, Gabrielle —susurró con suavidad—. Y deseo daros todo aquello que queréis de mí...

Gabrielle levantó rápidamente la mano derecha y selló sus labios con un delicado dedo. Su mirada estaba repleta de picardía y comprensión. Nadie como ella sabía despojar de toda tragedia a la situación más dura, convirtiéndola en algo natural, incluso cálido. Solamente, quizás, Adrienne.

—Con eso me conformo por ahora —susurró Gabrielle quitando el dedo de sus labios.

Se irguió y se puso de puntillas, para poder posar un beso en su mejilla cubierta por una suave barba de dos días.

—Gabrielle...

Gaspard no pudo reprimirse y la abrazó, dejándose llevar por vez primera por sentimientos que no eran de culpa o pena. Incluso tuvo deseos de besarla, y se inclinó hacia ella levantándole el mentón con suavidad. Pero se abstuvo al oír el rumor de muchas pisadas que se acercaba por la parte baja de la calle.

—¡Bueno, bueno! —retumbó una voz carraspeando sonoramente, que Gaspard reconoció con

horror como la del Barón Fabrice—. Ya he encontrado lo que andaba buscando.

Gaspard soltó a Gabrielle cuan rápido pudo, sin dejar de lado la delicadeza. Miró al Barón, que vestía camisa blanca y jubón y calzas verdes, y una capa del mismo color. Venía acompañado por su capitán, y otros cuatro de sus hombres.

—Gabrielle —dijo el Barón en tono amonestador—, no vuelvas a convencer a tu aya de que puedes ir sola a ningún sitio —luego miró a Gaspard—. Mis criados han oído que han encontrado a una chica muerta y en seguida he salido a buscar a mi hija. No quiero que recorra sola las calles de esta ciudad.

—¡La he visto, padre! —exclamó Gabrielle cogiéndose de su brazo para llamarle la atención—. He visto a esa joven.

El barón acarició los cabellos de su hija y miró inquisitivamente a Gaspard.

—Es cierto, señor, lamentablemente —dijo éste—. Traían a la pobre doncella, que Dios vele por ella, para enterrarla en el cementerio de la capilla de San Bernard, con tan mala fortuna que vuestra hija se ha cruzado con ella. De haber podido, os aseguro que le hubiese ahorrado tal situación.

—Ya soy mayor —dijo Gabrielle alzando la barbilla.

—No quería que siguiera allí escuchando lo que el Corregidor tenía que decir —continuó Gaspard sin hacer caso de la queja—. La acompañaba para ponerla bajo vuestra tutela y...

Se atoró un poco, sin saber cómo afrontar lo que bien podía parecer un aprovechamiento licencioso de la confianza que los Renaud habían depositado en él.

—¡Claro, claro! —dijo Fabrice alzando un brazo robusto para palmearle la espalda—. Os puedo asegurar que me siento tranquilo si sé que mi preciada Gabrielle está a vuestra vera. Ahora me acompañaréis a tomar unas jarras a la taberna de l'Hostalet, ¿verdad? He oído decir que viene un peregrino llegado de la mismísima Constantinopla. Escucharemos noticias y hablaremos de vuestros trabajos. Grant, aseguraos de que mi hija llega sana y salva al lado de su madre y sus hermanas. Venga, Gabrielle, despídete del maestro Michel.

Gabrielle dejó que Gaspard le besara gentilmente la mano, mientras el Barón los observaba con un consentimiento que rayaba la complacencia.

Y mientras Gaspard acompañaba al Barón y dos de sus hombres calle arriba, hacia la aldea de l'Hostalet, la joven Gabrielle marchó feliz en dirección opuesta, escoltada por el capitán de la guardia y el resto de los soldados. En cuanto llegó a casa se lanzó sobre el regazo de su madre, que escuchó con paciencia y regocijo sus aventuras.

Claire, la pequeña, observaba a su hermana con sorpresa y adoración. Margot, en cambio, tenía puesta en Gabrielle una mirada muy diferente, mientras la observaba pasando, como siempre que estaba presente su hermana, desapercibida. Arrugó la labor hasta que se le pusieron los nudillos blancos cuando Gabrielle, descarada en su candidez, explicó que Gaspard la había abrazado con cariño. La odiaba...



—Parece ser que es cierto —dijo el tabernero a los parroquianos de la mesa de al lado.

Hablaba con ellos mientras les servía a Fabrice y Gaspard las jarras de vino de Provenza, que el Barón se había empeñado en pedir para brindar por la obra de Gaspard seguro como estaba de que sería una obra maestra.

—¿Qué es cierto, Maurice? —le preguntó el Barón de buen humor.

—Ese tipo de allí, el embajador del reino de Castilla que viene del Imperio Otomano —dijo el tabernero sentándose en la silla que el noble caballero estaba separando junto a él en la mesa—, realmente viene de allí, señor Barón.

Se limpió las manos en el paño húmedo que le colgaba del cinto y se peinó la oscura barba para ofrecer una mejor imagen ante el Barón.

—¡Qué cosas explica! —dijo—. Parece ser que los turcos ya no están tan felices de haber puesto a Vlad III en el trono de Valaquia, Es un conquistador nato, pero cruel. Parece ser tan cierto como que me llamo Maurice que el día de San Bartolomé —hizo una pausa para santiguarse—, empaló a todos los sajones de Brasov... ¡miles de hombres, mujeres y niños!, y luego quemó la ciudad, ¡y organizó un festín en medio del bosque de empalados!

El Barón negó apesadumbrado con la cabeza.

—Hasta dónde van a llegar esas almas perdidas, descarriadas del recto camino del Señor. Es una suerte que se hallen tan lejos de nuestra civilizada Francia.

—Ese hombre es el mismísimo Diablo —añadió el tabernero, mientras Gaspard se estremecía en silencio—. Pero tampoco podemos sentirnos a salvo aquí. La priora Thérèse está nerviosa, apenas duerme y se pasea arriba y abajo musitando oraciones, me han dicho. Y según tengo entendido, el pariente extranjero del Vizconde, ese que ha asumido el mando, proviene nada menos que de...

—¿De dónde, Maurice? —lo apremió el Barón, expectante.

—Perdóneme, señor Barón, pero me necesitan allá.

El tabernero se levantó y se alejó hacia el extremo más alejado de la barra, donde el Corregidor Latimer se inclinaba sobre el mostrador pegajoso para hablar con Fleur, que mantenía la cabeza gacha. Fabrice miró entonces a Gaspard, que parecía ausente desde que el tabernero iniciara su relato. El Barón lo entendía, pues conocía las absurdas leyendas sobre el sobrino del Conde de Calhors, que había regresado de Valaquia poco antes de que se iniciaran los sucesos que convertirían a Gaspard en un alma tan desgraciada. Le dio un codazo para despertarlo de su ensueño y trató de distraerlo.

—Eh, ¿vos creéis de verdad que la chiquilla de Maurice es una promiscua? —dijo señalando a Fleur con la cabeza—. Parece que Latimer la está interrogando.

Gaspard levantó la mirada a tiempo de ver cómo la hermosa Fleur salía corriendo hacia la

trastienda mientras Latimer y Maurice se enzarzaban en una queda discusión que tenía todas las de ganar el Corregidor. El tabernero se encogía más a cada segundo que pasaba. Gaspard apartó la mirada, pues no le gustaba espiar, ni hacer juicios de valor sobre cosas que desconocía. Las pocas veces que se había cruzado con Fleur, cuando la joven bajaba a comprar a Rocamour, le había parecido una chiquilla dulce e inocente, aunque insegura y desamparada. Dejó vagar su mirada por el local atestado de gente. Y entonces la vio, y la sangre se le paralizó en las venas.



En la barra había una joven de inmensa hermosura, sola, ceñida en un vestido que, si bien era de un anodino color blanco roto, la revestía de inquietante belleza y sensualidad. Y le estaba mirando, con la expresión turbada pero poco sorprendida de quien tiene la ventaja de haber reparado en el otro unos segundos antes. Luego la ocultaron de su visión.

Gaspard se agarró a la mesa mientras esperaba a que el grupo de comerciantes que le había ocultado la visión se apartase. Ya no había nadie allí cuando pudo ver de nuevo aquel espacio de la barra. Se hallaba vacía. Miró hacia la puerta, con un movimiento brusco de la cabeza, pero ésta estaba cerrada. Pero él habría jurado que ella había estado allí hacía tan solo unos momentos, mirándole.

—Perdone, Fabrice —le dijo tratando de que no le temblara la voz—. Creo que he visto a un vecino de Calhors salir por la puerta y me gustaría saludarle antes de que se vaya.

—¡Claro, claro joven! —dijo el Barón—. Será mejor que yo me vaya también o mi esposa se preocupará por mí. Eso es lo bueno de tomar una esposa dulce y alegre, Gaspard.

El cantero asintió distraído, se despidió con educación y cariño y salió corriendo al frío ya cortante de la noche otoñal, preguntándose hacia dónde ir.

—¡Adrienne! —exclamó ansioso.

Una turbación extraña del aire, que ya le era familiar, lo impelió a correr por la vía empinada que bajaba a Rocamour. Se apresuró mientras los pocos vecinos que seguían en las calles lo miraban sorprendidos. Recorrió varias calles, sintiéndose desfallecer ante la irregularidad abrupta del terreno del pueblo, pero incapaz de abandonar la búsqueda pese a que supiera que no era más que un producto de su locura. Cuando la lógica quiso imponerse, la culpa por haber dejado al Barón, que con tanta amabilidad le perdonaba y aceptaba su interés por su hija, lo impulsó a volver a casa. Se sentía descorazonado y roto de dolor. Parecía ser incapaz de seguir adelante, de soportar aquella carga. Estaba perdiendo el pulso a la promesa que le había hecho a Adrienne.

Mientras atravesaba la explanada de las capillas, se dio cuenta de que una de ellas no parecía una cueva oscura, tenebrosa pese a saber que era la santa morada de Dios y sus ángeles. En la cripta de San Amadour titilaban las velas y su luz escapaba por sus puertas. Esperando poder encontrar al padre Corbet, un faro de esperanza en su desesperación, se encaminó hacia allí. Justo cuando llegaba a la puerta casi chocó contra Iva, que salía por ella arrebujándose en un manto

negro de lana.

—¡Oh Maestro Gaspard! —dijo la herbolera—. Me habéis asustado.

—Buenas noches madame Iva. Cuánto lamento haberos sobresaltado.

La mujer sonrió con calidez.

—No os preocupéis, los sucesos de hoy me han alterado —dijo—. Pero tenéis mala cara, maestro Gaspard. ¿Deseáis que os prepare alguna tisana? Os ayudaría a conciliar el sueño.

—No es necesario, pero os lo agradezco de corazón, Iva —le respondió Gaspard—. Y os rogaría que me dejarais seguir visitando vuestro jardín.

La mujer asintió y le apretó el brazo con dulzura antes de cubrirse la cabeza con el manto y encaminarse hacia la empinada senda que la llevaría a su hogar en aquella noche que parecía susurrar su malcontento en el viento. Gaspard la observó alejarse compadecido de la mujer, tan generosa y creyente, pero que por su vocación estaba siempre bajo la amenaza de ser condenada por bruja. Luego bajó a la cripta y encontró al padre Corbet arreglándose la sotana cual si hubiera estado desnudo de cintura para arriba.

—Ah, Gaspard —dijo el cura afablemente cuando el ruido de los pasos le hizo girarse—. ¿Qué os trae por aquí a estas horas? A Dios ruego que no haya habido otra muerte.

—No, padre —dijo Gaspard—. Yo... quisiera confesarme.

El sacerdote asintió con seriedad mientras las velas chisporroteaban a su espalda.

Se sentaron en uno de los bancos de la cripta, y Gaspard abrió su corazón al sacerdote y le explicó lo que había sucedido aquella noche. También sus temores, la esperanza que nunca se marchitaba, la desesperación con que despertaba por las mañanas. La culpa que sentía cuando sus recuerdos y sus anhelos empañaban sus crecientes sentimientos por Gabrielle, la sensación de que era indigno de ella y, algo que pocos se hubiesen atrevido a revelar, las ansias que sentía a veces de que los tristes acontecimientos que se estaban sucediendo en Rocamour fuesen parejos a los de Calhors, si al menos con ello podían llegar a estar relacionados con Adrienne.

—Soy indigno de pisar esta capilla, padre —dijo finalmente con la voz entrecortada.

—Al contrario, hijo mío —dijo el padre Corbet—. Tan solo sois un hombre joven, que ha tenido que soportar terribles pérdidas. Ni siquiera os impondré un castigo, pues vos mismo ya os imponéis suficiente penitencia. Pero Gaspard —continuó con suavidad—. Debéis comprender que si los delirios sobre Adrienne os persiguen, es porque anheláis verla. No os culpo, pues vuestra amada debió de ser un ser gentil como hay pocos en esta tierra, pero si le jurasteis que os sobrepondrías a su pérdida, debéis acatarla y honrarla de esta manera.

Gaspard se pasó las manos por los cabellos, sumido en su propia desesperación.

—Lo sé, padre. Pero cuanto más lo intento más culpable me siento.

—¿Y no es una premisa del Señor que debemos perdonarnos a nosotros mismos, Gaspard, ante todo? No os sintáis culpable por vivir, sobre todo si así consumáis una promesa. No me parece correcto jurar por Dios, pero ya que lo hicisteis —el padre Corbet sonrió—, que no fuera en vano, hijo mío.

Gaspard sintió que el calor volvía a invadir su gélido interior ante el influjo de la inmutable fe del sacerdote.

—Sois joven, y sois una gran persona —dijo el padre Corbet mientras lo acompañaba a las escaleras que salían de la cripta—. Solo conozco a otra persona tan pura como vos aquí, y Dios ha tenido a bien ponerla a vuestro lado como antes puso a vuestra Adrianne. No rechacéis su ofrenda.

La imagen de Gabrielle vino a la mente de Gaspard. Parecía ser que el sacerdote tenía una mirada penetrante que sabía leer el amor pasional en los corazones, aunque para él fuese un sentimiento extraño.

—Tenéis razón, padre —dijo.

—Y no olvidéis, Gaspard —le dijo finalmente el sacerdote—, que los espejismos no terminarán hasta que vos decidáis no ansiarlos con todas vuestras fuerzas. Nadie os pide que lo hagáis hoy, ni mañana, pero decidíos a vivir esta vida y no una que no regresará.

—Gracias, padre —dijo Gaspard, agradecido de veras pese a que aquellas palabras tan duras como ciertas le escocían en el alma.

Cuando volvió a casa, se sentía aplacado. Se metió en su lecho sin desvestirse siquiera y afrontó la noche con calma, pese a saber que iba a ser casi incapaz de dormir, pese a que la desesperación y la pena, el dolor, iban a invadirlo de nuevo. Por la mañana llegaría un nuevo día, y con él el sol, su trabajo, el padre Corbet y, sobre todo, el amor de Gabrielle.

Pero aquella noche era para su pasado, aquel que no se sentía capaz de abandonar.

—Hoy hace tres años que te fuiste, Adrianne —murmuró—. ¿Cómo puedes dejarme sufrir así, cómo te desvaneces incluso de mis recuerdos? Jamás dejaré de dedicarte a ti y únicamente a ti mis sueños, pese a que te niegues a aparecer en ellos.

Las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro.

—¿Por qué me castigas así, Adrianne?

Cerró los ojos húmedos. Avanzada ya la noche, sintió una conocida presencia. Feliz y aliviado en su inconsciencia, y aunque fuera solo en sueños, vio a Adrianne ante su presencia por primera vez desde que abandonara Calhors.



Gaspard reaccionó con placidez, casi con alivio. Sin sorpresa siquiera. Simplemente se relajó, feliz, como si el mundo hubiese estado al revés y al fin hubiese vuelto a su sitio. Pasó largos minutos observando a su Adrianne, deleitándose en su bella presencia. Parecía un poco cambiada, aunque últimamente había vivido tantas cosas que parecía normal que hubiesen influido en su visión de ella. Quizás simplemente era el vestido, claro y liviano, diferente a los que había acostumbrado a llevar, y sus cabellos más largos. También parecían diferentes el brillo de su mirada y la expresión de ésta, tan impenetrable. Pero era su Adrianne, y seguía aparentando los dieciséis años que tenía cuando la habían apartado de su lado.

—Por fin has vuelto —le susurró poniendo ambas manos tras la cabeza, sin dejar de observarla. Aceptaba gratamente su locura si podía encontrarse con Adrianne en ella—. Te he

echado de menos.

Ella frunció el ceño, algo que no solía hacer en sus sueños.

—¿Por qué sigues empeñándote en no olvidar, Gaspard? —le preguntó suavemente, aunque con más emoción de lo que acostumbraba cuando se avenía a hablarle en aquellas etéreas apariciones—. Cada noche me llamas, en vez de pensar en la hermosa Gabrielle, que sufre por tus desvelos. Es una buena doncella, que te quiere y no merece sufrir. Y tú también la quieres, aunque desees negártelo.

—Lo sé, es una criatura encantadora. Te gustaría mucho, Adrienne, si pudieras conocerla —hizo una pausa, sintiendo un nudo en la garganta—. Pero es que me cuesta, Adrienne. Me duele respirar si tú no estás a mi lado. Mi corazón se desangra por no saber qué es lo que te ha ocurrido. Por qué no volviste a mi lado.

—Eso ya no importa ahora, es el pasado —dijo Adrienne—. Me lo prometiste, Gaspard, prometiste seguir adelante con tu vida.

La imagen de Adrienne pareció suspirar con tristeza, y de pronto se fijó en el cofre que descansaba en el tocador. Aquél que él le regalara, y en cuyo interior descansara una vez la primera piedra de su casa. Gaspard se sintió extraño al darse cuenta del anhelo y la tristeza que parecían haber embotado a su amada. Y más despierto que nunca, preguntándose si realmente soñaba, se dio cuenta de que la Adrienne de sus sueños jamás había mostrado emociones semejantes. Porque su propia mente, compasiva a veces, jamás se la mostraba sufriendo.

Y la Adrienne de sus sueños jamás había llevado tampoco el dragón de Kartal al cuello. Pero allí estaba, destellando a la poca luz que se filtraba por los postigos de la ventana. Gaspard la siguió observando mientras Adrienne permanecía con la vista fija en el cofre, extendiendo lánguidamente una mano hacia él para después dejarla caer de nuevo. Y entonces la locura, o quizás un presentimiento lleno de urgencia, le pudo.



Gaspard se alzó del lecho de un salto, desperdigando las mantas, y se abalanzó hacia Adrienne, que no había podido reaccionar sino sobresaltándose y ahogando un gemido. Y hubiese sido imposible decir quién quedó más turbado cuando, inesperadamente, Gaspard fue capaz de agarrarla de un brazo que él habría creído etéreo como el aire. La claridad de la habitación decreció de golpe, como si la oscuridad hubiese taponado los resquicios de la ventana. Pasaron unos segundos de silencio, mirándose aunque apenas se veían mientras el viento golpeaba furioso los postigos de la ventana cerrada.

—¡Adrienne! —exclamó Gaspard con la voz rota, reaccionando ahora que estaba todo tan oscuro que tan solo era capaz de intuir su silueta delante suyo.

Entonces ella reaccionó también, e intentó desasirse con vehemencia pero vanamente, pues él la sujetaba con fuerza.

—Suéltame —le rogó Adrienne—. ¡Suéltame Gaspard! Por favor.

Sin embargo él no la soltó, sino que trató de acercarla, pues le parecía que lloraba.

—¡Estás aquí de verdad! —murmuró, solo consciente en parte de que era verdad—. Pero cómo puede ser, Adrienne. Creí que habías muerto. ¿Qué fue lo que te separó entonces de mí si no fue la parca?

Se oyó un sollozo, y la mano que trataba de desasirse dejó de luchar. Ahora temblaba. Todo el cuerpo de Adrienne lo hacía. Gaspard la atrajo hacia sí, sintiendo en la oscuridad el cuerpo cálido junto al suyo, viendo el brillo de los ojos de Adrienne frente a él, algo más abajo. Levantó la otra mano y acarició el rostro amado, limpiando una lágrima que corría por la mejilla, espesa y cálida. Adrienne, su Adrienne, estaba allí y parecía anhelar tanto como él el contacto entre sus cuerpos. Se inclinó hacia ella, con la intención de abrazarla.

—¡No! —exclamó ella entonces con voz aterrada, tratando de alejarse de él a la vez que el viento golpeaba con más fuerza la ventana—. ¡Tienes que soltarme, Gaspard! Si no él vendrá a buscarme ¡Podría hacerte daño!

—¿Él? —repitió Gaspard confuso—. ¿Kartal?

Entonces la soltó, abrumado por sus emociones.

—Esto ha sido solo una pesadilla, Gaspard. Otro delirio de tu mente —dijo Adrienne mientras se alejaba de él, con un tono que parecía una súplica—. Olvídate de mí, ¡por el bien de todos!

—¡Adrienne! —la llamó Gaspard dando un paso hacia ella en la tiniebla cada vez más espesa—. Sea lo que sea, Adrienne, estaré contigo para ayudarte. ¡Te amo!

—¡No! ¡No me sigas! —exclamó ella aunque ya no la veía—. ¡Me lo prometiste! ¡Me prometiste que seguirías adelante! ¡No hagas que no sirviera para nada! ¡Y no salgas!

—¡Adrienne!

Gaspard bajó las escaleras tropezando en la oscuridad, pero no había nadie allí cuando llegó a la puerta y se asomó fuera. Solo los aullidos maléficos del viento y los lobos, y aquella oscuridad tan vívida, tan hostil hacia él. La niebla, inquieta, se arremolinaba junto al suelo. Y Gaspard supo, con toda certeza si bien no era capaz de decir por qué, que si salía de la casa en aquel momento no volvería a entrar jamás en ella. Con un escalofrío cerró la puerta, tratando de comprender. Quizás se estaba volviendo loco, pero sentía todavía en su dedo índice la tibieza de la lágrima de Adrienne. Se acercó a tientas al escritorio y encendió una lámpara de sebo. Entonces se miró el dedo, y los pensamientos más extraños abrumaron su entendimiento.

Pues aquello que había creído una lágrima de Adrienne, era una gota de sangre. La restregó con el pulgar, con la mirada fija en la mancha carmesí que se extendía en las yemas de sus dedos. Oyó movimiento tras él.

—¿Maestro?

Era Denis, que estaba en la puerta de su pequeña alcoba con la túnica de lana gruesa con que dormía encogida y una expresión nerviosa en el rostro adormilado.

—No pasa nada, Denis —dijo Gaspard mirándose los dedos todavía—. Vuelve a la cama.

El fámulo le hizo caso, y Gaspard se animó a sí mismo a hacer lo mismo. A dejar cualquier pensamiento hasta que lo alumbrase la luz benigna de la mañana. Sin embargo, antes de subir a su

dormitorio, apretó la yema aún húmeda del dedo sobre el pergamino de un esbozo desechado que había sobre la mesa atestada, imprimiendo una huella de sangre en él. Estaba decidido a asegurarse a si mismo que pese a lo que había dicho Adrienne, su Adrienne, aquello no había sido ninguna pesadilla, ningún sueño esperanzador más bien.

—Capítulo 9: La realidad de los sueños

Aunque pudiera parecer extraño, Gaspard durmió aquella noche. Ya estaba algo avanzada la mañana plomiza cuando se levantó del lecho revuelto. Se lavó con agua de la jofaina, se puso unas calzas gruesas y un jubón cálido y un poco desgastado de trabajar sobre la camisa, y se calzó los escaupines de cuero duro que le permitían pisar el taller sin clavarse las esquirlas. Hizo todo eso sin pensar en nada.

Denis ya se había ido cuando bajó a la planta inferior. Gaspard se acercó lentamente al escritorio, donde debía haber varios bocetos desechados, donde tendría que estar el pergamino en que él había dejado la huella de sangre si no lo había soñado, pero no había nada allí. La mesa, simplemente, estaba vacía, arreglada. Los carboncillos estaban alineados en un extremo, al otro estaban los pergaminos nuevos, pero no había rastro de nada más. Gaspard se agarró a la mesa, desesperado, hasta que se le pusieron los nudillos blancos. No podía ser, no podía ser que cuando más necesitaba saber si se había dejado llevar por sus ensoñaciones, la prueba de su locura o su cordura hubiera desaparecido sin dejar rastro. Pero no, algún rastro tenía que haber. Ni tan siquiera se puso la capa para el corto desplazamiento que tenía que hacer entre la casa y el taller. Fuera, los sonidos de la ciudad parecían reverberar contra la espesa capa de nubes que encapotaba el cielo. A lo lejos, había gente que se movía entre las capillas de los Santos; los ebanistas trabajaban frente a la iglesia en construcción. Y al otro extremo de la calle, allí donde la senda empinada descendía al nivel más bajo de la ciudad, un porquero dirigía a su piara hacia el matadero. A aquellas alturas del año, convenía terminar ya con la matanza.

Los sonidos familiares, acogedores del seco golpe de la maceta sobre el desbastador de hierro y el suave crujir de la piedra, dieron la bienvenida a Gaspard cuando entró en el taller. Su mirada se posó, como siempre, en la estatua que empezaba a tomar los rasgos de Adrienne, y que era la primera que había empezado. Apartó la vista de ella y miró a su alrededor, fijándose en que la lumbre que iluminaba y daba calor estaba encendida y crepitaba alegremente. Había rastros de pergamino entre las ascuas del fuego.

—Buenos días —le dijo Denis deteniéndose momentáneamente y sentándose sobre la roca en la que trabajaba, apartándose los húmedos cabellos castaños de la frente sudorosa.

—Buenos días —respondió Gaspard sin apartar la mirada del fuego—. ¿Has hecho limpieza en la casa?

—Sí, maestro —dijo Denis—. Me he despertado pronto y he pensado que ya era hora de hacer limpieza. Además sabía que los bocetos buenos estaban aquí...

—Está bien no te preocupes —le interrumpió Gaspard pensativo—. ¿Pero por qué hoy? ¿Has soñado con que tenías que limpiar el escritorio?

—No, maestro... —respondió Denis nervioso—. Creo que no. Simplemente he dormido mal y me he levantado temprano, y como no había luz suficiente todavía para trabajar me he quedado en la casa limpiando.

—Parece que ambos hemos dormido mal hoy —dijo Gaspard, sin saber si sentirse aliviado o

triste.

—Parece que *todo* el pueblo ha dormido mal hoy —dijo el fámulo, quien debía de saberlo bien pues cada mañana pasaba por el mercado para traer pan y escuchaba todos los rumores que quisieran explicarle—. Nadie ha pasado una buena noche hoy. Todos lo dicen, que se sienten extraños como si los observaran, les susurraran cosas y se burlaran de ellos. Muchos están asustados, y la caída del otoño hacia el invierno no ayuda.

—Como empezó a suceder en Calhors —murmuró Gaspard.

—No, maestro —contestó Denis—. Aquí todos saben bien quien es el culpable. Todos echan la culpa a Iva, la bruja.

—Iva no sería capaz de hacer ningún mal a nadie —dijo Gaspard—. Precisamente ayer la vi salir del la cripta de San Amadour, donde debió de estar rezando con el padre Corbet. No la llames bruja, es una buena mujer, Denis.

El aprendiz se alzó de hombros, aunque la noticia de que Iva había visitado tan tarde al sacerdote alimentaba otros rumores. Gaspard miró a su alrededor.

—¿No ha venido Janet con la leche?

—Esta mañana no —dijo Denis.

Era extraño, pues la mujer del lechero les traía una cubeta de leche fresca cada mañana desde que llegaran a Rocamour. Pero en ese momento, a Gaspard le importaba poco. No sentía hambre, ni sed, solo confusión y pena. Realmente había sido una noche extraña, aquélla. Se pasó las manos por los cabellos y Denis, que le observaba, se preocupó.

—¿Estáis bien, Maestro? —le preguntó—. ¿Podréis trabajar hoy?

—Claro —le respondió Gaspard con suavidad, consciente de la preocupación de su joven protegido—. ¿Por qué no iba a poder?

—Bueno, por si estáis herido... Por la sangre que teníais en el dedo ayer noche.

Gaspard se quedó inmóvil, en el centro del taller y levantó la mirada hacia Denis. Su expresión era inescrutable, pero los ojos de color miel reflejaban emociones turbias.

—¿La viste?

—Sí, maestro. ¿Os pillasteis el dedo con la maceta? Sería la primera vez.

Denis sonrió pero Gaspard siguió muy serio. Miró al suelo, tomando una resolución.

—Tengo que irme, Denis, sigue trabajando por favor —dijo finalmente—. Tengo... cosas que averiguar.

—¿Cuándo volveréis? —le preguntó Denis sorprendido y preocupado.

—No lo sé, es posible que pase fuera todo el día.

—¡Pero Gabrielle va a venir hoy para que hagáis el boceto de su figura para el otro ángel! ¡Se lo pedisteis vos ayer! ¿Qué voy a decirle?

Gaspard miró a su fámulo, comprendiendo su enfado aunque sin entender tal intensidad. La culpabilidad empezó a abrumarlo, pero no lo podía evitar.

—Lo siento, Denis, pero hoy... no puedo —dijo dirigiéndose fuera—. Hoy no puedo.

Salió del taller, y le golpeó una racha de viento frío que le alborotó los cabellos. Se preguntó por dónde empezar a buscar. Se encaminó hacia la explanada Michelet y visitó las capillas una por

una; jamás la encontraría allí, pero él no lo sabía. Se dirigió después hacia la avenida principal para dirigirse a la aldea de l'Hostalet, pues era allí donde había visto por primera vez a Adrienne. Quizás estaba de peregrinaje. Se cruzó con el lechero, el esposo de Janet, que parecía fuera de sí mientras hablaba con varios parroquianos.

La taberna de Maurice estaba en aquellos momentos ocupada tan solo por los ya pocos viajeros que habían hecho un alto para comer antes de seguir su camino. Gaspard observó a todos los presentes, pero la única doncella de la sala era Fleur, la hija de Maurice, que secaba jarras con un trapo a un extremo de la barra. Gaspard decidió probar suerte con ella.

—Buenos días, Fleur.

La joven levantó una mirada tímida hacia él, de forma que Gaspard pudo ver que tenía un cardenal oscuro en la mejilla izquierda.

—Por el amor del cielo, ¿qué os ha pasado?

—Buenos días, maestro Michel —dijo la joven, y se llevó la mano a la cara, allí donde la tenía hinchada—. No es nada, Maestro, no os preocupéis. Yo... me caí al suelo. ¿Puedo servirlos algo?

Gaspard aún tardó un momento en dejar de observar el moratón de su rostro delicado.

—En realidad busco a alguien, Fleur —la chica dejó las jarras y le miró inquisitivamente, deseosa de ayudar—. Se trata de una joven de noble alcurnia, de hermosos cabellos castaños y grandes ojos oscuros. Ayer estuvo aquí, sentada sola en la barra...

—Sé quién decís —lo atajó la joven enseguida—. Ella viene a menudo, a veces acompañada de sus tres hermanas, o primas o lo que sean, a veces con su hermano, o lo que sea también, pero la mayoría de las veces viene sola. La he visto salir alguna vez con algún viajero, y el otro día se hizo amiga de David de Luisson. Pero generalmente prefiere no contar con compañía y la gente no se le acerca. Siempre es amable conmigo, pero a veces da miedo. Debe de ser alguien importante.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

La moza negó con la cabeza haciendo ondear sus rizos.

—Quizás se aloje en el hospital, muchos lo hacen por largo tiempo a la espera de que la Virgen cumpla lo que le han pedido. O quizás es una de las parientes del Vizconde de las que todo el mundo habla. De todas formas, yo no os aconsejo subir a la fortaleza. Ya nadie lo hace.

Gaspard sintió un escalofrío y se agarró a la barra para evitar que le temblaran las manos. Los recuerdos volvían a golpear contra su mente, fundiéndose con aquella extraña realidad. Le dio las gracias a Fleur y le dio unas monedas pese a que no había tomado nada, animándola a gastarlas en lo que más le gustara. No se dio cuenta de que al fondo de la taberna Orson, el leñador, no les quitaba los ojos de encima; no tardaría en murmurar por ahí que el modélico cantero era otro de los clientes de Fleur. Ajeno a ello, Gaspard se despidió de la joven dispuesto a seguir su búsqueda ahora que estaba seguro de que él no era el único que había visto a Adrienne. Había estado en aquella taberna, aspirando el mismo aire que él.

—Fleur —dijo antes de irse, incapaz de callar—. Decidle al suelo que os ha hecho eso, sea cual sea, que la próxima vez venga a pegarme a mí en vez de a vos.

La muchacha sonrió agradecida, pues Gaspard era la primera persona desde hacía mucho tiempo que no la trataba como si fuera una criatura a la que no se quería tener cerca. Sin embargo

y aunque sus ojos se enturbiaron no derramaron ninguna lágrima. Ya no era capaz.



Una vez fuera, Gaspard puso los ojos en la inmensa fortaleza que se asentaba sobre el borde mismo del peñasco. A la débil luz de la mañana grisácea aparecía magnífica en su grandeza y su poder, pero extrañamente indolente y silenciosa. Lejos habían quedado ahora los días en que se requería su fuerza para defender los santuarios de Rocamour, pero en el hogar de un noble de tan alta condición siempre había movimiento. Y, sin embargo, no había caballeros que entraran ni salieran, ni guardias en las puertas o las aspilleras. Quizás era verdad lo que había dicho Fleur, y no hacía falta vigilancia porque ya nadie se acercaba al recinto amurallado. Sus pasos estaban dispuestos a encaminarlo hacia allí, pero pensó que quizás sería mejor asegurarse primero de que Adrienne no estaba en el hospital de peregrinos a cargo de la priora Thérèse. Él, un simple cantero, no era nadie para presentarse a las puertas del castillo del Vizconde pidiendo ver a una de sus pupilas.

Así que volvió atrás y se dirigió al hospital de peregrinos. Era un edificio que anteriormente podía haber sido una abadía, pues abundaban los arcos románicos y las cruces en las picotas. Gaspard se dirigió a la capilla, a donde la gente ya acudía para la misa del mediodía, y donde encontró a la priora Thérèse observando la escena desde un lado de las altas puertas. La saludó con respeto. Gabrielle, cuando se había empeñado en presentarle a todo el mundo, le había llevado primeramente a conocer a la priora. La admiraba pues la mujer, pese a que debía de rondar ya la séptima década de vida, era una mujer fuerte, enérgica, capaz de luchar por su morada contra viento y marea y llevaba ya más de cinco décadas ocupándose del hospital.

Y sin embargo, cuando Gaspard se acercó a ella, la encontró desmejorada. Más delgada y con una honda expresión de angustia en la mirada. La priora, a su vez, intuyendo que algo le sucedía a Gaspard para estar allí en vez de en su taller. Le preguntó con suavidad en qué podía ayudarlo. A medida que el cantero la hacía partícipe de la descripción de la persona a la que buscaba, su rostro fue empalideciendo y sus manos se agarraron más fuertemente al rosario que le pendía del pecho. Pasaron largos minutos de silencio antes de que la mujer se decidiera a hablar.

—¿Sabéis, Gaspard? —dijo Thérèse mirando el rosario que sujetaba, y que le daba una fortaleza que no conseguía ni de la comida ni del agua—. Fue aquí, en estas tierras, donde la Virgen se le apareció a Santo Domingo de Guzmán para pedirle que extendiera la oración del rosario entre todos los cristianos. Muchos albigenses y otros herejes volvieron a la fe verdadera gracias a él. Pero los hay que están fuera de toda redención.

Miró fijamente a Gaspard a los ojos.

—No vayáis al encuentro de esa mujer, maestro Michel —dijo—. Volved a casa y rezad, estad en comunión con Dios, y vivid una vida plena. Con Gabrielle, que os ama.

—No lo entendéis, priora —dijo Gaspard conmovido—. Haré lo que decís, así lo deseo, pero

hay algo que tengo que aclarar o mi alma no descansará en paz jamás.

La priora tensó las mandíbulas pero acabó mirando al suelo, derrotada una vez más.

—En ese caso, dirigíos a la fortaleza. Y rezaré por vos, Gaspard.

Gaspard le dio las gracias y se acercó a las altas murallas de la fortaleza, construida dos siglos atrás, sintiendo una mezcla de anhelo y extraña reticencia. Las palabras de la priora lo habían afectado, pues empezaba a creer que todo había sido una confusión y que aquella joven de la taberna solo se parecía a Adrienne. Y que la que había visto e incluso tocado él en su habitación no era más que un sueño. Porque aquella a quien se refería la priora no podía ser su Adrienne. Nadie que la hubiera conocido podría hablar con tanto temor de ella.



El frío arreciaba y se filtraba por sus ropas, haciéndole estremecerse al no haber cogido la capa. Pese a que apenas había pasado el cenit del mediodía, el día parecía apagarse con creciente velocidad. El otoño, junto con las espesas nubes que tapaban el sol, apresuraba la llegada de la noche a la que ya muchos temían en Rocamour. La amplia senda hacia las puertas de la fortaleza estaba desierta, húmeda la hierba que Gaspard pisaba en su solitario avance hacia las altísimas murallas de piedra. Nadie pareció dar la voz ante su llegada, como si no hubiera ningún rostro espiando desde las torres de guardia. El rastrillo de hierro estaba levantado, y debía de hacer mucho que no se usaba porque las profundas bocas del suelo donde se clavaban las picas estaban parcialmente recubiertas de tierra. Sin saber muy bien qué hacer, Gaspard tomó una de las grandes y pesadas aldabas de hierro y golpeó varias veces la gruesa lámina de madera de las puertas con ella.

Esperó largo rato y volvió a golpear, incapaz de alejarse de allí hasta descubrir aquel enigma que parecía capaz de abocarlo a la más atormentadora demencia. Y entonces, cuando ya pasaban por su mente las más temerarias posibilidades para colarse en el recinto, oyó algo al otro lado de la puerta. Esperó paciente, preguntándose ahora qué diría y cómo explicaría su descarada presencia allí, hasta que una de las pesadas láminas de madera se abrió y un hombre vestido con pieles gruesas se quedó mirándole con sorpresa primero, y la más absoluta insensibilidad después. No se apartó ni un poco de la fina rendija que había abierto, pese a que Gaspard parecía esculpido en piedra. El viento soplaba en el interior del patio de la fortaleza, sibilante, pero no fuera.

—Farkas —consiguió murmurar finalmente Gaspard, con la convicción de quien no puede olvidar el rostro al que pertenece un nombre ni con todo el paso de los años.

El hombre no respondió. Se limitó a seguir mirándole sin emoción alguna en los ojos grises. Gaspard dio un paso más hacia él, y el hombre reaccionó irguiéndose un poco más frente a él, impidiéndole acercarse a la puerta con su robusta complexión. Gaspard podía ver por encima de la rala cabeza del rumano una estrecha franja del patio de la fortaleza, que parecía vívido pese a estar sumido en la niebla. Allí, extrañamente, el paisaje parecía más rojizo, como si en la fortaleza se

hubiese apresurado el tinto atardecer.

—Farkas —repitió Gaspard poniéndose nervioso—. Sé que me entiendes, te he oído hablar el francés. En Calhors. Deseo ver a *mademoiselle* Adrienne —hizo una pausa—. Por favor, Farkas —añadió ante la indiferencia del hombre—. La he visto, sé que está ahí dentro. Por el amor de Dios, tened piedad de mí y ayudadme.

El hombre aderezó la cetrina palidez de su piel con una sonrisa casi imperceptible que estaba exenta de cualquier rastro de calor. Aunque tampoco había hostilidad en él. Gaspard se limitó a esperar, teniendo fe en la bondad de las personas, sabiendo que el extraño lacayo podía leer el doloroso ruego de su mirada.

—Haceos un favor —dijo finalmente el hombre con aquel acento rico, vibrante y a la vez sibilante de las fronteras del mundo cristiano—. Iros de aquí y no volváis. No os compliquéis la vida, ni se la compliquéis a ella. Podría no ser bueno para nadie.

Gaspard supo entonces que tenía razón, que Adrienne estaba allí dentro.

—Por favor, Farkas —dijo con calma, pese a que las emociones bullían por dentro—. Necesito hablarle, solo eso, y lo haré con tu aquiescencia o sin ella.

El hombre lo miró largos segundos.

—Esperad aquí —dijo, y metiéndose en el interior del patio con rapidez cerró las puertas ante el rostro de Gaspard.

Hay veces en que uno sabe, pese a no haberlo pensado, que hay cosas que suceden sin explicación ninguna y que tan solo se puede esperar y observar, y tener la mente abierta para descubrir lo insólito que se esconde bajo una aparente normalidad. Y que, pese a todo, nos provoca escalofríos y lleva nuestra mente a rebatir la realidad. Aquél era el ánimo de Gaspard en aquel momento, mientras esperaba, demasiado inmerso en tan extraño contexto como para ni tan siquiera tener miedo o plantearse qué era lo que iba a suceder.

Pasados largos minutos volvió a escucharse sonido de pasos entre la extraña algarabía de la brisa del patio, y Farkas apareció en el resquicio de la puerta nuevamente abierta.

—Ella hablará con vos —dijo sin dotar de ninguna emoción a su voz—. Pero no aquí. Os invita a reuniros con ella esta tarde durante la misa de vísperas en el bosque, más allá de la Puerta Salmón, en el sendero del sur que se aleja de la casa de Orson el leñador. Y ahora os conmina a alejaros de estas puertas y no acercaros más, por su bien y por el vuestro.

Gaspard asintió, sintiendo que se mareaba ante el significado de aquellas palabras.

—Entonces ella está aquí, está viva —musitó.

—Así es, para futura desgracia de vos —dijo Farkas, y las puertas se cerraron de nuevo.



Gaspard no volvió al taller a esperar la llegada del anochecer, pues se sentía demasiado turbado para enfrentarse con la cotidianidad de su vida. En aquellos momentos le resultaría imposible

tomar la escafiladora para labrar la piedra, ni aunque fuera para trabajar sobre el ángel que tomaría los rasgos de Adrienne, sabiendo como sabía que la vería en tan solo unas horas. Además, era incapaz ahora de encontrarse con Gabrielle, porque no sabría qué decirle. Sus sentimientos por ella no cambiaban, pero la presencia de Adrienne lo revolvía todo.

Deambuló por los alrededores de l'Hostalet, hasta que al final entró en la capilla a rezar; a la priora Thérèse no se la veía por ninguna parte. Cuando ya empezaba a atardecer y se acercaba la hora de la misa vespertina, Gaspard se encaminó hacia Rocamour rodeándolo por sus callejas más periféricas para no encontrarse con ningún conocido. A quien sí vio fue a Remy, que corría delante suyo como a alma que llevara al diablo.

Atravesó la Puerta Salmón, último obstáculo que separaba a Rocamour del bosque que muchos temían ya, cruzándose con varios labriegos que lo saludaron con respeto. Encaminó sus pasos hacia el sendero cubierto de hojas secas que llevaba hacia el sur y pasó por delante de la casa de Orson, el leñador, que tenía en su terreno alargado los más extraños objetos decorativos hechos en madera, todos ellos bellos y espeluznantes a la vez. A cada paso que daba en aquellas soledades arrulladas por el murmullo de las hojas secas y los aullidos de los lobos, el corazón de Gaspard se aceleraba. Todavía no podía creerse que fuera a ver a Adrienne, que estuviera viva, sana y salva, y lo que ello implicaba. Cuando se acercaba al amplio claro del bosque en que se abría el camino hacia la ribera del riachuelo, supo que ya no tendría que esperar mucho para ver satisfechas sus ansias.

Adrienne, como la princesa encantada de un cuento, estaba sentada en un tocón, desparramadas a su alrededor las faldas claras de su vestido fino y hermoso. Los cabellos, sueltos y sin cubrir con ninguna toca, caían sobre sus hombros y su espalda, largos y brillantes, contrastando con la palidez arrobada de su rostro. Y sus ojos, aquellos hermosos de cervatillo, le miraban directamente a él.

—Adrienne —murmuró Gaspard.

Pero era incapaz de acercársele. Le había dejado, sin despedirse, y no sabía por qué.

Era Adrienne, su Adrienne, pero Gaspard simplemente no se explicaba como podía estar allí, ante él, cuando la había añorado tanto tiempo, sin saber qué era lo que la había alejado de él. Sintió frío cuando la brisa arreció, llenando de murmullos aquel paraje solitario sumido en las sombras del atardecer. El bosque parecía hostil, atento alrededor de ellos.

—No deberías estar aquí sola —consiguió decir finalmente.

Adrienne sonrió, cálidamente pero de una forma diferente a como lo hacía antaño.

—No te preocupes, nada va a pasarme —dijo como si fuese una chanza privada.

Pero era su voz. Tan querida, tan añorada. Gaspard sintió que toda entereza se rompía en su interior, y avanzó hacia ella notando que los ojos se le empañaban. A medida que se acercaba Adrienne dejó de sonreír, y le miró con una expresión honda pero indescifrable cuando él se dejó caer de rodillas sobre las hojas secas frente a sus faldas.

—Adrienne —susurró con la voz entrecortada.

—Hola, Gaspard.

—No has cambiado nada —dijo él incrédulo, pues realmente Adrienne seguía aparentando

aquellos dieciséis años que tenía cuando le dejara.

—Te equivocas, he cambiado mucho. Mucho.

Pasaron unos minutos en que se limitaron a mirarse, Gaspard sin entender el por qué de nada, Adrienne sumida en sus propias emociones.

—Me han dicho que me buscabas —acabó diciendo Adrienne rompiendo el silencio—. No debes hacerlo, Gaspard.

—¿Es por Kartal?

Ella asintió. Gaspard permaneció en silencio, y acabó asintiendo con la cabeza. Pero no lo entendía.

—¿Por qué me dejaste, Adrienne? ¿Por qué te fuiste así? Nos asustaste a todos.

—Lo sé, y lo lamento —dijo ella, y si Gaspard la hubiera mirado en vez de fijar sus ojos vidriosos en el suelo habría visto lo mucho que le costaba permanecer serena—. Pero por qué lo hice es algo que ya no se puede cambiar. Lo que sí importa es que tú me prometiste que seguirías adelante con tu vida, y lo estabas haciendo bien. No te detengas ahora.

Adrienne calló de repente cuando el viento, que aullaba cada vez con más fuerza, pareció traer con él voces gélidas. Gaspard levantó la mirada a tiempo de ver cómo ella observaba el mundo a su alrededor con unos ojos duros y fríos que parecían contemplar más allá de la realidad cada vez más neblinosa que los envolvía. Sin embargo su expresión se dulcificó cuando volvió a posar su mirada en él.

—Gaspard —dijo indicándole que se levantara pero sin rozarle siquiera—. Tienes que entender esto. Él no dejaría que me acercase a ti si lo supiese.

—¿Quién, Kartal?

Adrienne asintió. Pero Gaspard no vio alianza alguna en sus hermosos dedos.

—Tú... ¿vives en pecado con él?

Adrienne sonrió mientras cogía una hojita que había volado hasta el tocón, y le dio vueltas entre dos dedos delicados. No era una sonrisa alegre, pese a todo.

—En muchos sentidos, Gaspard —le miró—. Tú y yo ya no podremos estar juntos nunca más, tienes que entenderlo. Y aceptarlo. Deja de dolerte por el pasado, deja de soñar conmigo, de anhelar mi presencia, y céntrate en lo que sí tienes delante. No hagas daño a Denis ni a Gabrielle, no lo merecen. Y están preocupados por ti en este mismo momento.

—No puedo irme sin más, te quiero demasiado. Aunque me dejaras, no puedes pedirme que no me preocupe por ti. No me lo estás explicando todo, Adrienne —dijo Gaspard.

—No necesitas saber —respondió ella con suavidad—; no debes saber. No me obligues a ser cruel.

Gaspard hizo ademán de tocarla, pero se detuvo sin saber muy bien por qué.

—Vete a casa, Gaspard. La noche no es lugar para alguien como tú —se irguió con expresión preocupada—. ¿Oyes aullar a los lobos? Por favor, vete ahora.

Gaspard asintió, pues la urgencia que transmitían sus palabras le movían a obedecerla. Además sentía frío, un frío penetrante que no se debía tan solo a la caída de la noche ni al ímpetu del viento. Le dedicó una última mirada, llena de confusión, de compasión, de pena y de rabia, que

ella pudo leer en su rostro. Entonces, como si el cuerpo le pesara de pronto, Gaspard empezó a alejarse, embotado, incapaz de darse cuenta de que voces extrañas parecían susurrar en la niebla a su alrededor, y que algo se movía en el bosque, muy cerca. Cuando se giró a mirar atrás, tan solo percibió la densa oscuridad entre el follaje, y ni rastro de Adrienne.

Avanzó como un sonámbulo a través de la senda, guiándose por las luces que se adivinaban delante para poder regresar a la ciudad. Cuando pasó por delante de la casa de Orson, se topó con Laverne, que parecía haber salido de allí momentos antes. La esposa del carnicero se había sobresaltado al verle hasta el punto de respirar con dificultad.

—Buenas noches, madame Laverne —dijo Gaspard avanzando poco a poco para no atemorizarla más, consciente de que su voz sonaba hueca, muerta—. ¿Queréis que os acompañe a casa? Está muy oscuro para que caminéis sola por este lugar.

—Gracias —aceptó ella arrebujándose en su capa. No hablaron más.



El día siguiente amaneció melancólico, y Gaspard lo hizo aún más. Fue incapaz de responder a las preguntas de Denis sobre si se encontraba enfermo, pero se negó a que fuera a llamar al médico FitzPatrick; su mal no iba a curarse con sangrías y ungüentos. Simplemente era incapaz de entender lo que pasaba, pues no podía asimilar que Adrienne hubiera podido dejarle libremente, ni tan siquiera por Kartal. Su amor había sido tan fuerte, tan puro, que no podía quebrarse con tanta facilidad. Y esa certeza lo sumía en la incomprensión más absoluta, impidiéndole razonar y desenvolverse con normalidad.

Cuando Gabrielle llegó cercana ya la tarde, también ella se alarmó, como Denis, ante su evidente apatía. Gaspard permanecía frente a la escultura a medio tallar de Adrienne, representada como un ángel de volátiles vestiduras, sin hacer nada más que mirar al vacío que parecía abrirse en la sólida piedra para él. Ya le había visto en alguno de aquellos momentos de desconsuelo, pero nunca hasta entonces había llegado a semejante estado de desidia, de ahogada desesperación. Se acercó a él y casi con temor, le puso una mano sobre el hombro, que él cubrió enseguida con una de las suyas.

—Estáis ardiendo, Gaspard —murmuró Gabrielle tratando de imprimir normalidad a su voz asustada.

—Ayer estuvo todo el día fuera, sin abrigo ninguno —dijo Denis, asustado. Él sí había visto a su maestro ya antes en ese estado. En Calhors, hacía tres años. Pero calló.

Gabrielle asintió, pese a que ignoraba el porqué de la honda turbación del fámulo, y miró al hombre que amaba.

—Gaspard, os habéis resfriado sin duda —le dijo—. Ahora os acostaréis, vamos.

Tiró de su mano y él se levantó para seguirla, mientras Denis recogía el taller y les seguía de cerca. Sin embargo, el joven se quedó al pie de las escaleras cuando, ya en la casa y con una

desenvoltura propia de una mujer mayor, Gabrielle guió a Gaspard hasta su alcoba. Encendió una tea y apartó las mantas del lecho para que él pudiera estirarse. Pese a que se mostraba férrea, la situación la asustaba y la cohibía. Qué dirían las gentes si supieran que estaba a solas en la alcoba de un hombre. Pero su padre lo comprendería.

—Acostaos —lo animó señalando el lecho, puesto que Gaspard se limitaba a permanecer de pie frente a ella—. Mañana os encontraréis mejor.

O eso esperaba.

—Si por la mañana Denis no os ve recuperado, haré venir a *messieur* FitzPatrick aunque no queráis. O a Iva. Pese a lo que dicen de ella, le proporcionaba tisanas a mi madre para mí cuando era pequeña, porque en las noches húmedas me costaba respirar. Vamos, acostaos. Sea lo que sea lo que os aflige hoy, mañana será un nuevo día.

Gaspard pareció despertar entonces y enfocó los ojos para mirarla. Gabrielle no pudo evitar sentir un escalofrío de emoción. Leía muchas cosas en sus ojos, cosas turbias, pero también gratitud y amor.

—Sois muy buena, Gabrielle —murmuró Gaspard—. Un ángel... Mi ángel salvador.

La abrazó. No solo por la pena que sentía por ella ante lo que la obligaba a vivir, sino porque anhelaba su tibio contacto tanto como anhelaba el de Adrienne, la Adrienne de antaño. Gaspard quiso prometerle a Gabrielle una feliz vida futura, la ansiaba, pero no podía. No era capaz siquiera de asegurar que él mismo fuera a sobrevivir a su pena.

Y Gabrielle, cuya perspicacia una vez más era palmaria, no dejó de entender este silencioso mensaje. Se dirigió triste y acongojada como nunca hacia su casa, seguida de cerca por los dos soldados de la guardia. Dando las buenas noches con premura a su familia, se dirigió a su habitación. Se arrodilló frente al lecho, y fue allí donde dio rienda suelta a la angustia retenida y dejó correr las lágrimas que habían pugnado por asomar a sus ojos desde que viera a Gaspard aquella tarde. Junto las manos sobre el lecho a modo de plegaria.

—Por favor, Señor —rezó—. Si tienes en una ínfima estima a esta simple pecadora que intenta ser una mujer mejor, no abandones el alma de Gaspard a su desdicha. No dejes que se consuma por esa pena que parece devorarlo como un lobo al carnero. Por favor, Dios, por favor, haz algo por Gaspard.

Y así, llorando y rezando, Gabrielle se echó a dormir, acurrucada en un sueño ligero en el que danzaban macabras pesadillas.

Su ruego, como ella quería, fue escuchado, aunque no por el Señor de los Cielos ni ningún otro ser de su glorioso séquito.

Pues aunque la gente lo ignora son muchos los oídos que escuchan, y su súplica fue atendida por una fuerza opuesta a la que ella pretendía. Una fuerza oscura, maligna.

—Capítulo 10: Verdades piadosas—

Gaspard se sentía desgraciado, transido por el dolor, pero el suyo no era nada, de todas formas, comparado con el sufrimiento de Adrienne. Después de prácticamente echarle de su lado, tratando de permanecer en aquel estado de seria apostura en el que había conseguido enfundarse, le había seguido para asegurarse de que no se encontrara con nada peor que ella en su regreso a casa. Desde las sombras que la envolvían, avanzando en silencio por la linde del bosque, le había visto caminar arrastrando los pies, con la cabeza gacha como no lo había visto jamás. Aquellos tres años no habían sido buenos para él tampoco. Adrienne se preguntaba hasta qué punto había cambiado. Solo tardó unos minutos en comprobarlo, cuando casi se dio de bruces con Laverne, la esposa del carnicero, que salía de casa del fornido leñador. Gaspard había ofrecido la seguridad de su compañía a la mujer sin tan siquiera preguntarse qué haría allí sola a aquellas horas, y Adrienne casi había sonreído. Ése era su Gaspard, tan bueno, tan generoso. Pero se le notaba desolado.

Le siguió hasta que dejó a Laverne a las puertas de su casa, y le vio seguir adelante. Gaspard no parecía ser consciente de lo que le rodeaba, y se movía como un sonámbulo hasta que al fin llegó a su casa y se perdió en el interior. Solo entonces, cuando estuvo segura de que su Gaspard estaba sano y salvo, dio Adrienne rienda suelta a sus propias emociones. Se alejó corriendo de allí, de nuevo hacia el bosque, acompañada por los susurros y los aullidos familiares de aquel eco innatural que la seguía a todas partes. Cuando estuvo perdida entre los árboles, alumbrada por la suave luz de una luna que la niebla velaba, se dejó caer de rodillas y gritó su desesperación, sumando su voz a la del viento, sintiendo que las lágrimas, espesas y cálidas, caían por sus mejillas arreboladas.

Se llevó las manos al corazón, porque le dolía. Había dudado que aún tuviese aquella capacidad, pero ahora no lo agradecía. El sufrimiento era desgarrador, tanto que quiso poder arrancárselo del pecho y no sentir nunca más, ni sus emociones ni las de otros. Porque a su mente volvía una y otra vez la expresión desolada de Gaspard, y ella no podía hacer nada. Salvo sufrir en soledad, como tanto tiempo había sufrido ya. Parecía que su condena, que su martirio, nunca se acabara. Se preguntó si Dios la castigaba por haberle abandonado, o si era su propio Señor, tan caprichoso, quien disfrutaba empujándola así a las más angustiosas emociones.

No supo cuanto tiempo se lamentó a solas, durante cuántas horas ahuyentó la paz del bosque convirtiéndolo en el lugar de pesadilla que los vecinos temían. Pero ya amanecía cuando finalmente se dirigió, cansada y abatida, hacia la fortaleza. Entró en el patio de armas por la poterna del lado este, en la que era innecesaria la vigilancia porque nadie se atrevía a acercarse a la fortaleza. Excepto Gaspard, se recordó, la última persona a la que quería ver en aquel lugar y la única que, en realidad, deseaba que la buscara. Atravesó el patio desierto, ignorando a los pocos siervos que aún quedaban en la fortaleza y que se ocupaban de su manutención, sumidos en un silencio sepulcral y un temor que sustentaba a los habitantes de la fortaleza mucho más que cualquier alimento. No penetró en el edificio por la puerta principal, evitando así la sala de audiencias donde sin duda estarían Bela, Aniela y Valeska disfrutando de los restos de sus

maldades de aquella noche. Se dirigió hacia las cocinas y entró por allí, pasando por alto el estremecimiento que provocaba en las cocineras, y se dirigió directamente al segundo piso donde se hallaban sus aposentos. Habían sido de la hija mayor del Vizconde, creía recordar. Una joven risueña, deseosa de agradar a Kartal, que al menos había tenido la suerte de caerle bien; había muerto prontamente y tenía el privilegio, escaso entre los ajusticiados de Kartal, de descansar en una tumba aunque ya no hubiera suelo sacrosanto en el que reposar en aquella fortaleza.

Mientras entraba en la amplia habitación sumida en la penumbra, dirigiéndose directamente al amplio ventanal que se extendía sobre el valle, Adrienne se preguntó vagamente donde descansaría el alma de aquella pobre joven ahora, si es que estaba en paz. Lo dudaba. Se apoyó en la baranda del balcón, y contempló las onduladas montañas que empezaban a salir de su reposo nocturno.

De pronto, a cada lado de su cuerpo, apareció una mano fuerte y pálida que se apoyaba en la piedra de la balaustrada. Adrienne trató de permanecer firme y tranquila, y siguió observando el amanecer que despuntaba ya en el horizonte tiñendo el cielo de rosado.

—Has estado fuera toda la noche —dijo la voz de Kartal sobre su nuca, suave y vibrante—. ¿Lo has pasado bien?

Aquella pregunta fue como un puñal en el corazón, pero Kartal no tenía por qué saberlo. Adrienne se limitó a encogerse de hombros, como tantas veces antes.

—Seguro que no tanto como esas tres mentecatas —respondió con la vista todavía al frente—. Están empezando a llamar la atención...

Calló cuando Kartal la giró suavemente para mirarla a la cara. Adrienne se sintió traspasada por aquellos ojos negros y brillantes, tan capaces de mostrar calidez y la más pura maldad segundos después. Aunque ahora la miraban solo con recelosa diversión.

—No me cambies de tema —susurró Kartal—. No vamos a empezar una nueva discusión por Bela, Aniela y Valeska; me cansa, y ellas tienen más razón que tú —volvió a mirarla en silencio unos minutos—. ¿Por qué me evitas?

—No te evito —dijo Adrienne notando la garganta seca.

Kartal sonrió. Ocultando parcialmente el rostro en las amplias solapas de su capa.

—Si una cosa no has aprendido a hacer nunca es a mentir, ya sea por activa o por pasiva, mi amor —suspiró cuando Adrienne no hizo otra cosa que permanecer callada y en parte ausente, como solía hacer desde que regresara a buscarla hacía ya tres años—. Está bien, puedes guardarte tus asuntos para ti misma. Aunque espero que no hayas vuelto a conmoverte demasiado por las desgracias de algún aldeano. No te hace ningún bien. Recuerda que ellos ya no te quieren a su lado. Y que yo empiezo a cansarme de tu rechazo.

Le tomó el rostro y la besó en la frente con cariño, antes de dirigirle una última mirada de advertencia y dejarla sola con sus pensamientos. Adrienne le observó mientras se alejaba y la puerta se cerraba tras él. Sintió un escalofrío. A veces le daba miedo, de hecho era temible. Aunque ella también. Y no podía decirse que no la hubiera cuidado, y respetado, durante aquellos tres años. Mostraba con ella una paciencia y una amabilidad que no extendía al resto del mundo, ni siquiera a Aniela, Bela y Valeska. Se esforzaba por ella. Y Adrienne se regocijaba con ello,

pues hacerle sufrir, mostrarle indiferencia, era la única forma en que podía vengarse de él. Aunque también la apenaba, en cierto modo, tanto su comportamiento, tan afín a la naturaleza que se esperaba de ella, como el aguante de Kartal y su evidente cariño por ella, quizás el último rastro de calor de su alma.

Y precisamente esta certeza de saber que la paciencia de Kartal no era eterna, era la que hacía ver a Adrienne que no podía mantener aquella situación eternamente. Las amenazas de Kartal, aunque tranquilas, no dejaban de ser una realidad. Además se daba cuenta de que, poco a poco, ella misma estaba empezando a dejarse vencer por la frialdad. El paso del tiempo, los muchos horrores que vivía y oía, la hacían dar la espalda a la humanidad. Y de aquel lado, solo estaba Kartal. Los nuevos conocimientos de la vida, su capacidad para desvelar los secretos de la existencia humana, le permitían darse cuenta de que podía llegar a quererle como lo había hecho antaño, de que lo haría si no lo evitara, incluso en aquellas circunstancias. Todavía resonaban en su mente las palabras que le había dicho tiempo atrás, cuando era una niña llena de dicha... «*Si no hubiese conocido a Gaspard, hubiese sido tu esposa*». En aquel lejano momento, hacía ya casi diez años, Kartal, caballeroso, se había resignado a asentir con la cabeza. Pero luego él se había ido y todo había cambiado. Todo, excepto el amor que sentía por ella; excepto la necesidad de cumplir una promesa. Al fin y al cabo, él había sufrido, la había añorado, y había vendido su alma al Diablo por regresar junto a ella. Aquello era amor, a su manera.

Se sentó en la mecedora que se orientaba hacia la ventana para dejar pasar las horas. Quizás tendría que hacer lo mismo que le había exigido a Gaspard, pensó, seguir adelante con su vida tal como ésta era ahora. Sabía que no había ninguna otra solución, y que ni Kartal ni su Señor la dejarían alejarse de ellos. Pero ella al menos había tenido la suerte, a diferencia de Gaspard, de saber lo que había sido del otro. Se había conformado con eso, con saberlo lejos y a salvo, e imaginarlo feliz aún sin ella. No había esperado encontrarlo allí, verlo de nuevo, remover los recuerdos del pasado. Y darse cuenta, al final, de que él no había logrado superarlo con entereza. De que no había podido sobrellevar su ausencia.

Suspiró, dejando que la malicia que rezumaba de Rocamour dispersara aquellos pensamientos. Los deseos ocultos, las pasiones y los odios de las gentes que, nobles o villanas, no sabían que éstos podían ser escuchados, llegaron a su mente con claridad. Así eran en realidad los humanos a los que ella había creído tan puros, tan semejantes a Dios. Cuando lo que hacían era alimentar al Príncipe de este mundo, al Mal que todo lo podía y que se movía y extendía con una facilidad extrema, llevando a muchas personas a pervertir su alma por los anhelos más nimios y mezquinos. Un solo empujoncito más, un consejo apenas susurrado por su parte, la de Kartal o cualquiera de las tres diablas, y todas aquellas almas caerían al más profundo averno sin pisar el purgatorio siquiera.

Adrienne dejó de lado aquellos pensamientos y se centró, como hacía siempre, en los ruegos que iban dirigidos a los santos y a Dios. Los que la hacían tener un mínimo de fe en la humanidad, los que le permitían, junto con el recuerdo de Gaspard, conservar la poca cualidad humana que le quedaba. La que hacía que no sucumbiera y se convirtiera en un ser exento de sensibilidad, como Bela, Aniela o Valeska. Como Kartal. Por suerte para los fervorosos oradores, ella era la única que

los escuchaba con interés. Porque incluso algunas de las peticiones que hacían a Dios eran rastreras, promovidas por la ambición o la envidia sin que ellos mismos lo supieran, sin que fueran conscientes, en su convencimiento de su beatitud, de que eran pasto para la tentación. Como Margot de Renaud, que pedía a Dios que la tocara con la gracia y la hermosura de su hermana, mientras iba engendrando en su interior una inquina cada vez más profunda y agresiva contra ésta... Pero había personas buenas. Como la priora Thérèse, que rezaba día y noche desde que se topara con ella. O el padre Corbet, tan inquebrantable en su fe; quisiera Dios escucharlos y ahorrarles el sufrimiento que se avecinaba.

Entonces, apenas consciente de que había caído ya la noche, Adrienne escuchó un ruego tan intenso, tan emotivo, que tuvo miedo de que alguien más le prestara oídos. Era Gabrielle, aquella doncella encantadora, pícara e inocente a un tiempo que había conseguido insuflar una esperanza en el corazón de Gaspard. En el fondo la odiaba. Ahora lloraba desconsolada, temerosa hasta extremos inadmisibles. Y Adrienne temió entonces también por el hombre al que ambas amaban, sumidas las dos en el mismo sentimiento de horror pese al abismo que las separaba.

—Gaspard —murmuró—. No me hagas esto.

Se llevó las manos al rostro, tratando de contener los sollozos que querían sumarse a los que Gaspard y Gabrielle se abandonaban solos y tristes en sus hogares. Ilusa, Adrienne había creído que si despejaba las dudas de Gaspard, si le mostraba su indiferencia y una entereza tranquilizadora, él acabaría por repudiarla y podría seguir adelante. Pero parecía claro que su propósito no había llegado a buen término. El amor de Gaspard, igual que el suyo, era más fuerte que cualquier dolor. Aunque eso no la consolaba en aquel momento.



Adrienne se paseó por su aposento el resto de la noche, impaciente porque llegara de nuevo la mañana. No prestó atención a que, por las vibraciones malignas del aire y las risas que subían desde la sala, esta noche Bela, Aniela y Valeska habían cometido alguna tropelía especialmente maligna. Pobre quien hubiese sido la víctima, aunque teniendo en cuenta la esencia mezquina de la mayoría de las personas, sin duda era algo que, por una cosa u otra, se merecía. Eso era lo que se decía Adrienne siempre que veía morir a alguien. Con el amanecer dejó su habitación, sabiendo que los demás estarían entrando en las suyas en aquellos momentos. Bajó a la sala de audiencias donde Farkas, con la ayuda de otra doncella, limpiaba manchas de sangre del suelo.

—Farkas —lo llamó—. Deseo que vayas al pueblo y observes al Maestro Michel, y regreses luego a decirme qué es lo que hace que sus seres queridos alimenten a mi Señor con su impotencia y su miedo.

El hombre la miró un rato, pues aunque las palabras pronunciadas eran comunes en aquella casa, las intenciones eran extrañas. Pero en Adrienne siempre lo eran.

—Como digáis, ama —asintió el lacayo con un movimiento respetuoso de la cabeza.

La mañana pasó lenta, y Adrienne agradeció que Kartal hubiese salido la noche anterior y deseara descansar a solas. Aunque la molestaba íntimamente, allí nadie tenía lazos lo suficientemente estrechos como para mantener alguna fidelidad. Eso era lo que les proporcionaba su Señor, libertad, y se alimentaba de los celos y la rabia que provocaba ésta incluso en ellos: La decepción de Adrienne por el comportamiento de él, la rabia de él por su comportamiento, y el odio que Bela, Aniela y Valeska le tenían, cada vez más fuerte y más incisivo por ser la favorita del amo pese a lo poco que lo merecía. Todo eso era alimento y regocijo para el ambicioso Príncipe de las Tinieblas.

Cuando al fin Farkas regresó, pasaba ya el mediodía.

—¿Y bien? —le preguntó Adrienne tratando de mostrar indiferencia.

—Según ha cuchicheado su fámulo en el mercado, el Maestro Michel está bien aunque por la noche se encontraba enfermo. Ha retomado su trabajo y sus relaciones con los demás, pero los engaña a todos.

Farkas llevaba suficientes años al servicio de los seguidores del príncipe oscuro como para haber aprendido a detectar víctimas propiciatorias.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Adrienne.

—Que está vacío por dentro —dijo el hombre sin entonación—. Sus movimientos no tienen vida alguna, no hay pasión en su rostro. Se está dejando morir sin saberlo. Es muy beato, pero no sería difícil empujarlo al suicidio.

Ah, el suicidio; una de las prohibiciones de Dios que el Maligno más valoraba. No había perdón ni descanso eterno para los que se enjuiciaban a sí mismos y se arrebataban la vida, quitándole ese derecho al Todopoderoso.

—Comprendo —dijo Adrienne, sin mostrar ninguna emoción que pudiera hacer recelar al lacayo—. Farkas, irás a ver al maestro cantero, con discreción, y le dirás que se encuentre conmigo a la misma hora y en el mismo sitio que la vez anterior.

—Sí, ama.

—Y Farkas —lo avisó Adrienne mientras se alejaba—. No comentarás esto al amo ni a las arpías. Me encargaré yo de esto.

Mientras esperaba la llegada de la hora de marchar, Adrienne paseó por el patio vacío, neblinoso y solitario, habitado tan solo por las sombras malignas que eran para ella una parodia de animales de compañía. Trataba de convencerse a sí misma de que tan solo quería ayudar a Gaspard, pero sabía que también quería ayudarse a sí misma. No era tan fuerte, no podía desprenderse de él sin más. Y se estaba dejando llevar por sus anhelos, pero no lo podía evitar. Estaba en su derecho pues había sufrido tanto, durante tanto tiempo, que también ella merecía un poco de tranquilidad.

Con la caída de la tarde abandonó de nuevo la fortaleza y, cubierta con un manto ante el frío que crecía más y más cada día, se encaminó a Rocamour. Nadie importunó su avance, aunque además del temor natural que solía sentir la gente, ahora la miraban además con cierta hostilidad. Conocía ese estado de miedo creciente de los lugares a los que ellos llegaban, siempre era igual. Las desgracias, cotidianas pero demasiado amontonadas, que se abatían sobre la población hacían

que la gente se volviera crédula respecto a la existencia del Mal y empezara a temer a los forasteros. Sobre todo a aquellos forasteros, como era ahora el caso, de noble alcurnia, llenos de carácter y belleza, que se hospedaban en la fortaleza de un Vizconde a quien no se había vuelto a ver más.

—¡Oh! —oyó exclamar Adrienne mientras avanzaba por la avenida principal del pueblo, devolviéndola a la realidad.

Se giró para ver que una de las doncellas con que se había cruzado sin prestarles atención se giraba a mirarla a su vez. Maldición, pensó Adrienne irónicamente. Era Gabrielle. Y por su expresión estaba claro que, de algún modo, creía haberla reconocido.

Adrienne se giró para seguir su camino, sin querer alentar las suposiciones de la chica. Pero Gabrielle era demasiado entrometida, y ya estaba dando la vuelta para dirigirse a ella. Sin duda era valiente, demasiado valiente, indiscreta e inoportuna. Pero poco podría hacer Adrienne en aquellos momentos con Gabrielle, puesto que la movían buenos pensamientos y no caería en la influencia del maligno. Así que se centró en el resto de las posibilidades: la aya, Margot, y la pequeña Fleur. No había duda. Se decidió por la hermana mayor, que prácticamente no necesitaba excusas. Adrienne dejó que la malicia se filtrara en la mente de Margot y la acicateó.

—Oiga *mademoiselle*... —estaba diciendo ya Gabrielle, incrédula y recelosa a un tiempo, cuando su hermana la agarró fuertemente del brazo.

—¿Se puede saber qué haces? —le espetó Margot con rabia y manteniendo a duras penas su voz en un susurro—. Deja ya de comportarte como una maleducada.

Gabrielle miró entonces a su hermana, dolida y sin comprender, para su suerte, de dónde salía tanta rabia.

—Solo quería...

—¡Hace días que no haces más que abochornarme! No se interpela así, en la calle, a las damas desconocidas a las que no has sido debidamente presentada —la interrumpió Margot—. Y ayer... quedándote a solas en una casa con dos hombres... ¡En la habitación del Maestro Michel! Acabarán pensando de ti lo mismo que de esa moza de la taberna de l'Hostalet. Se acabaron tus paseos nocturnos, pienso decírselo a madre ahora mismo.

Adrienne lo sintió por Gabrielle, pese a que se lo merecía por ser tan tonta como para explicar delante de su hermana aquello que, aunque a ella le parecía tan inocente, daba pie a que Margot tuviera una excusa para dar rienda suelta a su rabia. Gabrielle ya no siguió tratando de explicarse, y dejó que su hermana la arrastrara del brazo, con fuerza pero con compostura. Pero Adrienne fue consciente, mientras se alejaba en dirección opuesta, de que no dejaba de girar el rostro para mirarla.



Siguió caminando a través de la calle adoquinada, dejando atrás a la gente que, en dirección

contraria, se dirigía a la misa. No había vuelto a hablar con Farkas pero dudaba que Gaspard fuera a faltar a la cita. No quería que fuera así pero necesitaba verle, consolarle, explicarle que no debía sentirse tan vacío, tan vencido. Al llegar a la altura de la casa de Orson, el leñador estaba allí fuera, esperando ansioso. Adrienne sabía a quién. Le dirigió una mirada severa, teñida de picardía, sin poder evitarlo. Y sintió cómo la lujuria del hombre crecía. Qué fácil sería hacerle caer en sus seductoras garras, y destrozarlo. Lo merecía. Quién sabía, se dijo Adrienne; cuando tuviera un mal día quizás enviara contra él a las tres criaturas a las que tanto les gustaba cazar. Y es que se sentía furiosa, hasta el punto de desear dolor para otra persona. Además sabía que estaba furiosa con Gaspard.

A veces sucede que, cuando uno hace un acto de altruismo que sabe que no va a ser agradecido, se prepara para sufrir sus consecuencias en soledad. Pero es imposible prepararse para la inutilidad de tanto sacrificio, y eso era lo que le pasaba a Adrienne. Sabía que Gaspard iba a añorarla cuando le dejó, pero esperaba que el calor de los recuerdos y la certeza de que era amado le ayudarían a seguir adelante. Nunca habría pensado que podría llegar el día en que Gaspard dudara de su amor, de que se sintiera tan desolado como para dejarse vencer por la pena. De que fuera él mismo el que se abocara a no cumplir su promesa. ¡No podía! No podía hacerle esto a ella. Suspiró y apartó aquellos pensamientos de su mente, sentándose en el tocón del claro a esperar. Las campanas de las capillas se pusieron a cantar a lo lejos, traído su tañer por la brisa, provocando escalofríos en Adrienne, pues las temía y las odiaba porque le estaban vedadas.

Cuando dejaron de repicar sus ecos, Adrienne empezó a pensar con creciente angustia que quizás Gaspard no iba a aparecer. A lo mejor ya no quería verla, o simplemente no se sentía con suficientes fuerzas como para encaminarse hasta allí. Quizás era lo mejor, pero le dolió profundamente. Esto no eran, sin embargo, más que inseguridades innecesarias, porque Gaspard llegó al claro tan solo unos minutos más tarde. Y Adrienne, conmovida, se dio cuenta de hasta qué punto había tenido razón Farkas en que Gaspard estaba vacío por dentro. Llevaba ropas de colores apagados, aunque limpias, y una barba dorada de dos o tres días, pero nada más. Ningún tipo de emoción emergía de su interior, tan solo la decepción y el abandono más profundos.

Y pese a todo cuanto se había propuesto, Adrienne no pudo evitar emocionarse, sabiendo que la culpable de toda aquella desdicha no era sino ella. Cuando todo lo que había hecho había sido para salvarle.

Se levantó y avanzó hacia Gaspard, que la observaba sin saber qué esperar de ella. Adrienne se abrazó a él con fuerza, sintiendo que aquella calidez familiar tan largamente añorada la colmaba hasta enloquecerla. Él, al principio, se limitó a mirar la hermosa cabeza castaña que se apoyaba en su pecho. Notaba en Adrienne un cambio profundo de su esencia, y sabía ya que era: como si hubiese perdido su inocencia. Después, sin pararse a pensarlo tampoco, rodeó su espalda como tantas veces hiciera antaño y le devolvió el abrazo. Adrienne tembló al notarlo, pero se esforzó en impedir que las lágrimas de culpabilidad, de alivio, de pena y felicidad surcaran su rostro. Si quería seguir creyéndose parte de la sociedad, si quería hacer creer a Gaspard que no debía preocuparse por ella, nadie debía verla llorar jamás.

—Adrienne —murmuró Gaspard meciéndola entre sus fuertes brazos.

Sabiendo que hacía mal pero deseándolo, cansada de luchar, Adrienne alzó el rostro para mirarle. No hizo nada cuando Gaspard se inclinó hacia ella y sus labios se encontraron. Fue un beso íntimo, lleno de sentimiento y de recato a la vez, pues ambos se sentían atados ahora a otras personas también. Cuando se separaron volvieron a abrazarse, sintiendo que era todavía demasiado pronto para alejarse otra vez el uno del otro.

—¿Cómo has podido? —musitó Adrienne—. ¿Cómo has podido siquiera llegar a pensar que me habría alejado de ti si hubiese podido evitarlo? ¿Cómo has podido convencerte así de que yo hubiese sido capaz de hacerte el más mínimo daño? ¿Que ya no te amaba?

Notó que una gota cálida le caía sobre la frente, y no necesitó mirar para saber que se trataba de una lágrima. Los brazos que la rodeaban la estrecharon con más fuerza. Y Adrienne, sintiéndose sumida en una gloria que jamás conocería, creyó volver a oler aquel aroma de antaño, la mezcla de sudor, hierro y piedra que la devolvían a una época de seguridad y alegría.

—Lo sé, lo siento —dijo Gaspard en un susurro—. Jamás debí creer que hubieras dejado de quererme. Simplemente pensaba que solo la muerte podría apartarte de mí, y ahora estás aquí mismo, y no estás conmigo. ¿Qué sucedió, mi amor?

Adrienne se apartó al fin, recuperando la compostura que no debía haber abandonado si quería que todos sobrevivieran. Le amaba, sí, le amaba todavía, como si no hubieran pasado los años. Pero no importaba. Había dos razones por las cuales nunca, jamás, podrían volver a estar juntos; que Kartal no lo permitiría, y que si seguía cerca de ella Gaspard acabaría perdiendo también su alma. Y eso era algo que Adrienne no podía permitir, precisamente porque le quería.

—A una persona pueden pasarle cosas peores que la muerte —musitó—. Cosas que no necesitas saber, pero que pueden truncar lo inquebrantable. Dios nos da y Dios nos quita.

Gaspard la miró ante su evidente e inesperada mordacidad. Adrienne suspiró. «*Si tú supieras...*», pensó, «*si tú supieras cómo es el mundo en realidad...*».

Caminaron lentamente hacia el tocón, y se sentaron en él. Gaspard podía haberse sentido preocupado, sabiendo que otras dos personas, un cazador y un peregrina extranjera, habían muerto en los bosques aquellos últimos días, pero estaba extrañamente tranquilo. Intuía que Adrienne estaba a salvo, y que junto a ella a él tampoco le pasaría nada. Y como sucedió antes y sucedería después, ambos estaban inmersos en las más confusas sensaciones, propias de aquellas almas amigas que vuelven a reencontrarse tras un largo tiempo. La extrañeza de la separación chocaba con la íntima familiaridad con que se hallaban sus espíritus, sus cuerpos. Como si tuvieran que volver a conocerse, y a la vez no hubiera pasado el tiempo.

—Así es la vida. Nos separó, y ya no nos volverá a unir —murmuró Adrienne con amargura—. ¿Pero me creerás si te digo que si me alejé de ti, no fue porque quisiera hacerlo? ¿Que no tuve más remedio, si quería salvar la vida de alguien que me importaba?

—Te creeré —respondió Gaspard.

Y aunque en su interior bullían las preguntas, aunque todavía lo corroían el dolor y la añoranza, Gaspard fue discreto y no indagó más, tal como ella esperaba. Sabía que su Gaspard jamás le negaría nada, aunque lo que le pidiese fuera que no inquiriera más y la dejase alejarse de él una vez más. Aunque aquello le causaba el mismo dolor a ella.

—Estás aquí, sé que me quieres —dijo Gaspard—. Pero aún así te siento lejos.

Adrianne, con el corazón traspasado por el dolor, no se atrevió a decirle lo lejos que estaban realmente. Tan lejos como el cielo y el infierno.

—Lo siento, siento muchísimo haberte hecho sufrir. Te amaba más que a mi vida, te quiero todavía. Pero... —dijo Adrianne—. No me quedó otro remedio. Había... cosas mucho más importantes que mi propia felicidad en juego.

Gaspard la miró a los ojos, serio pero con amor, como acostumbraba a hacer cuando ambos eran dos jóvenes inocentes que tenían toda una vida por delante.

—¿Lo hiciste por mí? —preguntó sin poder contenerse.

Adrianne desvió la mirada hacia las sombras crecientes que los rodeaban y evitó responder. Porque suscitaría más preguntas, porque haría que Gaspard se sintiera culpable. Porque temía desmoronarse. Y sin embargo, Gaspard la conocía lo suficientemente bien como para, pese a creer que ya no la comprendía, intuir la dramática y extraña respuesta. Se mordió el labio.

—Adrianne...

Ella le detuvo alzando una mano.

—Las cosas son así ahora, y no hay nada que podamos hacer. Tú y yo, simplemente, pertenecemos a señores distintos ahora —carraspeó, pues incluso ella era capaz de notar la pena y el dolor que reflejaba su voz—. No hay nada que *debas* hacer, Gaspard. Salvo cumplir tu promesa. Yo hice una también, y si tú no cumples la tuya no viviré en paz.

Gaspard inclinó la cabeza hacia delante, luchando internamente contra la voluntad de preguntarle que sucedía y contra el instinto de obedecer a sus ruegos. Deseando hacer ambas cosas a la vez. Finalmente, tal como Adrianne esperaba pese a que le doliera en el alma, Gaspard optó por soportar su dolor y complacerla. Pero no iba a conformarse.

—Kartal... ¿te trata bien?

Adrianne sonrió. Si él supiera lo que estaba bien o mal para gentes como ellos... Era en momentos como aquellos cuando se sentía más ajena al mundo que la rodeaba.

—Él me trata bien —contestó.

—Nunca le llamas por su nombre —comentó Gaspard.

Adrianne lo sabía.

—No es el mismo Kartal que conocí siendo una niña inocente, así que no lo llamo por el nombre que tenía entonces. Pero estoy bien. No debes preocuparte más por mí, Gaspard. Nunca más —dijo tomándole la mano, desesperada porque lo entendiera para que pudiera vivir su vida y ella pudiera hacerlo también—, puesto que pocas cosas pueden dañarme, salvo mi propia necesidad. Y la tuya. No se puede luchar contra el destino, amado mío. Ni debes sentirte culpable por amar a otra. Gabrielle es una buena chica, que te hará feliz. Y tú la harás feliz a ella. Pero ahora mismo, tan solo la haces sufrir.

—De la misma forma en que tú me haces sufrir a mí, Adrianne, ¿no crees?

Adrianne abrió mucho los ojos, asustada. «No, ¡Gaspard no!» pensó. Miró a su alrededor, preguntándose de quién estaba extrayendo Gaspard aquella amargada malicia tan poco propia de él; era posible que de ella misma, comprendió. Pero no iba a arriesgarse. No iba a dejar que ellas,

ni él, le encontrasen.

—Volvamos a casa —le dijo, aunque no deseaba separarse todavía de él.

—Lo siento... no quería decir eso.

—Lo sé, lo sé —le respondió Adrienne mientras tomaban la senda hacia Rocamour—. Pero no debes seguir culpándote por cosas tan absurdas como tu propia supervivencia.

—Me siento mal, Adrienne. Si soy fiel a mis sentimientos por Gabrielle, siento que te traiciono a ti. Y si soy fiel a tu recuerdo, a ti ahora que estás aquí, sé que la daño a ella. Yo creía... sé que tú eras el amor de mi vida.

Adrienne sonrió apenada, pero aliviada también por poder explicarle lo que ella ya había comprendido. Miró a su alrededor, alerta, antes de atravesar la Puerta Salmón y encaminarse hacia la vía secundaria que les llevaría directamente a la explanada Michelet.

—Y lo era —dijo—. Yo era el amor de tu vida. Pero no hay uno solo. Hay momentos, y situaciones en la vida, que cambian y nos quitan aquello que más queremos. Pero sobrevivimos, y podemos empezar de nuevo. Los recuerdos no se olvidan, pero... —le miró, y sonrió; en su rostro seguía estando aquella velada expresión tenebrosa que parecía no abandonarla nunca, pero Gaspard leía ternura en él—. Con todo el amor que tienes dentro, ¿cómo creías que ibas a ser capaz de no amar nunca más a nadie? Las personas como tú, como yo, estamos hechas para recibir y dar sentimientos. Incluso aunque no lo deseemos. Y eso está bien, Gaspard. No debes sentirte mal por ello.

Mientras seguían caminando, extrañamente, ambos se sonrieron. Estaban demasiado felices de encontrarse de nuevo, aunque fuera en aquellas circunstancias, como para no disfrutarlo. Aunque estuviesen manteniendo aquella conversación en que la separación se traslucía. Gaspard negó con la cabeza, aunque su mirada brillaba.

—Aún así no puedo olvidarte, Adrienne, debes comprenderlo. Y no me lo explicas todo, sigues preocupándome. Yo te quería, te quiero. ¿No lo comprendes? Eras mi vida. No puedo dejar que te alejes otra vez de mí. No descansaré tranquilo hasta que entienda por qué tuviste que alejarte. Porque sé que me quieres todavía, tu mirada no ha cambiado. No te dejaré marchar hasta que sepa que estarás bien.

Adrienne sintió que se tambaleaba la fortaleza con que se había protegido. Porque no deseaba apartarse de su lado, como muy bien sabían ambos. Gaspard la conocía demasiado bien para saber cuándo trataba de engañarlo.

—En ese caso tendré que convencerte de que no necesito tu sufrimiento, ni tu preocupación por mí. Necesito que seas feliz, porque yo también te quiero —consiguió decir—. Pero deberás ser feliz sin mí.

Adrienne lamentó entonces no tener ninguna influencia en personas tan puras como él. Porque intuía el profundo sufrimiento que seguía corroyéndolo por dentro. Si pudiera, le liberaría de él. Ojalá pudiera explicárselo todo, ojalá pudiera decirle que aquello no era tan malo, después de todo. Convencerle de las ventajas de servir a un nuevo Señor menos severo, más dadivoso. Ojalá pudiera llevarlo con ella...

Sacudió la cabeza, estremecida ante su propio pensamiento; su egoísmo. No, se dijo, ella no

iba a ser como Kartal. No iba a arrastrar al ser al que amaba a la dulce ignominia y el provechoso ostracismo de quien sabía que su alma condenada ya no iba a ser sometida a juicio divino por graves que fueran sus faltas. Se conformaría con haber hablado con él, con haber podido explicarse, aunque fuera en parte, después de tanto tiempo. De aliviarle al demostrarle que seguía viva; que, a sus ojos ignorantes, no había sufrido nada grave. Y entonces, mientras caminaban solos por las calles vacías, sintió el peligro cerca. La oscuridad, tangible y consciente, se regodeaba ante otras presencias diabólicas además de la suya. Se giró discretamente hacia atrás. Y entonces las vio.

Aquellas siluetas oscuras de ojos brillantes eran sin duda Bela, Aniela y Valeska, y la excitación de las fuerzas que los rodeaban anunciaban que estaban *jugando* y que no iban a detenerse. Poco le importaba su propio destino, pero Adrienne no iba a dejar que Gaspard fuese víctima de sus crueles caprichos. Empezó a caminar más rápido, y Gaspard también lo hizo. Aquellas tres nunca eran discretas cuando iban a matar, e incluso alguien tan ingenuo y beato como Gaspard podía intuir la presencia del peligro.

—Corre —le susurró Adrienne.

Y Gaspard lo hizo, pero tomándola de la mano y arrastrándola con él. Adrienne no se opuso, pues sabía que no la soltaría y tan solo serviría para retrasarle.

Tomaron la empinada senda que llevaba a la casa y el taller de cantería sabiéndose perseguidos de cerca, cercados como ratones cuando el gato todavía juega con su presa. Gaspard estaba confundido porque no comprendía la esencia del peligro, pero Adrienne asimilaba la situación con frialdad. Conocía bien a Bela, Aniela y Valeska.

—Ahí no —le susurró a Gaspard cuando éste hizo ademán de desviarse hacia su casa—. A la Iglesia de la Virgen Negra, rápido. Es el lugar seguro más cercano.

Él le hizo caso, pues tenía la extraña convicción de aquellos que aunque creen imposible que algo los persiga, saben que pueden ser alcanzados. Para Adrienne, en cambio, el peligro estaba delante. Intentó desasirse de la mano de Gaspard, pero éste la retenía con fuerza. Y ya estaban cerca de la Iglesia.

—Suéltame —le susurró.

—No.

—Te lo suplico, suéltame.

Pero Gaspard no lo hizo, y Adrienne se resignó a dejar que las mareas siguieran su curso. Esquivando vigas y despojos, Gaspard se encaminó hacia la puerta de la Iglesia y entró por ella, arrastrando a Adrienne con él. Ella, sin embargo, topó con algo que no la dejó avanzar, y que no eran los tablones que tapiaban parcialmente la entrada a suelo santo.

Gaspard se giró a mirarla, confuso, intuyendo vagamente la naturaleza de aquel sinsentido.

—No puedo acompañarte, Gaspard —dijo Adrienne retrocediendo ante el dolor del rechazo divino, sin dejar de mirar a Gaspard a los ojos—. ¿Lo entiendes ahora?

Probablemente no, pues ningún creyente cristiano podía llegar a asimilar que el infierno con el que los amenazaban constantemente pudiera extenderse hasta su propio suelo. Y que sus siervos caminaban libremente por el reino de este mundo. Nadie iba a creerlo porque, ¿cómo iba Dios a

permitirlo? También Adrienne, ilusa, había pensado así una vez. Esperaba que Gaspard no llegara a descubrirlo, pero de nuevo era algo que no estaba en sus manos. Se oyeron risas siniestras detrás suyo.

Los tres demonios, de hermosa apariencia humana, se habían detenido a poco más de veinte pasos de donde ellos estaban. No iban a acercarse más, no a una Iglesia sacrosanta. Pero habían comprendido suficiente como para sentirse dichosas igualmente. Habían reconocido a Gaspard. Y sabían quién era, pero no se le podían acercar. Por el momento.

—¡Cómo! ¡Está bendita! —exclamó Aniela mirando la iglesia, queriendo parecer escandalizada.

—Y nosotras que pensábamos que nos traías un bocado —murmuró Bela retorciendo su cuerpo con sensualidad muy cerca de Aniela y Valeska.

Adrienne se encaró con ellas y las miró con ira. Dejó que su furia emergiera, sintiendo que la negrura la envolvía haciéndola nítida en un mar de tinieblas.

—No os acerquéis a él —las amenazó.

No avanzaron, pues temían a Adrienne. Ellas eran simples siervas del Diablo mientras que Adrienne había sido tan pura como maldita estaba ahora. Tenía más valor que ellas para su Señor, y lo sabían. Como también sabían que, si quisiese, si no despreciara sus capacidades, Adrienne podría hacerles mucho daño. Más del que ellas habían hecho nunca a nadie. Vieron reflejado el peligro en la sombra de Adrienne, que se les acercaba.

—Kartal se enterará de esto —dijo Valeska furiosa, quizás la única que tenía un poco de sentido común de las tres.

Sí, Adrienne lo sabía. Y estaría sola cuando tuviese que enfrentarse a él.

—Y tanto que se enterará —dijo tratando de poner la ventaja de su parte—. Estáis siendo demasiado osadas.

Miró hacia atrás, a Gaspard, que la observaba fijamente con el aturdimiento plasmado en el rostro.

—Quédate aquí, estarás seguro —le susurró—. No salgas hasta el amanecer.

—Está bien. Pero no te dejaré ir así, Adrienne —dijo Gaspard después de permanecer unos segundos callado—. Si no vienes tú, iré a buscarte aunque tenga que llamar a las puertas de Kartal.

Adrienne quiso llorar. Muchas veces había soñado con que Gaspard vendría a buscarla, pero nunca había deseado que aquel sueño se hiciera realidad. No se había sacrificado para que Gaspard acabara perdiendo la vida o algo peor. Jamás debía pasársele por la cabeza la idea de que ofrecería cualquier cosa por estar con ella. Incluso su alma.

—Yo vendré a ti —le aseguró—. Pero solo si mantienes tu promesa. Sino me iré de nuevo y no volverás a verme, y sabrás que me has hecho desgraciada.

Gaspard apretó los labios pero asintió.

Adrienne se giró entonces hacia Bela, Aniela y Valeska, que habían osado acercarse unos cuantos pasos más. Avanzó hacia las tres criaturas acobardándolas con la expresión de su mirada, haciéndolas deslizarse en silencio hacia atrás. Pero no sin que antes dirigieran una última sonrisa a Gaspard, cargada de maldad. Entonces todas desaparecieron entre la niebla, que se las tragó con

un murmullo helado.

Y él tuvo toda la noche para pensar en todo lo que había visto, o creído ver. Porque su fe en Dios le impedía creer que cosas semejantes pudieran suceder. Además sabía que tampoco importaba mucho lo que hubiera pasado, lo que pudiera intuir aunque la lógica tratara de negarlo. Porque allí donde estuviese Adrienne su corazón seguiría amándola.

—Capítulo 11: El antojo de un Dios

Adrienne empezó a calmarse, a ser consciente de cuanto había sucedido, cuando Bela, Aniela y Valeska se apresuraron a alejarse en la oscuridad. De ella, porque las asustaba, y hacia Kartal, para contarle las succulentas primicias. Se había quedado sola en la avenida de Rocamour, pues sus habitantes ya eran conscientes de que era mucho mejor encerrarse en casa cuando con la caída de la noche llegaban los susurros, los acechos y las sensaciones de maligno peligro que aún eran capaces de afrontar durante el día. Caminó sin prisa hacia la fortaleza, sabiendo que tarde o temprano tendría que enfrentarse a Kartal. Se llevó los dedos a los labios, donde la había besado Gaspard. Había sido un error, pero un error cálido y placentero. Un recuerdo de un tiempo mejor, cuando no era un ser que había dañado a los que más quería, y al que hasta el cielo rechazaba... Una criatura desamparada que aún pagaba por el sacrificio y la promesa hechos para salvar a la persona amada.

Y que aún iba a seguir sufriendo, se dijo, cuando ya en la cima del peñasco sintió con su especial percepción que la fortaleza bullía de maldad y excitación malsanas.

Cruzó el patio envuelto en las tinieblas frías y susurrantes, que ya ni siquiera le provocaban rechazo. Recordaba el día en que había acudido al castillo de Calhors, ingenua pero valiente, a rescatar a un niño que ya no tenía salvación. Que posiblemente no era sino un reclamo para atraerla a ella. Entonces todavía creía que estaban protegidos de los horrores, que Dios no permitía cosas semejantes. Qué equivocada estaba, y cómo había experimentado aquella decepción en sus propias carnes. Al menos su Señor, el que dominaba de verdad esta tierra, no prometía cosas que no cumpliera luego. Todos los dones estaban a su alcance, si estaba dispuesta a tomarlos. Como hacía Kartal, como hacía Vlad, como hacían otros muchos condenados alrededor de toda la vasta tierra.

Ella aún se resistía, pero sabía que perdería la batalla.

Había tardado mucho tiempo en asimilar su nueva situación, más incluso del que Kartal, que la conocía bien, esperaba. Aunque había momentos de aquella transición suya al lado maldito de la existencia que había sepultado en lo más profundo de su mente, Adrienne aún recordaba el calor de la mirada amorosa, preocupada y llena de un dolor que reflejaba el suyo propio, que él le dirigía mientras la oscuridad la invadía y la despojaba de su inocencia y su lugar en el paraíso prometido. Aquello hizo que Adrienne fuera consciente de lo que estaba perdiendo. Había entregado su alma por propia voluntad, si así se podían llamar a las artimañas y las amenazas de que se servía el Demonio, pero en el fondo le había costado aceptarlo.

Porque pese a haber dejado atrás a su familia y a su amor, pese a haber sido víctima y testigo de las más crueles barbaries; tras haber sentido la presencia del Mal sobre su cuerpo y haberlo dejado penetrar en él, Adrienne no se había resignado a apartarse del mundo cristiano. No era capaz. Allá a donde iban, ella se empeñaba en pasear por las calles y tratar con la población local, deseosa de hablar con las gentes de bien. Irremediablemente acababa sintiéndose dolida cuando los aldeanos, sin saber siquiera ellos por qué, acababan por apartarse de ella. Pero lo que más le

dolía era leer cuántos malos pensamientos albergaban aquellos corazones. Adrienne descubrió cómo era en realidad el mundo entonces, tan diferente a como su familia y sus sacerdotes le habían hecho creer.

Larga había sido su batalla contra la caída de su fe, tardío su desfallecimiento en aquella lucha interna que Kartal observaba con fascinación, quizás con algo de pena si es que ese sentimiento todavía conmovía su corazón, y que tanto deleite provocaba en Bela, Aniela y Valeska. Pero tras tantos ruegos jamás atendidos, tras tantos días solitarios aún estando rodeada de gente, Adrienne había acabado por desfallecer. Y recordaba el momento exacto en que había perdido completamente su fe, el día en que le había dado la espalda a un Dios que quizás jamás la había escuchado.

Aquel día de enero, hacía casi dos años, Adrienne todavía había creído que Dios la ampararía. Estaban en una pequeña aldea de montaña, alojados en la casa de un modesto señor que, habiendo caído en las sensuales garras de Bela, se había condenado a un grato y lujurioso placer que terminaría en la más angustiante tortura y una muerte agónica, seguida de una eternidad de sufrimiento. Alejándose de aquella barbarie Adrienne había salido, como tantas veces, a pasear por la hermosa aldea por la tarde. Las casas de piedra y madera, los cobertizos llenos de paja ya reseca y de los densos vahos de los animales, se alineaban a un lado y otro de aquella única calle desierta que llevaba a la picuda ermita de piedra que se alzaba al pie de un risco. A Adrienne, que no había vuelto a pisar suelo santo desde que abandonara Calhors, el tenebroso interior de aquella morada de piedra iluminada tan solo por algunos cirios le parecía el lugar más acogedor del mundo. Él único donde todo era perdonado, el lugar en que todos podían sentir el amor y la compasión divinos.

Y hacia allí se encaminó lentamente sin dejar su rastro en la nieve inmaculada, atraída hacia el olor del incienso como el marinero incauto que es tentado por el canto de la sirena mientras los espíritus mancillados gritaban furiosos a su alrededor. Creyéndose acogida por aquel lugar santo, Adrienne subió con ilusión los tres escalones desgastados de piedra que llevaban a la entrada, y se encaminó hacia el interior de la iglesia. Pero ésta la rechazó. Algo invisible pero aún más tangible que la más dura roca le barraba el paso hacia la morada de Dios. Exhalando un gemido Adrienne levantó los brazos, empujando, tratando de vencer la barrera que le impedía buscar consuelo y perdón. Mientras las manos alzadas hacia el interior de la iglesia le escocían y le quemaban como si las hubiera metido en las brasas, las lágrimas, aquellas lágrimas que la aterraban porque derramaban su propia sangre impía, empezaron a resbalar por su rostro desencajado por el terror. La castigaban incluso por llorar, se dio cuenta. Sin poder soportarlo más, Adrienne retrocedió un poco, sintiéndose como la niña a la que, castigada, niegan la entrada al dormitorio de sus padres.

Se dejó caer de rodillas en el rellano de piedra cubierta por una fina película de nieve, sintiéndose desamparada, abandonada por todos. Tan solo levantó la mirada, esperanzada, cuando oyó unos pasos que se acercaban. Descubrió que el párroco venía hacia ella arrastrando las negras vestiduras que lo definían como un hombre santo.

—Padre —sollozó Adrienne permaneciendo de rodillas, juntando las manos a modo de súplica—. Padre, ayúdeme.

El hombre se detuvo, pero tan solo un momento. Y es que hay personas en el mundo que son capaces de enfrentarse con determinación a aquello que pese a saber de su existencia, jamás han visto antes. Así reaccionó aquel fervoroso sacerdote cuando vio a la hermosa doncella que lloraba sangre, dañada tras haber intentado entrar en su iglesia y ser rechazaba por ésta. Las escrituras le habían advertido sobre su presencia en la tierra.

Sabía lo que ella era, mejor incluso que la propia Adrienne.

La miró con odio, pues despertaba en él tanto la intensidad de su fe como el repulsivo deseo por aquel cuerpo hecho para la tentación. Rabioso consigo mismo, no sintió compasión alguna por ella, pues no veía su dolor. Enarboló la gran cruz de madera que llevaba en una mano y el agua bendita que sostenía en la otra.

—¡Aléjate de este suelo santo, hija de Satanás! —le espetó—. ¡Vuelve al infierno al que perteneces, ramera del Diablo!

Se dispuso a arrojarle encima el cuenco de agua bendita, dispuesto a atraparla como fuera y reducirla hasta que pudiera mostrarla a todos sus fieles y quemarla después en una hoguera purificadora. Sin darse cuenta de lo poco piadoso que era, se excitaba ante la idea de ver sufrir a aquella hermosa criatura de las tinieblas, verla retorcerse de dolor mientras él se labraba con su acto de misericordia un lugar en la historia. Quizás el Papa lo alabase.

Adrienne todavía le miraba asustada, ingenua y sin comprender, cuando presintió acercarse una oscuridad honda y llena de furia que se materializó ante ella en la forma de Kartal. Mientras la capa oscura de él le ocultaba la visión revoloteando con el viento, oyó un grito agudo y el sonido de las salpicaduras de sangre. Algo ya familiar para ella. Momentos después Kartal se giraba y se inclinaba hacia ella, mostrando la expresión resignada del tutor que ya esperaba el traspie de su protegido. Le cogió las manos irritadas y las observó, mientras nuevas lágrimas granas se deslizaban por el rostro de Adrienne.

—¿Por qué? —preguntó ella, perdida en su miseria.

Kartal endureció su mirada, no se caracterizaba por soportar bien el exceso de ingenuidad. Y aquello ya había llegado demasiado lejos.

—Dios no te quiere, Adrienne, ahora menos que nunca —le dijo terminante, aunque no sin algo de tacto—. Jamás se ha preocupado por ti, por mucho que le rezases y acatases sus caprichosas prohibiciones. No hará nada por ti, como no lo hizo por mí. Salvo repudiarte. Igual que ellos.

Señaló con la cabeza a un aldeano de capa zurcida y sandalias desgastadas que se hallaba mudo de horror y asombro a unas decenas de metros de ellos, solo en medio del camino que llevaba a la iglesia. Al sentirse descubierto, al presentir la cercanía de la muerte y del maligno, echó a correr calle abajo. Pero no llegaría muy lejos; las risas agudas de Bela, Aniela y Valeska flotaron en el aire y pronto las doncellas, vestidas de un blanco impoluto que se fundía con la nieve, se deslizaron tras él con anticipada complacencia.

—Pero yo no soy como ellas —musitó Adrienne, aún sabiendo ya lo poco que importaba eso—. Yo era buena, todos me querían. Y yo los quería a todos.

—Tú eras muy buena, pero no hace falta que lo sigas siendo —repuso Kartal sujetándole los

hombros para levantarla del suelo y besándole las mejillas húmedas. Se relamió las lágrimas de sangre que habían manchado sus labios—. Te querían, pero sabes que también te envidiaban, te deseaban, o te utilizaban. No le debes nada a nadie. Sabes lo que te iba a hacer este hombre, y los otros muchos que te harían cosas iguales o peores. No sientas clemencia. Pero deja salir esos otros sentimientos a los que tanto te opones, esos que te liberarán de tus decepciones. Así solo consigues dañarte a ti misma, y dañarme a mí.

Adrienne desvió la mirada, incómoda. Porque además de pena y desamparo, sentía furia, rabia y envidia. Sentimientos para ella antes desconocidos pero que la abrumaban ahora por su intensidad. Miró a Kartal, el único que la comprendía en aquel mundo cruel y extraño, y supo que ya nunca encontraría consuelo en nadie más. Ni siquiera en Dios, que la había engañado.

—Vamos —le dijo Kartal, ofreciéndole de nuevo su mano.

Y Adrienne le había seguido, esta vez sin titubear, alejándose de una Iglesia a la que empezaba a odiar, tanto por las quimeras que prometía como por impedirle la entrada para dejarse engañar por esas falsas promesas. Abandonado en las puertas de la iglesia quedó el párroco, el pecho desgarrado por la cruz de madera que, clavada en su corazón, despuntaba sobre su cuerpo como una macabra bandera enhiesta. Aquel pueblo ya no volvería a conocer la paz de la ignorancia pero aquella vez, despechada, Adrienne no lo lamentó.

Así era, pensó Adrienne regresando de sus recuerdos mientras se dirigía a las grandes puertas del edificio principal de la fortaleza. Había dejado de lamentar muchas cosas. Kartal había sido protector y paciente siempre con ella, cariñoso en su maldad. Nunca la había tratado mal, si se exceptuaba que la hubiera arrancado de su ignorancia, de su amor, de su hogar y de su felicidad. Se estremeció al sentir la tensión y la malicia que albergaban los muros de piedra. Ahora quizás ella conocería también la profundidad de su ira.



En la sala de audiencias encontró a Bela, Aniela y Valeska, que parecían haber estado esperando su llegada con impaciencia. Como siempre muy juntas, rozando sus cuerpos y aunando sus expresiones, la miraron con la más salvaje malicia. Ah sí, esperaban su caída ante Kartal. Adrienne sabía que si él mostraba el más mínimo desafecto por ella, se le echarían encima como perras de caza que harían suya la víctima que su dueño desechaba. Poco le importó aquella amenazante estampa; Adrienne no se asustaba por su propio bienestar después de todo lo que había sufrido ya. ¿Qué era sufrir un poco más? O incluso una muerte liberadora y definitiva... Pero no le gustó ver a Farkas tirado en un rincón del suelo con un ojo amoratado, el labio inferior partido y arañazos desgarrándole la ropa enrojecida del cuello y el pecho. Parecía que el fiel lacayo había sufrido las iras de su amo.

Adrienne se acercó con parsimonia, sintiendo una vaga compasión por aquel hombre que tan pocas maldades sufría en sus propias carnes comparadas con las que veía, toleraba e incluso

practicaba. Sabía que había sido él quien había tenido el privilegio de dar muerte a las hijas del Conde de Calhors, y todavía recordaba los resultados. Aun así se sacó el pañuelo de seda del pecho y se lo entregó para que se limpiara, mientras una carcajada de burla resonaba desde el otro lado de la sala. No se paró a escuchar las chanzas de las arpías sobre su debilidad y la estúpida moral que conservaba, que tanto la aburrían ya. Se encaminó con calma hacia el segundo piso, hacia su dormitorio, sabiendo que Kartal mismo iría a buscarla. De hecho, ya estaba allí cuando abrió la puerta y entró.

El que había sido el ídolo de su niñez, su amigo, su condenador y ahora, su protector, estaba apoyado contra el alfeizar de la ventana cerrada, mirando hacia la puerta. Directamente hacia ella. Vestía, como siempre, ricas ropas de colores oscuros, tocadas siempre con el escudo de la hermandad del dragón en la que lo había introducido Vlad de Valaquia; aquel hombre frío y ambicioso, de extraña educación, que había condenado su alma por el poder y por la capacidad de devolver y hacer pagar una traición. Y que a tantas almas había arrastrado consigo a la muerte o a la tentación. Una larga cadena que había llegado hasta ella.

Adrianne dejó con serenidad su capa sobre el lecho, sintiéndose observada por los ojos negros que en el rostro apuesto, seguro e inescrutable, la seguían sin parpadear. Era imposible saber lo que iba a hacer Kartal en aquel momento, a Adrianne le recordaba a una fiera poderosa de la que cualquier cosa se podía esperar. Respirando profundamente, Adrianne le miró a la cara, dispuesta a soportar cualquiera que fuera su reacción. Ya poco le importaba. Y eso, como era de prever, a él no le gustó.

Mientras sus ojos parecían oscurecerse y llamear, Kartal frunció los labios y se encaminó hacia ella. La tomó de una muñeca, estrujándosela, haciendo que de su garganta brotara una débil queja. Aún así pareció retenerse, adivinó Adrianne. Su mirada prometía mucho más sufrimiento del que le imprimía en aquellos momentos.

—Desde cuándo está él aquí —le exigió Kartal con su voz vibrante convertida en un susurro amenazador.

—No lo sé.

Kartal entrecerró los ojos, acercando mucho su hermoso rostro al de ella; a su alrededor la densidad del aire creció y lamió las faldas ocres de las vestiduras de Adrianne.

—Así que era eso lo que me has estado ocultando —dijo Kartal aplastándole la muñeca, y haciéndola retroceder—. Por lo que me rehuías. He sido bueno contigo, Adrianne. Nunca te he prohibido nada. He soportado tu rechazo y tu indiferencia con generosidad y paciencia, y así me lo pagas.

—No he hecho nada por lo que tengas que sentirte traicionado por mí —repuso Adrianne, enfadada también pese a que Kartal la había acorralado contra la pared y la observaba con una frialdad que se clavaba como una daga—. ¿Crees que estoy contenta de que esté aquí? Egoístamente debería estarlo, porque le sigo queriendo, pero ni siquiera puedo. Porque me preocupa que nuestra cercanía pueda mancillarlo. Nuevamente me he tragado mi propio sufrimiento para protegerle, para complacerte a ti.

—¿Complacerte? —preguntó Kartal—. Tú no me complaces, Adrianne. Y no te exonerés de

toda culpa. Te recuerdo que tú deseabas que yo volviera a tu lado, que incluso se lo pedías a Dios. Tienes lo que deseabas.

—Sí —dijo Adrienne, invadida por la amargura—. Y lo lamento. Pero aún así te recuerdo que debes cumplir tu parte del trato, que era dejarle tranquilo. No te acerques a Gaspard.

Para asombro de Adrienne, Kartal la soltó. E incluso se separó un paso de ella, dejando de acorralarla. Pero su expresión prometía todavía mucho dolor, y Adrienne esperó acobardada. Kartal era temible cuando se disponía a devolver una afrenta.

—Está bien —dijo sin apartar sus ojos de los de ella—. Aunque es muy dudoso que tú hayas cumplido tu parte del trato como para que yo tenga que sentirme obligado a cumplir la mía, no voy a obligarte a nada. Me estoy cansando de ti. Quizás ha llegado el momento de hacerme con una nueva compañera que no sea tan fría como tú... una más vivaracha, con algo más de picardía y menos recato.

Adrienne, que intuía a dónde iba a llegar, sintió que empalidecía. Kartal sonrió.

—Sí, Adrienne. Una como Gabrielle de Renaud, quizás.

—¡No! —exclamó Adrienne.

Pese a que por su mente habían pasado los más turbulentos pensamientos, desde el regocijo ante la posibilidad de ver sufrir a aquella que le había quitado parte del corazón de Gaspard, hasta los celos y la sensación de propiedad, no podía permitirlo.

—¡No! —repitió incapaz de seguir mostrándose serena.

Siguió a Kartal mientras éste se dirigía hacia la puerta y se interpuso en su camino. Nadie más habría osado hacer algo así, y ambos lo sabían.

—¡No! ¡Por favor! —exclamó Adrienne agarrándose a la ropa de su jubón como si así pudiera conmoverlo—. ¡Te lo suplico!

Kartal la miró largos segundos, mientras la ira vengativa de su rostro se transformaba en una fría complacencia. Una de sus manos se posó con suavidad, incluso con dulzura, en la mejilla de Adrienne mientras la otra atraía su baja espalda para acercarla.

—Esa actitud me gusta más —dijo—. Vuelves a mostrar sentimientos, Adrienne, aunque sean éstos. Te has ganado una noche para meditar. Y por tu bien y el de aquellos a los que proteges, espero que te muestres más deferente mañana.

La besó fugazmente en los labios y rodeándola, salió de la habitación sin volver la vista atrás. Solo entonces la claridad natural del día que había sido vedada entró por la ventana.

Adrienne se frotó la muñeca dolorida. Pese a saberse presa aunque no hubiera cerrojos que la encerraran, suspiró más tranquila. No había nada que temer, pues sabía a dónde se dirigía Kartal. A la planta baja, a apaciguar el fuego que le consumía en las invitadoras llamas de sus diabólicas concubinas. Cumpliría su palabra, eso Adrienne no lo dudaba.



El resto de las horas de aquel día fueron para Adrienne un duermevela lleno de amargura. En algún momento de la madrugada supo que los demás habían salido, dispuestos a solazarse en sus diversiones para luego volver y dedicar la llegada de la aurora a sus propios placeres. Adrienne llegó a envidiarles, a desear ser poseedora de aquella misma falta de conciencia, de dejarse llevar por sus instintos a sabiendas de que no habría luego un Dios que la hiciera pagar por ellos. Su alma ya estaba maldita, alargada la vida gracias a los rituales de sacrificio y de sangre que realizaban tan alegremente Bela, Aniela y Valeska noche tras noche. A su alcance se encontraban la libertad, el poder, la certeza de que jamás tendría que pagar por sus actos, la posibilidad de olvidar sus miedos y sus recatos, y Kartal... Pero ella se empeñaba en repudiarlos y aferrase a una vida que trataba de echarla de su lado. Buscando conservar una bondad que nadie le agradecería jamás.

Y para qué se martirizaba tanto, se dijo deambulando por su habitación hasta acabar parándose ante la balconada, que abrió para asomarse al exterior. Para no poseer a nadie, para estar sola en un ostracismo que, se daba cuenta, se imponía ella sola. Una vez más las fantasías sobre dejarse poseer por Kartal acudieron a su mente, prometiéndole oleadas de sensualidad y los más dulces placeres. Pasión sin remordimientos, lujuria sin culpa, la comunión con un alma que ya antes y también ahora, mal que le pesase, se parecía a la suya. Más poder sobre las fuerzas del Mal, más control sobre las subversivas criaturas que les pertenecían, y libertad. Libertad para su mente y su cuerpo, azotados ambos por unas privaciones y unos miedos innecesarios ya, porque Dios ya no podía castigarla.

Pero Adrienne sabía lo que verdaderamente deseaba más de todo eso, cuando la llegada del amanecer la encontró con la mirada nuevamente fija en la explanada Michelet allá abajo, en el valle. Le había dicho a Gaspard que las personas como ellos estaban hechas para amar, y era cierto. Ella estaba siendo tan tonta como él al negarse a aceptarlo.

Ya tenía la mente en blanco, serena, cuando oyó abrirse la puerta a sus espaldas. No se giró, simplemente esperó a que Kartal llegara a su lado. No tardó en hacerlo. Le vio dirigir la mirada hacia el mismo lugar que ella, y fruncir los labios.

—He averiguado cosas interesantes —dijo tranquilamente.

Adrienne no lo dudaba; no había alma que pudiera esconder nada a la oscura perspicacia de Kartal. Le oyó reírse suavemente, divertido y calmado. Sin duda aquella noche había aliviado sus furores lo suficiente como para permitirse ser condescendiente con ella. Adrienne adivinaba que, cuando se cruzara con Bela, Aniela y Valeska, encontraría en alguna de ellas moratones o marcas de dientes estremecedoramente chocantes con las expresiones de placentera languidez. Se preguntó qué se sentiría.

—Parece mentira, Adrienne —dijo Kartal arrancándola de sus turbadores pensamientos—, que seas capaz de sacrificarte todavía más. No me imagino cómo debe de ser para ti tratar de convencer a Gaspard de que ame a otra. Cualquiera diría que te gusta sufrir.

Siguió un silencio que no fue ni agradable ni tenso. Kartal la miró con seriedad.

—No soy capaz de comprender tu actitud, ni por qué te haces esto.

Adrienne le miró.

—Yo tampoco —reconoció en un susurro.

Kartal suspiró y volvió a mirar hacia el valle. Cuando habló lo hizo meditativo, con una cierta pena que lo hacía parecer de nuevo humano.

—Te dije que esa promesa tuya de amar a Gaspard para siempre y depender de su felicidad se volvería contra ti. Y contra mí, además. No me gusta. Vendí mi alma por ti, Adrienne. Todavía no me ha reportado los beneficios que quería.

Era verdad. Muchas promesas, y todas se habían vuelto contra ellos causándoles tan solo sufrimiento. La primera de todas la de Kartal, que por cumplirla y regresar junto a ella había condenado su vida eterna guiado y seducido por las promesas del Diablo, susurradas a través de los labios de Vlad. Qué oscura debía de haber sido su vida allí, en Valaquia, arrancado de su casa. Y a Adrienne la estremecía, tanto como le placía, la certeza de que Kartal había sufrido tanto como ella. Pero eso no cambiaba nada porque como bien sabía Adrienne, ya no había vuelta atrás.

—Tienes razón, nadie ha salido beneficiado hasta ahora. Permite entonces que yo cumpla mi promesa como tú cumpliste la tuya. Deja a Gabrielle tranquila —dijo Adrienne—. Ella hará feliz a Gaspard, le ayudará a seguir adelante, y yo podré dejar de sentirme atada a él aunque le quiera.

—¿Y serás feliz sabiendo que él ama a otra? —se burló él.

—Quiero creer que es posible volver a amar —respondió mirándole a los ojos.

Kartal comprendió lo que Adrienne había callado pero estaba escrito en su mirada. Que la duda, la sombra del amor, la rondaban cuando le miraba. La observó en silencio, apoyándose en la balaustrada y dando la espalda al valle. Tras tantos años de haberse dado a la vida nocturna que era el reino de su Señor, le molestaba la luz intensa del día.

—Está bien. Les dejaré vivir su mísera existencia si tú eres mía. ¿O no era ese el trato?

Adrienne le miró.

—Ya soy tuya. Te he dado mi vida, mi inocencia, te lo he dado todo. ¿Qué más quieres?

Kartal pasó una mano alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí. Se inclinó hacia ella y acarició su barbilla con los labios, notando que se le aceleraba el corazón.

—Quiero lo que todavía no me has dado —susurró—. Tu cuerpo y tu mente. Tu corazón.

Adrienne permaneció impertérrita, desechando el deseo que crecía en su interior mientras las manos de Kartal acariciaban su espalda y llegaban hasta sus caderas. Las sensaciones que despertaba en su interior la abrumaban. Con Gaspard nunca había llegado tan lejos, respetando tontamente unos preceptos de un Dios casto y severo que exigía mucho y a cambio no entregaba siquiera el más mínimo alivio cuando de veras se necesitaba. Había mucho más en el sexo, adivinaba Adrienne por las caricias incitadoras de Kartal, que una obligación de abstinencia y un pecado necesario para aumentar el rebaño del Señor. Apartó enseguida semejantes pensamientos de su cabeza porque sabía que no debía sentirse especial. En su lugar recordó que aquel que la acariciaba, había hecho lo mismo muchas veces con Bela, Aniela y Valeska, y muchas otras que no querían o ya no lo podían contar. Dónde la dejaba eso, se preguntaba con pena y decepción.

—¿Por qué tanto interés en mí cuando ya tienes a otras que están deseosas de complacerte? —dijo mientras trataba de mantenerse fría, pese a que la lengua de Kartal recorriendo el nacimiento de su oreja amenazaba con arrancar un gemido de su garganta.

—Te quiero a ti —respondió Kartal dejándola apartarse con una expresión divertida en el pálido rostro—. Y me castigas sin darme lo que quiero porque lo sabes. Me torturas, Adrienne. Y sé que eres consciente de ello. Me dedicas a mí los oscuros dones que tan bien reprimes con los demás. Y además, para colmo, te castigas también tú. Porque se que lo deseas. Nuestro Señor se regodea con ello.

—Me quieres solo porque no me tienes —replicó Adrienne con dureza—. Porque soy el único capricho que se te niega.

—Te equivocas —musitó Kartal.

Adrienne no supo escuchar la sincera seriedad de su voz, y rió sin alegría.

—No trates de engañarme —dijo Adrienne—. Si quieres algo, tendrás que tomarlo por la fuerza, como hiciste ya con mi felicidad. Si sucumbiese no sería más que otro juguete para ti, una diversión caduca de la que no tardarías en aburrirte. No tendría más valor que Bela, Aniela y Valeska entonces para ti, y sabiéndolo ellas me despedazarían —hizo una pausa—. Habría sacrificado mi vida y la felicidad de Gaspard por tan solo unos meses de diversión para ti. El mísero antojo de un dios terreno —espetó con amargura—. No voy a entregarte nada más que no desee darte, suficiente he sacrificado ya. Y si no te gusta lo que oyes, deja de interponerte en el camino de esas tres esclavas que tan arbitrariamente te has traído de los infiernos de Valaquia. Y verás qué rápidamente te libras de mis insolencias.

Kartal la miró largamente, sin enfadarse siquiera. Porque estaba sorprendido, y ya no eran muchas las cosas que conseguían sorprenderlo. Creía adivinar algo más que frialdad, malicia y desinterés en ella, en su Adrienne, que cada vez se parecía más y menos a la de antaño. Pues en el fondo de su mirada castaña había también inseguridad, quizás celos incluso y deseo de ser correspondida. Kartal, confuso, se sintió de una forma que había olvidado y a la que ya no sabía dar nombre. Se sentía conmovido, aunque él no lo supiera.

Lo suficiente, incluso, como para sentir compasión. La ira y la hostilidad se desvanecieron entre ellos como la bruma en la mañana. Acarició el rostro de Adrienne.

—No temas por Bella, Aniela y Valeska —dijo con suavidad—. Sabes que jamás dejaré que te hagan daño. Ellas no son nada para mí, comparadas contigo. Lo sabes.

Frunció el ceño ante el aspecto exhausto de su infeliz amada. Kartal se puso a su espalda y la atrajo hacia sí. La apoyó en su pecho sin que ella se resistiera.

—Estoy cansada —murmuró Adrienne mientras ambos observaban el valle.

—Entonces descansa —le susurró con suavidad al oído.

—No puedo, si no puedo confiar en ti. Tú no tendrás lo que quieres hasta que no lo tenga yo primero. Pero entonces tienes que dejarme hacer las cosas a mi manera.

Kartal volvió a reírse con suavidad mientras la estrechaba más contra sí y rozaba sus cabellos con la barbilla.

—Entonces tendremos que confiar el uno en el otro por lo que veo, ¿no es así? Curioso, teniendo en cuenta que somos los seres menos fiables de este mundo, que estamos hechos para engañar, dañar y mentir.

Adrienne sabía que era verdad, irónicamente.

—Está bien —dijo Kartal—. No sufras por mis actos, no me acercaré a Gabrielle mientras te tenga a ti a mi lado. Tampoco haré nada con Gaspard pese a que sabe demasiado; le conozco casi tan bien como tú, y sé que por ti es capaz de guardar hasta un secreto tan sacrílego —rió por lo bajo, de Gaspard, a Adrienne no le cabía ninguna duda—. Pero Adrienne, si las cosas se te escapan de las manos tendré que acabar ocupándome del asunto —dijo, y su voz sonó un poco más dura; Adrienne sabía bien lo que quería decir aquello, que todo el pueblo sucumbiría—. Gaspard no sería una buena excusa para dejarte llevar por tus tentaciones. No lo atraigas hacia nosotros, no le quiero cerca de mí. Ni de ti.

—Jamás querría hacerle lo mismo que tú me has hecho a mí.

Pero se estremeció mientras Kartal la abrazaba con más fuerza. Era consciente de que él la había entendido mucho mejor que ella misma, porque sentía en su interior que la parte que siempre se revelaba, a la que le complacería usar sus artes casi innecesarias para atraer la voluntad ya dubitativa de Gaspard y atarla a sí misma.

La oscuridad se adueñaba de su alma.

—Capítulo 12: El sosiego del saber—

Denis había dormido poco aquella noche, y no solo por la misma inquietud, incisiva y temible, que se enseñoreaba sobre todos los durmientes del pueblo cuando caía la noche.

—¡Maestro! —exclamó, en parte aliviado, cuando encontró a Gaspard trabajando en el taller rodeado de teas consumidas, lo que quería decir que llevaba allí desde antes de que rayara el alba.

—Buenos días, Denis —le deseó Gaspard con una sonrisa—. Has dormido mucho, espero que no te quedaras despierto hasta tarde esperándome ayer.

Eso era exactamente lo que había hecho, y era ya casi mediodía cuando acudió al taller. El fámulo le miró cuando el maestro cantero volvió a bajar la mirada al bloque en forma de rosa en el que trabajaba. Se había asustado cuando por la noche su amo no había vuelto a casa antes de que él se acostara, y aún más cuando no lo había hallado en su lecho aquella misma mañana. Se preguntó si habría estado trabajando toda la noche. Desde luego, llevaba puestas las mismas ropas que la tarde anterior y tenía unas ojeras profundas que oscurecían sus ojos.

Pero parecía más animado y Denis no sabía qué pensar. Hacía dos noches Gaspard había llegado al taller destrozado, como si hubiera muerto alguien. La amable y sacrificada Gabrielle lo había llevado hasta su lecho, temiendo lo peor. Y después la mañana anterior había acudido al taller a hacer su trabajo, pero parecía estar completamente ausente. Había recibido una visita de un hombre extraño, el nuevo lacayo del Vizconde, y después de que éste volviera la segunda vez había desaparecido de nuevo aún sin esperar a saludar a Gabrielle, que había tenido que irse al cabo de la tarde porque su hermana, cansada de verla allí metida como una vulgar moza, la había reprendido. Y ahora él estaba allí, y pese a que parecía pensativo y triste, parecía ser el mismo Gaspard Michel de siempre. No, Denis no sabía qué pensar.

—Maestro...

—No te preocupes, Denis —le dijo Gaspard—. Sé que has estado preocupado, pero no tienes motivos ahora.

Al menos no por eso, se dijo. Había despertado sentado en el suelo de la Iglesia de la Virgen, apoyado contra la pared junto a la entrada. Y aunque su razón se empeñaba en decirle que llevaba allí horas y que había sido víctima de las pesadillas, no se convencía de ello. Adrienne había estado allí, y aquellas tres mujeres también, y ninguna de ellas se había atrevido a entrar a la Iglesia. Los presentimientos que ya tuviera cuando buscara a Adrienne en el castillo de Calhors tres años antes, volvían a su cabeza; veía la huella del maligno en todo ello. El temor por lo que aquello podía significar le secaba la garganta, pero por otra parte se sentía más sosegado dentro de su pena y su miedo.

Pues al menos ahora, aunque fuera un mísero consuelo, sabía que Adrienne no lo había dejado por voluntad propia. Y estaba viva, y estaba cerca. Porque si todo aquello había ocurrido, su charla, su abrazo y su beso con Adrienne en el bosque también. Sentía que el calor le inundaba cada vez que recordaba aquel breve beso que habían compartido, el cariño que había vuelto a envolverlos. Adrienne había cambiado, pero sus sentimientos eran los mismos; podía verlo en sus

ojos oscuros y podía saborearlo en sus labios.

Y, sin embargo, le había asegurado cumplir su maldita promesa para poder volverla a ver. Seguir adelante con su vida, para poder saber qué había sido de la ella, y qué era lo que la retenía lejos de él. La pena era quizás más honda, pues entendía que Adrienne había sufrido y seguramente aún sufría, y además seguía amándola tanto como antaño. Pero al menos, con el conocimiento, había reencontrado la paz y había perdonado al mundo. Y podía reparar en otras cosas, como en la angustia de Denis, en su trabajo y en Gabrielle, a la que seguía queriendo. Solo que con Adrienne allí, todo se volvía un poco más difícil.



El movimiento de Denis, que al fin se había decidido a dejar de observarle con ojo crítico y caminar de nuevo, lo sacó de aquellos pensamientos que, aún barajados desde antes del amanecer, no lo llevaban más cerca de certeza ni decisión alguna.

—Esta mañana Janet tampoco ha venido con la leche, Denis —dijo tratando de tranquilizarlo—, así que tendrás que bajar al mercado si quieres desayunar.

Denis se detuvo de nuevo, sorprendido como otras veces antes de que su amo tuviera aquel extraño don para no enterarse de cuanto sucedía a su alrededor. Estaba a punto de explicarle el morboso caso de las vacas de Janet, cuando otra cosa desvió su atención.

—Por el amor de los Dioses —murmuró cuando, avanzando hacia su zona de trabajo al fondo del taller, pasó junto a la estatua del ángel.

Seguía sin estar acabada, pero era evidente que Gaspard había estado trabajando en ella, afinando los rasgos de la cara. Denis se estremeció, pues parecía la viva imagen de la Adrienne de Beaumont, aunque tallada en piedra, que él recordaba. Hasta el más mínimo detalle. Notó que Gaspard avanzaba hacia él y le ponía las manos sobre los hombros.

—Ella está aquí —susurró Gaspard suavemente.

Denis se puso tenso, temiendo que su Maestro hubiera sucumbido al delirio.

—Ella está aquí de veras, Denis. Reside en la fortaleza del Vizconde.

Denis se giró a mirar a los ojos a su maestro, para asegurarse de que había cordura y veracidad en ellos. No encontró otra cosa que eso. Abrió la boca, sin saber qué decir.

—Prefiero que lo sepas por mí antes de que te enteres por otros —le dijo Gaspard.

—Pero... pero ¿entonces está viva?

Denis no sabía si alegrarse o simplemente sentirse pequeño ante las vicisitudes con que podía marcar Dios los destinos. Se preguntó cómo podía ser, si ella estaba bien. Pues la había amado en secreto y había envidiado la felicidad que vivían ella y su maestro, deseando encontrar algo así para él también. Pero entonces otras cuestiones menos puras atravesaron su mente. Por qué se habría ido de aquella forma, si estaba relacionada con la masacre de Calhors, si Gaspard sabría de antemano que ella estaba allí y si la habría estado viendo aquellas noches en que llegaba tan tarde.

Y qué sucedería con Gabrielle en ese caso. Se sintió entonces, aunque no formaba parte de su naturaleza, furioso y decepcionado. Como muchos otros, estaba cayendo en la tentación de dejarse llevar por los pensamientos viles contra los que predicaba cada día con más ahínco el padre Corbet.

Gaspard no fue consciente de ello, pero sí reparó en que le parecía haber escuchado un gemido ahogado. Palmeó el hombro de Denis y le demandó silencio llevándose un dedo a los labios, antes de dirigirse hacia la entrada del taller, aunque nadie había allí. Si vio, en cambio, que a poca distancia Gabrielle se acercaba hacia él. Parecía sofocada, pese a que el vestido y la capa de color azafranado que llevaba no parecían excesivamente cálidos para aquella mañana de otoño.

Se alegró hondamente de verla. Ahora que parte de la tortura interna que lo corroía se había disipado, ahora que su pena había cambiado de forma en su interior, Gaspard podía ver un poco más allá de su propia mortificación. Y la veía a ella. Resplandeciente y pura, como una tea en su oscuridad. La amaba, sí. Tal como había dicho Adrienne, Gabrielle podía hacerle feliz, y él podía hacerla feliz a ella. Lo merecía, de la misma forma que Adrienne merecía que cumpliera su promesa.

—Buenos días, mi querida Gabrielle —dijo, y cuando la joven llegó frente a él le besó la mano, arrancándole una sonrisa que desdibujó la tensión de su rostro—. Siento haberme ausentado ayer, y anteayer, pero hoy empezaré el boceto de vuestra bella imagen, que agraciará mi obra mucho más que cualquier diseño que pudiera salir de mi mente.

Gabrielle asintió, quizás un poco más seria de lo que era habitual en ella. Se adelantó para entrar en el taller y posó su mirada en la estatua de Adrienne, tan grácil, tan bella. Entonces se obligó a dirigir su atención hacia Denis.

—¿Cómo estáis? —le preguntó.

La tarde anterior los dos habían compartido sus nervios en silencio.

—Muy bien, gracias *mademoiselle* Gabrielle —contestó Denis.

—Mi padre desea aportar una idea para el diseño de uno de los capiteles de las columnas de la entrada —dijo Gabrielle mirando todavía al fámulo—. Si fueras tan amable de dirigirte al palacete, Denis, mi padre te dará sus bocetos y te los explicará para que se los traigas al maestro Gaspard, ya que él ahora está ocupado.

Denis asintió y se encaminó prestamente a cumplir los deseos de la dama, dejándola sola con Gaspard. En aquel momento no pensó que quizás era eso lo que ella había pretendido, siendo capaz incluso de engatusar a su padre y persuadirle de que tenía que aportar algo a la obra que estaba financiando para alejar de allí al fámulo.

—¿Habéis venido sola? —le preguntó Gaspard a Gabrielle, invitándola a tomar asiento en una silla acolchada que habían llevado allí cuando ella había empezado a visitarlos.

—Mi aya está con Claire en la explanada Michelet, rezando por el alma de la anciana lady Brienne, que ha aparecido muerta en el jardín de su casa —le respondió Gabrielle, todavía sin su habitual picardía, si bien es verdad que las noticias no lo favorecían—. De todas formas no debéis preocuparos, pues mi padre confía en vuestra persona y no teme dejarme sola con vos. Os cree hombre de honor y palabra.

—Me siento halagado por ello, y responderé fielmente a su confianza. Pero de todas formas preferiría que no paseais sola por la ciudad, Gabrielle —insistió Gaspard, tratando de que ella notara el miedo que sentía al imaginarla a merced de las doncellas de la noche anterior.

—Habláis como Margot —musitó Gabrielle.

Entonces se sintió culpable a su pesar y sonrió, disculpándose, aceptando con gracia la silla que Gaspard le ofrecía. Él la situó cerca de la entrada, aprovechando la luz de aquel día que, por una vez, había nacido luminoso y sin rastro de niebla o lluvia. Aún así encendió el fuego del taller, pues en aquella estación y hundidos en aquel valle del Lot, la oscuridad llegaba pronto y con ella un frío capaz de penetrar hasta los huesos. Gaspard cogió un taburete y se sentó cerca de ella, dejando una distancia que asegurara la inviolabilidad del honor de la dama, y tomó un legajo de dibujo y un carboncillo de la mesa cercana. Gaspard se sentía, por primera vez en mucho tiempo, relativamente feliz en aquella nueva vida cotidiana.

Ella, sin embargo, no se sentía tan feliz como él y cuando Gaspard le pidió que permaneciera quieta, asintió con la cabeza fijando la vista en la hermosa estatua que, detrás de Gaspard, parecía observarla con pétrea superioridad.

Gabrielle se sentía vencida, aún antes de haber empezado la batalla. Se había creído la doncella más afortunada del mundo y ahora, gracias a una sola visión fugaz en la familiar avenida que había cruzado cientos de veces, su vida se desmoronaba. Observó con pena la concentración con que Gaspard la estudiaba, fijando en ella los hermosos ojos de miel enmarcados de cabellos dorados, para luego desviarlos de nuevo hacia el grueso pergamino que rasgaba con trazos rítmicos y cortos. Ya le echaba de menos, pese a que aún no se había alejado.

Y es que el sentimiento de la pérdida es mucho más poderoso que el de la esperanza, como muchos saben.

Al cabo de un rato Gaspard la miró con algo más de viveza y sonrió.

—Estáis muy callada hoy —dijo volviendo a mirar el pergamino—. Debéis estar quieta, lo hacéis muy bien, pero podéis deleitarme con vuestra dulce voz. La he añorado mientras me he visto privado de vuestra compañía.

Gabrielle aún permaneció callada unos instantes debatiéndose consigo misma, buscando la fortaleza necesaria para encarar la situación. Gaspard aún volvió a mirarla una vez, con el ceño algo fruncido, antes de que pudiera inspirar con fuerza y obligarse a afrontar aquella situación que temía porque podía implicar una despedida.

—Ayer la vi —consiguió murmurar, fijando de nuevo la vista en la estatua de Adrienne—. Realmente es tan hermosa como vos habéis sabido plasmarla.

Y supo que no había errado en sus suposiciones cuando Gaspard se quedó parado con el carboncillo sobre el pergamino, fijando la vista en la nada antes de fruncir los labios y extenderlos en una fina sonrisa que no revelaba la naturaleza de la emoción que lo embargaba.

—Vuestra imagen será igual de hermosa, Gabrielle. Pondré mi corazón en ella.

Incapaz de permanecer inmóvil, Gabrielle se levantó y paseó brevemente por el taller, antes de detenerse de nuevo en el centro de la estancia, cerca del fuego crepitante.

—No os sintáis desdichada, por favor.

Al oírle tan cerca, Gabrielle se giró para descubrir que Gaspard se había acercado hasta su espalda. Levantó la mirada hacia sus ojos pero volvió a bajarla, pues no se sentía capaz de afrontar lo que le esperaba.

—Tenéis razón —dijo tratando de permanecer serena—. No tengo ningún derecho a sentir que he perdido algo, cuando nunca os he tenido.

Sabía que sus palabras eran osadas, poco dignas de una dama, pero conocía lo suficientemente bien al hombre que tenía delante como para saber que no necesitaba aparentar nada delante de él.

—Os equivocáis —susurró él—. Tenéis mi corazón renacido. Vos le habéis dado un nuevo calor, así que es vuestro.

Gabrielle notó que le temblaban las comisuras de los labios, y se esforzó por no llorar. No lo consiguió. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus delicadas mejillas. Gaspard le cogió las manos.

—Gabrielle, por favor, no tenéis motivo para estar triste —dijo con voz suave, compartiendo su dolor—. Ha sido un capricho de los Cielos que Adrienne y yo nos hayamos encontrado aquí. Una hermosa sorpresa y un bálsamo para mi angustia, pero nada más que deba ponerlos nerviosa a vos. Nada cambia entre nosotros.

La abrazó, y Gabrielle colmó de sollozos el aire estanco del cobertizo. La suavidad con que Gaspard le acariciaba el cabello no la ayudaba a calmarse, pues la sumía en un placer tan grande como grandes era también su pena y su dolor por perderle.

—Gabrielle, por favor, dejad de llorar y escuchadme —le suplicó Gaspard.

—No tenéis que decirme nada —respondió ella con el rostro todavía hundido en su pecho—. La queréis.

—Tenéis razón, la quiero —aceptó Gaspard con sincera simplicidad—. Pero también os quiero a vos. Os adoro, y anhelo vuestra presencia. Y sois vos la que veo en mi futuro, si queréis ofrecerme todavía la dicha de agraciarme con vuestros afectos.

Gabrielle se separó de él para mirarle a través de las lágrimas que enrojecían y emborronaban sus ojos dándole, sin saberlo ella, un aspecto tan desamparado y frágil como encantador. Gaspard no pudo evitar acercar una mano a aquel hermoso rostro, y limpiar las lágrimas cristalinas con una caricia de sus dedos endurecidos por el trabajo.

—¿Y no deseáis que Adrienne volviera a vuestro lado? —preguntó Gabrielle.

Gaspard no dudó en su respuesta, pues algo había entendido de las extrañas palabras de Adrienne de la tarde anterior.

—Desearía que jamás se hubiese ido. Que nada hubiese sucedido en Calhors —dijo—. Pero no es posible volver atrás en el tiempo, así que no es sensato desearlo. Por la gracia de Dios mis pasos me han traído aquí, a vuestro lado. Y aquí deseo quedarme.

—Pero... ¿y ella? —preguntó Gabrielle.

Se sentía completamente ofuscada por aquella mujer que había sido el amor de su amado, y que sin duda el mismísimo diablo había traído hasta allí para despojarla a ella de la felicidad que había encontrado.

Jamás hubiese creído lo cerca que estaban de la verdad sus pensamientos maliciosos.

—Adrienne cree que sois una mujer magnífica, y está feliz de que os haya encontrado —dijo Gaspard—. Igual que yo.

Gabrielle se quedó atónita ante aquellas palabras. Ella jamás hubiese sido tan magnánima como Adrienne, si la situación se hubiese desarrollado a la inversa.

—Entonces no... ¿no deseáis volver a estar juntos?

Aquella era la pregunta para la que Gaspard no tenía una respuesta clara. Intentó no mentir, pero tampoco quería sumir a Gabrielle en una angustia más profunda. Le dolía en el alma verla sufrir, y no era por compasión. Era porque le importaba de verdad lo que ella sintiera, y deseaba ofrecerle felicidad. Tanta como ella le proporcionaba a él, aunque no pudiera valorarla ahora tanto como debía.

—No es posible recuperar lo que se ha perdido, Gabrielle —dijo—. Amé a Adrienne con toda mi alma, pero nuestra relación acabó hace tiempo y debemos seguir con nuestras vidas. Y mi vida ahora está aquí, con vos. Tenéis que creerme.

Se arrodilló en el suelo frente a ella, mientras Gabrielle le miraba sumida todavía en un mar de lágrimas.

—Gabrielle, por favor —suplicó—. Creedme si os digo que hace ya tiempo que mi mente se complace con la idea de acudir algún día ante la presencia de vuestro padre el Barón para pedirle vuestra mano. Y que si algo me detiene, es la necesidad de convertirme en una mejor persona por vos, en un hombre que sepa dejar atrás el pasado y daros todo lo que pueda ofrecer. Así como también me detiene el hecho de que pecaría de vanidoso al pensar que merezco a alguien como vos, y que vuestro padre tendría todo el derecho de negarme vuestra mano ante la idea de desprenderse de su amada hija por un mísero cantero como yo.

Gabrielle, recuperando su impetuosa felicidad, no pudo evitar sonreír con picardía.

—Vos no sois pobre —dijo mirando, por una vez y con placer, a Gaspard desde arriba ya que él seguía arrodillado en el suelo. Se sentía fuerte otra vez ante la entrega de él—. Sois tan rico como algunos de los nobles de esta zona.

—Pero no tengo títulos con que engalanaros.

—Ni importa —añadió Gabrielle—. Soy la tercera de cuatro hermanas y la primogénita ya está casada con un príncipe de Alemania. Mi padre os tiene en alta estima y no le importaría entregaros mi mano, hoy mismo si se lo pidierais.

Gaspard supo que había un ofrecimiento implícito en aquellas palabras tan llenas de descarada inocencia. Al fin y al cabo, Gabrielle era casi una niña; más de lo que Adrienne lo había sido a su edad. Y recordó que una vez Adrienne le había dicho aquellas mismas palabras. El corazón le dolió, pero no deseaba que Gabrielle compartiera su angustia.

—La paciencia es un don que el Señor nos ha dado para que obremos con serenidad —le explicó—. Necesito ser digno de vuestra compañía, expiar mi alma de sombras para entregárosla limpia a vos, Gabrielle. Entendedme. Necesito aclarar las dudas y los misterios que me corren impidiéndome vivir con la tranquilidad que quiero daros.

Gabrielle se sintió temblorosa de nuevo. Se abrazó el pecho.

—Lo que entiendo es que decís que me amáis, pero amáis a Adrienne más que a mí.

—Os equivocáis —dijo Gaspard poniéndose en pie—. Sois personas diferentes, y de forma diferente os amo. Puedo aseguraros que el amor que siento por vos es igual de puro, y que me provocáis dolor si desconfiáis de mí creyendo que os engaño.

—Pero entonces, ¿por qué parece que Adrienne vuelve a copar vuestros pensamientos?

—No me podéis pedir que la olvide de pronto, Gabrielle —le explicó—. Ella fue durante mucho tiempo el único motivo por el que yo amaba la vida.

Gabrielle exhaló un suspiro entrecortado. Gaspard le acarició el rostro, conmovido, pues comprendía sus dudas. Quisiera Dios que encontrara una forma de aliviarla de ellas, de evitarle los días de inseguridad y tensión que tendrían que llegar para los dos.

—Y porque Adrienne tiene problemas que no comprendo, y tengo que ayudarla —dijo tratando que ella lo comprendiera—. Eso se lo debo, Gabrielle. Porque intuyo que si ella hizo cuanto hizo, fue por protegerme a mí.

Gabrielle estaba confundida. Aquella situación la superaba, pues jamás había tenido que afrontar en su vida sentimientos tan complejos. Sentía que se estaba haciendo mayor, que si quería conservar al hombre que amaba debía comportarse como una mujer y ser fuerte, tener fe, y rezar a Dios porque pudiera mantenerlo a su lado.

—Lo comprendo —dijo finalmente, aunque fuera verdad solo a medias—. Debéis ayudar a Adrienne, si lo necesita. Pues la compadezco, si ha tenido la desgracia de perderos a vos.

De la misma forma que se compadecería a sí misma si llegaba el día en que estuviera en su misma situación.

Gaspard, gracias a la intimidad que los acercaba, pudo leer aquellos pensamientos en la expresión de su rostro. Puso las manos en sus mejillas y la obligó a mirarle.

—No dudéis de mí, os lo suplico. Os hablaré con sinceridad —dijo—. ¿Os acordáis de que os dije cuando me preguntasteis por ella que le prometí a Adrienne que seguiría adelante sin ella?

—Sí —contestó Gabrielle con un hilo de voz, temiendo que le dijera que era solo por eso por lo que estaba con ella.

—Pues lo intenté, pese a que sabía que no lo iba a conseguir. Y hubiera desfallecido en mi intento, si no hubiera sido por vos —hizo una pausa, emocionado por sus propios pensamientos—. Por ti, Gabrielle. No deseé cumplir esa promesa, desprenderme del pasado hasta que os conocí a vos. Pero entonces empecé a amaros, y volví a apreciar la vida. El amor que siento por ella y la pena por Adrienne siempre me acompañará. Porque fue parte de mi existencia y eso no se puede borrar, Gabrielle. Pero habéis sido vos la que habéis conseguido que el apego por la vida sea más fuerte que ese dolor. ¿Lo entendéis?

—No lo sé —musitó Gabrielle con sinceridad, pues el corazón le decía que tenía que estar alegre pero no se atrevía.

—Gabrielle —dijo Gaspard casi con desesperación—. ¿No os dais cuenta que por vos sonrío cada mañana, que es vuestra presencia la que hace latir mi corazón, aunque esté todavía demasiado dañado como para entregarlo sin reservas ni tapujos?

Gaspard se inclinó hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Os amo —dijo de corazón—. Te amo, Gabrielle.

Ella alzó el rostro para mirarle, y sintió un hormigueo cuando sus rostros se acercaron y Gaspard la besó con dulzura, con suave pasión. Y cuando los brazos fuertes se cerraron alrededor de su cintura, la felicidad la embargó de nuevo y eclipsó la inseguridad, el temor razonable de que Gaspard sufriera un cambio de opinión pese a que ahora fuera sincero.

—Yo también te amo —le dijo cuando se separaron, consciente de que aquello había sido una desvergüenza pero sintiéndose cómplice y serena.

Todavía se miraban sonriendo, cuando la aya llegó con Claire para llevarla a casa.

—¿Qué os pasa en los ojos, Gabrielle? —preguntó la mujer asustada.

—¡Nada! —dijo Gabrielle restregándose los ojos, demasiado feliz en aquel momento como para que sus palabras pareciesen una mentira—. El humo del fuego, que me los ha irritado en este lugar tan poco ventilado.

La pequeña Claire, ajena a esos detalles que los niños no aciertan a comprender, estaba maravillada con la lila que le había regalado un florista. Entró corriendo y saludó a Gaspard con la fresca confianza de los niños.

—¡El florista dice que es tan hermosa como yo! —dijo Claire mostrándosela a su hermana y a Gaspard.

Gabrielle se limitó a seguir sonriendo, demasiado hundida en su propia dicha como para reaccionar ante tal ingenuidad. Gaspard, en cambio, se agachó frente a la niña y observó con interés la flor que le mostraba.

—Os ha mentado —dijo—. La hermosura de esta flor no os hace justicia.

La aya sonrió, abandonando parte de la frialdad con que debía mostrarse la guardiana de la virginidad de sus protegidas, antes de anunciarles que estaba oscureciendo y que debían irse a casa. Se alejó unos pasos llamando a Claire, para dejar que Gabrielle se despidiera del maestro tallador con una cierta privacidad. Parecía que de allí podía salir un buen matrimonio, pensó, mientras se detenía allí donde no pudiera escuchar pero sí pudiera ver cuanto ocurría.

Gabrielle miraba a Gaspard a los ojos, nerviosa ante la idea de marcharse.

—Desearéis que siga viniendo, ¿verdad? —preguntó.

—Por supuesto —le aseguró Gaspard—. Deseo vuestra compañía aún más que vos la mía. No he acabado vuestro retrato, así que espero que vengáis mañana de nuevo.

Gabrielle sonrió radiante.

—Así lo haré —dijo, y sintió un nuevo cosquilleo recorrer su cuerpo cuando Gaspard le besó la mano, mirándola con intensidad.

—Hasta mañana entonces, mi querida Gabrielle.

—Si Dios lo quiere —apuntilló Gabrielle mientras se alejaba, provocándole un escalofrío a Gaspard.

Observó a aquella que le insuflaba luz a su vida, y se quedó sentado en el taller, esperando que llegara Farkas con algún mensaje de Adrienne, pues lo necesitaba, y el retorno de Denis. Mas el primero no vino, para desesperación suya, y ya era de noche cuando el otro tampoco había regresado a casa todavía. Gaspard pensó que sin duda el Barón Fabrice lo retenía en su casa con el asunto de los bosquejos.

Pero se equivocaba. Para cuando Gabrielle llegó a casa, Denis la había abandonado hacía rato. Emocionada, la joven dama corrió hasta el gabinete donde se solazaba su madre con su hermana mayor, y se lanzó a los brazos de su progenitora deseando compartir su dicha con sus seres amados. Claire no se molestó en tratar de reclamar la atención hacia su bella flor, no tan hermosa como ella.

—¡Gaspard me ha revelado su amor por mí, madre! —dijo Gabrielle poniéndose de pie y paseándose por delante de la mesilla donde descansaban ahora las labores—. Dice que me ama y que le pedirá mi mano a padre. Soy tan feliz... —sus ojos brillaban—. ¡Y me ha besado, madre!

En aquel momento, mientras su madre trataba de no sonreír abiertamente, Margot se levantó y se acercó a su hermana. Gabrielle se giró hacia ella creyendo que iba a abrazarla, pero lo que hizo Margot fue darle un bofetón que dejó a Gabrielle helada.

—¡Me avergüenzas! —le gritó Margot con los ojos empañados de lágrimas de rabia—. ¡Te comportas como una fulana!

—¡Margot! —exclamó su madre escandalizada mientras ésta se iba.

Pero Margot no era la única que aquella noche se dejaba llevar por sus más ocultas pasiones. El Corregidor Latimer se dirigía directamente hacia la taberna de Maurice, con Fleur ocupando su mente. Laverne, llegado su esposo ya a casa, lo recibió con las palabras más hirientes. El médico FitzPatrick rogaba porque algún niño se pusiera enfermo aquella fría noche y la sensible Iva, regresando subrepticamente a su casa tras visitar al padre Corbet siendo consciente de que alguna maldad flotaba en el aire, tapió todas las ventanas sabiendo que pronto llegarían los jóvenes del pueblo, dispuestos a apedrearlas.

Pues los humanos, tan sensibles a las viles tentaciones, se hacían eco del diabólico ambiente que parecía descender desde la fortaleza, en el que muchos hubieran visto luces extrañas y sombras danzantes si lo hubiesen observado. Solo la priora Thérèse lo hizo, perdiendo toda fe en su salvación. Era consciente de que el Mal, regocijado, se revolvía en el interior de la fortaleza.

—Capítulo 13: Secretos que inspiran dudas—

Pese a que lo había intentado, Gaspard había sido incapaz de esperar despierto al regreso de Denis. Los nervios acumulados y el cansancio de tantas y tantas noches sin dormir, le dejaron exhausto y acabó cayendo irremediablemente dormido en la otomana de la sala. Vivió entonces extraños sueños en los que aparecían y desaparecían Adrienne, Gabrielle y Kartal, tal como lo recordaba él siendo aún un niño. Entonces, incluso en sueños, recordó que no le había vuelto a ver desde que el noble abandonara Calhors con catorce años para regresar a su Valaquia original. Y, sin embargo, era quien parecía estar detrás de todas las desgracias que sobre él se habían abatido.

Despertó cuando la luz de un sol débil y temprano empezó a filtrarse por los postigos entreabiertos de las ventanas de la planta baja. Al incorporarse, una manta gruesa se arrastró por su pecho y cayó al suelo con un ruido sordo, lo que quería decir que Denis había vuelto a casa. Gaspard se sintió aliviado. Se levantó y se lavó la cara en la jofaina de la cocina, y se acercó hasta el cuarto de Denis abriendo la puerta con cuidado. Pero el joven aprendiz no estaba allí. Entonces salió a la calle, donde el viento soplaba ya frío en un día que volvía a mostrarse plomizo, y se encaminó al taller. El ruido sordo de la pica de desbaste golpeando la piedra le anunció que Denis ya estaba trabajando antes de verlo.

—¡Buenos días! —exclamó por encima del martillar en la piedra.

Al fondo del taller, Denis se restregó la frente y miró hacia él con un extraño abanico de emociones que finalmente quedó en el habitual respeto.

—Buenos días, ma... Gaspard.

El maestro miró a su alrededor, estudiando las piezas que tenía a medio hacer. Sobre una mesa descansaba la base de una columna, que tenía empezada una serie de motivos decorativos que representaban hiedras y sarmientos. El primer capitel de las dos columnas que les habían encargado tenía ya el esbozo de una escena del Santo Amadour construyendo la antigua ermita que albergara a la virgen milagrosa. Algo más allá, en el suelo, estaba la pieza central del arco de medio punto para la fachada, que tenía ya casi acabada la representación de la Virgen Negra; Gaspard la había tenido que reproducir de memoria, ante las dificultades que el Obispo Edgard ponía para permitirle bajar de nuevo a la cripta. Siempre se le encontraba encerrado en la sacristía con los peregrinos que todavía cruzaban Rocamour en aquella época ya fría del año.

Pero su mirada se desvió pronto a la obra principal que adornaba el taller. El ángel que representaba a Adrienne estaba ya casi terminado, con su hermoso rostro levantado hacia el cielo, las manos alzadas con las palmas abiertas hacia arriba y las volátiles vestiduras ondeando como si fuesen de seda fina y no de piedra. Era una gran obra, la mejor que había hecho, y él lo sabía. Le provocó un escalofrío ante su parecido con la realidad, aunque pensó que tendría que afinar la expresión del rostro y teñirla de la falta de inocencia que emanaba ahora de Adrienne. Pero de pronto aquella idea le pareció sacrílega. Sacudió la cabeza, sintiendo que aquel pensamiento no provenía de su propia mente. Volvió a mirar la estatua, adivinando en ella una voluntad casi propia. Decidió que dejaría su terminación hasta que hubiese podido averiguar qué había sucedido

hacia dos noches, y aquellos terribles días en Calhors. Se giró hacia Denis con gran esfuerzo.

—¿Te entregó finalmente el Barón sus diseños? —le preguntó encaminándose hacia el interior del taller.

—Sí —dijo Denis—. Eran bastante correctos. Aquí los tenéis.

Cogió unos pergaminos de una mesa cercana y los acercó a la lumbre del fuego. Ambos se inclinaron para mirarlos. El motivo, esbozado toscamente aunque con detalle, representaba la escena del Santo Martín saltando por encima de la sima de Padirac mientras era observado por un demonio que rabiaba al haber sido burlado.

—Es bastante apropiado, y no desentonará con la que habéis diseñado vos de la llegada del Santo Amadour, puesto que esto también forma parte de la historia local —dijo Denis—. Esto de aquí lo añadí yo con su beneplácito, y esto de aquí...

Denis le hizo un relato pormenorizado que agradó a Gaspard y le hizo sentirse orgulloso. Su fámulo contaba con dieciséis años ya, y parecía un hombre maduro cuando se concentraba en tales menesteres como había hecho él mismo cuando todavía estaba bajo la tutela de su padre. Le puso una mano en el hombro.

—Denis, has hecho un buen trabajo —le dijo—. Tanto que ya empiezo a preguntarme si no estarás preparado para acometer tareas mayores. Pronto tendrás que afianzar tu lugar en el mundo, buscar a una buena mujer y formar una familia. No lo retrases tanto como yo.

Al rostro de Denis acudió una fugaz expresión de rabia que Gaspard no vio.

—Por eso he decidido que ya estás listo para dejar las tareas de desbaste y dedicarte enteramente a la talla —Denis le miró con los ojos muy abiertos, sorprendido y esperanzado, olvidando su inquina anterior; Gaspard le sonrió—. He visto las piezas que tallas en tus ratos libres, y son buenas. Serás un buen tallador.

—He tenido un buen maestro —repuso Denis contento.

—Haremos una cosa —le propuso Gaspard—. Te ocuparás de la talla del capitel del Barón. Si el resultado es bueno, daré por terminado tu aprendizaje y emprenderás el próximo proyecto conmigo como mi cofrade, hasta que puedas y quieras marchar en solitario. Y no aceptaré una negativa. Es lo mínimo que puedo ofrecerte, después de lo mucho que tú hiciste por mí.

Gaspard no olvidaba, pese a que el fámulo no le diera importancia, que habían sido él y su familia quienes habían cuidado de él cuando se habría dejado morir.

—¿Trato hecho?

—Sí, maestro —dijo Denis emocionado.

Se sentía el hombre más feliz del mundo mientras Gaspard le abrazaba y le palmeaba la espalda con la familiaridad de un hermano mayor. Y, sin embargo, los muchos años de encargarse de una tarea no le permitían mirar tan adelante.

—Pero ma... Gaspard, todavía faltan por desbastar las piezas para los fustes de las dos columnas —dijo señalando la piedra alargada en la que había estado trabajando para darle una forma ligeramente cónica y más gruesa de cómo sería la pieza final una vez cincelada.

—Tomaremos como aprendiz a algún mozo del pueblo que quiera labrarse su propio porvenir —dijo Gaspard—. Podríamos proponérselo al vidriero, pues a su hijo Remy le vendría bien tener

una ocupación a la que pudiera dedicar sus manos nerviosas.

Denis se le quedó mirando, olvidando su anterior preocupación.

—¿No os habéis enterado? —susurró.

Gaspard frunció el ceño.

—No, ¿de qué? —Gaspard empezó a darse cuenta de que era algo grave—. ¿Tiene algo que ver con que llegaras tan tarde anoche?

—Antes de ayer... —empezó Denis con un brillo en la mirada que Gaspard conocía bien.

Iba a explicarle una de las muchas habladurías del pueblo. Sin embargo el fámulo calló cuando oyó pasos que se acercaban hacia el taller. Ambos desviaron la vista hacia la entrada, donde al cabo de un suspiro apareció Janet, la corpulenta lechera, que traía las manos vacías y una expresión crispada en el rostro.

—Buenos días, Janet —la saludó Gaspard invitándola a entrar—. ¿Ha sucedido algo? Ayer no vinisteis, y hoy tampoco nos traéis vuestra exquisita leche. Espero que vuestro esposo esté bien.

La mujer respiró dificultosamente, como si le costara tomar aire.

—Ya veo que las noticias no os han llegado, Maestro Michel —dijo retorciéndose el delantal amarillento pero limpio con las manos—. Por eso he venido... Para explicároslo en persona ya que habéis sido tan amable conmigo y tan dadivoso en vuestros pagos. —Y porque no quería que le llegaran cuchicheos peores, pero eso no iba a decirlo—. No vamos a poder proporcionaros la leche en... dios sabe cuánto tiempo —sollozó la mujer—. Todas nuestras vacas están muertas. Sucedió hace dos noches, cuando aparecieron todas degolladas y cubiertas de heridas que llegaban hasta el hueso.

Estremecido, Gaspard se adelantó con un taburete bajo de los que usaban para trabajar las piezas pesadas que no podían dejar sino en el suelo, y ayudó a Janet a sentarse. La mujer parecía al borde del llanto y despertaba compasión, con los hombros gachos y algunos mechones de cabellos que escapaban del moño que recogía bajo un pañuelo.

—El Corregidor está estudiando el asunto, pero no hace falta. Sabemos quién ha sido.

—Remy —aventuró Denis, pese a la mirada de reproche que le dirigió su maestro.

—Sí, Remy —contestó la mujer con rabia y miedo—. Primero fue el gato, después los perros de l'Hostalet, ¿y no dije yo que temía por mis vacas? Y lo peor es que mi esposo está fuera de sí...

La mujer estiró de su delantal para poder secarse con él las lágrimas. Gaspard la miró unos instantes, compadecido por la angustia de la mujer. Así como por la certeza de que el autor de la muerte de las vacas de Janet no había sido el joven Remy.

—No os angustiéis, Janet —le dijo inclinándose frente a ellos—. Seguro que el chico vuelve en unas horas y puede aclararse el asunto. Por la leche no os preocupéis tampoco, ni por el dinero que os avancé. A mí no hace falta que me lo devolváis, quedáoslo. Y si necesitáis un préstamo para comprar nuevas vacas, yo os lo concederé sin ningún recargo.

Janet lo miró con los ojos muy abiertos y el ancho rostro arrebolado de vergüenza y nervios.

—No podríamos —dijo Janet—. Vos no...

—Yo tengo más dinero del que necesito. Además es un préstamo —dijo Gaspard sonriendo para quitarle importancia—. Cuando las vacas nuevas os den dinero, podréis ir devolviéndomelo a

plazos.

Sin duda, para Janet era una opción mucho mejor que la de tener que acudir a la piedad del rey o a un judío prestamista.

—Pero... ¿y si acabáis vuestros trabajos antes de que pudiéramos devolvéroslo?

—No te preocupes por eso, Janet —la tranquilizó Gaspard ayudándola a levantarse para que volviera junto a su esposo—. Tengo intención de quedarme aquí mucho tiempo.

Janet sonrió por vez primera aquella mañana, aunque la angustia y los problemas todavía la inquietaban.

—Seremos afortunados si os quedáis aquí con nosotros, Maestro Michel.

Gaspard la observó mientras la mujer se alejaba por la calle empinada, cabizbaja, evitando pasar por la explanada Michelet como si tuviera alguna vergüenza que esconder. Pobre mujer.

Lo que no sabía era que Janet, pesarosa, estaba reconsiderando su opinión sobre él. Pues había oído de labios del leñador Orson que Gaspard era uno de los visitantes asiduos de Fleur, la tabernera descarriada, pero ahora era incapaz de creerlo. Y le supo mal pensar que tal rumor pudiese llegar a otros oídos, entre ellos los de los de Renaud.

Pero aún así, sin saber siquiera que las mentiras que el maligno propagaba sobre él no llegaban a buen término porque su bondad era demasiado poderosa, Gaspard no estaba seguro de ser él mismo ninguna fortuna para nadie, pues parecía que había arrastrado consigo desde Calhors las desgracias para sus vecinos y para sí mismo. Miró hacia la fortaleza, sintiendo que crecía en su interior una ansia turbia ante la idea de proteger a Gabrielle como no lo había conseguido hacer con Adrienne.

—No es mentira que el lechero estaba fuera de sí —murmuró Denis a su espalda, acaparando su atención—. Ayer por la tarde, cuando regresaba del palacio del Barón, oí un tumulto en la calle adyacente. El marido de Janet estaba a las puertas de la casa del vidriero y se encaraba con él, acusando a su hijo. El vidriero lo defendía, asegurando que alguna vez había jugado con alguna rata o algún pajarillo pero que nunca haría una cosa así. Y en eso que mientras charlaban, Remy salió corriendo por la poterna trasera, huyendo, y el lechero lo persiguió hasta la Puerta Salmón. El chico se internó en el bosque. Su padre y algunos vecinos salieron a buscarle, pero regresaron cuando empezó a caer la noche. Todos parecían asustados. Ya sabéis que el bosque parece ahora un lugar maligno. Para cuando yo me fui, igual que otros, el Corregidor estaba anunciando que si esta mañana Remy no había vuelto, enviaría a Orson y a los otros leñadores y los cazadores para buscarlo.

—¿Y había vuelto esta mañana? —preguntó Gaspard, seguro de que Denis se habría preocupado de enterarse.

—No. Y ahora el vidriero ha acusado al esposo de Janet de amenazas contra su hijo frente al Corregidor —finalizó Denis—. Pero éste no quiere saber más del asunto. Con que el chico aparezca, se conforma. Parece ser que no dejan de atosigarle con acusaciones de unos vecinos hacia otros, y tiene que ocuparse de la desaparición de otra doncella, una de las nuevas novicias de la priora Thérèse. Tras conocer la noticia la priora se ha postrado en cama y no es capaz ni de levantarse. No hace más que delirar, creen que se ha vuelto loca.

—Quiera Dios que encuentren al chico y a la doncella —dijo Gaspard suspirando—. Ahora ponte a trabajar, Denis. Quizás no es un buen momento para buscar un nuevo fámulo. Desbastaremos las dos piezas que quedan entre los dos y después seguiremos con la talla.

—Claro, maestro —respondió Denis admirado de la gentileza de su amo.

La mañana pasó tranquila, aunque dura. Arrullada por el continuo golpear sobre la piedra, era un océano de paz en comparación con el descontento y el recelo en que estaba sumido el pueblo. En casa del lechero, éste escuchaba con emoción cuanto le explicaba Janet, agradeciendo a Dios que los hubiera bendecido con un vecino tan bondadoso pero temiendo pese a todo lo que pudiera haber pasado con Remy. El padre Corbet, extrañado y pesaroso, veía cómo muchos de sus fieles le evitaban para acudir a otras capillas sin tener idea él del por qué mientras el Obispo, encerrado entre las riquezas de la Basílica, se desentendía de todo. Iva ya no se molestaba en tratar de conversar con nadie, pues casi todos la evitaban. El médico FitzPatrick supervisaba la búsqueda de Remy, deseoso porque llegara la hora de encontrarle y atenderle, si bien el chico ya se estaba haciendo un poco mayor. El Corregidor Latimer, hastiado de tanto descontrol, ansiaba la caída de la noche para poder subir hasta la taberna de Maurice y resarcirse de todos los sinsabores que le provocaban sus paisanos.

Pero era uno de los pocos que deseaba la llegada de las horas oscuras. Casi todos los habitantes de Rocamour temían ya la noche, conscientes de que algo sucedía en aquellos momentos exentos de luz y cordura en que el viento ululaba con extraña perversión y las sombras se extendían sobre las casas mientras sus habitantes sufrían y rezaban escondidos en su interior. Muchos empezaban a pensar en la posibilidad de dejar aquel pueblo, aunque fuera por un tiempo, pero la idea de atravesar los bosques los amilanaba. Tampoco los peregrinos se decidían a seguir su camino, demorando su estancia en la zona alegando los motivos más diversos. Esto al menos alegraba al Obispo Edgard, que invariablemente conseguía atraerlos a todos hasta la sacristía y la cripta, beneficiándose con ello. Pocos viajeros nuevos llegaban también del norte o del este, como si por alguna razón hubiesen decidido evitar el valle. Como si la región estuviera maldita, pensaban muchos, sin que ya les avergonzara albergar semejante pensamiento.

Y mientras tanto, en la fortaleza, los artífices de tanto caos y malos pensamientos descansaban satisfechos, regodeándose en la ruina que empezaba a gestarse a su alrededor. Eran los dueños de aquel mundo ignorante y crédulo, tan confiado en que Dios estaría allí para protegerlos de sus errores y tocarlos con la eterna salvación.



Aquéllos que estaban más presentes en las mentes oscuras que los dominaban a todos, sin embargo, eran los que menos sentían el peligro que los estaba cercando. Gabrielle, ignorante de que había estado cerca de convertirse en el nuevo capricho de un amo terrible y de que aún corría peligro, acudió al taller de Gaspard pasado el mediodía, emocionada y nerviosa, anticipándose de

mil maneras al ansiado encuentro. Y preguntándose cómo la recibiría Gaspard hoy, y si seguiría siendo su amado pretendiente de la noche anterior.

Crispó el rostro ante el fuerte sonido que salía aquella mañana del taller, más intenso que otros días. Cuando llegó a la entrada, cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos, oyendo a duras penas que Gaspard le exclamaba a Denis que descansara un rato. Para cuando abrió los ojos, extinguido ya el ruido, vio que Gaspard mismo dejaba de lado un pesado martillo con mango de madera y que se acercaba a ella secándose el sudor del rostro con un paño que abandonó sobre una mesa.

—Mi querida Gabrielle —dijo cuando llegó junto a ella, tomándole una mano y llevándose a los labios para besarla—. Siento que hayamos perturbado vuestros oídos delicados, ya veis que hoy tenemos trabajo.

Se inclinó más hacia ella, observando el hermoso rostro que se estaba tiñendo de arrebol.

—¿Qué os ha pasado en la mejilla? La tenéis irritada.

Gabrielle se llevó la mano allí donde la había abofeteado su hermana. Se le escapó una sonrisa que confundió a Gaspard, cosa que le agradó más todavía. Sobrepuesta a la sorpresa y la pena por el comportamiento de Margot, Gabrielle conservaba aquella marca sutil con regocijo, pues era una prueba de su amor correspondido. Y del ardor del hombre que tenía ante ella, que la había besado con pasión.

—Nada —dijo—. No es nada. ¿Será una molestia para que sigáis esbozando mi retrato?

Gaspard le sonrió con cariño, y le acarició el rostro mientras Denis, desde el fondo del taller, les observaba en silencio.

—Si no os importa, mi amada, seguiremos con tan placentera tarea mañana —dijo Gaspard—. Las labores nos abruman, y hoy ayudaré a Denis a preparar las piezas que quedan para que a partir de la próxima jornada podamos dedicarnos tan solo a cincelar la piedra, y ya no haya ruidos tan fuertes que lastimen vuestras dulce percepción.

Gabrielle no pudo evitar que el desencanto y el temor que habían estado latiendo en su interior la dominaran hasta borrarle la sonrisa del rostro. Gaspard le acarició una de las trenzas que, largas y doradas, caían sobre el hombro de la joven dama. De su dama.

—Os aseguro que os echaré de menos mientras no me acompañéis hoy —le susurró sinceramente—. El día parecerá aún más plomizo si vuestra hermosa presencia no me acompaña para iluminarlo. De hecho, no tenéis por qué irnos todavía —le pidió estrechando la mano que todavía sostenía—. Acompañadme un rato.

Gabrielle sonrió, pues adivinaba sinceridad en aquella expresión límpida de sus ojos dorados.

—No puedo quedarme ahora, si no me necesitáis aquí —dijo—. Aunque quizás pudiésemos gozar de la mutua compañía si cenarais esta noche con mi padre.

Gaspard desvió la vista un momento antes de volver a mirarla. Deseaba sentir a su lado la presencia de Gabrielle, pero también necesitaba comprender a Adrienne.

—Me temo que no será posible —dijo, aunque le dolía en el alma—. Pues para poder acabar el trabajo de hoy quizás tendremos que demorarnos aquí hasta altas horas. Pero no dejéis de venir mañana, os lo suplico, mi dulce Gabrielle.

Como dama de noble alcurnia, a Gabrielle le habían enseñado, entre otras muchas artes destinadas a seducir a los hombres que tendrían que mantenerla cuando dejara a sus padres, a provocar aún más deseo en aquellos corazones que estaban llenos de anhelo. Había llegado el momento de hechizar a Gaspard hasta convertirse en la única dama por la que suspirara su voluntad. Así se lo había enseñado su madre en aquella noche pasada llena de intimidad femenina entre ambas.

—Mañana no me será posible acudir a veros —dijo alzando la barbilla—. La priora Thérèse ha caído enferma, y he prometido acudir a su lado y velarla, y ofrecer mis servicios como voluntaria en su hospital durante el día de mañana.

Gaspard acusó la noticia con más tristeza incluso de la que esperaba. Necesitaba tener a Gabrielle a su lado, se daba cuenta, para superar aquellos momentos amargos. Y porque la amaba, sin más. Pero no era todo así de simple.

—Sois muy buena —le dijo—. Doy gracias a Dios porque tengáis la generosidad de agraciarme con parte de vuestro tiempo. Aunque sea poco, lo tomaré agradecido y lo esperaré con creciente urgencia.

Acarició la mano frágil y cálida de Gabrielle cuando ésta se posó sobre su rostro.

—Os veré quizás en dos días —dijo ella.

—En dos días, o mi vida se convertirá en una tortura de nuevo —musitó Gaspard con más sinceridad de la que pretendía.

Gabrielle se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla, conmovida y deseando retractarse y quedarse allí con él aunque el ruido de los martilleos la ensordeciera. Aunque ella misma tuviera que ponerse a trabajar. Pero no olvidaba las hirientes palabras de su hermana, ni la dignidad que se esperaba de ella como dama de recia estirpe.

—No me echéis tanto de menos —le susurró mientras se marchaba para que solo él la oyera, consciente de que el aprendiz les observaba—. Pues no os quedáis solo, sin nada de mí. Tenéis mi corazón en vuestras manos.

Antes de que Gaspard pudiera responderle se alejó con regia apostura, saliendo a la calle que amenazaba lluvia y siendo apenas consciente de que los guardias de su padre se apostaban a su espalda, dispuestos a seguirla allá a donde fuera. Se sentía nerviosa, pero revestida de un poder que hasta entonces tan solo había usado sin ser consciente de él, y del que su madre le había echo darse cuenta durante su larga charla de aquella pasada noche. El poder sobre los hombres.

Fue consciente de que Gaspard aún la observaba hasta que entró en la capilla de la única santa que albergaba la explanada Michelet. El extraño cosquilleo en la nuca, que sin duda revelaba las percepciones del espíritu, así se lo revelaba.

Gaspard, en el taller, tenía la misma sensación de sentirse observado que ella pues al fondo del taller Denis, crispada la mano alrededor de la pica con rabia, le miraba y se revolvía por dentro ante el comportamiento de su amo. Él sabía que el trabajo que les quedaba no se alargaría, como había dicho el maestro, hasta la noche.



Gabrielle tenía, sin embargo, sus propias intenciones encubiertas. No le había dicho a nadie qué iba a hacer aquella tarde, de la misma forma que ella tan solo tenía una vaga idea de cómo llevar a cabo su cometido. Pero Gabrielle era mucho más perspicaz de lo que muchos creían, y bajo la apariencia de alegre candidez se ocultaba una mente capaz de las más sutiles percepciones cuando el instinto de supervivencia así lo requería. Como en aquel momento, ya que Gaspard se había adentrado tan hondamente en su corazón que si lo arrancaban de él, dudaba que sobreviviera. Y se sentía amenazada, mucho más desde que ese pasado tan intenso de Gaspard que no quería dejarlo libre se volviera tan tangible. Antes de que aquel amor perdido volviera inesperado al presente, trastocándolo. Antes de que Adrienne de Beaumont volviera a sus vidas.

La odiaba, sí. Y la temía. Aunque también sentía por ella un profundo respeto, por cómo Gaspard había llegado a quererla. Porque parecía haber sido incluso más gentil, amorosa y regia que ella. Y eso, a Gabrielle, la hacía sentirse miserable.

Quizás era ese el motivo por el que había empezado a pensar mal de Adrienne, o quizás es que con aquel único vistazo, sin saberlo ella, había sentido la oscuridad de su esencia. Pero el caso es que no dejaba de preguntarse qué hacía allí precisamente ahora, y por qué rondaba a Gaspard cuando a la vez le decía que siguiera adelante con su vida. Incluso le había alentado a aceptar sus sentimientos por ella, si Gaspard no mentía, como si no quisiera tenerlo de nuevo para ella. Gabrielle era incapaz de entenderlo, pues ella jamás hubiese renunciado a Gaspard. No comprendía cómo la dulce y misteriosa Adrienne, que lo había tenido a muchos más niveles que ella, sí podía hacerlo. Aunque se rumoreaba que tenía una relación de lo más extraña, igual que las otras tres damas que la acompañaban, con el excéntrico pero apuesto primo extranjero del Vizconde.

Por eso necesitaba averiguar algo de ella, lo que fuera. Y si la única forma que tenía de hacerlo era espiándola, especialmente si se acercaba a Gaspard, que así fuera.

Una vez hubo llegado hasta las alturas de l'Hostalet, tomó asiento en uno de los bancos que se asentaban a lo largo del mirador que daba al valle y la ciudad religiosa, y esperó con el misal que había traído consigo abierto en el regazo y mirando hacia la fortaleza. Su sola visión le provocaba escalofríos, cuando antes tan solo le había despertado admiración y respeto. Pero no apartó la vista de él, mientras a su alrededor la gente paseaba, se asomaba al precipicio o se solazaba en un pequeño descanso.



Adrienne se contuvo hasta que la caída del anochecer tiñese de un gris más oscuro y espeso el cielo para dejar la fortaleza y encaminarse a Rocamour. Había esperado con nerviosismo el paso del día, temiendo que Gaspard no cumpliera su palabra de esperar a que fuese ella quien acudiera a él. Pues aunque Kartal le había prometido tranquilidad, ésta no tenía visos de ser nada más que una tregua. Poner a Gaspard ante él sería arriesgar demasiado. De nuevo sentía Adrienne que estaba en sus manos el destino de su amado. Y de toda la ciudad. Aquel jovencito sádico, Remy, había sido el último en caer, pero muchos le seguirían. Gaspard no podía ser uno de ellos de ninguna manera.

El odio y la desconfianza que rezumaban de las aldeas que los rodeaban golpearon a Adrienne en cuanto salió de la isla de maligna paz que ocupaba la fortaleza. Eran fuerzas que la estremecían de la misma forma que la alimentaban, y sentía al Mal regodearse a su alrededor, incluso en su propio interior. Cada persona a la que veía, cada una con la que se cruzaba en su descenso al pueblo, ocultaba un deseo mezquino o algún indigno secreto. La noche que caía ya sobre ellos era su secreta confidente, aunque también sería su verdugo mientras ellos, ignorantes henchidos de soberbia, solo eran capaces de ver la paja en el ojo de otro. Adrienne los aborrecía, se merecerían cualquier cosa que les pasara.

Y que sin duda les iba a pasar. Incluso aquella que la seguía creyéndose discreta, mientras ella callejeaba con intención de aburrirla en la oscuridad cada vez más profunda, se merecía un escarmiento. O al menos, que la asustaran.



Gabrielle se preguntó, mientras la seguía, por qué Adrienne, tan hermosa, tan bella incluso en su extraña y solitaria melancolía, se paseaba por las calles ya casi impenetrables sin un rumbo fijo. Tratando de permanecer lo suficientemente lejos como para no alertarla de su presencia, casi era incapaz de seguirle el rastro. Quizás hacía tiempo, a la espera de poder encontrarse con Gaspard a escondidas, como dos amantes de vida licenciosa. Pero Gabrielle no estaba dispuesta a cejar en su empeño, aunque la noche cayera ya sobre ella y la niebla creciera de aquella forma tan extraña y aviesa a su alrededor. Aunque los guardias de su padre empezaran a mostrarse inquietos, buscando la forma de sugerirle que debería estar ya recogida en casa, especialmente después de haberse saltado la misa de vísperas. No, se dijo. Seguiría adelante. Porque temía por Gaspard, intuyendo algún motivo oscuro en aquella Adrienne que se deslizaba por las calles con el sigilo y la segura superioridad de un gato. Suerte que vistiera, de nuevo, uno de aquellos vestidos tan claros y tan insólitos para aquella época. ¡No se llevaban aquellos colores en Francia! Aunque, según decían quienes las habían visto, las primas rumanas del Vizconde llevaban ropas semejantes.

Sí, parecía que Adrienne se había empapado bien de las costumbres bárbaras de aquellos extranjeros que venían de un país que, según decían, estaba a las puertas mismas del infierno de los infieles y que era regido por un príncipe que disfrutaba perpetrando las más viles fechorías.

Vlad el Empalador, parecía que habían empezado a llamarle, como había escuchado a hurtadillas mientras su padre hablaba con otros nobles antes de que su aya la descubriera espiando y la enviara a acostarse no sin antes rezar tres rosarios.

Aquellos pensamientos, que se habían infiltrado en su mente sin bienvenida ni permiso consiguieron asustarla, y empezó a recapacitar sobre sus actos. Estaba persiguiendo a una mujer misteriosa, por las calles que todos se habían esforzado en convencerla de que no recorriera caída ya la noche. Calles en las que se habían sucedido extraños sucesos, en las que la brisa nocturna parecía susurrar palabras de dolor y de muerte; en las que parecía haber ojos que la observaran deseándole males...

Gimió sobresaltada cuando escuchó el eco de algunos ruidos metálicos tras ella. Cuando se giró no vio nada, ni siquiera a los guardias de su padre, a los que parecía haberse tragado la bruma que se enroscaba por el suelo y subía por las paredes de las casas que la rodeaban. Sintió el impulso de correr de vuelta sobre sus pasos, en busca de la temible protección de los brazos fuertes y las hojas afiladas de los hombres que, juramentados, debían protegerla de todo daño. Pero se contuvo. ¿Por qué estaba acometiendo tan osada aventura? Por amor, se dijo. Por defender lo que ahora era suyo, por el bienestar del hombre al que había llegado a amar más que a su propia existencia.

Además, se dijo en un raptó de divina munificencia mientras volvía a andar por la calle oscura esperando no perder el rastro de Adrienne, ésta también era importante para la consecución de sus metas. Pues Adrienne era importante para Gaspard, aunque ahora fuera suyo, y si algo le sucedía en su extraño paseo nocturno él sufriría por ella. Gabrielle no podía permitirlo. La encontraría, se dijo decidiendo girar hacia la izquierda en la siguiente esquina, y ambas regresarían juntas en busca de su escoltas. La dejarían sana y salva en la fortaleza, en brazos de aquel guapo joven de oscuros cabellos y rostro pálido que tan pocas veces había visto pero que tan honda impresión le había causado, y Gabrielle podría regresar a casa sabiendo el deber cumplido. Entonces *ella* habría sido magnánima.

Sobrepasó la esquina húmeda en la que se acumulaba la tierra y la suciedad que las últimas lluvias habían arrastrado por la empinada senda.

—¡Dios mío! —exclamó sintiendo que se aturdí hasta marearse y retrocediendo para apoyarse en la pared sin importarle lo sucia que estuviera.

Adrienne había aparecido ante ella de pronto, mirándola fijamente con aquellos ojos grandes y oscuros que parecían llamear en el rostro pálido y revestido de un aura de amenaza.

—Capítulo 14: La tentación de sucumbir al Mal

Aquella noche parecía incluso más tenebrosa que las demás. El padre Corbet, arrodillado frente a las reliquias de su venerado San Amador, rezaba porque temía estar perdiendo a sus fieles sin entender por qué ahora le miraban con casi tanta hostilidad como miraban a la gentil e incomprendida Iva. En casa del vidriero todavía mantenían la esperanza de encontrar sano y salvo a su hijo, pese a que el leñador Orson había acudido en persona a anunciarles que no habían encontrado ni rastro de él. Fleur, acurrucada en su buhardilla de la taberna, lloraba de dolor y de pena mientras abajo su padre trataba de centrar su atención en los parroquianos que todavía visitaban su negocio. Gaspard, sumido en indecisas emociones, se mantenía despierto mirando por la ventana de su alcoba, dándose cuenta de que alguna consciencia extraña parecía cernirse en aquella noche destemplada.

Jamás habría supuesto que las dos mujeres a las que amaba, a una de las cuales creía a salvo en su casa y a la otra en la fortaleza, en brazos de Kartal, se encontraban frente a frente en una calle sumida en la más inhóspita oscuridad.

Gabrielle, recuperándose poco a poco del susto que le había provocado Adrienne al cernirse así sobre ella, todavía la miraba con un alivio que se sobreponía a duras penas a la consternación. Pese a que no era mucho más alta que ella y ni mucho menos más fuerte o gruesa, la presencia de Adrienne era apabullante. Gabrielle tuvo que aspirar varias bocanadas de aire frío para recuperar el aliento.

—Me has dado... un susto de muerte... —consiguió mascullar.

Adrienne no pareció alterarse. Seguía mirándola con una expresión intensa y extraña, como si la evaluase.

—¿Se puede saber qué hacías siguiéndome a estas horas de la noche, Gabrielle? —le preguntó con familiaridad, como si la conociese estrechamente—. ¿No te ha dicho tu madre que no es propio de las damas semejante comportamiento?

—Yo... yo solo...

Adrienne desvió la mirada hacia un lado y otro de la calle, observando la vía vacía en la que ambas estaban sumidas, aisladas de todo por la fría bruma.

—¿Dónde están tus centinelas? —le preguntó volviendo a mirarla.

—Pues estaban por ahí, detrás de mí...

De pronto se oyó una risa que Gabrielle no supo reconocer siquiera como humana. Tampoco supo localizarla. Adrienne se puso tensa.

—Vamos, te sacaré de aquí —le dijo cogiéndola del brazo y obligándola a avanzar con premura—. Y no vuelvas a acometer nunca más semejante... —furiosa, Adrienne era incapaz de buscar una palabra apropiada que no escandalizase demasiado a la chiquilla.

—¿Diablura? —aventuró Gabrielle; era lo que decía su aya siempre que la encontraba haciendo alguna trastada.

Tropezó ante la mirada que le dirigió Adrienne. Pero aún se sorprendió más cuando ésta,

luego, se rió, olvidada ya aquella siniestra expresión.

—Estupidez. Semejante estupidez —dijo Adrienne, aunque con suavidad—. La próxima vez que quieras saber tanto de mí como para espiarme tan descaradamente solo dílo, y me citaré contigo. Tampoco tienes que vigilarme, si amas a alguien deberías confiar en él.

Gabrielle se sintió avergonzada.

—¿A dónde vamos? —preguntó, incapaz de orientarse aún en su propia ciudad en aquella noche tan desapacible.

—Te acompaño a casa —dijo Adrienne sin soltarle el brazo y mirando sin parar a su alrededor de una forma que ponía nerviosa a Gabrielle.

—¿Y mis guardias?

Adrienne tardó en responder.

—Ya no te preocupes más por ellos.

—¿Por qué no? —inquirió Gabrielle mirándola a ella y no al camino que pisaban sus pies, con una nota de pánico en la voz.

Adrienne no le contestó y se detuvo. Miraba al frente, más allá de la niebla, con intensidad. De pronto se giró bruscamente y Gabrielle volvió a sentir que se le iba la cabeza cuando la imitó. Allí, detrás de ellas, había tres doncellas, cada una con un tono de cabellos diferente pero con vestidos muy similares. Estaban muy juntas, resplandeciendo prácticamente en la difusa oscuridad y las miraban fijamente. Gabrielle no podía entender cómo habían aparecido tan repentinamente a su espalda cuando ahora sus risas parecían traspasar el aire como el aullido de un lobo.

—Ellas... ¿son tus primas? —le preguntó a Adrienne, intentando entablar las presentaciones con educación.

Pero Adrienne parecía furiosa, fría en su cólera. La hizo retroceder un poco antes de soltarle el brazo.

—Vivo con ellas —repuso—. Pero no te les acerques. No cometas el mismo error que yo. Marchaos —dijo entonces dirigiéndose a ellas, con una voz también nítida y penetrante que parecía venir acompañada de un gruñido sordo.

—A él le gusta —dijo Aniela, enroscando alrededor de su dedo uno de los mechones de los rubios cabellos de Bela—. Se la llevaremos de regalo.

—Apartaos de ella —dijo Adrienne—. Kartal no la desea.

Para sorpresa de la propia Adrienne, las tres doncellas avanzaron hacia ellas. Detrás suyo, Gabrielle empezaba a temblar y a sentirse tan confusa como indefensa.

—¿Se puede saber qué hacéis? —les exigió; hasta ahora nunca antes habían osado enfrentarse a ella.

Pero parecía que su osadía se había acrecentado, y que no iban a rendirse con tanta facilidad. Su falta de discreción ante Gabrielle era tal que Adrienne estaba segura de que no pensaban dejarla con vida si les permitía llegar a ella. Pero no podía dejarlas, ¿verdad? Vio a Valeska sonreír ante sus dudas. Y avanzaron otro paso más.

Entonces Gabrielle gimió a sus espaldas, refugiándose tras ella, y Adrienne se dio de lleno con la realidad. En qué se estaba convirtiendo... ¿en qué estaba pensando? ¿Iba a permitir que aquella

joven ilusionada que tenía a sus espaldas, que tenía un futuro feliz por delante, porque solo se podía ser feliz al lado de Gaspard, sufriera el mismo destino que ella? Peor, sin duda, porque Gabrielle ni siquiera significaría nada para Kartal. Adrienne se estremeció, imaginando lo que podía ser de Gabrielle si se apartaba. Todavía conservaba la suficiente humanidad como para sentirse horrorizada y furiosa ante semejante posibilidad.

Y entonces Bela, Aniela y Valeska vieron cómo la oscuridad parecía hacerse más tangible alrededor de Adrienne, enroscándose en torno a ella, lamiéndola con deleite. Su mirada cada vez más oscura ardía, tanto que las dañaba. Nunca la habían visto así, tan peligrosa, tan armoniosa con la maldad que había dejado entrar en su cuerpo y sobre la que parecía haberse enseñoreado. Las asustaba. Retrocedieron cuando la sombra de Adrienne se removió y se alargó hacia ellas en un silencioso ataque. Retrocedieron a cortos pasitos, huyendo de aquella sombra maligna como niñas que jugaran a evitar que las atrapara la marea. Solo que no se divertían; se sentían tan estremecidas como cuando Kartal se enfadaba. Y con él sabían qué era lo que les iba a suceder cuando las castigaba, pero de Adrienne no sabían lo que podían esperar. Quizás su maldad sería tan intensa y pasional como su misericordia.

—Marchaos —les advirtió Adrienne con una voz que parecía retumbar en la niebla—. No me importa lo que hagáis, ni si vais corriendo a llorarle a Kartal por lo que he hecho. Pero no os volváis a acercar a Gabrielle, o sabréis lo que puede ofrecer de verdad el infierno.

—Ella sabe demasiado —se atrevió a espetarle Aniela antes de que las tres retrocedieran sin darle la espalda, perdiéndose entre la niebla.

Pasaron unos segundos antes de que Adrienne estuviera segura de que se habían alejado de verdad. A liberar su rabia sobre alguna pobre víctima, sin duda, pero en aquel momento no le importaba. Podían hacer lo que quisieran para desquitarse. Adrienne se sentía complacida en realidad, pues esta vez se habían pasado de la raya. Habían osado desafiarla, y ahora podría acusarlas ante Kartal. Sabía que las había provocado y que si podían caerían sobre ella, pero también sabía que a Kartal no le gustaría saberlo. Todo dependía de él, ahora. Respiró hondo, tratando de alejar las tinieblas que las envolvían y darle a la noche una apariencia de tranquilidad para que Gabrielle creyera que estaba saliendo de un extraño ensueño, causado por la negra oscuridad que avivaba sus temores.

Entonces se giró hacia ella y le sonrió. No le gustó ver que en la mirada vidriosa de Gabrielle todavía se adivinaba demasiada perspicacia. No se molestó en seguir con la parodia. Volvió a cogerla del brazo, que temblaba, y la encaminó hacia su casa.



—Qué... qué demonios... —consiguió decir Gabrielle, pero no pudo ir más allá.

Por la mirada que Adrienne le dirigió, supo con aterradora claridad que había dicho suficiente.

—Guárdame Dios —murmuró sintiéndose mareada, perdida en una pesadilla.

Era incapaz de creer que allí, tan solo un poco más adelante, estuvieran las acogedoras puertas de su palacete con otros cuatro guardias apostados en ella que respiraron aliviados cuando la vieron acercarse. Entonces Adrienne se detuvo y se encaró con ella.

—Dios no, yo. Tienes suerte de que yo estuviera allí para rescatarte —le dijo traspasándola con una mirada que tenía una tenue calidez—. Piénsalo para otras veces.

Gabrielle retrocedió un poco pese a que el tono amonestador de Adrienne era suave.

—Y ahora Gabrielle, voy a darte un consejo. Guarda silencio. Por tu bien, por el de Gaspard, y por el de todos en este pueblo —Adrienne vio la necesidad de ser cruel ante la confusión y el desafío que se reflejaban en el rostro de la joven. Qué belicosa llegaba a ser—. Gabrielle, ya has provocado la muerte de esos dos guardias que tenían que protegerte. No querrás que le sucedan cosas malas a nadie más, ¿verdad? Supongo que te gustaría tan poco como a mí que Gaspard sufriera algún daño.

Gabrielle asintió tanto por aquiescencia como por miedo. Pero a Adrienne ya le servía. La animó a seguir adelante, hacia su casa. Cuando llegaron junto a los guardias del palacio éstos se inclinaron ante ellas, disimulando a duras penas su interés por Adrienne que, a diferencia de la hija de su señor, no era terreno vedado.

—Ella es... —dijo Gabrielle; carraspeó—. Una amiga del maestro Gaspard. Vive con el Vizconde, y es compañera de su primo.

El interés de los guardias se convirtió en una nueva fuente de hastío; otra fruta que no iban a poder siquiera codiciar. Solo entonces repararon en que venían solas.

—¿Dónde están Marc y Génève, *mademoiselle* Gabrielle? —le preguntó uno de ellos.

—Ah, parece ser que se perdieron los unos a los otros en la niebla —dijo Adrienne sonriendo con sensualidad, nublando el entendimiento de aquellos hombres para que no se fijaran en el nervioso estado de la hija de su amo—. Yo la encontré y os la traje.

—Habéis sido muy amable —dijo el terrateniente de la familia, un hombre mayor que se acercaba ahora desde el palacio. La barba era oscura y abundante y la amplia cintura revelaba que por aquellos tiempos pasaba ya más tiempo en la sala junto a su Señor que fuera al cuidado de sus hombres. Pero no parecía mala persona del todo, como se le confirmó a Adrienne cuando el hombre la miró preocupado y le dijo—: Os proporcionaré una escolta para que os acompañe hasta la fortaleza.

—No será necesario —dijo Adrienne mirando de reojo a Gabrielle, estudiando sus movimientos—. Mis propios hombres están esperándome a la vuelta de la esquina. Buenas noches tengáis.

—Buenas noches, *mademoiselle* —repusieron todos ellos, excepto Gabrielle.

Adrienne se acercó a ella y la tomó de las manos, como haría cualquier joven dama con una amiga querida, y le besó una mejilla mientras Gabrielle permanecía paralizada.

—Recordad que dependen de vos —le susurró Adrienne antes de separarse de ella.

Le sonrió afectuosamente antes de alejarse, sabiendo a su pesar que debería dejar su encuentro con Gaspard para otra noche. Ahora urgía hablar con Kartal, si es que estaba en la fortaleza.



Adrienne no encontró a nadie en la fortaleza salvo a Farkas, que deambulaba por la planta baja y los criados, que dormían en sus cuartuchos con relativa apacibilidad. Aún así subió a las habitaciones de Kartal, dispuesta a esperarlo allí. Pocas veces lo hacía, pues evitaba aquel lugar si podía, pero necesitaba que la escuchase. Así que debía mostrarle que era capaz de hacer ella el primer acercamiento. Sin embargo, no se sentó en el amplio lecho que había sido el del Vizconde y que ahora desprendía un invitador aspecto de suave comodidad que seguro no había poseído antaño. Tampoco tomó asiento frente al escritorio, donde reposaban las cartas que Kartal todavía intercambiaba con Vlad de Valaquia y otros capitanes de su oscura sociedad, moviendo los hilos del mundo para hacerlo aún más inhóspito de lo que era entonces. Simplemente deambuló entre los muebles caros, importados de distintas partes del mundo, que exhibían un lujo que solo se podían permitir los seguidores del Príncipe de las Tinieblas o los más ricos entre los cristianos, que solían ser también los más pecadores. Por algo había defendido Cristo la pobreza, aunque ya ni siquiera sus siervos la profesasen.

Simplemente se paseó arriba y abajo, mientras a través de la ventana la negrura del vasto cielo se tornaba de un intenso gris azulado, profundo, que pronto se teñiría de rosado y daría paso al Sol, imagen que a los creyentes de Cristo resucitado les daría fuerzas para dejar atrás la seguridad de sus casas y enfrentar aquel mundo que tantos sinsabores les daba. Creyendo que si lo soportaban con estoicismo y con deber, accederían al Reino Bienaventurado que en realidad muy pocos iban a conocer.

En aquel momento llegó Kartal, como delataban los pasos que se oían al otro lado de la gruesa puerta en el abovedado pasillo de piedra. Adrienne, afinando el oído como solo los que sabían que nada se les negaría podían hacerlo, se dio cuenta de que no venía solo. Y por la inseguridad y el nerviosismo de los pasos livianos, supo que no se trataba de Bela, Aniela ni Valeska.

Desde el otro lado de la amplia estancia, dio la espalda a la ventana y se giró hacia la puerta con curiosidad. Cuando ésta se abrió, Kartal, embozado en ropas oscuras y un amplio manto que lo envolvía hasta la barbilla, apareció en el dintel. Su aspecto era una pura invitación a dejarse llevar por los placeres. Llevaba de la mano a una chica de rostro agraciado cubierto de finas pecas, cuyo hábito delicado pero austero conjuntado con un griñón del que escapaban algunos cabellos de color pajizo, la delataban como una de las novicias de alta alcurnia de la priora Thérèse. Cuando repararon en ella, Adrienne pudo ver que la monja, que había parecido tan asustada como regocijada por su suerte hasta aquel momento, le dirigía una venenosa mirada de celos. No debía tener más de quince años.

—Qué tonta eres —murmuró Adrienne.

Era incapaz de sentir pena por aquellas mozas que se dejaban seducir tan incautamente. Ella jamás hubiera dejado llevarse a semejante deshonra, y mucho menos con alguien que provocara tanta lujuria como miedo, como lo hacía Kartal. Y encima aquella estúpida era una futura esposa

de Dios, aunque hubiese entrado en el convento para pronunciar los votos tan solo porque eso daría prestigio a su familia. Las muchachas como ella encendían la ira de Adrianne. Lo que no se explicaba ésta, y sentía una vaga curiosidad, era como conseguía Kartal arrancar a aquellas doncellas del suelo santo de la abadía. Pues la huella del maligno se sentía en él tan claramente, como en las pezuñas que los monjes escribanos se empeñaban en imprimir en los dibujos de los cuerpos que querían representar como malditos.

Ignorando a la joven por unos momentos, ella y Kartal se miraron en silencio. Si él adivinaba o no por qué estaba allí y si se sentía molesto por la interrupción de sus diversiones, fue algo que no afloró a la expresión de su rostro. Se limitó a girarse hacia la novicia e inclinarse hacia ella, que retrocedió instintivamente un paso.

—Has tenido suerte —le dijo con suavidad—. Vas a tener una oportunidad de sobrevivir.

La joven exhaló un gemido de angustia, pues debía de ver claramente en esos momentos las llamas oscuras que alimentaban los ojos de Kartal.

—Pero vas a tener que correr mucho —añadió él soltándole la mano—. O mis chicas te atraparán antes de que puedas salir de este lugar. Shhh —le pidió silencio llevándose un dedo a los labios mientras la joven empezaba a gimotear—. Y ahora, corre.

La novicia todavía esperó unos segundos más de la cuenta, antes de convencerse de que debía obedecer si quería salvar la vida. Entonces se puso a correr por el pasillo y Kartal, indiferente, cerró la puerta. Miró a Adrianne, olvidada ya aquella desgraciada muchacha; ambos sabían que jamás saldría de la fortaleza, ni con vida ni sin ella.

Adrianne volvió a pasearse arriba y abajo rompiendo el contacto visual, sintiéndose de nuevo enjaulada. Ya que ahora además lo estaba con la fiera que ocupaba la jaula, en la que ella se había introducido por propia voluntad. Kartal se le acercó tan rápidamente que Adrianne topó con él cuando dio media vuelta, y notó que la sujetaba por la cintura para que no cayera. Trató de soltarse, pero él la retuvo con delicadeza y no se lo permitió.

—No te pongas así —le susurró—. Ya sabes que no es más que una diversión. Si me recibieras así más a menudo no traería juguetes a casa.

—No es por eso —musitó Adrianne, aunque dolida porque en parte, sí lo era.

Kartal la soltó y empezó a desabrocharse la capa, acercándose al vestidor para colgarla.

—¿Qué te trae por aquí entonces? —dijo después, quitándose también la casaca oscura para quedar en mangas de la camisa clara que llevaba debajo.

Se acercó a la ventana para cerrar las cortinas y sumirlos en la fresca penumbra de las velas.

—¿Sabes qué han hecho hoy? —le dijo Adrianne.

Kartal dejó de desanudarse el pañuelo del cuello y la miró con hastío. Sabía perfectamente a quién se refería.

—No vamos a tener esta discusión otra vez —dijo—. Eres tú, mi amada Adrianne, la que no se comporta como debiera. No voy a amonestarlas por haberse traído a un guapo caballero a casa, cuando en realidad me gustaría que tú las acompañaras y te divirtieras. O mejor, que me acompañaras a mí.

Adrianne entrecerró los ojos.

—¿Sabes qué han hecho esta noche? —repitió furiosa.

Kartal la miró con más atención, lanzando sobre el lecho de sábanas de oscura seda el pañuelo negro que había protegido su cuello del viento.

—¿Te han hecho algo a ti? —preguntó finalmente, más serio.

—Han estado muy cerca —dijo Adrienne—. E iban a matar a Gabrielle. ¡Solo porque tú me amenazaste con ir a por ella! Han matado a sus dos centinelas. Capaces son de haber dejado los cuerpos en plena calle. Nadie creerá entonces ya que se han fugado, o que han tenido algún accidente. Y son hombres del Barón. Esto no es Valaquia, Kartal. Aquí no podemos hacer cuanto nos place, pues todos los ejércitos cristianos se nos echarían encima. En esta tierra, mi tierra y la tuya, el bien todavía puede castigar los hechos diabólicos.

—Entiendo —dijo Kartal sentándose en el borde del lecho, con naturalidad pero rebosando sensualidad.

—Entiendes —repitió Adrienne con amargura—. No entiendes nada.

Furiosa, se encaminó hacia la puerta. Pero no llegó hasta ella, como intuía sabiendo que Kartal no soportaba bien aquellos desplantes. Antes de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo, estaba aplastada contra la pared por el cuerpo de Kartal, que le sujetaba ambas muñecas contra la fría piedra.

—Adrienne, acabas con mi paciencia —le dijo regalándole un poco de la misma furia que mostraba con los demás—. No me gusta que me obligues a hacerte daño. Pero me cansa tu falta de confianza. ¿Crees que no voy a hacer nada después de lo que me has dicho? ¿Crees que no sufro por ti? ¿O acaso piensas que estoy protegiendo a esa chiquilla que te admira tanto como te odia y al insulso de Gaspard por la bondad de mi alma?

A Adrienne le costaba creer en sus palabras mientras le apretaba tanto las muñecas que sentía que iba a pulverizárselas. No quería creer que realmente le importaba tanto, porque si tenía que sufrir de nuevo por amor, moriría en vida. Parpadeó para retener las lágrimas de dolor y desvió la mirada.

—Adrienne, Adrienne —dijo Kartal aflojando su presa y ladeando un poco el rostro con una mirada de pena—. Ni tú misma sabes lo que deseas. ¿Quieres que te demuestre mi amor, lo que sería capaz de hacer por ti?

La besó fugazmente en los labios, soltándola luego y dejando de acorralarla contra la pared.

—¿Quieres que cumpla tus deseos? Pues eso es lo que haré —la mirada que le dirigió fue dura—. Pero luego no te quejes, y no se te ocurra mostrarte desagradecida.

Adrienne permaneció donde estaba, mirándole asustada. Se sentía temerosa por no saber cuáles de sus deseos eran los que Kartal iba a hacer realidad, y las consecuencias que podría tener. Él tampoco había dejado de observarla.

—Y ahora —añadió Kartal al ver que ella no se movía—. O te quedas y me acompañas en mi descanso, o te vas.

Adrienne se encaminó hacia la puerta, sabiendo que debía permanecer callada. Había llevado la paciencia de Kartal demasiado lejos, y sabía que cualquier otra cosa que dijese se volvería en su contra. Solo le restaba esperar, y ver qué era lo que iba a suceder. Otra vez, y más fuerte que

nunca, tuvo Adrienne el deseo de dejar de sentir preocupación por nadie, de volverse insensible e indiferente ante todos los males. Deseosa de disfrutar esa nueva vida que tantos placeres podía aportarle, si era capaz de despojarse del pasado.

La única solución, adivinó Adrienne mientras seguía indiferente los rastros de sangre que llevaban de la planta baja hasta el patio, acompañados aquí y allá por retazos del hábito de la novicia, era conseguir que Gaspard se cerciorase de que ella era feliz, para dejarse serlo también él mismo sin sentirse sucio. Para que las estúpidas promesas de todos ellos dejaran de amargarlos.

Adrienne respiró el aire puro y frío del jardín, donde acababa abruptamente el rastro para regresar en una curva sangrienta hacia el interior de la fortaleza, y levantó los ojos hacia el punzante brillo del sol que cada vez dañaba más sus ojos. Congraciándose con sus dones, instó a la neblina que rodeaba sus posesiones a tapar la luz del sol. La obedecieron con placentera prontitud, como si hubiesen esperado sus órdenes ansiadas por mucho tiempo. Sí, podía conseguir la felicidad para todos.

Nada más simple, pensó con amargura. Tan solo debía consentir que su amor quisiera a otra y salvar a aquel pueblo condenado, y dejarse invadir por la oscuridad que pugnaba por ocupar finalmente la totalidad de su corazón. Sacrificarse, en definitiva, tal como se había comprometido a hacer. Más todavía.



Y mientras Adrienne llegaba a la conclusión que le permitía decidir el camino que debía seguir, Gabrielle se veía cada vez más inmersa en un mar de dudas. Aquella noche había dormido muy poco, acometida por las más terribles pesadillas. Oía los sonidos sordos, a través de las gruesas paredes de piedra, del ajetreo que había abajo mientras los soldados salían a buscar a sus dos escoltas, y su padre se preguntaba en voz alta con el resto de sus hombres cómo habían podido desaparecer sin dejar rastro. Se oponía a pensar que se hubieran fugado, pues el Barón de Renaud era famoso por haberse rodeado de hombres de honor. Pero entonces la situación era más funesta todavía. Algo les había pasado, dejando a su hija a merced de cualquier peligro.

Para cuando Gabrielle tuvo la entereza suficiente para levantarse y permitir que la vistieran; para cuando bajó a desayunar y estuvo suficientemente cerca de la sala como para escuchar cuanto se decía allí, los hombres estaban ya agradeciendo a Dios que aquella dama de la fortaleza la hubiera encontrado y hubiera tenido la bondad de acompañarla a casa hasta que estuvo sana y salva. Sí, el Vizconde era afortunado, dijo alguien. Si sus otras tres pupilas eran igual de hermosas y complacientes, entendían que ni él ni su familia salieran ya de la fortaleza, agraciados como estaban por tan dulce y pura compañía.

Gabrielle sintió que se le revolvía el estómago. Le costó convencer a su padre de que estaba bien, pues debía de leer la angustia en su rostro, y todavía le costó más convencerle de que la dejara acudir al hospital de l'Hostalet como había prometido para visitar a la priora y ayudar a sus

monjas en sus menesteres. Tuvo que apelar a su fe y a lo mal que se sentiría si permanecía en casa por egoísmo, para que la dejaran marcharse escoltada por cuatro guardias y la promesa de regresar antes del anochecer. Pero no pensaba a hacerlo, porque tenía dos visitas que hacer. Serían tres si se dejara vencer por el deseo y la debilidad de ir a ver a Gaspard, pero se había prometido no hacerlo. Antes de salir de casa, sin embargo, se colgó del cuello el rosario que le regalaran cuando naciera y que tan caro le había salido a su padre por haber sido bendecido por el mismísimo Obispo Edgard. Pues tal como solía repetir la priora Thérèse, la sagrada Virgen le había dicho a Santo Domingo, según recogió el Beato Alano que *«el Rosario es el escudo contra el infierno, destruye el vicio, libra de los pecados y abate las herejías»*.

Mientras subía hacia l'Hostalet, Gabrielle no pudo evitar volver a pensar en Adrienne. La turbaba en extremo. Era tan elegante, tan hermosa, tan capaz de tan extraña generosidad con ella, pese a que era quien la estaba separando de su amado... que deseaba parecersele más para que Gaspard llegara a amarla tanto como la había amado a ella. Pero por otro lado intuía en ella el peligro. Pues aunque lo que había sucedido la noche anterior se difuminaba en un ensueño extraño, un delirio falto de lógica, adivinaba a su alrededor la presencia del Mal.

La visita a la priora Thérèse no hizo más que confirmárselo. La monja, que inválida en cama parecía de pronto tan vieja como era o incluso más, murmuraba sin cesar palabras incomprensibles que se habían agravado al conocerse aquella mañana que la joven Avril, una novicia que había ingresado en la abadía a principios de año, parecía haberse fugado aquella noche. Contra la opinión de todos los demás, que asumían que la joven había escapado con algún hombre, quizás incluso con Remy a quien todavía no habían encontrado, la priora asegurada en sus delirios que se la había llevado el maligno.

Gabrielle, compadecida de la mujer y asustada porque la creía, se arrodilló junto a su jergón de madera con el fino colchón de lana y pidió que las dejaran solas. Recordaba las palabras de Adrienne de que si no permanecía en silencio traería la catástrofe a su pueblo, pero no podía quedarse en silencio mientras el Mal campaba a sus anchas y amenazaba con abrazar y atraer a su amado. Además, creía ella, poco podía suceder si revelaba sus temores a la priora y al padre Corbet.

No contaba, sin embargo, con que el padre Corbet se mostraría tan dispuesto a actuar en contra de la diabólica presencia de Adrienne, sabiendo tras las palabras de Gabrielle que la doncella maldita acudía al pueblo tras caer la tarde y que podía hacerlo aquella misma noche. Ni con que gracias a que había quien vigilaba al padre Corbet para saber si eran ciertas las habladurías de que éste mantenía relaciones con algunas de sus fieles, sus palabras iban a ser conocidas por muchos de sus vecinos que, deseosos de achacar las culpas de cuanto sucedía a alguien, no iban a dudar en sumarse a la Caza de Brujas.

Tal como habían hecho muchos de los habitantes de Calhors, Gabrielle había acabado por caer en la tentación de sucumbir a sus miedos y como Adrienne había vaticinado, iban a abatirse las desgracias sobre todos aquellos a los que había deseado proteger con sus actos.

—Capítulo 15: El que esté libre de culpa...—

Adrienne, sumida en la triste certeza de que nadie la comprendía, de que no tenía ya un hombro amigo sobre el que llorar, se sintió incluso complacida cuando Farkas le llevó un mensaje que habían dejado a las puertas de la fortaleza. Era de Gaspard, que la conminaba a acudir aquella noche al taller, para hablar con ella. Finalmente no había podido resistir, pero al menos no había cometido la temeridad de esperar a que alguien le viera, y se había limitado a dejar el mensaje y llamar, alejándose después de las puertas.

—Guardarás silencio, Farkas —le dijo Adrienne al lacayo.

Éste acabó por asentir, pese a saber que se enfrentaba a una nueva tortura, peor que la anterior, si lo cogían en falta. Pues aunque era leal a todos, como cualquier sirviente que hubiese tenido la suerte o la desgracia, según gustos propios, de servir a un seguidor del maligno, si sentía aprecio por alguien era por Adrienne. La había visto pasar de ser una doncella inocente a lo que era ahora, y respetaba en cierta manera la lucha interna que mantenía. Pese a que la creyera fútil y no la entendiera.

Adrienne se puso un vestido de color gris claro, fino ya que la afectaba poco el frío. Si quería calor, tan solo tenía que pedirselo prestado a su señor del averno. Como todo lo demás. Cuando se hubo calzado unos borceguíes y se hubo cubierto con una capa fina, liberó sus largos cabellos de debajo de ésta. Ya hacía tiempo que no luchaba con el acto reflejo de buscar una cofia con la que cubrirse castamente los cabellos; ya hacía tiempo que no sentía que estuviera siendo impura por mostrar su sensualidad. Si los hombres, tan débiles ante la lujuria del poderoso Asmodeo no querían cometer pecado, que mirasen a otra parte; ella ya no se volvía invisible para ponérselo más fácil. Más al contrario.

Una vez estuvo lista, caída ya la noche, se encaminó fuera de su habitación. El corredor, así como el resto de la fortaleza estaba todavía sumido en el silencio. Se dispuso a bajar por la estrecha escalera de caracol más próxima, evitando las escaleras principales, pues sentía que estaba haciendo algo malo acudiendo a la llamada de Gaspard. Pero se lo pensó mejor cuando recordó que las dos últimas veces que había bajado al pueblo, Bela, Aniela y Valeska la habían seguido. Así que atravesó todo el corredor, pasando en silencio ante la puerta cerrada de Kartal, y se detuvo frente al dormitorio que ocupaban ellas. Ahora que tan poca gente ocupaba la fortaleza había habitaciones de sobras como para que pudieran escoger una cada una, pero siempre se las hallaba juntas. Desde quién sabía cuantos siglos, pensó Adrienne. Ni siquiera Kartal era capaz de decirlo.

No llamó. Simplemente entró, encontrándolas estiradas sobre un lecho cubierto de manchas de sangre, mientras jugaban con un cuerpo que yacía bajo ellas. Cuando se giraron a mirarla, mostraban tanta cautela como odio; pues Adrienne no solía sumarse a sus fiestas, y sus visitas no tenían por qué ser agradables como las de Kartal.

Adrienne echó una breve mirada a la víctima, por curiosidad, y se dio cuenta de que era el joven y despechado caballero David de Luisson. Todavía se movía, pero no iba a durar mucho

más. ‘Os dije que no querriais conocerlas. Haberme hecho caso’, pensó Adrienne. Después las miró a todas a los ojos una por una.

—Esta noche os quedaréis aquí; ya tenéis un juguete con que divertirios —dijo—. Si se os ocurre salir de la fortaleza, tendréis que ateneros a las consecuencias.

Hizo parpadear las velas, oscureciéndolas y tornándolas de un color rojo sangre, avisándolas de que no estaba de broma. Y se sintió complacida ante el temor y la impotencia que leyó en sus miradas; bajo la rabia de ellas David de Luisson gimió. Adrienne salió de la habitación y cerró la puerta para encaminarse a la planta baja. No le gustaba, pero parte de ella se regodeaba ante el miedo y la obediencia provocados. Sí, el poder era embriagador. Suerte que todavía tendría todo un paseo al frío aire ya invernal que la flagelaba, para serenarse un poco y parecer tan humana como todavía podía serlo.

Al fin y al cabo, la asustaba lo que Gaspard pudiera pensar ahora que sin duda se había dado cuenta de que había algo malo en ella. Quizás la había citado tan solo para rechazarla por completo. Y quizás, pensó Adrienne sintiendo que su corazón maltrecho aún podía desgarrarse otro poco, eso era lo mejor para todos.



La plaza Michelet estaba completamente vacía pese a que apenas eran las nueve de la noche. Hacía días el Corregidor había acudido a la fortaleza para pedir hombres al Vizconde, y se había llevado una negativa de parte de Kartal, aduciendo que todos los soldados disponibles habían partido a mitigar el auge de los paganos en los Pirineos. Si le había creído o no era algo que no importaba, ya que Kartal le inspiraba suficiente miedo como para aceptar su palabra. Y el Corregidor no era un hombre lo suficientemente decidido como para salir del pueblo e ir en busca de ayuda a las grandes ciudades, al menos de momento. Como resultado las calles permanecían desiertas, porque ninguno de los señores locales iba a desprenderse de sus propios guardias para cerciorar la seguridad más que de su familia, a la que cobijaba y resguardaba en casa.

A simple vista solo en el taller de cantería de Gaspard, más allá del extremo oeste de la explanada, ardían las luces y el trabajo continuaba. La tarde anterior, cumpliéndose inesperadamente el vaticinio de Gaspard, no habían acabado el trabajo de desbaste. Una conmoción cerca de la explanada, relacionada con la caza de tres lobos cerca de la Puerta Salmón, casi dentro de la población, había hecho que muchos se creyeran encerrados en el pueblo sin posibilidad de escapar. Muchos ciudadanos acudieron a las iglesias a rezar, asustados. Y sin embargo, muchos habían evitado al padre Corbet para reunirse en torno a la suntuosa y expeditiva presencia del Obispo Edgard, a diferencia de lo que hubiesen hecho antaño. Como resultado del revuelo el trabajo se había retrasado y habían tenido que continuar con él aquella mañana, que tampoco había sido fructífera ante la noticia de la desaparición de otra novicia y de dos guardias del Barón de Renaud. Muchos decían que se habían fugado juntos, dejándose llevar por aquella

locura que muchos relacionaban con la magia oscura mientras miraban con malicia a Iva, pero Gaspard no lo había creído y había corrido a casa del Barón para asegurarse de que Gabrielle estaba sana y salva.

Se sintió aliviado al saber que aunque no estaba en casa, la joven permanecía al amparo de los protectores muros del hospital que regía la priora Thérèse, velándola. El Barón, aprovechando la ocasión, retuvo a Gaspard largo rato incluyéndolo en las discusiones que mantenía con su terrateniente como si ya fuera un hombre de la familia, e invitándolo luego a comer para solazarse en temas más amenos como sus diseños para la decoración de la Iglesia. El Barón le habló nuevamente de lo orgulloso que estaba del matrimonio que había conseguido para su ausente hija mayor, y le dio a entender que esperaba conseguir un desposorio igual de satisfactorio para su querida Gabrielle, aunque no fuera tan azul la sangre de su pretendiente. Cuando Gaspard le dio a entender que en ese caso esperaba que se le considerara un fervoroso aspirante a obtener la mano de su hija, con palabras veladas como se esperaba en aquellas conversaciones de tanteo, el Barón y su esposa habían intercambiado una mirada complacida. Margot, en cambio, se había disculpado y había abandonado la mesa con un rictus en el rostro en el que nadie, salvo la pequeña Claire, se había fijado. Y mientras tanto Gabrielle, ajena a que el amor y el odio por ella se gestaban en su casa, permanecía arrodillada junto al lecho de la priora Thérèse.

De esta forma, Gaspard había tenido la excusa para alargar su jornada en el taller, aduciendo lo poco que había trabajado aquel día, esperando que Adrienne fuera a verle y temiendo que finalmente acabara por no aparecer, como había sucedido la noche anterior. Esta vez esperaría hasta la medianoche, aunque sentía que Denis se hubiera empeñado en acompañarle para no dejarle solo. Pobre Denis, pensaba Gaspard, tan solícito y generoso. Se giró a mirarle, descubriendo que el joven había apoyado el rostro en la mano izquierda y en la derecha el cincel resbalaba poco a poco amenazando con caer. A Gaspard no le sorprendía que estuviera cansado; la noche anterior había dormido poco y la intensa concentración que había dedicado durante el día a empezar el tallado del capitel del Barón lo habían dejado exhausto. Gaspard se levantó del taburete y fue a despertarlo.

—Vamos Denis, vete a dormir —le dijo—. Es suficiente por hoy.

Denis quiso negarse, pero estaba demasiado aletargado. Dejó que Gaspard tirara suavemente de él para levantarlo y que lo tomara de un brazo para sacarlo del taller y llevarlo, sin duda, hasta su camastro. Sin embargo se sacudió el sueño cuando al salir del taller, se detuvieron de pronto.

—Adrienne —murmuró Gaspard.

Allí estaba ella, a no más de veinte pasos, observándoles con cálida familiaridad. La mirada oscura de sus ojos grandes se posó largamente en Denis.

—Has crecido —le dijo con suavidad y una nota de melancolía.

Denis meditó por un momento que ella, en cambio, parecía haberse quedado con los dieciséis años de entonces. Pero la conmoción de verla de nuevo, de sentir de nuevo el respeto, la familiaridad y la adoración de antaño lo abrumaron por completo. Se le empañaron los ojos cuando Adrienne le sonrió.

—*Mademoiselle* Adrienne —consiguió musitar, casi llegando a comprender que su maestro

hubiera estado aquellos días dividido por sus deseos.

Adrienne fijó entonces su mirada en Gaspard, con una expresión casi expectante.

—Al fin has venido —murmuró el cantero.

Ella sonrió, reconociendo aliviada el anhelo en la voz de su antiguo amado.

—No iba a rehusar la invitación de tu nota.

—De saber que esa era la clave para verte es lo que habría hecho ayer mismo —dijo Gaspard—, pero yo no te he enviado nota alguna.

Adrienne alzó las cejas con una expresión divertida que, sin embargo, produjo escalofríos en Denis.

—¿Ah, no? —musitó suavemente, y antes de que Gaspard pudiera contestarle se giró.

Adrienne buscó a su alrededor, hasta que sus ojos se posaron en un grupo de gente que salía en aquel momento de la cripta de San Amadour, oscura hasta que, mientras se acercaban, fueron encendiendo las antorchas que portaban. Estaban allí el médico FitzPatrick, el Corregidor, el tabernero Maurice y Guillaume el carnicero, irónicamente junto a Orson el leñador; el esposo de Janet junto al padre de Remy, olvidadas sus disputas, y otros aldeanos en los que Adrienne no se había fijado especialmente por ser sus pecados nada más que nimiedades. Sin embargo se fijó en que cerca, nerviosa, estaba también Gabrielle y que el grupo venía capitaneado por el padre Corbet, que enarbolaba un crucifijo de madera. Estaban todos muy juntos, y no apartaban la mirada de ella. Formaban una turba, y sus expresiones Adrienne las conocía bien.

—Qué hermosa bienvenida —ironizó.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Gaspard.

Pasaron unos segundos de silencio, mientras el aire parecía estanco a su alrededor. Gaspard, intuyendo el peligro, quiso avanzar para interponerse entre Adrienne y aquella gente pero ella le detuvo alzando una mano. Gabrielle sollozó de miedo, llevándose las manos a la boca.

Entonces el padre Corbet le lanzó una botellita de cristal fino directa al pecho, y Adrienne la detuvo con una mano en un acto reflejo. No pudo evitar que un gemido brotara de sus labios cuando el cristal se rompió al topar contra su mano, abrasándole el dorso. No lo podía creer, el sacerdote había osado atacarla con agua bendita. Eso la enfureció. Una furia fría, que la hacía nítida reflejando el alcance de su belleza y de su rabia, de su peligrosa naturaleza, se extendió a través de ella aflorando por sus poros, haciendo que los que la observaban no pudieran apartar sus ojos, tan estremecidos como fascinados. El morbo de lo que veían les impedía salir corriendo. Detrás de ella Denis retrocedió unos pasos, mientras Gaspard se quedaba donde estaba, paralizado.

—Cómo os atrevéis —le espetó Adrienne a la turba sintiendo que con cada dolorosa punzada de su mano herida crecía la ira que había estado latiendo en su interior—. Cómo os atrevéis vosotros, desgraciados, a interponeros en mi camino.

—Eres tú la que se interpone en el camino del Señor, criatura del averno —le dijo el padre Corbet, que ahora tenía en la mano una espada como si fuera un sacerdote guerrero. Aunque estaba claro que no se sentía cómodo con ella—. Éste es pueblo cristiano, sacro en su fervor y en su larga historia de milagros, que no va a tolerar la presencia del Mal.

Adrienne rió.

—Vamos, padre Corbet. ¿Lo creéis de veras, u os engañáis? El Mal ya estaba aquí antes de que nosotros llegáramos. Estáis rodeados de Mal, padre. Crece en cada uno de vosotros.

Miró a cuantos la observaban, dispuestos a lanzarse sobre ella en cuanto el sacerdote los alentase.

—Vosotros, que acudís cada día a misa, que blasfemáis y acusáis a vuestros vecinos, ¿creéis que sois dignos de ser un ejemplo de rectitud?

Volvió a reírse, y su voz aguda se extendió por la plaza y el pueblo provocando pesadillas en los que, por ignorancia o por miedo, habían permanecido en sus casas y habían conseguido conciliar el sueño.

—Ah sí, habéis caído sobre aquellos que os ensucian a todos, ¿verdad? Os apartáis de Fleur, la tabernera, cuyo único pecado ha sido el silencio mientras es violada una y otra vez por vuestro recto Corregidor —ironizó mientras las miradas más valientes la perdían de vista unos segundos para posarse sobre el Corregidor Latimer—, que la fuerza siempre que quiere ante la inactividad de su padre Maurice, un cobarde. O lanzáis vuestro odio sobre Iva, la herbolera, que todo lo malo que ha hecho ha sido aliviar los dolores de espalda del padre Corbet con ungüentos y proporcionarle hierbas para provocar el aborto a la mísera Fleur. Y a la no tan desgraciada Laverne, la esposa del amoroso y bueno carnicero Guillaume. Laverne engañaba a Iva asegurándole que las necesitaba para evitar darle un hijo a su bebedor y agresivo esposo. Hasta que la perspicaz herbolera intuyó que la engañaba y se negó a seguir proporcionándole las hierbas, ganándose la inquina de tan recatada dama.

Guillaume, aturdido, dejó caer el largo cuchillo que sostenía en la mano. Se sentía dolido y ultrajado, aunque entendiendo por vez primera las ausencias de su esposa y las miradas llenas de desdén de sus vecinos.

—Por cierto, Guillaume —dijo Adrienne—. Tenéis al lado al hombre con quien compartís a vuestra esposa.

Desvió una mirada intencionada hacia Orson, que se estaba poniendo rojo bajo la espesa barba; el leñador siempre había creído ciertas las muchas maldades que Laverne explicaba sobre su esposo. Adrienne buscó a su nueva víctima, sintiendo cada vez más y más amargura mientras a su alrededor permanecía un silencio tenso, abrumador, en el que todos la miraban desando silenciarla y a la vez esperando escuchar más maldades.

—Ah, sí —continuó Adrienne mirando ahora al lechero y al vidriero, que se quedaron petrificados—. También os apartabais del joven Remy, tan sádico, tan cruel. Se merece lo que le suceda, pero tampoco todo es culpa suya —musitó como si les estuviera explicando un secreto—. Tuvo la mala suerte de ser un muchachito enfermizo, que tantas veces tuvo que pasar por las expertas manos del médico FitzPatrick. Solo que a nuestro sanador local le gustan demasiado los niños, y sus manos van más allá de donde deben, ¿verdad, FitzPatrick? Sus manos, y otras cosas. ¿Y aún os preguntáis, padres atentos, por qué vuestros hijos temen más al médico que a la propia enfermedad? Y luego está el digno representante eclesiástico, el gran Obispo Edgard que estaba demasiado ocupado para atender a este exorcismo. Claro, contar el dinero que les roba a los crédulos peregrinos vendiéndoles falsas reliquias da mucho trabajo. Y... padre Corbet, si os

preguntáis por qué os abandonan vuestros parroquianos, es porque ha crecido el rumor de que os beneficiáis a vuestras feligresas. Dadle las gracias a Laverne y a las crédulas chismosas que la escuchan.

Adrienne había ido levantando la voz poco a poco, furiosa y desesperada, deseándoles todo el mal que provocaban. Los volvió a observar, sintiendo cómo se estremecían ante su mirada. Y viendo cómo aquellos que habían sido nombrados se centraban en horrorizarse por los pecados de los demás, para no creer tan graves los suyos.

—Malditos, malditos todos —murmuró—. Qué fácil sería haceros caer y llevaros ante el maligno, arrastraros a mis pies.

Se pasó la lengua por los labios e hizo emerger su sensualidad, despertando lujuria en cuantos la observaban. Hizo ondear su vestido a su alrededor con una brisa que salía de sí misma, sinuosa y oscura, evocadora.

—Me deseáis, aún sabiendo que soy diabólica —dijo riendo.

Levantó las manos por encima del cuerpo, mientras el fino vestido se ceñía a su cuerpo. Un viento innatural la acarició, haciendo ondear sus cabellos y rodeándola de una aureola de sensualidad.

—Cuántos de vosotros daríais incluso vuestra alma por tenerme tan solo un segundo en vuestros brazos.

Mientras observaba con cruel diversión los pasos de sonámbulo que algunos empezaban a dar hacia ella, captó un movimiento a sus espaldas. De reojo, vio horrorizada cómo Gaspard daba un paso al frente, hacia ella. Solo que en él la mirada centrada no revelaba el aturdimiento que embargaba a los otros; sabía lo que estaba haciendo. Al otro lado de la turba, Gabrielle se tambaleó mareada.

Entonces Adrienne, que tanto había sacrificado y que tan legítimamente podría haberse tomado aquella venganza, se despreció por su arranque de maldad.

—No, tú no —musitó, consciente de que la voluntad de Gaspard pendía de un hilo.

Se despojó de la lujuria que había extendido a su alrededor, y apagó el fuego que hervía en los ojos de aquellos desgraciados con una mirada gélida, infernal, que les hizo recordar que les iba mucho más que la vida en ello. Los gestos se endurecieron y los puños se cerraron alrededor de las armas improvisadas con más rabia que antes. Y más miedo.

—No os quiero cerca de mí —les espetó Adrienne con hastío—. Solo merecéis caer directamente a los infiernos. Y os atrevéis a venir a juzgarme a mí, que lo di todo por el bien de gentes como vosotros, que fui mucho más buena y beata, más pura de lo que lo seréis jamás todos juntos —dijo viendo como muchos se horrorizaban al ver las rojas lágrimas que le rodaban por las mejillas. Inundada por la amargura, Adrienne se giró hacia el único que parecía perder su determinación, y que era el único que debería mantenerla—. Vos, padre Corbet, el único al que respeto pese a que sois mi mayor enemigo ahora. Y estáis perdiendo la fe. También yo la perdí, cuando Dios me abandonó. Pero yo era piadosa.

Se dejó caer de rodillas frente al sacerdote, mientras las lágrimas de sangre corrían por su rostro. Por un momento, al levantar las manos, pareció la adaptación diabólica de la estatua del

ángel de Gaspard, quien seguía observando la escena colapsado por las emociones, incapaz de moverse.

—Yo era piadosa, padre —repitió Adrienne—. Yo era buena, y amaba a Dios.

—Te creo —le dijo el sacerdote—. Déjame ayudarte entonces, y liberarte de tanto dolor.

Mientras se miraban a los ojos, ante el silencio expectante de cuantos los observaban, en el rostro de Adrienne empezó a extenderse una sonrisa que acabó por serenar su rostro.

—No, padre —dijo levantándose del suelo y alzando la barbilla—. No quiero ya ningún perdón de Dios. Y no tengo ganas de morir, ni puedo permitírmelo. Ni todas las Iglesias del mundo podrían salvaros de *él* si me pusieseis un dedo encima.

Vio como el cura se estremecía.

—Pero si queréis salvar a vuestra indigna plebe, padre Corbet, dejad de perder la fe. Dios no está disponible pero os necesitan a vos. A vos —repitió, y dejó de prestarle atención para mirar a la paralizada turba—. Ahora marchad y ocupaos de vivir vuestra vida, si es que llegáis a conservarla mucho tiempo. Os aconsejo que acuséis a la noche de turbaros, y convenceos de que esto no ha sido más que una pesadilla. Con suerte para vosotros no será más que eso, si os apartáis de mí. O *él* vendrá a buscaros.

Los miró a todos, que seguían paralizados. Entrecerró los ojos, incapaz de creer que fueran tan obtusos e incautos.

—Que os marchéis, he dicho.

Cuando avanzó un paso, muchos huyeron. Solo algunos lo hicieron corriendo; el resto quiso mantener su terror bajo control, deseosos de poder hacer lo que ella les había dicho y recordar aquellos momentos como una mala pesadilla. Querían forzar a sus mentes entumecidas a creer que no había sucedido nada anormal. Adrienne se giró hacia Gaspard, y se miraron en silencio. Se sorprendió de que sus ojos siguieran sin mostrar rechazo.

—Tenemos que hablar —le susurró él—. Necesito verte a solas.

Parecía preocupado por ella. Adrienne asintió, aliviada a su pesar. Entonces se giró hacia Denis, que la miraba con ojos desorbitados. Adrienne le señaló con un dedo.

—Mañana irás sin demora a confesarte ante el padre Corbet —le ordenó—. No me gustan tus pensamientos.

Denis enrojeció, mientras Gaspard le miraba de soslayo, intranquilo. Entonces Adrienne se alejó, cansada y deseosa de separarse de casi todos los presentes. Pasó junto al padre Corbet y de los pocos aldeanos que quedaban allí, demasiado paralizados por el miedo como para moverse. Como los ratones. Pero entonces su mirada se posó en alguien que tenía tantos deseos de huir como de quedarse. Gabrielle. Adrienne se deslizó hacia ella tan rápido que la doncella apenas tuvo tiempo de sobresaltarse cuando ya la tenía delante.

Aquello despertó a Gaspard, que estuvo a punto de correr hacia ellas.

—¡No! —gimió.

Adrienne, sorprendida por su reacción, levantó de nuevo una mano para ordenarle que se detuviera y le observó, hasta que estuvo segura de que iba a obedecerla. Entonces miró a Gabrielle, que todavía temblaba delante de ella.

—¿Has visto? —le dijo—. Estaba dispuesto a defenderte de mí —aquello la admiró tanto como le dolió—. ¿No es bonito?

Gabrielle siguió temblando y Adrienne entrecerró los ojos.

—¿Te lamentas de lo que has hecho? Te dije que cerraras la boca —le dijo—. Ahora no sé si podré salvar a tu mísero pueblo de sus iras, estarás contenta.

La joven sollozó.

—Pero parece que Gaspard te quiere, lo suficiente como para querer defenderte —continuó Adrienne—. Eso es bueno. Eres quien puede hacer que desee vivir, así que más te vale complacerle y quererle para siempre, como hice yo. Si se te ocurre romperle el corazón, volveré a por ti. Así que júrate a ti misma que no vas a hacerlo nunca.

Gabrielle parecía al borde del desmayo, así que Adrienne se dio por satisfecha. Incluso se sentía compadecida. Se apartó de ella lentamente, sonriéndole. Ya estaba dándoles la espalda a todos cuando se le ocurrió una última cosa. Giró la cabeza para mirar a Gabrielle.

—Ah, y Gabrielle —la llamó, y la otra la miró aturdida—. Ten cuidado con tu hermana Margot. Se le está pasando por la cabeza la idea de empujarte por las escaleras.

No prestó atención a que Gabrielle se tambaleaba, a punto de desplomarse, y que tanto el padre Corbet como Gaspard y Denis corrían hacia ella. Adrienne siguió su camino demasiado exhausta para seguir pensando, sintiendo de nuevo las punzadas de la mano lastimada con creciente dolor. Incluso pasar por la explanada, rodeada de capillas, le molestaba. Siguió alejándose por el pueblo desierto hacia la fortaleza, su hogar. Por vez primera le parecía un lugar verdaderamente acogedor.

—Capítulo 16: Dulces, siniestras revelaciones—

La fortaleza estaba sumida en una calma extraña, desidiosa y expectante, en que hasta las criaturas sin nombre que siempre les acompañaban parecían esperar aletargadas. Eso solo podía significar una cosa, que Kartal estaba en alguna de las muchas habitaciones vacías con Bela, Aniela y Valeska, dedicados a sus extraños placeres. Pero a Adrianne, esta vez, le parecía bien. Necesitaba calmarse antes de enfrentarse a Kartal. Al menos tendría unas horas para prepararse para el encuentro. Hasta el amanecer quizás. O incluso hasta el atardecer siguiente.

Se encaminó en silencio a su dormitorio con aquella mezcla de resignación y apatía que le provocaban las noches privadas de Kartal. Tendría todo un día para meditar, para dejarse turbar por el profundo dolor de su mano, que hacía palpitar la quemazón, y la certidumbre de que había sido atacada por aquellos a los que se había sentido unida una vez. Aquellos falsos seguidores de los preceptos de Dios, tan mezquinos, tan parecidos a aquellos por los que ella había dado su alma. Cerró el puño dañado. Luego se forzó a volver a abrirlo y no dejarse vencer por la rabia. Al fin y al cabo podía entenderlos. También había habido un tiempo en que ella había querido alejar de sí cualquier cosa impura.

Hasta que el Mal se había cernido sobre todos ellos. Hasta que sus juramentos los habían abocado a los tres a aquella vida tortuosa y doliente, se repitió Adrianne dirigiendo su mirada hacia el pueblo que ahora descansaba asustado allá abajo. Posó su mirada en los palacetes de la avenida adoquinada, y sus ojos se detuvieron en uno.

—Más promesas no —murmuró para sí.

Se giró a mirar a su alrededor. Sabía lo que tenía que hacer, así que cogió su capa y llamó a Farkas en susurros, imperante, sabiendo que él la oiría. Lo encontró frente a los grandes portones.

—Volveré antes del amanecer —dijo—. Y oigas lo que oigas fuera durante el día, no se lo reveles a *él* hasta que yo se lo explique.

Farkas posó sus ojos grises en su mano herida, como si hubiese olido la sangre. Adrianne le vio titubear.

—Farkas —dijo—. No me obligues a ser dura contigo.

El hombre acabó asintiendo, apartándose ceremonioso para dejarla salir por las puertas.



La noche seguía su curso interminable persistiendo en aquella extraña oscuridad. Gabrielle, que había sido llevada a su casa por Gaspard y los guardias de su padre, yacía ahora en su cama deseando que llegara la claridad del día y las tinieblas se llevaran consigo aquella horrible pesadilla. Rezaba para que no fuera más que eso, una pesadilla; el delirio provocado por unas nocivas calenturas que los habían afectado a todos por igual. O quizás solo fuera un embrujo de

Iva, que...

—No —musitó llevándose la mano al rosario que le pendía del cuello—. No más.

No sería ella la que siguiera alimentando al Mal con semejantes habladorías. Se encogió entre las ropas de su cama, deseando que el cansancio la venciera y la llevara a una dulce inconsciencia. Donde no pudiera seguir temiendo que lo que había vaticinado Adrienne fuese cierto; que los había abocado a todos a la destrucción.

Entonces, de pronto, le embargó una sensación extraña. Como si su habitación fuera ahora tan amplia que estuviera cargada de ecos, de susurros extraños. Sintió una voz que la llamaba, dulce y persuasiva, que la conminaba a abrir la ventana. Pese al terror que la corroía, se levantó y caminó descalza hasta la pared exterior, abriendo los postigos y retrocediendo ante el frío invernal que se coló en su dormitorio con una ráfaga de viento. Ya era demasiado tarde cuando se dio cuenta de lo que había hecho, de que había dejado penetrar al Mal por su propia voluntad en su casa. Vio erguirse una figura en sombras al otro lado de la ventana de su aposento del primer piso, cual si se hallara a ras de suelo. Y, paralizada, la vio entrar. Observó con terror creciente el rostro hermoso, los largos cabellos castaños y los grandes ojos de ciervo dotados de un brillo frío y desprovisto de miedos.

—Dios mío —dijo, y vio que Adrienne entrecerraba los ojos.

Gabrielle tembló. Iba a pagar las afrentas que había provocado a aquella concubina del Diablo que una vez había sido el gran amor de su amado. Se planteó la posibilidad de chillar con fuerza, pero la detuvo la certeza de saber que aquello solo provocaría más desgracias. Prefería callar y no arrastrar a nadie más al infortunio. Cuando Adrienne dio un paso para alejarse de la ventana, Gabrielle se sintió enloquecer de miedo. En un acto reflejo quiso interponer entre ellas cuanto bien pudiera salvarla y alzó el rosario a modo de escudo, mostrándole la pequeña cruz a Adrienne.

Antes de poder darse cuenta de lo que estaba sucediendo, ella estaba a su lado y había agarrado el extremo del rosario con fuerza. Dando un tirón se lo arrancó del cuello sin que Gabrielle lo notara apenas; solo podía mirar la mano abierta en que Adrienne sostenía el santo collar, sin daño ni dolor.

—¿Esto? —dijo Adrienne—. Esto no va a servirte de nada, Gabrielle. Quién lo ha consagrado, ¿el Obispo?

Gabrielle acabó por asentir con la cabeza ante la insistente mirada de su visitante.

—Le pedirás al padre Corbet que te proporcione uno consagrado por él. Cómo puedes ver —dijo Adrienne alzando su mano herida—, sus bendiciones sí son útiles. Ahora siéntate Gabrielle, quiero hablar contigo.

Gabrielle era incapaz de moverse, y Adrienne suspiró.

—Siéntate, Gabrielle —repitió con paciencia—. Antes de que te desmayes y el golpe contra el suelo despierte a todo el palacete. Es una chanza —añadió con una sonrisa—. Nadie te oiría aunque volcaras todos tus arcones. Pero siéntate, por favor. Hablaremos.

Cuando Adrienne volvió a mirarla, Gabrielle retrocedió sin perderla de vista hasta que notó el lecho tras ella. Se sentó sobre él, preguntándose cuándo moriría. Pero Adrienne no parecía tener prisa. Se acomodó en una mecedora que había junto al lecho y se quedó mirando hacia la oscura

esquina del fondo, con una expresión meditabunda en su hermoso rostro. Gabrielle sentía martillar el corazón en su pecho, pero tuvo que esperar.

—He estado pensando —dijo finalmente Adrienne con voz suave—. Quiero que retires la promesa que te he obligado a hacer. No quiero que te sientas forzada a amar a Gaspard por el resto de tus días.

—Pero es lo que deseo —aseguró Gabrielle de corazón antes de darse cuenta de que había abierto la boca.

Adrienne la miró con un brillo de calidez en la mirada.

—Eso está bien. Me alegro de oírlo. Pero no lo prometas, simplemente deja que tu destino siga su curso y ámalo, pero sin obligación. Las promesas pueden volverse contra ti.

Hizo una pausa y pareció observar de nuevo sus propios recuerdos. Gabrielle notó que parecía cansada, extenuada más bien.

—Como se volvieron contra nosotros —añadió Adrienne en un susurro.

Gabrielle se sintió valiente, pues pese a que el terror la hacía sentirse mareada, creía estar unida a Adrienne en sus emociones.

—Sé que Gaspard juró seguir adelante con su vida —dijo—. Y sé que... *messieur* Balan juró regresar a buscaros. ¿Qué jurasteis vos?

Adrienne la miró antes de responder, su rostro bañado parcialmente en sombras que parecían no proceder de ninguno de los muebles de la habitación.

—Prometí que siempre amaría a Gaspard y que no descansaría hasta verle feliz. Por eso me alejé de él, y por eso soy lo que soy ahora. Para salvarle. Para que viviera y fuera feliz.

Gabrielle se quedó boquiabierta, no supo qué decir. Sentía cierta compasión por ella, pero tampoco mucha. Porque si todo aquello no hubiese sucedido, Gaspard jamás habría sido suyo. Y sin embargo, parecía que todos habían tomado temerarias decisiones. La primera de ellas Adrienne. Ese pensamiento hizo que la embargara la rabia. Se incorporó, quedando de rodillas sobre el lecho con el camisón arrugado y las mantas revueltas.

—¿Crees que le hiciste un favor? —le preguntó Gabrielle a bocajarro olvidando el miedo—. ¿Crees de veras que le salvaste? ¡Gaspard murió contigo, cuando tú sigues viva! Lo sumiste en la más horrible desesperación. Lo sé, lo vi en sus ojos cuando llegó aquí. ¡Para él fue una tortura seguir viviendo sin ti! No lo salvaste.

Gabrielle jadeaba por su convicción de estar en lo cierto y por la certeza no menor de haber arriesgado mucho gritándole así a aquel ser diabólico e imprevisible. Pero Adrienne se limitó a soportar aquel estallido con una mirada meditabunda.

—Quizás tienes razón —dijo con calma—. Aún sabiendo que yo misma sería incapaz de vivir sin él si le perdía, lo obligué a sufrir ese mismo tormento que yo no creía capaz de soportar. Lo hice por su bien, era lo único que podía hacer. ¿Acaso dejarías tú a alguien a quien amas en manos de aquellas criaturas que te perseguían ayer? —Gabrielle se estremeció, y Adrienne supo que la había comprendido—. Por él valía la pena sacrificar mi alma. Pero quizás tengas razón y no había solución posible. Quizás lo mejor sería librarle de su sufrimiento.

Gabrielle sintió que empalidecía ante el significado de aquellas palabras.

—¡No! —chilló—. ¡No te atrevas! ¡No le hagas daño! Fue infeliz, pero consiguió revivir a mi lado. Yo le salvé. Ahora es feliz, será feliz conmigo.

Adrienne le sonrió.

—Eso espero, Gabrielle —aseguró—. Confío en que así sea. Por eso he venido a verte, para retirar mi amenaza sobre ti. Ámale con libertad y sin miedos, y ambos seréis felices. Entonces quizás podré serlo yo también.

Gabrielle la miró fijamente, creyéndola. Estaba segura de Adrienne deseaba ser feliz también, y que sabía cómo hacerlo. También se daba cuenta de que hubiese podido hacerles mucho daño, y arrastrar a Gaspard hasta sus pies, si hubiese querido. Se lo podría haber llevado de su lado si así lo hubiese querido.

—Gracias —musitó.

—Solo aprovecha esta vida que debió ser mía y nunca tuve —le deseó Adrienne.

Gabrielle sintió un alivio embriagador cuando vio que Adrienne se alzaba, sin ruido alguno, para marcharse. Y sin embargo, sentía que no podía dejarla marchar todavía.

—Adrienne —la llamó, y se estremeció cuando ella se giró a mirarla—. ¿Qué será del pueblo ahora?

—No lo sé, Gabrielle —respondió Adrienne, y a Gabrielle la preocupó su duda.

—Gaspard será infeliz si sus vecinos sufren o el miedo les obliga a abandonar su hogar.

Adrienne, en pie frente a ella, sonrió con maliciosa diversión.

—Buen intento, Gabrielle. Pero lo que tenga que suceder, sucederá —dijo Adrienne—. Y no te preocupes porque tus vecinos abandonen sus hogares y Rocamour se convierta en un lugar desolado, porque no podrán. Aunque traten de huir, no van a conseguirlo. Están atrapados desde hace días, aunque la mayoría no lo haya sabido hasta ahora. No es posible escapar del Mal —los lobos aullaron de pronto con más fuerza—. La única forma de escapar de aquí es siguiendo el camino del Corregidor Latimer o la adúltera Laverne.

Tras aquel infausto enigma fue cuando Adrienne volvió a reír, y al aire denso que las envolvía pareció como si le agradasen sus pensamientos.

—Tú preocúpate de tu propia persona —añadió mirando a Gabrielle—. Recuerda lo que te dije de tu hermana.

Gabrielle no quiso creerla.

—¡No es verdad! —dijo—. Mi hermana no me haría daño...

—¿No te lo ha hecho ya?

Ante la escalofriante mirada de Adrienne, Gabrielle se llevó la mano a la mejilla allí donde su hermana la había abofeteado. Y recordó el intenso odio de su mirada.

—Todo lo que dijiste sobre la gente del pueblo es cierto, ¿verdad?

Sintió ganas de llorar cuando Adrienne asintió con la cabeza.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Sé lo que atormenta a las almas humanas, porque es mi derecho y mi misión —respondió Adrienne—. De la misma forma que sé que en el fondo de tu corazón me odias tanto como me idolatras. Y que te alegras de lo que nos pasó.

El escarnio le dolió, pero nuevamente el impulso se sobrepuso al terror.

—¿Puedes decirme entonces como está mi hermana mayor? —le preguntó Gabrielle—.

Marianne siempre era buena conmigo. Y no sé nada de ella desde que se marchó para desposarse con su prometido germano.

Adrienne frunció los labios.

—Hay cosas que es mejor no saber, Gabrielle.

—Dímelo —sollozó la joven dama.

—La iglesia de la Virgen Negra será decorada con la sangre de tu hermana. Porque eso fue lo que consiguió tu padre al desposarla con un hombre cruel y agresivo que no la respeta. Se lo contarás a tu padre, lo sé. Eres buena y deseas salvar a tu hermana. Así que te ayudaré. Si el recto Barón no te cree, dile que vaya a ver la imagen de la virgen en la basílica. Mostrará el mismo dolor que está sufriendo tu hermana. Si la culpa lo corroe y decide ir a buscar a Marianne, le dejaré pasar y atravesar los bosques, y volver sano y salvo a vuestro hogar.

Gabrielle se llevó las manos a la boca, sintiéndose enloquecer por momentos.

—Ahora déjate vencer por la inconsciencia, Gabrielle —dijo Adrienne—. A veces la ignorancia es un don del cielo —sonrió—. Cuando despiertes tu amado estará a tu lado. Duerme, Gabrielle. La oscuridad no siempre es mala.

Antes de que la mente de Gabrielle se rindiera al desmayo, se quedó con la mirada fija en aquellos ojos brillantes por última vez.



La pálida mañana encontró a Gaspard en su taller, tratando de vivir con normalidad y esperando que el resto del pueblo lo hiciera también. Estaba convencido de que les iba la vida en ello. Desde la alta terraza en que estaba su taller se veía menos movimiento de lo usual en el pueblo, rota a veces la tensa calma por movimientos furtivos de gente que iba de un edificio a otro o que subía hasta las capillas. Muchos se dirigían embozados, con la excusa del frío, a la cripta del Santo donde predicaba y confesaba el padre Corbet. Parecía que como había dicho Adrienne, había muchos pecados que confesar en Rocamour. Aquello le hizo pensar preocupado en Denis. Estaba inquieto por él, pues había salido al amanecer para ver al sacerdote y todavía no había vuelto.

El joven no regresó hasta el mediodía, tratando de nuevo de volver a su trabajo sin mirar directamente a los ojos a Gaspard.

—Siento el retraso. Había una larga cola para confesarse con el padre Corbet —dijo con aspecto cansado mientras fijaba la vista al fondo del taller, como si buscara algo.

Gaspard se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Por qué Adrienne te conminó a confesarte, Denis? —le preguntó con suavidad—. ¿Qué es aquello que perturba tu mente y malea tu alma?

Denis se apartó con un movimiento brusco y se giró para mirarle a la cara.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Eres tú! No te das cuenta de lo afortunado que eres, Maestro, y eso me hace rabiar. Lo tenías todo, y sentí que lo perdieras —dijo tratando de retener las lágrimas—. Luego volviste a tenerlo todo, tú otra vez, ¡y lo despreciaste! Dos veces te agradó Dios dándote mujeres buenas y hermosas. A una la perdiste, y lo siento, pero a la otra la repudiabas. ¡Hacías sufrir a Gabrielle! Ella, que te ama a ti.

Gaspard tardó unos segundos en comprender su rabia, y en sentirse conmovido por la compasión hacia aquel joven que le gritaba. Había estado ciego, pero ahora lo comprendía. Denis siempre le había admirado, y había deseado ser como él. Ser él. Y se había enamorado de Gabrielle como antes se enamorara de Adrienne. Solo que ya no respaldaba sus actos. Porque él había visto cuanto sucedía entre él y Gabrielle, y el sufrimiento de la joven. Gaspard se acercó al joven y lo abrazó, pese a que Denis trató de resistirse. Lo retuvo entre sus brazos, dejando que se desahogara.

—Tienes razón, Denis —dijo—. Me ha costado entender lo que tú veías con claridad desde el principio. Has sido más sabio que yo.

El joven se convulsionaba en sus lloros.

—Yo solo deseaba que fuerais feliz, Maestro —dijo.

—Lo sé, Denis.

Aún pasó un rato antes de que el joven le devolviera el abrazo, olvidando su vergüenza. Al final, poco a poco, los sollozos fueron cesando hasta que se extinguieron, y Denis se apartó para restregarse la cara con el brazo.

—¿Qué penitencia te ha impuesto el padre Corbet? —le preguntó Gaspard.

A Denis le costó, pero al final le miró a los ojos.

—Que sea feliz con vuestra felicidad —dijo—. Pero es una mala penitencia, porque no va a costarme.

Gaspard sonrió.

—Me alegro, porque desearía que fueras nuestro padrino cuando nos desposemos.

A Denis, cuya nobleza resurgía entre la vileza que lo había consumido en aquel pueblo maldecido, se le iluminó el rostro pero no pudo contestar, porque en aquel momento apareció a las puertas del taller el aya de Gabrielle ataviada con su rígida toca y retorciéndose las manos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Gaspard asustado.

—*Mademoiselle* Gabrielle ha enfermado —dijo la mujer—. Mi Señor el Barón ha pensado que querríais saberlo.

Gaspard apenas se despidió de Denis, y corrió hacia el Palacio de los Renaud percatándose apenas de que frente a la casa del carnicero Guillaume se había formado un revuelo y de que algunos aldeanos se reunían a un lado de la Plaza Mayor hablando de pedir cuentas por sus abusos al Obispo Edgard, que tantas reliquias falsas les había vendido arrebatándoles sus escasos ingresos aprovechándose de su fe y su sufrimiento.

Cuando llegó al palacete del Barón y le permitieron subir a los aposentos de Gabrielle, encontró allí que la joven yacía en su cama, y a su padre y a su madre observando con la mandíbula tensa al médico FitzPatrick, que estaba acabando de examinar su pulso y su

respiración. El doctor parecía menos jovial que antes, y más viejo. Sus movimientos eran comedidos, y Gaspard no pudo evitar recordar lo que Adrienne había dicho de él. Sin embargo era Gabrielle quien le preocupaba. Parecía dormir, aunque se removía en sueños.

—No es nada —dijo FitzPatrick irguiéndose y recogiendo su maletín, sin mirar a nadie a la cara—. No hará falta siquiera una sangría. Tan solo son los nervios por lo sucedido...

Pareció encogerse todavía más.

—Será suficiente con que le pidáis a Iva unas hierbas calmantes. Con su permiso...

Se fue en silencio, seguido por uno de los guardias de la casa. La madre de Gabrielle, que había estado sujetando la mano de su hija hasta aquel momento, le acarició los dorados cabellos con ternura y se alzó.

—Yo iré a ver a Iva —dijo. Se detuvo cuando pasó junto a Gaspard, y le puso una mano en el brazo—. Me alegro de veros aquí.

Gaspard le besó la mano y se la estrechó antes de que la mujer se alejara. Momentos después Gabrielle despertaba y miraba atemorizada a su alrededor. Su mirada se relajó al ver a Gaspard, e incluso sonrió, pero volvió a turbarse cuando miró a su padre.

—¡Marianne! —exclamó refiriéndose inesperadamente a su hermana mayor—. Sangre, dolor... Ella me dijo... ¡Tenéis que ayudarla, padre!

Gaspard y Fabrice se acercaron cada uno por un lado del lecho para tratar de calmar sus desvaríos. Gabrielle se agarró con fuerza al jubón de su padre.

—¡Está sufriendo, padre! ¡Si no me crees, ve a ver la imagen de la Virgen en la Basílica! Te lo mostraré, pues padece los sufrimientos de Marianne. ¡Ella me lo dijo!

—Pero qué dices, hija mía —dijo el Barón asustado, pues era un fiel devoto—. ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante horror?

Gabrielle pareció serenarse de repente, y en su rostro apareció una expresión inescrutable.

—Ha sido un ángel, padre —dijo—. Me ha visitado en sueños y me ha hablado de Marianne. Y me ha dicho que si quieres ir a buscarla, Dios será bondadoso y te dejará atravesar los bosques sin peligro.

Tras titubear un poco, el Barón acabó por abandonar la habitación con paso presuroso. En la puerta, en la parte exterior, quedó la aya, vigilante. Aparte de eso, Gaspard y Gabrielle se quedaron solos. Cuando él le acarició el rostro, ella se abrazó a él con fuerza, tratando de controlar los latidos de su corazón que la dividían entre el placer y el miedo.

—No ha sido un ángel quien te lo ha dicho, ¿verdad mi amor? —le preguntó Gaspard en un susurro lleno de ternura.

Gabrielle negó con la cabeza. Se separó de él para mirarle, y echó un breve vistazo a la puerta para asegurarse de que su aya, siempre fiel, ni les escuchaba ni les miraba.

—He traído la desgracia a todos. Pero yo solo trataba de protegerte porque el Mal está en ella —dijo con la voz tomada e hizo una pausa—. ¿Pero tú ya lo sabías, verdad?

Gaspard sintió el reproche de su voz y acarició su rostro.

—¿Acaso tú habrías sido capaz de darme la espalda? Si me convirtiera en algo semejante, ¿podrías dañarme?

Gabrielle ya no pudo contener las lágrimas y negó con la cabeza; los bucles rubios danzaron a su alrededor.

—La llamo diabólica pero ella es incluso más buena que yo —dijo entre sollozos—. Porque yo hubiese sido capaz de arrastrarte conmigo a la condenación solo para no separarme de ti. Ella ha sido buena, aún en su maldición.

Gaspard volvió a abrazarla con fuerza, apoyando el rostro en sus cabellos y acariciándole la espalda.

—No te sientas avergonzada, mi amor. No todos poseemos la entereza de Adrienne —dijo tratando de consolarla—. Pero todos tenemos nuestras virtudes. Las tuyas son numerosas como las estrellas, Gabrielle. Y te quiero.

—No lo merezco —musitó ella con el rostro enterrado en su pecho.

—Quien no te merece soy yo —dijo Gaspard—. Y siento haberte hecho pasar por todo esto. Pero aún así desearé que quieras llegar a ser mi esposa cuando todo esto pase. Ya ves que yo soy egoísta también.

Gabrielle se quedó paralizada, y solo las lágrimas que caían por su rostro delataron movimiento en ella por unos segundos. Le miró a los ojos dorados sintiéndose desfallecer por la emoción.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, Gabrielle —dijo Gaspard muy serio—. Deseo pasar el resto de mi vida contigo.

Ella volvió a llorar, aunque esta vez fue la alegría el sentimiento que la embargaba. Su radiante sonrisa se contagió al rostro de Gaspard, que llevó las manos a su hermoso rostro y la besó con toda la delicadeza de la que fue capaz, colmado como estaba por la emoción y la necesidad de sentir el calor de los labios de Gabrielle en los suyos. Solo se detuvo cuando se dio cuenta de que sus manos habían bajado hasta la cintura de ella, y que la apretaba pecaminosamente contra su cuerpo. Respirando hondo la abrazó con ternura de nuevo, prometiéndose que disfrutaría de aquello que Denis, con toda la razón, le había acusado en silencio de evadir por culpa y miedo. Pasaron largos minutos, mientras oían sin prestar atención que en el resto del palacio se estaba formando un revuelo.

—Ya se acerca el atardecer —musitó Gabrielle al cabo de un rato.

—Sí mi amor —dijo Gaspard besándole la frente—. Pero no debes temer a la oscuridad.

—Lo sé —dijo Gabrielle obligándose a separarse de él, sonrió—. Irás a buscarla —aseveró—. Pero lo entiendo, me estoy haciendo mayor.

Gaspard sonrió, conmovido por su fortaleza.

—Te amo, Gabrielle —dijo besándola antes de alzarse para irse—. Volveré pronto a tu lado, te lo prometo.

—No, no me lo prometas —dijo Gabrielle, irradiando felicidad pese a que parecía agotada—. Solo vuelve.

Gaspard asintió, preguntándose qué era lo que se habrían revelado en su secreto encuentro las dos mujeres a las que amaba. Y preguntándose hasta qué punto le costaría volver, una vez se hubiese ido en busca de la que atormentaba sus pensamientos.

En la escalinata se encontró con el Barón Fabrice, que parecía estar preparándose para viajar. Por su lado pasaban criados con ropas y víveres. Gaspard no se sorprendió al descubrir en el rostro lívido del Barón que lo que había descubierto era que Gabrielle había tenido razón. Se preguntó qué aspecto debía de mostrar la Virgen de la basílica en aquel momento, y se estremeció.

—¿Vais a buscar a vuestra hija Marianne? —le preguntó Gaspard.

—Me temo que será tan solo su cuerpo maltrecho lo que traeré a casa —dijo el Barón tratando de mantener su voz firme—. Espero que tengáis a bien sumar otras tres estatuas, y frisos para todas las paredes de la iglesia a vuestros trabajos, Maestro Gaspard. Quiera Dios perdonarme así por mi ceguera y acoger a Marianne en su seno. Dejo a Gabrielle en vuestras manos, sé que la cuidareis mejor de lo que yo he cuidado de mi hija mayor.

—La protegeré con mi vida, Señor —dijo Gaspard.

—No lo dudo, hijo —dijo Fabrice—. Dios nos enseña a veces por duros caminos, pero yo he aprendido que los mejores hombres son a menudo los más humildes y trabajadores.

Gaspard agradeció sus palabras, deseándole un buen viaje y que Dios le ayudara a recuperar a su hija sana y salva. Después abandonó el palacio deseando encontrarse con Adrienne. Escuchó solo a medias a los guardias hablar sobre la sangre y los cardenales que habían aparecido en el cuerpo de madera de la Virgen de la basílica. Lo sintió de veras. Se dirigió hacia las afueras del pueblo en la creciente oscuridad. Los lobos volvían a aullar, llenando de lúgubres ecos el valle. Pero no les tenía miedo, pues sabía que en parte era Adrienne quien los controlaba. Solo deseaba verla.

Pero no iba a encontrarla, pues Adrienne tenía que enfrentarse a sus propios problemas. Permanecía tensa en la fortaleza, esperando a que Kartal fuera a buscarla.

—Capítulo 17: La rendición del alma—

Adrienne había llegado al castillo poco antes del amanecer, alegrándose de seguir encontrándolo en calma. Para que todo pudiera salir bien, tenía que ser ella la que le expusiera a Kartal cuanto había sucedido. Porque sabía que montaría en cólera.

En cuanto había traspasado el umbral frío y sobrenatural de la fortaleza se había dirigido a la habitación de las tres criaturas para cerciorarse de que la habían obedecido. Al abrir la puerta se había encontrado con las miradas hostiles de Bela y Aniela, que jugueteaban en la amplia cama de dosel. De David de Luisson no quedaba ni rastro. A Valeska tampoco se la veía por ninguna parte, pero si ellas dos estaban allí no podía estar muy lejos. Respirando hondo, se había dirigido entonces al aposento de Kartal. Pero no estaba en su dormitorio. Entonces no quedaba duda de que estaba con Valeska en algún otro cuarto de la fortaleza; él nunca se las llevaba a su propio lecho. De hecho, la única que alguna vez entraba en aquella habitación era la propia Adrienne.

Suspirando cerró la puerta de la penumbrosa habitación vacía y se dirigió a su propio dormitorio, con la mezcla de resignación y apatía que le provocaba el hecho de saber que Kartal estaba con otra. Aquella vez, sin embargo, le dolía más que nunca. Al menos así tendría tiempo para tratar de encontrar la forma de aplacar a Kartal cuando descubriese lo que le habían hecho.

Pero se equivocaba. Apenas se había dirigido hasta la balconada de su aposento y la había abierto para dejar penetrar la luz creciente de la mañana cuando oyó abrirse la puerta a sus espaldas. Tomada por sorpresa, nuevamente tensa cuando apenas se había permitido relajarse, todo lo que pudo hacer fue agarrarse con fuerza a la balaustrada de piedra mientras sentía, sin oírle, que Kartal se acercaba por su espalda. Lo vio aparecer a su izquierda, una figura alta de piel perfecta y pálida enmarcada por los cabellos y los ropajes oscuros que tan familiares se habían hecho. Pasaron unos segundos de silencio.

—¿Vas a explicarme qué ha sucedido ahí fuera esta noche? —preguntó finalmente Kartal—. Bela, Aniela y Valeska estaban furiosas porque las has obligado a quedarse en casa. Te odian más que nunca. Y nuestro Señor se regocija. Siento miedo, rabia y confusión bullendo ahí abajo, en el valle. ¿Qué has hecho, Adrienne?

La miró con una sonrisa satisfecha, casi esperanzada, llegando a creer que Adrienne, al fin, se había rendido a su esencia y por una vez había disfrutado de verdad de lo que le había ofrecido la naturaleza del Mal. Pero poco a poco todo atisbo de ánimo fue desapareciendo de su rostro. La tensión que expresaban los rasgos de Adrienne, la mirada fija lejos de él, eran demasiado familiares. Era el lenguaje sin palabras que anunciaba que había pecado nuevamente de misericordiosa con aquellos miserables.

—Adrienne...

Entonces se detuvo. Adrienne se estremeció cuando sintió que la temperatura aumentaba brutalmente a la vez que los ecos de los sonidos extraños parecían aumentar hasta ser tan claros como sus respiraciones. Kartal los estaba llevando a ambos al infierno de su propia furia. Le miró cuando sintió que cogía su mano derecha, para observarla de cerca. Kartal pasó unos dedos suaves,

delicados, por su dorso escaldado mientras en su rostro se reflejaba una ira homicida que hacía arder sus ojos negros.

—Agua bendita —murmuró.

Los cristales de la ventana se resquebrajaron.

Para sorpresa y terror de Adrienne, Kartal se apartó de ella sin decir nada. Simplemente se dio la vuelta para encaminarse hacia la puerta acompañado por toda la maldad que había acudido para reforzar su venganza. Adrienne, aterrada, se llevó las manos a la boca.

—¡Espera! —le gritó, pero Kartal no se detuvo.

Corrió tras él y le agarró la capa cuando todavía no había llegado al centro de la habitación. Él, sin embargo, no pareció darse cuenta siquiera. A su alrededor los ecos susurraban con voces de artera voracidad.

—¡Espera, por favor! —le suplicó tratando de detenerle.

En un esfuerzo, aún sabiendo que su propio bienestar peligraba, Adrienne se movió con rapidez para ponerse frente a él y barrarle el paso. Puso las manos en su pecho para detenerlo, pese a que si quería podía arrastrarla en su avance porque era más fuerte que ella. Kartal le sujetó los brazos y apretó los labios, tratando de contenerse.

—También estoy furioso contigo por tu estupidez —le dijo—. Apártate de mi camino y no me obligues a hacerte daño.

La empujó a un lado, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera. El aire que se removía a ras del suelo la envolvió mientras ella se incorporaba, sentada todavía, conmocionada y conmovida a un tiempo. Entendía, a su pesar, lo que movía a aquel hombre sin alma que estaba dispuesto a arrasar a todo un pueblo con las fuerzas diabólicas del infierno por desagradarla.

—Detente —dijo en un sollozo, viendo como él se acercaba ya a la puerta—. Kartal, por favor.

Se detuvo. Él era tan consciente como ella de que era la primera vez que le llamaba por su nombre desde hacía ya más de tres años. La miró con una expresión pétrea, indescifrable mientras Adrienne, en el suelo, ya no era capaz de retener el llanto. Se sentía desamparada y dolida después de tanto sufrimiento, después de intentar arreglar las cosas aún en su propio detrimento. Sin conseguirlo siquiera. Ya no era capaz de seguir. Se sentía hundida en un pozo de desesperación más profundo que el averno.

Notó que la alzaban en vilo y cuando estuvo de pie, se abrazó a Kartal sin dejar de llorar finas lágrimas de sangre que manchaban las ropas de ambos. El anhelo se cebaba en ella. La desesperaba notar cómo Kartal apoyaba una mano en sus cabellos, sin decir nada, proporcionándole el magro consuelo de un alma insensible que una vez había sido cálida.

—¿Por qué te haces esto? —le preguntó Kartal con la voz todavía cargada de rabia.

—No lo sé —musitó Adrienne—. Lo siento.

—¿Qué sientes, Adrienne? —le preguntó él hastiado.

—Hacerte daño. Aunque no lo creas, lamento mucho hacerte daño.

—Adrienne... —dijo Kartal con voz más suave, mientras la estrechaba con fuerza.

Se dejó alzar el rostro, y no se apartó cuando él se inclinó hacia ella. Sintió un cálido hormigueo que ésta vez no trató de vetar cuando sus labios se rozaron.

De pronto se oyó un aullido espeluznante, seguido de otro igual de atormentado desde el piso de abajo. Adrienne, paralizada, conocía suficientemente bien aquellas voces sobrenaturales, malignas, como para saber que eran las de Bela y Aniela.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Adrienne en un susurro.

Kartal la soltó y ella retrocedió dos pasos, aturdida, hasta que se giró para salir corriendo de la estancia y perseguir aquellos horribles gritos de espanto. La estremecía el ser incapaz de saber qué podía causar semejante dolor en aquellas criaturas perversas. La respuesta la encontró en un pequeño despacho amplio y casi vacío que había junto a la sala de audiencias. Bela y Aniela, sumidas en un frenesí de desesperación, estaban echadas en el suelo, abrazando el cuerpo de Valeska. Los cabellos granates de la diablesa, ondulados, se extendían como una cascada de sangre sobre el suelo de piedra. Habían perdido parte de su brillo, lo mismo que su piel. Su figura no irradiaba ya aquella energía oscura y voluptuosa, pese a que incluso en la muerte seguía siendo maléficamente hermosa.

Adrienne se sujetó al grueso marco de la puerta cuando se tambaleó. ¿Cómo podía estar Valeska muerta, ella que había vivido tantas épocas del mundo ayudando a cubrirlo de maldad con su simple y caprichosa existencia? Miró entonces a Bela y Aniela, que se abrazaban a su hermana, amiga y amante con impotencia. Le dieron pena. Adrienne incluso sintió de alguna forma la ausencia de Valeska; había vivido con ella mucho tiempo y ya no la vería mirarla con sus diabólicos ojos tintos nunca más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó finalmente.

Bela y Aniela se giraron a mirarla. Los brillantes cabellos castaños de Aniela resbalaron hasta el cuerpo de Valeska cuando se inclinó sobre ella para protegerla. En la mirada azul de Bela, vidriosa pero incapaz de llorar, se adivinaba tanto miedo como odio.

—¡La ha matado! —exclamó Aniela finalmente, mientras el eco de sus gritos y los de otras tantas criaturas invisibles seguían repercutiendo en la estancia, extendiéndose seguramente hasta el pueblo.

—La ha... —repitió Adrienne.

—¡La ha matado!

Adrienne abrió mucho los ojos al entender.

—¿Kartal? —preguntó, mientras Bela acariciaba casi con dulzura los cabellos exánimes de Valeska.

—¡Sí! —gritó Aniela—. ¡Por tu culpa! ¡Todo es a causa de ti!

Adrienne no pudo hacer otra cosa que seguir mirándolas, abrumada por las emociones que azotaban su interior. Sentía un extraño placer al observar aquella escena, pues al fin aquellas criaturas recibían un poco de lo que daban. Al fin sentían en sus propias carnes indelebles lo que era el dolor, la impotencia, la afilada hoja de la pérdida en el corazón. Si es que lo tenían. Y todo por ella, como había dicho Aniela. Kartal era capaz de matar por ella, de deshacerse de sus juguetes, antiguos como el Diablo, por complacerla. Adrienne se sentía henchida de poder.

Y sin embargo el horror persistía. Aquel sentimiento que le recordaba que todavía le quedaban rastros de humanidad.

—Lo siento —les dijo a las desgraciadas criaturas, pese a que no lo lamentaba nada más que por ellas, ya que había llegado a cogerles el poco cariño que despertaba el roce continuo en aquellos años de soledad.

Dejó que siguieran gritando, contra el mundo y contra ella. Sus pasos volvieron a llevarla a las habitaciones de Kartal. Lo encontró sentado en un diván, disfrutando de un copón que bien podía ser sangre o vino. Quizás era la sangre de Valeska.

—¿La has matado tú? —le preguntó.

—¿Crees que alguien más podría hacerlo? —Kartal se llevó la copa a los labios y bebió—. Se estaban volviendo demasiado insolentes. Su muerte mantendrá sumisas a las otras dos.

Adrienne fue incapaz de reaccionar a tan clara y tranquila respuesta.

—¿Por qué Valeska?

—Era la más inteligente de las tres, si es que sus movimientos se rigen por la inteligencia.

Adrienne asintió; las diablasas le habían recordado siempre a los voraces y poderosos tiburones, movidos no quizás por una inteligencia desarrollada, pero sí por unos eficaces instintos depredadores. Kartal la miró a ella, balanceando todavía la copa en su brazo extendido. En su rostro impenetrable se dibujó el amago de una sonrisa.

—Cómo eres. ¿Acaso lo lamentas, Adrienne?

—¿Y tú?

La sonrisa del rostro de Kartal desapareció con la misma serena lentitud con que había aparecido.

—Te dije que cumpliría tus deseos. Espero que eso te demuestre suficientemente lo que estoy dispuesto a dar por ti.

Adrienne apretó los labios, sintiéndose vencida mientras el calor que tanto tiempo había mantenido aprisionado empezaba a liberarse por su cuerpo.

—Gracias —le respondió.

Y sí, se sentía agradecida, pero también la estremecía el lugar a dónde les habían llevado a todos ellos sus sentimientos, sus promesas. Y se dio cuenta de que había algo que tenía que hacer de una vez por todas. Avanzó hasta donde estaba Kartal y se arrodilló frente a él. Puso las manos sobre la suave seda color borgoña sobre la que él estaba recostado.

—Tienes que dejarme arreglar las cosas —dijo.

Kartal dirigió su mirada hacia ella, entrecerrando los ojos.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Deshacerme de mis propios tormentos para liberarte a ti de los tuyos.

Kartal la sujetó de la muñeca, temiendo lo que pudiera estar pensando. Sin embargo no encontró rastro alguno de voluntad de suicidio en la expresión ni la voluntad de Adrienne. Solo había intensidad, y aquel familiar respeto ciego y confiado, que volvía.

—Por favor, confía en mí —le dijo Adrienne—. Si me quieres, confía en mí.

Kartal dejó de apretarle la muñeca, traspasándola todavía con la mirada. Adrienne se sintió embargada por la emoción. Había duda en aquella mirada oscura y siniestra, y preocupación. Había rastros de emociones puras, aunque ya no atribuyera su existencia a Dios. Alzó la mano

libre para acariciar el rostro de Kartal, tan temido, tan odiado, y tan querido. El rostro de aquel que la había llevado a la desgracia, que tanto la había amado. El rostro familiar que había perdido y reencontrado. Sintió que le temblaba la mano en su esbelta mejilla, hasta que Kartal puso la suya, cálida y suave, encima.

Sintió que se le aceleraba el corazón cuando Kartal se inclinó hacia ella, y cerró los ojos cuando sus labios se encontraron. Sintió que una lágrima resbalaba por su mejilla, y Kartal se apartó para lamerla, antes de volver a besarla. Adrienne sintió el sabor de su propia sangre en la boca, dulce y tonificante. Pero si algo era lo que la hacía sentirse viva y entregada a la vez era el sabor de los labios de Kartal. Y se abandonó a él, como si fuese el alimento que le había faltado durante todo aquel tiempo. No dudó que Kartal lo sentía de la misma manera, por la forma en que respiraba mientras la besaba, por cómo se incorporaba y la estrechaba con fuerza entre sus brazos. Solo que él siempre había sabido que también ellos estaban hechos para amarse, y había esperado todo aquel tiempo.

Adrienne ya no quiso hacerle esperar más, e inclinó la cabeza hacia atrás cuando Kartal hizo descender sus labios para besarle el cuello y la clavícula. Suspiró ante aquel placer prometedor y desconocido, y se dejó levantar del suelo. En pocos segundos estaba estirada en el diván, y Kartal se cernía encima de ella acariciándola y besándola con una pasión que no tardó en embargarlos a ambos. Adrienne había visto suficientes cosas en aquellos años como para saber cuanto iba a suceder, y sintió un anhelo intenso por dejarse poseer. Enterró las manos en los cabellos de Kartal cuando éste se dejó caer sobre ella, sin dejar de moverse, sin apartar su cuerpo del de ella. Cerró los ojos y olvidó todos sus miedos, los falsos recatos y cualquier duda o vergüenza. Adrienne ya sabía, finalmente, a quién deseaba entregarse ahora.



Al cabo de las horas, mientras permanecía acurrucada entre el respaldo de la otomana y el cuerpo de Kartal, Adrienne abrió los ojos. En algún momento las cortinas se habían cerrado para sumirlos en una agradable penumbra, pero algo en el cambio del aire que les rodeaba, algo que parecía insuflar nueva vida al ambiente que habitaban, le anunciaba siempre cuándo el sol se ocultaba dando paso al mundo de las tinieblas.

—Ya casi anochece —dijo Adrienne.

Kartal siguió acariciándole los largos cabellos que se esparcían sobre ambos, hasta que se detuvo un instante para reanudar el rítmico movimiento de nuevo.

—¿Por qué parece que tienes prisa? —le preguntó.

Adrienne suspiró, sin saber qué contestar. No sabía cómo explicarle que ya no soportaba toda aquella angustia ni un minuto más.

—Está bien —dijo Kartal, siempre tan permisivo—. Pero no quiero que vuelvas a salir perjudicada.

—Tranquilo, Kartal —le dijo Adrienne apoyando la cabeza en su pecho—. Los poderes de mi Señor me protegen.

Hizo el ademán de levantarse, pero la mano de Kartal se movió con rapidez agarrándola de la mano derecha. La hizo girar, para observar la marca rojiza que todavía se podía ver en su dorso.

—Adrienne —dijo con voz más dura y sin dejarla moverse—. Dime quién te hizo esto.

—Por favor no...

—Adrienne —repitió Kartal simplemente, pero era suficiente para que ella se estremeciera.

—Por favor, Kartal —dijo—. Déjame tratar de arreglar esto a mi manera.

Él se apartó los cabellos negros de la cara, mirándola con expresión inescrutable.

—No vas a poder hacer nada —dijo—. Todos tendrán que morir. Como tú misma dijiste, esto no es Valaquia, ni Moldavia ni siquiera Constantinopla. No podemos dejarles existir siquiera, sabiendo lo que saben. Te permitiré salvar a Gaspard y a su nueva amada, pero nada más.

—¿Si hubiera una manera, me permitirías probarlo? —dijo Adrienne inclinándose sobre él.

Kartal alzó una mano y le acarició el rostro, arrancándole un suspiro. La atrajo hacia sí, haciéndola caer sobre él y la abrazó.

—Me has embrujado con el placer de tu cuerpo y soy incapaz de negarte nada —musitó—. Te doy esta noche, pero te quiero de vuelta antes del amanecer. Y recuerda que no quiero que a Gaspard se le pase por la cabeza la idea de seguirte hasta aquí.

—No es a Gaspard a quien voy a ir a ver —Adrienne le miró a los ojos—. ¿Acaso no te das cuenta de que ya soy tuya? ¿No ves la oscuridad en mí? Te amo.

Kartal asintió, y una chispa de calidez se reflejó en su hermoso rostro anguloso. Separó una mano de su cintura y le cogió la mano derecha. Adrienne gimió cuando le presionó la herida.

—Pero dime quien te ha hecho esto —insistió Kartal—. Para él no habrá salvación posible y no hay más que hablar sobre eso, Adrienne.

Adrienne pensó con rapidez. Kartal mataría a quien la había dañado, no lo dudaba. Ni tampoco podría impedirlo. Pero no podía permitir que asesinara al padre Corbet. Lo respetaba, y le necesitaba. Su mente, astuta y malévola en su nueva naturaleza, le dio una solución que la horrorizó menos de lo que esperaba. Miró a Kartal a los ojos.

—Fue el Obispo Edgard —dijo tratando de que su rostro no reflejara la mentira—. Fue el Obispo, aunque es tan cobarde y mezquino que jamás lo admitirá.

Kartal asintió en silencio. Después la dejó levantarse, besándole fugazmente la frente.



Minutos después Adrienne enfilaba las escaleras hacia la planta baja, sintiéndose dulcemente cansada, más libre y relajada de lo que se había sentido nunca. Los hormigueos regresaron a su cuerpo mientras recordaba aquellas últimas horas de intimidad, pero no era el momento de recrearse en ello. Sabía lo que tenía que hacer, y sabía lo que ocurriría después. Que sería feliz,

quizás. Quizás todos lo serían.

Se detuvo bruscamente cuando de pronto el rostro fino y de ojos granas de Aniela apareció ante ella al traspasar la esquina que dejaba atrás las escaleras para adentrarse en la sala de audiencias.

—Tú... —le dijo Aniela extendiendo tangibles prolongaciones de odio hacia ella—. Tú tienes la culpa de todo.

Adrienne no pudo evitar sonreír con amargura.

—Es posible que sí. Si no hubiese sido porque yo existo, quizás Kartal nunca habría llegado a venderle su alma al Mal y nada de esto hubiese ocurrido —murmuró—. Pero ya no me apeno por ello, Aniela.

Adrienne le puso una mano en el hombro, para sorpresa de la arpía.

—Voy a quedarme, aquí y con Kartal. Acéptalo, y no será necesario que sigas el camino de Valeska. En realidad no lo desearía, Aniela. No deseo que os hagan daño, aunque piense que os lo merezcáis.

Pasó junto a ella aunque sin dejar de vigilarla, y se encaminó hacia la puerta. Sabía que iba a atacarla, podía notarlo en el malicioso regocijo del aire, en la furia que desprendía y que se concentraba contra ella. Lo lamentó, era poco inteligente por su parte. Pero Aniela jamás había sido lista y la rabia la enajenaba. Adrienne se preparó para defenderse cuando sintió que, a su espalda, el cuerpo delgado y furioso se tensaba a punto de saltar. Sabía lo peligrosa que podía llegar a ser la arpía, lo había visto con sus propios ojos en innumerables ocasiones. Pero ella también era peligrosa.

—¡Aniela! —resonó entonces la voz de Kartal.

Ambas se giraron a mirarle. Estaba apoyado en la esquina de la sala, con los brazos cruzados. Parecía tranquilo, pero ni Aniela ni Adrienne se engañaban. En el rostro de la diablesa apareció una expresión de temor.

—Aniela —repitió Kartal con suavidad—. Acompáñame.

La criatura se puso a temblar, y miró a Adrienne por un momento con los ojos turbios por el terror. Adrienne le devolvió la mirada sin saber qué transmitirle en ella. Estaba segura de que había compasión y trató de ocultarla, no quería asustarla más. No quería que Aniela intuyera en su mirada que toda esperanza era vana.

—Adrienne —la llamó Kartal, acaparando su mirada—. Si no has regresado antes del amanecer saldré a buscarte.

Adrienne asintió y se dirigió hacia los grandes portones, que se abrían para ella. Oyó cómo Kartal requería de nuevo a Aniela, y el gemido bajo de ésta. No quiso oír más.

—Capítulo 18: Pecados extensos como un mar de estrellas—

El padre Corbet estaba extenuado aquella noche. Y sabía que no se debía únicamente a las largas horas en que había estado escuchando los más viles pecados, en que había estado predicando, tratando de hacer entender a sus perdidos feligreses que la salvación residía en luchar contra las tentaciones. Que debían anteponer la castidad a la lujuria, la caridad a la envidia, la humildad a la soberbia. Cuántas veces había repetido aquel día a sus temerosos fieles que el perdón todavía era posible, que la redención estaba a su alcance. Que Dios era magnánimo y misericordioso. No, sabía que no era solo por eso por lo que estaba tan fatigado. Sabía que era porque él mismo no creía ya en sus propias palabras.

Como cualquier sacerdote, el padre Corbet sabía que las gentes cometían sus pecados. Los ricos pecados de ricos, los pobres pecados de pobres. Pero todo lo que había revelado aquella hija de los infiernos era algo que no hubiese esperado ni en sus peores sueños. Nadie en Rocamour parecía librarse de la influencia del diablo. Y el Corregidor, el médico y el Obispo, de los que esperaba más por ser gentes cultas y respetables, eran sin duda los peores. Y además no estaban en la extensa fila de feligreses que habían acudido durante el día para tratar de expiar sus pecados. Había sido un día de locos. Y luego se había enterado de que Laverne, la adúltera y mentirosa esposa del pobre Guillaume, había aparecido muerta en la alberca. Todos quisieron creer que se había suicidado, pero en su fuero interno la mayoría pensaba que había sido asesinada. Si por su esposo o su amante nadie estaba seguro, algunos conjeturaban que lo habían hecho juntos.

Al encontrar el cadáver, muchos se habían preguntado qué hacer. Nadie estaba seguro de querer llamar al médico FitzPatrick, que era un perverso, ni al Corregidor Latimer que era un violador. Pero el primero había estado tratando a la frágil Gabrielle, que había sido presa de un ataque de nervios, y al segundo se le había encontrado muerto en las cercanías de la taberna de Maurice. La versión oficial era que Latimer había muerto por sus excesos con la bebida, aunque muchos estaban seguros de que el tabernero había participado en ello. Le habían visto acudir a casa de Iva y salir de allí con un paquete pequeño.

—Dios, perdónales a todos —murmuró el padre Corbet mientras seguía paseando el incensario por la cripta para disipar el fuerte olor a humanidad.

Quizás la noticia más triste había sido la más siniestra. El hallazgo de la Virgen sangrante en la basílica había sido más de los que muchos habían podido soportar, pero nadie se atrevía a abandonar el pueblo porque los lobos y cosas peores acechaban en los bosques. Los que ya habían presentido el Mal y se habían ido hacía días, habían desaparecido dejando tan solo un rastro de ropas rasgadas y pertenencias diseminadas que habían encontrado los leñadores antes de dejar de realizar su trabajo por miedo a lo que les pudiera pasar. Todos sabían que estaban atrapados a merced de los oscuros pensamientos de los que habitaban la fortaleza, sin poder escapar ni pedir ayuda. Y cuando el Barón le había explicado que se marchaba porque el dolor de la Virgen era el dolor de su hija Marianne, y que Dios le abriría camino en aquel bosque tenebroso si trataba de salvarla, el padre Corbet ni siquiera lo había dudado. Solo que dudaba que fuera Dios quien le

había protegido. Pero había callado, y le había prometido que rezaría por el alma de Marianne.

Ya anoecía cuando había conocido la triste noticia de que tendría que rezar también por el alma de otra de las hijas del Barón. Parecía ser que, mientras Gabrielle buscaba por la casa a su madre para anunciarle que Gaspard le había pedido matrimonio aunque fuera de forma informal, su hermana se había acercado por detrás de ella en lo alto de la escalinata. Los reflejos habían salvado a Gabrielle, que se había apartado a tiempo pero impelida por su propia determinación, Margot no había podido detenerse y, apartada su hermana, había caído por las escaleras rompiéndose el cuello. Tal como anunciara la diabólica Adrienne, que pese a todo había salvado a las almas más puras del pueblo.

Pero había condenado a otras, y él padre Corbet tenía que rogar ahora a Dios para que acogiera a aquellas almas descarriadas. Y ni siquiera sabía si el Todopoderoso estaba allí, escuchando. Quizás les daría la espalda a todos, como había hecho con la antigua amada de Gaspard, como había hecho con aquel joven rumano, el sobrino del Conde de Calhors, que parecía haberlo iniciado todo dejando germinar la semilla del Mal en su interior.

Cansado, el padre Corbet dejó el incensario y se aprestó a subir a la austera habitación que tenía junto a la capilla, sabiendo que antes del amanecer debería estar de nuevo en pie, dispuesto a recibir a sus fieles y transmitirles una fe y una esperanza que él mismo sentía tambalearse. Apagó los velones que estaban más cerca de las superficies inflamables y subió las escaleras encomendándole en voz baja una última plegaria al santo.



Fuera hacía un frío intenso que traspasaba sus hábitos y llegaba hasta los huesos. La niebla, fría y llena de voces extrañas, se removía por las calles de la ciudad sin atreverse a acercarse a la santa explanada de Michelet. Los lobos aullaban en la lejanía. Pero aún así el sacerdote sintió un estremecimiento y un hormigueo en la nuca, haciéndole pensar que no estaba solo. Miró a su alrededor, pero la plaza parecía hallarse vacía. Allí cerca, la casa de Gaspard, estaba a oscuras; tanto él como Denis se habían quedado a pasar la noche en el palacete de los Renaud tras conocer la funesta noticia del ataque y la muerte de Margot. Pero él no estaba solo, el padre Corbet lo sabía a la perfección.

—¿Has venido a vengarte? —dijo en voz alta alzando el velón que sostenía para alumbrarse.

Entre las sombras junto a su casita pareció dibujarse una figura. Unos ojos nítidos y luminosos, aunque oscuros, se hicieron visibles en ella.

—No padre, tan solo vengo a hablaros —respondió aquella voz que el sacerdote temía recordar siempre en sueños—. De hecho, os he salvado la vida.

Se oyó un grito espeluznante que venía de la basílica, mientras la luz que salía de su interior parecía tornarse al rojo oscuro. Tenía que ser el Obispo quien gritaba, pues se quedaba allí hasta altas horas contando sus riquezas, que eran lo único que tenía ahora.

—No, padre Corbet —le dijo Adrienne saliendo de las sombras—. No vayáis. Ya no hay salvación para ese avaro, y si acudís allí moriréis también. Si he intercambiado vuestros destinos es para que viváis vos, que lo merecéis más.

—¡No! —dijo el padre, pero entonces aquella criatura se interpuso veloz como un rayo en su camino y no se atrevió a avanzar.

—Padre Corbet —dijo Adrienne con suavidad—. Pese a que la idea incluso parece atraeros ahora no os podéis permitir morir. Os habéis dado cuenta de que Dios no va a hacer nada por este pueblo, así que tenéis que hacerlo vos. Yo ya no comparto vuestras creencias, ni vuestro recato, pero todavía hay algo que tenemos en común: ambos queremos salvar a estas gentes.

—¿Y por qué querrías hacer eso tú? —le preguntó el sacerdote con recelo.

Adrienne sonrió con diversión.

—Habéis leído demasiadas leyendas, padre Corbet —le dijo—. Ésta no es ninguna triquiñuela del Demonio para engañaros. Yo tengo mis propios motivos para querer defender este lugar, por poco que lo merezcan quienes lo habitan.

El padre Corbet la observó largamente. Si dejaba de lado el miedo y la incomodidad que le provocaba aquella alma condenada, podía ver que en ella quedaban aún rastros de una humanidad que había sido tan pura y generosa como ella misma había afirmado la noche anterior.

—Aún le amáis, ¿verdad?

—Siempre le amaré, padre —respondió Adrienne con llaneza—. Yo misma me aseguré de ello antes de entregar mi alma. Solo que ahora amo también otras cosas de las que vos no estaríais orgulloso. Cosas que nos han sido vedadas por un dios que pide mucho y no da nada. Me he desecho del pudor y del recato, del miedo a ser castigada. Ya estoy condenada ahora, y no está tan mal. Mi Señor ofrece muchos dones, y pide poco a cambio.

—Solo el alma —dijo el padre Corbet.

Adrienne sonrió.

—No canséis vuestros labios tratando de devolverme a mí al redil. No le echo de menos, padre. No extraño a Dios. Ahora tengo a quien necesito.

El padre Corbet retrocedió un paso, pese a que Adrienne ni se había movido ni había dejado de sonreírle con ánimo tranquilo. Era algo más lo que le asustaba, algo que parecía hallarse en el ambiente, acompañándola a ella. Algo más intenso que la noche anterior.

—Sois muy bueno, padre —dijo Adrienne—. Por eso lo notáis. De la misma forma que yo siento algo que me turba estando aquí, en esta plaza. ¿Lo veis? Los pecados son cuantiosos como un mar de estrellas, os habéis dado cuenta y es cierto. La naturaleza humana está corrompida. Pero también el bien sigue existiendo. Lo atraéis vos de la misma forma que yo atraigo al Mal. Así que no perdáis vuestra fe, vos que todavía podéis conservarla —hizo una pausa—. Os admiro. En otros tiempos nos habríamos llevado bien.

El padre Corbet estaba seguro de ello, y por eso le dolía más ver a aquella criatura convertida en lo que ahora era. Jamás perdonaría a Dios por ello.

—¿Qué queréis de mí, hija? —le preguntó.

—Vuestra colaboración, padre. O todas las gentes de este lugar seguirán el mismo destino que

el Obispo. ¿Deseáis salvar al pueblo? Pues tendréis que hacer lo que yo os diga.

El sacerdote supo entonces que si accedía a tratar con aquella diabólica doncella, posiblemente lo lamentaría toda la vida y más allá de ésta. Pero no tenía otra opción. Él, al menos, recordaba todavía que cuando hizo sus votos juró deberse al pueblo de Cristo y responder por él.

—Os escucho —dijo finalmente.

Adrianne, aquella nítida figura de ojos brillantes, asintió con la cabeza.



La madrugada llenaba ya de rocío la espesa hierba del patio de la fortaleza cuando Adrianne, sintiéndose mal por todo el tiempo que había pasado cerca de las capillas, llegó al castillo. Oyó un lloro tenue al abrir los portones, y entonces recordó lo que había dejado allí atrás. Buscó con la mirada en la amplia sala de audiencias, hasta que encontró a Bela acurrucada en un rincón, con las piernas recogidas frente al cuerpo y los largos y lisos cabellos rubios extendidos como una cortina alrededor de ella.

Así que también Aniela había sido sacrificada, pensó Adrianne, sintiendo compasión. Se acercó a Bela y le acarició los cabellos, mientras la criatura se ponía tensa y volvía a relajarse, haciendo más intenso sus lloros sin lágrimas. Era su aspecto dulce y frágil lo que le despertaba más pena, pues aquella apariencia hacía olvidar a veces que aquella criatura era tan aviesa y cruel como lo habían sido las otras dos, igual de maligna. Pero aún así lo sentía por ella, pues era la única que quedaba. Y Adrianne sabía lo que era la soledad.

Pero se sintió confortada al saber que ya no estaba sola. Tras besar fugazmente la cabeza de Bela, se fue a buscar a Kartal negándose a sentir compasión por Aniela. Al fin y al cabo ella había deseado atacarla, la habría matado de haber tenido oportunidad. Y el mundo estaba mejor sin ella. Además, si la necesitaba era muerta. Se fue directamente a su habitación, sabiendo que él iría a buscarla en cuanto sintiera su presencia. Mientras esperaba se tumbó en su lecho, recordando con un hormigueo las horas que había pasado en la otomana de Kartal. Ansiaba vivir aquellas placenteras sensaciones de nuevo, pero no era el momento. Cuando Kartal entró en su habitación, se limitó a mirarle fijamente y sondear su ánimo. Parecía suficientemente tranquilo, y Adrianne sintió deseos de abrazarlo.

Se levantó y se acercó a Kartal mientras él tomaba asiento en una butaca baja.

—Te amo —dijo arrodillándose frente a él y apoyando las manos en sus rodillas, mirándole directamente a los ojos rodeados de sombras—. Pero tienes que hacer algo por mí.

—¿Qué? —preguntó Kartal.

—Tienes que perdonar a este pueblo, y dejarlo vivir. Hay una manera —se apresuró a decir al ver que él entrecerraba los ojos—. Eso es lo bueno de la gente, que es crédula. Desean en lo más hondo creer que nada de esto ha pasado, que nada ha sido su culpa y que pueden retornar al buen camino. Solo tenemos que darles una excusa para creerlo, y un culpable al que achacar sus actos.

—¿Y por qué tendría que hacer yo eso por unos míseros pueblerinos que han osado atacarte, a ti que eres mi compañera, la preferida del Príncipe de las Tinieblas?

—Porque puedes ser generoso.

Kartal se inclinó hacia delante.

—No hay bondad en mi corazón, Adrienne. La perdí hacer mucho tiempo. La vida en Valaquia me despojó de todo lo bueno que había en mí, y ya no lo echo de menos.

—Me niego a creer que tu humanidad ha desaparecido del todo —dijo Adrienne—. Tú no eres como Bela, Aniela y Valeska, que ya nacieron malignas. Si en las personas de bien existe el Mal, también en nosotros puede existir algo de Bien, Kartal. También en ti. Hoy, en tus brazos, he sentido calor. No me lances al frío de nuevo.

Kartal se quedó quieto, cavilando en silencio. Después la miró, sin que en su rostro se reflejaran sus sentimientos.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Solo quererme, y querer que seamos felices. De esa forma solamente podrá este pueblo seguir adelante, y Gaspard y Gabrielle serán tan dichosos como puedan serlo en él. Y yo seré entonces feliz también, a tu lado. En nuestro propio mundo. Quiero estar a tu lado, y que me ames —musitó en un tono dulce que pareció una súplica.

Kartal se inclinó hacia ella y le acarició el rostro con delicadeza, la mirada enturbiada por un cariño profundo y tan sincero como el de ella.

—Deseo tu felicidad, mi pequeña. Qué tengo que hacer.

—Entrégales a Aniela y a Valeska, el padre Corbet se encargará del resto.

Kartal entrecerró los ojos.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó—. ¿Que les entregue un chivo expiatorio para que ellos puedan creer que fueron engañados y seducidos en su contra para actuar como lo han hecho?

—Sí.

Kartal se inclinó hacia ella, y le acarició el rostro en silencio. Adrienne suspiró, sabiendo que durante todo aquel tiempo había deseado que Kartal mostrara aquella ternura, además de su paciencia y su contención. Adrienne era capaz de darlo todo por esas caricias. Incluso los restos de su alma.

—Está bien —dijo Kartal—. Lo haré por ti. Pero no porque haya bondad en mí, Adrienne. No te engañes. Solo lo haré porque te amo, de la misma forma que tú lo haces porque no pudiste distanciarte de Gaspard. Estamos condenados dentro de nuestra condena, para miseria de todos. Supongo que crees que si hago esto conseguiremos liberarnos y avanzar.

—Sí, lo creo —dijo Adrienne.

Kartal la besó, y Adrienne se aferró a su cuello. Deseó que las manos de él acariciaran de nuevo su cuerpo, que la amara con dulzura y desenfreno, como la vez anterior. Y despertar acurrucada en su regazo, sintiéndose protegida y amada. Por él, por Kartal.

—Entonces que así sea —dijo Kartal cuando se separó de ella—. Solo que ya no queda nada que entregar a la turba de Aniela ni de Valeska. Sus cuerpos se han convertido en la ceniza en la que fueron engendradas. Polvo somos... —ironizó recitando las escrituras.

—Pero entonces...

—Solo hay una cosa que les podemos entregar, mi amor.

Kartal ya se estaba alejando hacia la puerta. Adrienne comprendió de pronto, y recordó el penoso aspecto de Bela, acurrucada y desamparada en un rincón, aterrada.

—¡Espera! —dijo levantándose para correr hacia Kartal.

Él se giró hacia ella.

—¿Quieres salvar a esa gente, o no?

Adrienne se sintió de nuevo en una encrucijada. Su Señor, travieso y caprichoso, siempre era capaz de arrastrarlos de nuevo al sufrimiento con que le alimentaban. No renunciaría a obtener de ella pena y turbación. Y estaba dando ahora su golpe más certero, porque la estaba sometiendo a la prueba más dura que Adrienne hubiera podido esperar. Nunca había matado a nadie ella misma, ni había enviado a otros a que lo hicieran por ella. Pero ahora tenía que decidir cuál era el camino a seguir; de una forma u otra, estaría cayendo más profundamente en las garras del Mal. Kartal lo sabía, y ella había sido una ingenua tratando de oponerse a su destino maldito. Tenía que condenar a alguien, ya no había vuelta atrás. Pero de ninguna forma condenaría a Gaspard y su posible felicidad. Y una parte de ella se regocijó cuando tuvo la certeza de que, sin Bela, Kartal sería ya solo para ella, y para nadie más.

Soltó el brazo de Kartal.

—Hazlo —dijo solamente, y sintió que el Mal se regodeaba en su interior.

Kartal se dirigió hacia la puerta.

—¡Bela! —llamó mientras salía.

Adrienne se negó a sentirse culpable.

—Capítulo 19: El desagravio de Astaroth—

Nadie sabía exactamente por qué el padre Corbet los había emplazado a todos en la Plaza Michelet, frente a la cripta de Rocamour en aquel frío atardecer. Pero no faltó nadie. Las azadas quedaron abandonadas en los pequeños campos de los niveles bajos de la ciudad, los tenderos cerraron sus puestos, incluso Maurice cerró su taberna y bajó hasta el pueblo con su hija Fleur, que se sentía casi asustada ante tantas sonrisas amables y frases de cortesía. Iva, que había estado preparando infusiones para la mitad de la población, lucía negras ojeras bajo los ojos, pero ya levantaba la barbilla de nuevo y miraba a la gente a los ojos. Se acercó rápidamente a Gabrielle cuando ésta, vestida de negro como su madre y su pequeña hermana Claire, la única que le quedaba, acudió agarrada del brazo de Gaspard. Denis los acompañaba y sostenía el brazo de la baronesa. Tal como la herbolera temía, todavía no había desaparecido de su rostro la expresión de horror que la acompañaba desde el día anterior.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Iva con voz suave.

Gabrielle se limitó a asentir. La herbolera miró inquisitiva a Gaspard, que asintió con la cabeza y atrajo a Gabrielle hacia sí para abrazarla y besarle los cabellos.

Todas las miradas, no obstante, se volvieron hacia el padre Corbet, que salía en aquel momento de su capilla llevando de nuevo un crucifijo y una redoma de agua bendita. Parecía tener otra en la escarcela que pendía del cordón de su hábito. Los que habían estado en el anterior exorcismo se agitaron inquietos, no deseaban pasar de nuevo por ello.

—Amigos míos, Dios nos ha sonreído y podemos sentirnos afortunados —dijo el sacerdote con voz alta y clara, pese a que su rostro era la viva imagen de la íntima inquietud—. Esta noche, al fin, hemos sido librados del Mal que nos acechaba. ¿No os dais cuenta de que ya no aúllan los lobos? ¿De que ya no hay susurros malévolos en el aire? ¿De que la oscuridad ya no nos observa y se ríe de nosotros?

Gabrielle, que era una de las que estaba más cerca del padre Corbet, parpadeó confusa. A su lado, Gaspard miraba fijamente al sacerdote. Éste, mientras la gente murmuraba entre sí porque parecía ser verdad lo que había dicho, le guiñó un ojo sin diversión ninguna. Gaspard se relajó, y para él el mundo volvió a girar de nuevo.

—¿Cómo sabemos que es verdad que nos hemos librado del Mal, padre? —preguntó alguien entre la turba.

—Ahí tenéis la respuesta —dijo el sacerdote señalando por detrás de la masa de gente, hacia el camino que venía de lo alto del peñasco.

La muchedumbre se abrió entre murmullos y atropellos, para dejar pasar al extraño cortejo que se acercaba. Un hombre bajo y corpulento de ojos grises al que muchos habían visto se acercaba tirando de las riendas de un percherón, que arrastraba tras de sí una carreta de madera abierta. En ella se adivinaban las curvas de un cuerpo. A medida que las luces de las antorchas recaían en el cuerpo, la gente pudo ver que se trataba de una doncella de largos cabellos rubios y claras vestiduras que algunos habían llegado a ver alguna vez en la taberna de Maurice, y en sus sueños

más ocultos.

Detrás de ellos venían otras dos figuras cogidas de la mano, erguidas y serenas. Se trataba del primo, o lo que fuera del Vizconde, aquel *messieur* Balan que había tomado las funciones de gobierno de la fortaleza. Con él venía la doncella francesa, que era la que, en comparación con las otras, la que menos asustaba. Pero los recuerdos, o las pesadillas, despertaban de nuevo. Muchos retrocedieron al verla y algunos quisieron fijarse en su mano derecha, pero ésta quedaba oculta por la bordada manga acuchillada de su hermoso vestido de luto. En su cuello pendía un hermoso colgante en forma de dragón.

Gaspard, sin embargo, no era a Adrienne a quien observaba en aquella ocasión, pues no podía apartar la mirada de Kartal. No le veía desde los once años, cuando el joven noble partió teniendo apenas catorce, y sin embargo era un hombre ahora, el hombre que había destruido su vida y que, por lo que parecía, se la perdonaba de nuevo. Quien se lo había quitado todo. Sintiendo observado, Kartal le guiñó un ojo. Pero no había amistad en aquel gesto, tan solo diversión, tolerancia y cierta picardía.

Los cuchicheos cesaron. La expectación era palpable cuando el cortejo se detuvo frente al sacerdote, y la gente permaneció alrededor. El padre Corbet se aclaró la garganta.

—Aquí la tenemos —dijo en voz alta y alzando los brazos, mientras Farkas cogía el cadáver de Bela y lo dejaba en el suelo a la vista de todos—. Aquí tenemos a la hija del Diablo que tanto daño nos ha hecho. Ésta, con las otras dos que ya están muertas y han sido consumidas por el fuego misericordioso de Nuestro Señor, han sido las viles criaturas que han llenado nuestras mentes de perversión y maldad. Las que envenenaban vuestras mentes y controlaban vuestros sueños, las que querían desviaros del camino del Señor. Como el Santo nos enseñó: «*Si quiero ver al demonio al descubierto, basta echarle agua bendita, pronunciando esta mi poderosa verdad: “por fin, el generoso corazón de María triunfará”*».

Dicho esto dejó caer la redoma de agua bendita sobre el cuerpo de la doncella muerta, que empezó a consumirse entre un humo negro y espeso que se retorció agonizante en el aire invernal. Varias mujeres gritaron, mientras los hombres observaban anonadados como aquel cuerpo hermoso se disipaba entre llamas infernales.

—Decidme, devotos feligreses míos —dijo el padre Corbet arrancando la mirada de aquella verdadera hija del Diablo y sintiéndose taladrado por la mirada de los otros dos condenados que tenía delante—. ¿No os sentís ahora más limpios, más virtuosos? ¿No sentís cómo la maldad que habían hecho entrar vilmente en vosotros os abandona?

—Sí, padre —dijo el médico FitzPatrick—. Vuelvo a sentir el bien del Señor, que esa vil criatura me había arrebatado sumiéndome en una vida pecaminosa.

El padre Corbet le observó en silencio, sintiendo que la repugnancia se removía en su interior. Obligándose a no dejarla traslucir porque sabía que, con un solo paso en falso, aquel joven alto y esbelto de negros cabellos que permanecía inmóvil frente a él arrastraría a todas aquellas almas al infierno. Miró a Claire, la hermana de Gabrielle, para coger fuerzas. Por criaturas así de inocentes, con un futuro por delante, todo valía la pena.

—Me alegro, amigo FitzPatrick —mintió—. Y es seguro que ahora, liberado de las maléficas

influencias de las criaturas del infierno, dedicareis vuestra vida al bien y al Señor, para expiar cualquier culpa que pudiera ser juzgada ante Dios. Como haréis todos vosotros, ¿verdad hijos míos?

Los murmullos de asentimiento, junto con promesas exaltadas y llenas de fervor además de insultos contra el cuerpo que seguía consumiéndose frente a ellos, crecieron en la noche fría y estanca.

—Lo que nos preguntamos, padre —dijo una voz anónima y entrecortada entre el gentío—, es si la fortaleza está libre ya de criaturas viles.

Los ojos de todos se posaron en Kartal y Adrienne. Ella se giró y los miró a todos con el rostro velado por la pena. Era la viva imagen de la contrición, excepto para los ojos de los que sabían ver. Pero tanto el padre Corbet como Gaspard y Gabrielle callaron.

—Mucho tiempo —dijo Adrienne con voz débil—. Mucho tiempo hemos estado sometidos al influjo de estos seres siniestros. Hemos visto morir a nuestros familiares, sin que nada pudiéramos hacer por ellos, sin que tuviésemos la fuerza para romper estas cadenas. Jamás conocí horror semejante. Hasta el día de hoy en que mi caballero, valiente estandarte de la Orden del Dragón —alzó un brazo para señalar a Kartal, que seguía observando la escena con los brazos cruzados y expresión impenetrable—, ha tomado fuerzas de la fe y se ha liberado del embrujo, emprendiendo su propia cruzada y liberándonos a todos de la inminente condenación.

Los murmullos se alzaron. Gaspard, que seguía mirando a Kartal, empezaba a darse cuenta de lo crédula que podía llegar a ser la gente cuando quería dejarse engañar. Con Kartal, al menos, era fácil. Su porte era el de un guerrero, su rostro afilado y apuesto, el de un héroe de leyenda. Y en aquel momento, sin duda siguiendo su voluntad, la oscuridad se cebaba sobre todos menos sobre él y Adrienne, haciéndolos brillar con aparente pureza. Incluso el propio Gaspard era incapaz de vislumbrar hasta dónde llegaba su maldad.

—Alabado sea el que nos ha salvado con la ayuda de Dios. La fuerza del Señor es grande. ¿No es eso cierto, hijo? —le dijo el padre Corbet a Kartal con la voz ronca, tratando de que no le temblara la voz.

—Tan cierto como que Dios es todo misericordia, padre —respondió Kartal con los ojos divertidos fijos en el sacerdote.

El padre Corbet dejó caer la mano en que sostenía la cruz, perdida la fuerza. Adrienne volvió a reclamar la atención.

—Por favor, padre —dijo girándose hacia él—. Bendecidme con vuestra sacra autoridad para que mi miedo se disipe y pueda creer que Dios me quiere, que me perdona como perdonará a los demás.

Gaspard quiso avanzar cuando vio que el sacerdote se acercaba a Adrienne levantando otra redoma, pero una mirada de Kartal lo detuvo. La gente observó, con la misma atención que él, aquel momento crucial en que el padre Corbet abría la redoma y salpicaba a Adrienne con su contenido para purificarla, mientras ella bajaba pudorosa la mirada. Nada sucedió, para sorpresa de algunos y alivio de todos. El ambiente se relajó ante la evidencia de que aquella hermosa y asustada joven era tan pura como podían serlo los demás. Creían ya que ellos también podían ser

perdonados por sus fechorías, como lo había sido ella. A sus pies, del cuerpo de Bela tan solo quedaban cenizas ya.

—El Señor es grande —dijo Kartal, pero pocos leyeron la mofa en sus palabras.

Los demás corearon su lema, tan simples como eran.

—Y ahora —dijo el padre Corbet—, dirigíos todos a la basílica donde rezaremos una misa vespertina de agradecimiento por la nueva oportunidad de redención que se nos ha dado. Adelante, amigos míos.

Con premura, pues nadie quería parecer menos fervoroso que los demás, la turba se dirigió hacia la basílica que, vacía ya del cuerpo sin vida del Obispo, al que sin duda nadie echaría de menos, volvía a ser la más hermosa casa del Señor en la ciudad.

El deseo de dejarse engañar y volver a sus vidas era más fuerte que cualquier temor. Ni siquiera volverían a hablar de todo aquello, ante el miedo a tener que dar explicaciones de sus actos. Preferían culpar a aquel ser que, habiendo desaparecido ya, se llevaba al infierno todas las culpas de sus maldades. Mientras las gentes se alejaban comentando cuánto deseaban hacer el bien, mientras todos comprendían con generosidad los pecados ajenos con la intención de que fueran perdonados los propios, en la plaza solo quedaron el padre Corbet, Denis, Gabrielle, Gaspard, Adrienne y Kartal.

Adrienne miró a Gabrielle, que parpadeó aturdida en respuesta.

—Ha sido un placer conocerte, Gabrielle —dijo con suavidad—. Y no te lamente tanto por tu hermana. Se dejó vencer por la tentación con una facilidad escandalosa. ¿Habrías preferido ser tú la que muriese?

Gabrielle, sincera como siempre, acabó por negar con la cabeza.

—Buena chica. Te deseo toda la felicidad que tu Dios pueda darte —le deseó Adrienne.

Gabrielle se sobresaltó cuando el padre Corbet la tomó del brazo para sostenerla, ahora que Gaspard avanzaba para encontrarse con Adrienne.

—Tengo... tengo algo que es tuyo —le dijo Gaspard—. ¿Te gustaría recuperarlo?

—Sí —dijo Adrienne sonriendo—. Me gustaría recuperar mi cofre.

Gaspard dio un paso, pero después dudó y se detuvo. No se atrevía a dejar solo a Kartal con Gabrielle. A ella no iba a quitársela. Sin duda conociendo sus miedos, Kartal sonrió pero siguió sin moverse. El padre Corbet sí lo hizo.

—Denis —dijo, arrancando al joven de su inmovilidad—. ¿Por qué no acompañas a Gabrielle a la basílica? Yo esperaré a tu Maestro.

El joven asintió y se acercó presuroso a tomar a Gabrielle del brazo, que se dejó llevar mansamente cuando Gaspard la tranquilizó y la animó con una sonrisa. Denis, sin embargo, no pudo evitar una mirada atrás.

—Adiós, Denis —le dijo Adrienne con dulzura—. Me alegra que hayas sido fuerte, sabía que lo harías. También tú serás feliz, te lo aseguro.

Denis tropezó y volvió a mirar al frente haciendo un esfuerzo por grabar en su mente aquella imagen de su amada Adrienne, a la que no deseaba olvidar nunca. Fuese lo que fuese.



Poco después Gaspard y Adrienne entraban en el taller de cantería, dejando en la plaza a Kartal y al padre Corbet, que se miraban fijamente. Kartal divertido, el padre Corbet sumido en las más turbias emociones.

—Lo traje aquí cuando te vi aquella noche, para tener tu recuerdo cerca —dijo Gaspard dirigiéndose al fondo del taller, donde tenía el cofre que tallara para ella sobre un pedestal inacabado para la Iglesia—. Para no olvidar que habías estado allí de verdad —hizo una pausa—. Fuiste tú quien le habló a Denis en sueños, ¿verdad?

—Intuía que todo esto iba a pasar —dijo ella y suspiró—. Como tantas veces antes.

—Podrías haber venido a mí, te echaba de menos.

Adrienne, que entraba allí por primera vez, quedó sorprendida por la viveza en que sus rasgos aparecían representados en aquella estatua del ángel. Dudaba, sintiéndose emocionada, que Gaspard hubiera podido llegar a olvidarla algún día. Y agradecía que al menos en forma de estatua, pudiera estar cerca de una Iglesia. Por los siglos de los siglos, ‘Amén’, pensó divertida. Se acercó a Gaspard y le abrazó por la espalda, como solía hacer antaño. Él cogió sus manos y quedaron así largos minutos, disfrutando de aquel último contacto.

—Gracias por salvar a esas gentes —dijo Gaspard.

—¿Después de llevarlos casi a la locura? —matizó Adrienne—. No me quedó más remedio que condenar a esa mísera criatura. Era la única forma de salvar a unos pocos inocentes que iban a ser juzgados sin merecerlo. Solo unos pocos. La pequeña Fleur, Guillaume el carnicero, el padre Corbet, Iva... Me caen bien —dijo alzándose de hombros—. Me identifico con ellos.

Gaspard entendió sus palabras. Entendía el dolor que debía de haber sufrido ella, y todo por él. Aunque ya no veía aquella pena tan insondable en su mirada oscurecida, más aviesa.

—Te amaré siempre, Adrienne —dijo—. Seas como seas.

—Lo sé —dijo Adrienne.

Se separaron, y Gaspard le tendió el cofre. Tan vacío y tan lleno de recuerdos de un pasado que nunca volvería. Gaspard la acarició, y se dio cuenta de que Adrienne se había llevado la mano al dragón que le pendía del pecho.

—Es curioso —dijo—. Tu hermano me explicó que la Orden del Dragón, a la que pertenece Vlad el Empalador, a la que pertenece Kartal, tenía la misión de defender a la Iglesia de los enemigos de Cristo.

Adrienne volvió a sonreír, y el aire denso que los rodeaba pareció reírse con ella.

—Y lo hacen, en cierto modo. Tienen un sentido de la justicia muy desarrollado. Y desde luego castigan a los pecadores y los apartan del camino de Dios.

Gaspard se estremeció ante aquella respuesta, y el significado que tenía.

—Mi hermano... —murmuró Adrienne con una rabia que Gaspard no supo comprender.

—¿Sabes qué ha sido de tu familia? —le preguntó Gaspard.

—No, solo se que mi hermano murió.

—Son felices, todo lo que lo pueden ser —le explicó Gaspard, que había seguido la pista de los que podrían haber sido su propia familia—. Pero tu hermano se dio a la bebida y murió al caerse de un caballo. Y la aya Justine...

Gaspard no fue capaz de continuar, pero tampoco hizo falta.

—Lo sé —musitó Adrienne, y se acarició el colgante del dragón que llevaba al cuello—. Yo... no podía irme sin recuperar tu regalo, y tener un recuerdo de ti. Mi amada aya se alegró de verme, de saber que todavía estaba viva. Pero la certeza de saber qué había sido de mí le desgarró el corazón. Fue entonces cuando supe que sería mejor dejar que todos pensarais que había muerto.

—No fue lo mejor para mí —dijo Gaspard.

Adrienne suspiró.

—Lo sé. Quédatelo tú —dijo devolviéndole el cofre—. Cuando quieras saber de mí, solo ábrelo. Entonces estaré ahí contigo, te lo aseguro.

Gaspard la creyó. La miró, resistiéndose a la despedida.

—Mi corazón siempre sangrará por ti —murmuró Gaspard—. Aunque la mayor de las felicidades me alcance. Te echaré tanto de menos, Adrienne. Dios, quisiera poder teneros...

—¡No! —lo atajó Adrienne, y las fuerzas que observaban se revolvieron a su alrededor.

Se separó suavemente de él, cogiéndole ambas manos y mirándole fijamente.

—No, Gaspard —dijo—. No desees cosas imposibles, no nos aboques a más desgracias. Por favor. Así es la vida, mi amor —dijo Adrienne—. Así es como debe ser. Te amo, pero también amo ahora a Kartal como tú amas a Gabrielle. Como te dije, hay algunas cosas que cuando se rompen no pueden volver a unirse. Tienes que estar con alguien a quien luego puedas encontrar más allá de la muerte. No nos encontraremos en el Cielo, Gaspard. No habría un más allá para nosotros. Y tú mereces la gloria.

Aquella certeza hizo que Gaspard sintiera ganas de llorar. Pero se acordó de Gabrielle, y la pena se aplacó un poco. Adrienne se puso de puntillas y lo besó en la mejilla con una delicadeza y una ternura que su aura ya no emanaba. Gaspard le sujetó las manos; en la derecha todavía podía verse una marca roja. Se encaminaron hacia la puerta del taller, sabiendo que les esperaban. Gaspard la miró fijamente, con una expresión extraña.

—¿Serás feliz? —preguntó.

La sonrisa de Adrienne fue siniestra.

—Hace tan solo unos días me habría horrorizado decirte que sí. Pero ahora lo afirmaré sin tapujos. Seré feliz.

—Me alegro —dijo Gaspard finalmente, sin soltar la mano que sostenía—. Me alegro, aunque Dios me castigue luego por ello.

—No te preocupes, Dios no escucha nimiedades.

Fuera, Kartal y el padre Corbet seguían esperando uno enfrente del otro, separados por varios metros y las cenizas humeantes. Kartal pareció cobrar vida cuando Adrienne salió del taller.

—¿Nos vamos?

—Sí —dijo ella.

Se giró y le dio un último abrazo a Gaspard.

—No me abandones para siempre, Adrienne.

—No lo haré —le aseguró ella.

Y así, finalmente, se separaron.

Adrienne se acercó a Kartal y tomó la mano que él le ofrecía. La oscuridad se los tragó mientras avanzaban. Pareció que se besaban, parecía que se querían.



Gaspard aún permaneció unos segundos mirando hacia la calle inmersa en la niebla, sintiendo que la corte maligna se alejaba con ellos. Su corazón estaba en parte desgarrado, pero se sentía más vivo que nunca en aquellos casi tres años. Tenía la certeza de que también Adrienne sería feliz, a su manera, y eso bastaba. Y él tenía a Gabrielle, y deseaba acudir a su lado y estrecharla entre sus brazos, y hacerla feliz como ella lo había hecho feliz cuando creía que ya no quería vivir. Dio la espalda a la calle desierta y se acercó al padre Corbet, palmeándole el hombro para despertarlo de su propia pesadilla. Se encaminaron lentamente hacia la basílica.

—¿Cómo lo habéis hecho, padre? —le preguntó Gaspard.

El sacerdote suspiró.

—La de vuestra Adrienne era simple agua —aseguró, y suspiró de nuevo—. Simple agua. Cuando os conocí, después de dejaros la piel en la escalinata como todos deberían hacer y nadie hace, deseé fervientemente que pudieseis reencontraros con vuestra amada. Jamás pensé que tendría que lamentarlo. A veces, debemos tener cuidado con lo que pedimos.

Eso Gaspard, así como Kartal y Adrienne, lo sabían bien. Le estrechó el brazo al sacerdote, tratando de consolarlo.

—Astaroth se ha cobrado así su venganza —murmuró el padre Corbet.

Al mirarle Gaspard inquisitivo, el sacerdote se explicó.

—San Bartolomé consiguió expulsar a este demonio, que extiende la vanidad por el mundo, de la estatua de la Iglesia en que se ocultaba. Lo desterró de la santa morada que debía proteger. Yo en cambio le he permitido permanecer en el interior, dejando que estas gentes se vanaglorien de su virtud cuando son pecadores. Solo quería dar otra oportunidad a sus almas para buscar la redención. Que Dios me perdone por lo que he hecho.

—Dios no escucha nimiedades, padre.

—Lo sé —dijo el sacerdote—. Pero por suerte la mayoría de la gente no.

Sonrió valientemente, aunque se sentía condenado por dentro. Al menos había salvado a su pueblo, aunque no hubiese podido salvar al alma que, aunque maldita, más lo hubiese merecido. Jamás olvidaría a aquella joven que tanto había dado por salvar a su amado. A aquella doncella que por ser fiel a su bondad, había entregado su alma al Diablo.

Y así, corroyendo los destinos de muchos, el Mal se quedó con aquello que deseaba, el alma

pura de Adrienne, cuyo corazón sin mácula había sido puro. Y suyas serían también otras muchas almas que, una vez olvidado aquel episodio y convencidas de su honestidad, volverían a estar prestas para caer en la tentación.

Porque como pocos saben y otros ignoran, la mayor victoria del Mal es, y siempre será, la de convencer a la confiada humanidad de que él no existe, de que no está ahí para tentarlos. Que no se pasea por su reino de este mundo con entera libertad.

—Epílogo—

Las noches eran muy oscuras en aquel invierno de 1463. Aquélla, sin embargo, lo parecía aún más que las otras. No había ya nadie en las calles de Rocamour, ni un alma que fuera testigo de que el viento, alborotado, traía susurros malévolos. Nadie, salvo Gaspard y Gabrielle. Acudían a una cita extraña, ella con menos regocijo que él. Aunque ambos sentían miedo.

Dejaron a su pequeño en casa, al cuidado de su aya, pues no deseaban exponerlo a lo que pudiera suceder. No temían que les pasara nada a ellos, pero tampoco deseaban arriesgarse demasiado. El Mal era imprevisible y siempre lo fue. Tomaron la empinada cuesta hasta que accedieron a la plaza Michelet, cuyas capillas parecían moles oscuras. Allí aquel extraño viento siniestro no penetraba, pero esperaba fuera.

—Tranquila —le susurró Gaspard a Gabrielle, atrayéndola hacia sí y besándole la frente.

Miraron a su alrededor, expectantes, hasta que algo les llamó la atención en dirección oeste, más allá del taller de cantería y la casa vieja, que ahora ocupaba Denis solo. Allí, donde la calle se perdía hacia el fondo del pueblo, parecía haber dos figuras rodeadas de tinieblas. Una quedó atrás, pese a que su altura y el brillo oscuro de los ojos delataban su identidad. Se trataba de Kartal, y aún a aquella distancia Gaspard creyó adivinar que sonreía. De aquella forma suya tan terrible, tan alevosa.

Adrienne, en cambio, avanzó hacia ellos despojándose de la tenebrosidad que la ocultaba. Vestía de oscuro esta vez, y también sonreía. Una sonrisa llena de picardía, de juguetona familiaridad. Dios mío, pensó Gaspard, aquella Adrienne era mucho más oscura que la que se había despedido de él ya casi tres años atrás. No había envejecido nada; de hecho, incluso parecía más joven. Las pocas cartas que se habían enviado no habían dejado traslucir aquella esencia maligna que parecía haberla desbordado al fin.

Era, simplemente, diabólica.

Pero era su Adrienne, y su mirada era cálida mientras se acercaba a ellos, y les miraba con una intensidad turbadora pero familiar.

—Adrienne —murmuró Gaspard.

—Hola, Gaspard —dijo ella cuando estuvieron los tres frente a frente.

Se miraron unos segundos en silencio, después Adrienne desvió su penetrante y soberbia mirada hacia Gabrielle.

—Hola Gabrielle, me alegro mucho de verte —le dijo sinceramente.

La joven lo intentó, pero no pudo responder. Adrienne sonrió, como si lo entendiera. Trató de ser amable, de aparentar normalidad.

—¿Cómo están tus niños? —le preguntó.

—Solo tenemos uno —dijo Gabrielle finalmente, con la voz entrecortada.

—Tendrás otro antes de que acabe el próximo verano —le anunció Adrienne—. Una niña. Y será tan hermosa como tú. No temas —añadió con una sonrisa—. Tu hija estará tan protegida de los nuestros como tú. Kartal se ocupará de ello.

Mientras Gabrielle seguía incapaz de pronunciar palabra, Gaspard le rodeó los hombros con un brazo, risueño por la noticia. A diferencia de su esposa, no se sentía turbado porque fuera una hija del Diablo quien le diera la noticia; confiaba a ciegas en ella. Entonces, sintiéndose unido a Adrienne de nuevo aunque fuera tan solo por una cosa, miró el bulto abrigado que ella sostenía entre sus brazos.

—¿Estás segura? —le preguntó mirándola a los ojos.

Adrienne abandonó su sonrisa por un momento, y asintió seria con la cabeza.

Le tendió la preciosa criatura dormida que sostenía a Gabrielle, que pese al temor que sentía por quien se la daba la acogió amorosa. Gaspard apartó un poco las abundantes ropas con que estaba cubierta la niña, para verle el pequeño rostro. El bebé tenía los cabellos oscuros. Los ojos, cerrados, sin duda lo eran también. Como los de su padre, o los de su madre. Era una criatura hermosa como lo eran sus progenitores.

—Adiós, mi pequeña Anne —susurró Adrienne, inclinándose hacia su hija para acariciarle el rostro con el suyo—. Tu padre y yo te amamos, por eso nos separamos de ti. Pero te querré siempre, y vigilaré tu vida de cerca.

Aquellas palabras estremecieron a Gabrielle, pero las entendía en cierto modo. Ella no sería capaz de separarse de su niño. Incluso vendería... Sacudió la cabeza, aterrada. Susurrándole una despedida a aquella Adrienne que la asustaba más que nunca, se dispuso a dirigirse hacia la hermosa Iglesia de la Virgen Negra, donde les esperaba el padre Corbet. Gaspard aún se demoró un poco, despidiéndose con la mirada de Adrienne. Sabía que era posible que nunca más la volviera a ver. Ni siquiera en el Reino Bienaventurado. Le apenó aquella posibilidad, mientras ella sonreía con melancolía de aquella forma extraña, dulce como puede serlo un depredador.

—Cuidadla —le dijo Adrienne con suavidad.

—Como a mi propia hija, Adrienne —le aseguró Gaspard.

Adrienne se llevó la mano al cuello y desprendió el dragón que pendía sobre su pecho.

—El único recuerdo que tendrá de sus padres —dijo entregandoselo a Gaspard.

—Será su mayor tesoro.

Alzando la mano tomó la de ella y la apretó, con cariño.

—Adiós mi amor —le dijo, y ella le sonrió llena de cariño.

Después se alejó siguiendo a Gabrielle, preocupado mientras se acercaban al suelo sacrosanto de la cripta. Adrienne esperaba que su niña no estuviera condenada como lo estaban sus padres, y deseaba darle una oportunidad de vivir una vida de gracia. Kartal lo había entendido, y no se lo había podido negar puesto que amaba a Adrienne por encima de todo.

Mientras Gaspard y Gabrielle se alejaban, él se acercó a Adrienne tras haber esperado en las sombras para no turbarles en exceso. Con una hija de las tinieblas habían tenido suficiente. Rodeó a Adrienne con los brazos mientras ella fijaba su mirada al frente, angustiada, al ver que su niña estaba ya cerca del umbral de la capilla. También Gabrielle respiró hondo antes de dar el paso que las pondría a ambas al amparo del Señor. La pequeña Anne se removió en sus brazos, pero ni siquiera se despertó.

Había pasado la prueba.

—Tranquila, hija mía —le susurró Gabrielle, mientras Gaspard entraba tras ellas y las envolvía en un abrazo. Serían felices, se dijo—. Anne-Marie te llamarás a partir de ahora, pues a la Virgen encomiendo tu alma.

Fuera, en la tenebrosa oscuridad de las calles, Adrienne se sintió emocionada y desolada a la vez. Había perdido una hija, aunque le había proporcionado la posibilidad de vivir una vida que no estuviera maldita. Pero sabía que tarde o temprano volvería a ver a Anne, ya fuera porque el mundo cristiano finalmente la rechazara o porque ella misma quisiera espiarla desde las sombras para asegurarse de que ella estaba bien.

Sí, volvería a verla, pensó mientras apoyaba las manos en los brazos de Kartal que aún la rodeaban. Aunque solo el tiempo diría si sería una visión furtiva, en el anonimato y la distancia, o si sería Anne quien acudiría a ellos en busca de la verdad y sus padres verdaderos. En busca de su verdadera familia, en caso de que germinara la semilla maléfica que quizás latía en su interior.

Adrienne, no queriendo provocar otra desgracia, se esforzó en no desearlo. Las presencias que se ocultaban en las sombras que los rodeaban, provocando pesadillas en los que dormían en las cercanías, se removieron excitadas a su alrededor.

Como lo habían hecho siempre, por los siglos de los siglos en el reino de este mundo.

—Agradecimientos—

Hay muchas personas, viejos conocidos y amigos nuevos, a los que quiero agradecer su ayuda no solo para escribir esta novela, sino por todo su apoyo.

En primer lugar a mi familia, siempre la primera y de todo corazón porque no solo me han dado la vida sino también el gusto por la lectura y el apoyo para escribir.

A Irene Muzas y Consuelo Olaya, por confiar en mí y no ser solo grandes editoras, sino maravillosas personas.

A Jovita Ponce y Sandra Nogué, maravillosas personas también y las mejores amigas que se puedan tener.

A Moruena Estringana y Eva Rubio, a quienes ya considero grandes amigas además de magníficas artistas.

A Edu, uno de mis lecto-críticos, por sus estupendas aportaciones y su entusiasmo.

Y por último a ti, que sostienes ahora este libro, y a todas las lectoras y lectores pues sin vosotros Diabólica jamás hubiese existido... ¡muchas gracias! Y leed mucho.



CAROLINA LOZANO. Nació en un pueblo de Barcelona, Badalona, el 14 de agosto de 1981. Más tarde, se trasladaría a El Masnou, donde reside actualmente, a diez minutos en tren de Barcelona. En su biografía personal, hace mención a la playa y las montañas que han influenciado en sus escritos, proveyéndola de la paz necesaria para crear historias llenas de elementos fantásticos con toques humorísticos y románticos que definen su estilo.

Al terminar el instituto con buenas cualificaciones, decidió ingresar en la Universidad Autónoma de Biología de Barcelona, donde se licenció. Desde pequeña fue una gran admiradora de la naturaleza, especialmente de la botánica y la zoología. Tanto era así, que se marchó un verano con una amiga a Venezuela en sus últimos años de carrera para trabajar en una ONG dedicada a la protección de los cetáceos (delfines y ballenas) del Mar Caribe. No obstante, debido a las pocas salidas de la carrera, a día de hoy, no trabaja en nada relacionado con la Biología.

Acostumbrada a ver a sus padres sentados en el balcón de su casa leyendo un libro desde pequeña, fue bastante fácil su introducción en el mundo de la literatura. Por sus manos han pasado desde los clásicos universales de Homero y las novelas de época de Austen y Flaubert, hasta *Harry Potter* y *El Código da Vinci*. Aunque siempre ha preferido *El señor de los anillos*, libro cuya temática se ha hecho notar en *La Cazadora de Profecías*, su primera novela publicada por la editorial Vía Magna tras cosechar varios premios universitarios durante su etapa estudiantil.

Comenzó a escribir en serio tres años antes de lograr publicar. A ello contribuyeron la película *El Reino de los Cielos* y unas palabras dichas por su mejor amigo: «¿Por qué no escribes todo eso que se te ocurre y escribes una novela?».

Por el momento, en el 2008 comparte su tiempo libre (las salidas con las amigas, baile de

lambada, jugar al mahjong, estar con su gato, viajar...) con su trabajo en la biblioteca de un instituto y su ilusión, escribir.